



Class □ 21

Book .H5

PRESENTED BY

1915a

LECCIONES
DE
HISTORIA UNIVERSAL

Por el ciudadano

José María Heredia

MINISTRO DE LA AUDIENCIA DE MEXICO

Edición costeada y dirigida por

José A. Rodríguez García

de la Academia Nacional de la Historia de Caracas, antiguo Catedrático
titular de Geografía e Historia, etc.



Oficinas y Talleres de "Cuba Intelectual"

HABANA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILL.

1950



86

1859

HISTORIA UNIVERSAL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Obras de José A. Rodríguez García

DERECHO

De los requisitos previos para contraer matrimonio.	Estudios.
Dos delitos y dos penas.	Programa de Principios de Economía industrial.

HISTORIA

Croquis históricos.	sal (Heredia).
Programa de Historia general.	Los Nánigos. (Hay traducción inglesa: <i>The Nanigos</i> .)
Lecciones de Historia Univer-	

GEOGRAFIA

Principios de Geografía.	Programa de Nociones de Geografía.
Ensayo de un programa para la gradual enseñanza de la Geografía elemental.	Programa de Geografía elemental.
Programa de Principios de Geografía.	Bibliografía de la Geografía elemental.

FILOLOGIA

Del laísmo, leísmo y loísmo, 2ª edición.	Gramática castellana.
Gramatiquerías, 2ª edición.	Programa de Principios de Ortografía.
Cubanismos.	Programa de Nociones de Ortografía.
Del género gramatical.	Programa de Ampliación de Gramática.
Bibliografía de la Gramática Castellana.	Programa de Rudimentos de Gramática, 2ª edición.
Bibliografía de la Gramática y Lexicografía castellanas, y de sus estudios afines.—Publicados el 1º y 2º vol. folio mayor.	Principios de Gramática, 8ª edición.
Programa de Principios de Gramática, 10ª edición.	Nociones de Gramática, 1ª edición.
Programa de Nociones de Gramática, 18ª edición.	Principios de Ortografía, 9ª edición.
Índice de Gramática castellana, 2ª edición.	Nociones de Ortografía, 13ª edición.
Programa de Elementos de Gramática.	Resumen de Análisis gramatical, 2ª edición.
Ensayo de un programa para la enseñanza gradual de la	Rudimentos de Gramática, 3ª edición.

MATEMATICAS

Programas de Elementos de Aritmética.	Programa de Elementos de Geometría y Trigonometría.
Programa de Principios de Álgebra.	Programa de Nociones de Contabilidad.

LITERATURA

I, Crítica y Sátira.

Gacetas	Papeles nuevos.
Croquis literarios.	Notas críticas.
Notas literarias, 3ª edición.	De la Avellaneda.
Vida de Cervantes y Juicio del Quijote, 3ª edición.	Conatos de artículos.
Cartas sobre Nueva Jauja.	Juegos Florales.
Días de guerra.	Crítica y Sátira.
Esbozos críticos.	Artículos cervánticos.
Papeles viejos.	Cálamo corriente.
	Cosas.

II. Didáctica

Programa de Literatura Preceptiva, 2ª edición.	ñola.
Índice de Literatura Preceptiva, 2ª edición.	Índice de Literatura española, 2ª edición.
Programa de Literatura española.	Literatura Preceptiva, 4ª edición.

III, Poesía, novela, etc.

De mi álbum.	El robo de las Torres de Nuestra Señora (íd.), 2ª edición.
Cositas.	El portador de la bolsita (íd.), 3ª edición.
Versos y prosas.	Ficciones
Apuntes sobre el amor.	Venid a mí...
Cherubino y Celestini (traducción), 4ª edición.	Semblanzas satíricas (en preparación).
De ajena cosecha (íd.), 3ª edición.	Muerte de amor (íd.).
La Mosca (íd.), 4ª edición.	

Gramática y Literatura

Programas de Gramática y Literatura.

Programa de Ortografía y Redacción de documentos.

PEDAGOGÍA, EDUCACIÓN, ETC.

De enseñanza. Cartas de Paquito.

VARIEDADES

Cuba Intelectual, 1ª época.	Cuba Intelectual, 2a. época, 11 años.
Los Domingos Literarios.	
Teatro Cubano, 4 vols.	

BIBLIOGRAFÍA

Véanse las secciones de Filología y Geografía.

En Literatura, Papeles nuevos y Papeles viejos.

EN PUBLICACION.

Bibliografía de la Gramática y Lexicografía Castellanas, y de sus estudios afines. Vol. III: continuación de los *Tratados generales de la Gramática*, folio mayor.

Cuba Intelectual, segunda época.—Se publica en cuadernos de 32 o más páginas cada bimestre, folio mayor.

Sonetistas Cubanos. Ve la luz en dicha revista.

EN PREPARACION

Abecé Cubano (edición en folio y otra en octavo).

Galería Cubana (íd.).

Antología poética cubana (íd.).

LECCIONES

DE

HISTORIA UNIVERSAL

Por el ciudadano

José María Heredia

MINISTRO DE LA AUDIENCIA DE MEXICO

Edición costeadada y dirigida por

José A. Rodríguez García

de la Academia Nacional de la Historia de Caracas, antiguo Catedrático
titular de Geografía e Historia, etc.



Oficinas y Talleres de "Cuba Intelectual"

HABANA

219157

II 21

.H5

1915a

Gift-

J. A. Rodriguez Garcia

S. 15 '23

Heredia como historiador (1)

Grande fama alcanzó Heredia como poeta, y en ella no le ha excedido ningún otro de la América, a no ser, acaso, Bello, por muchos considerado y nombrado “Príncipe de los poetas hispano-americanos.” Decida quien tenga autoridad para tanto, a cuál de los dos corresponde la primacía, pero adviértase que de todas suertes na-

(1) Al decir a veces Heredia, claro está que me refiero al único Heredia nuestro, porque el otro, su pariente y homónimo, que ha alcanzado mercedamente grande fama también, es francés, aunque naciera cubano, pues en francés escribe y “en francés piensa,” y francesa es su gloria; es él de Francia, por más que, con gazar renombre en la brillante nación latina, le tenga ya ganado en el mundo todo civilizado y por más que el hecho de haber nacido en Cuba redunde en honor nada pequeño de la tierra en que viera la luz hombre tal.

da impide que a esa *familia real*, única que pueden admitir pueblos, como el nuestro y los americanos todos, republicanos, se la considere compuesta de varios o muchos Infantes o Príncipes, con sendos señoríos, en absoluto entre sí independientes, y cuya importancia se equilibre y hasta en cierta manera se complete, porque la gloria, valer y poderío de cada uno redunde en honra y provecho de todos cuantos en los señoríos dichos habiten.

Del *poeta* Heredia, no sólo en el idioma nuestro, sino en otras lenguas, se ha dicho ya cuanto había que decir, y no soy yo por cierto el llamado a agregar noticias peregrinas a las copiosas de su vida que se conocen, ni a formular nuevo juicio, que se añada a los numerosos que de sus poesías se han hecho, y pame por lo exquisito de la investigación psicológica; por la maestría en señalar bellezas no vistas hasta ahora; por el saber estético con que, en prosa depurada por refinado gusto, exponga lo que el poeta vale, señalando el lugar que le corresponde en la historia literaria; por la destreza o habilidad artística con que la abundosa y sabia doctrina manifieste construyendo parrafadas cuyas palabras una, como el consumado joyero engarza piedras cuya hermosura y valor cuantioso quedan casi oscurecidos ante la belleza y el mérito del engarce.

Más modesto es el fin de este artículo; porque

al cabo, sé yo que mi vaso es pequeño y me conformo con beber en él; sin que diga esto con la altivez con que hablaba Musset, cuyo vaso, aunque lo contrario él dijera, era bien capaz.

De Heredia como *historiador*, no sé que nadie haya tratado, a lo menos con algún detenimiento; y sin que pretenda yo llenar vacío alguno, escribo estas líneas a modo de noticia bibliográfica de una obra histórica de nuestro amado poeta, la cual, aunque no fuese más que por ser de él, merece que la conozcan todos; como sin duda habrá alcanzado ya aprecio de los que en Cuba cultivan las letras, no a guisa de espada que se esgrime en busca y conquista de ilícitas granjerías; no para cohonestar o intentar realizar fines totalmente ajenos a los que inspira únicamente el amor al arte; pero amorosamente fijos los ojos en ideal que informa la vida, en la cual se efectúa o tiende a efectuarse, y con desdén implacable para las mezquindades de una realidad a menudo ruín.

* * *

De los cubanos bien podría decirse lo que con frase que si puede ser tildada de inmodesta, es evidentemente exacta, de sí propio afirmó Antonio María Fabié; es, a saber: que se han asomado a las ventanas de todas las ciencias. Y algunos

han hecho más que asomarse: han entrado en esa señorial vivienda y por derecho de conquista se han sentado y hasta repantigado en los sillones de la sala principal, como dueños de aquélla, sin que voz alguna se levantara en son de protesta, pero sí acogida la presencia con aplauso y regocijo de los demás señores.

La Historia no ha sido olvidada. Cultivóla magistralmente el insigne Saco, quien al escribir su, por desdicha, no acabada "Historia de la Esclavitud," erigió soberbio monumento a nuestras letras: harto hará y grande será, muy grande, quien a Saco iguale, que el excederlo,—se me antoja tal, a lo menos, —será bueno para pensarlo, imposible para alcanzarlo. Y "los tres primitivos historiadores," Arrarte, Urrutia y Valdés, con sus curiosas investigaciones; Calcagno, cultivando ampliamente la biografía; Vidal y Morales, archivo viviente de nuestra historia política y literaria; ejemplos son, entre otros que citaría si importara para el caso escribirlos todos, que constituyen pruebas fehacientes de la capacidad de los cubanos para el cultivo de la ciencia histórica.

Y vivo está para honra y gloria nuestra, y por y para ambas vivo esté largos años, Manuel Sanguily, de cuya cultura e ingenio tenemos tantas muestras, y cuya nombradía aumentará, si cabe, cuando dé a luz su "Historia de la Re-

volución Cubana," empresa magna cuyo interés e importancia no iguala entre nosotros otra alguna, que sólo él, quizás, podría llevar a término dichoso, con utilidad, enseñanza y deleite de la generación actual y de las venideras (1).

(1) Por consideración digna de ser atendida, que nace de ciertas circunstancias que podría calificar de personales, tengo que suprimir un extenso párrafo que consagraba a la enseñanza de la Historia en nuestra Universidad: las circunstancias aludidas desaparecerán y el párrafo se publicará entonces, sin que nadie pueda tildar a su autor, injustamente sin duda, pero con visos de razón.

II

La portada de la obra de que trato contiene esto:

“Lecciones de Historia Universal, por el ciudadano *José María Heredia*, Ministro de la Audiencia de México;” sigue la indicación del tomo, y luego el pie de imprenta, que dice:

“Toluca; 1832. Imprenta del Estado, á cargo de Juan Matute.”

Cuatro son los tomos, y en dozavo: el primero consta de 221 páginas de lectura compacta, una en blanco y dos de índice; 231, incluídas las tres del índice, tiene el segundo; 207 el tercero, más una en blanco, y 194 con II de índice el cuarto. El papel es menos que mediano, y la impresión bastante desigual. Y doy tantos pormenores, porque sé que los bibliófilos gustan de ellos.

En el dorso de la portada del tomo primero

se lee la sentencia latina *Indocti discant, ament meminisse periti*, a cuyo frente, en la página que sigue, se ve la dedicatoria, la cual dice:

“A la interesante juventud mexicana, afectuosamente dedica estas lecciones, El Autor.”

Una *Advertencia* ocupa las páginas 5 y 6, la cual es un hermoso ejemplo de honradez literaria; tanto más hermoso, cuanto que es sobremañera raro: revela, por otra parte, el carácter elevado de Heredia. Declara en la *Advertencia* éste que, hallándose en los Estados Unidos, conoció los “Elementos del profesor Tytler, que se usan en los colegios de aquel país,” emprendió con gusto su traducción; “pero no tardé en conocer (añade) que si mi trabajo había de ser útil, era necesario refundir aquella obra. Tytler, como buen inglés, y que escribía para los jóvenes de su tierra, da a la historia británica una preferencia poco racional sobre la de los otros reinos de Europa, de los que se olvida, o habla muy ligeramente. Además, sus Elementos sólo alcanzan al reinado de Luis XIV, y era preciso completar el cuadro interesantísimo del último siglo y el tercio del presente que va corrido, en cuyo período han ocurrido sucesos de inmensa importancia e inacabable influjo sobre la suerte futura del género humano.”

“Por lo mismo,—continúa Heredia,—en la historia antigua casi no he hecho más que seguir

a Tytler, haciendo las alteraciones convenientes para corregir inexactitudes o salvar omisiones que no pudo evitar en un trabajo tan vasto y difícil. En la historia moderna me he tomado con él aún mayores libertades. Para el período en que me ha faltado su dirección, he procurado acercarme a la dichosa facilidad y concisión de su estilo, y consultado infinidad de libros, de los que me han parecido mejores.”

Los más, con mucho menos trabajo, declaran original un libro, que no pasa de ser copia o remedo de otro; y no lo es, como ya se habrá visto, el de Heredia.

El cual acaba la “Advertencia” dicha manifestando su “respetuosa gratitud a los gobernadores de los Estados de México y Zacatecas, don Melchor Múzquiz y D. Francisco García, por su generosa protección” a la empresa que había acometido y realizado. “Estas lecciones—agrega—acaso no hubieran visto la luz pública, sin el favor de estos ilustres ciudadanos, que emplean dignamente la suprema autoridad en promover la ilustración, única fuente de la moralidad de los pueblos.”

La Advertencia está fechada en Toluca el 25 de noviembre de 1831.

Catorce páginas dedica luego Heredia a determinar su concepto de la Historia, explicar los fines de ésta y exponer las ventajas de su estudio. “La filosofía enseñada con ejemplos según el dicho de Dionisio de Halicarnaso,” es para Heredia la Historia; porque “todas las leyes de la moral y reglas de conducta se prueban por la experiencia, y se someten constantemente a su examen. La historia (la escribe ahora con minúscula, y antes empleó la mayúscula), que añade a nuestra experiencia un tesoro inmenso de la ajena, nos da pruebas innumerables para verificar todos los preceptos de la moral y de la prudencia.”

Ventajas son estas generales: “tiene también varias especies de utilidad para las diferentes personas que la estudien, según su rango en la sociedad, y las ocupaciones a que dediquen su vida; e interesando la curiosidad, combina el agrado con el provecho.”

La Historia es la grande escuela de la ciencia política,—afirma Heredia,—por lo cual ha de estudiarla todo hombre que viva en un país libre y tenga “una educación regular.” Pero “es necesario que se estudie bajo un plan, pues acaso no hay ciencia que con más facilidad pueda pervertirse.” No ha de ser pasatiempo estéril, ni alimento de la vanidad, ni ha de usarse para sostener preocupaciones de partido y fomentar el fanatismo político. “Ninguna ciencia se ha me-

todizado menos”, aparte de que “las fuentes de las preocupaciones son infinitas.” Además de la importancia de poder distinguir entre lo verdadero y lo falso, la atención sólo debe dirigirse a verdades útiles,” por lo cual “es muy peligrosa la lectura de memorias, colecciones de anécdotas, etc., porque muchas de estas obras ofrecen las pinturas más depravadas, debilitan la confianza en la virtud y presentan la naturaleza humana bajo el aspecto más desfavorable y odioso.”

Asertos hay entre los que acabo de consignar con los cuales me hallo desconforme, pero como el rebatirlos no entra en el propósito mío, callo las razones en que fundo mi disentimiento y continúo extractando fielmente a Heredia.

Capital es el párrafo éste, que copio íntegro:

“Hay muchas dificultades en la formación de un plan de estudio, y mayores se encuentran cuando se quiere dar una idea instructiva de la historia general. La utilidad debe combinarse con el pasatiempo, debe chocarse con preocupaciones, consultarse la variedad de los gustos, pesar las aspiraciones políticas, y juzgar y decidir sobre puntos vivamente discutidos. El que proponga este plan, debe tener a la vez firmeza de carácter y moderación de sentimientos. En muchos casos tendrá que desentenderse de la popularidad y sacrificarla al testimonio de su conciencia. Debe desatender toda consideración

parcial e inferior, y dirigir exclusivamente sus miradas al fin que debe tener la educación, a formar hombres de bien y buenos ciudadanos.’

Expone el autor qué propósitos le animan: “bosquejar una pintura progresiva del género humano desde los primeros tiempos de que tenemos noticias auténticas hasta nuestros días: delinear el origen de los estados e imperios, los grandes contornos de su historia, las revoluciones que han experimentado, las causas que han contribuído a su progreso y engrandecimiento, y las que han causado luego su decadencia y ruina.”

¿Cómo cree salir airoso de su intento Heredia? Nos lo da a conocer inmediatamente: “Para conseguir estos objetos, ha sido preciso fijar la atención en las costumbres de las naciones, sus leyes, la naturaleza de los gobiernos, su religión, sus adelantos intelectuales y sus progresos en las artes y ciencias.” ¿No es esto, pues, un cuadro de historia pragmática, inspirado por las doctrinas de la escuela histórica y siguiendo los procedimientos de Savigny y Montesquieu?

Ampliamente consigna y razona Heredia el plan de su curso, al cual plan ha de ajustarse en las ochenta y ocho lecciones de que éste se compone. El historiador sólo conoce dos métodos: opuestos son y uno u otro se ha seguido hasta entonces al “dar lecciones académicas de histo-

ria: el uno presenta un orden cronológico estricto de acontecimientos; el otro una serie de indagaciones sobre varios puntos de derecho público y doctrinas de política ilustradas con ejemplos de la historia antigua y moderna." Desecha el primero porque "sólo ofrece una árida crónica de acontecimientos, sin más conexión entre sí que la del orden del tiempo," y cuanto al segundo, "es insuficiente para desempeñar los fines más importantes de la historia, que son desentrañar las causas de los efectos, descubrir los resortes de las acciones humanas, desenvolver los progresos de la sociedad, y los del engrandecimiento y ruina de los estados y los imperios." Mas todavía hay mayor inconveniente: "si confinamos la historia a dar ejemplos para doctrinas políticas, perdemos su efecto como escuela de moral;" y al decir esto, no hace Heredia más que insistir en un pensamiento que antes expresó, el cual, si en cierto sentido es exacto, no lo es en otro de no menor importancia. Porque ¿la Historia no ha de ser maestra en la vida política, cual lo es en todos los restantes órdenes de la vida?

Considerando las desventajas de los métodos dichos, Heredia se declara partidario de "un término medio entre estos extremos," procurando "remediar la imperfección de los dos, uniendo las ventajas de cada uno de ellos." Cómo ha

de efectuarlo nos lo dice en los dos párrafos siguientes, en el segundo de los cuales traza un plan a modo de sincrónico con feliz atisbo de un método que habían de seguir, ampliamente desarrollado ya y perfeccionado, en diversas naciones, y siguen todavía historiadores eminentes:

“A la vez de atender a la cronología en cuanto es necesaria para mostrar los progresos del género humano en la sociedad, y dar ideas justas del estado del mundo en todos los diferentes siglos a que se extiende la historia auténtica, atenderemos más a la conexión de los *asuntos* que a la del *tiempo*, al delinear el engrandecimiento y ruina de los imperios y sus revoluciones. Por eso no empleamos el método común de dividir la historia general por épocas o eras.”

“Si examinamos el mundo en cualquier período de la historia antigua o moderna, observaremos generalmente una nación o imperio predominante a quien todos los demás aparecen subordinados, y a cuya historia pueden referirse por una conexión natural los principales sucesos que se hallan en los anales de las otras naciones. Nos proponemos presentar a la vista como objeto principal, este imperio predominante, delinear con mayor cuidado su historia, y tocar las otras sólo incidentalmente, cuando tenga conexión natural con ella’.

No se aparta Heredia del yerro que cometieran muchos autores, y en que caen no pocos aún, de considerar que la historia de los judíos no debe entrar en el plan de un curso como el suyo, y la da luego compendiosamente, por vía de apéndice, “para que otros lectores no hallen—dice—este vacío en nuestro curso.”

Menuda noticia del expresado plan con someros juicios de tarde en tarde, sigue a seguida y ocupa no menos de ocho páginas. Yo seguiré también a Heredia, recorriendo tras él ese camino que anduvo, aunque procuraré hacerlo con rapidez y ser breve, lo más breve que posible me sea, a fin de no dar al traste con la paciencia del acaso ya cansado lector.

III

Para Heredia, toda la Historia se divide en dos grandes edades solamente, aunque él no las llama así: la "Antigua" y la "Moderna," sin que haya subdivisión alguna. A sesenta montan las lecciones consagradas a la primera de las edades dichas, incluyendo las diez dedicadas, en el apéndice mencionado, a los judíos y a ochenta y ocho las concernientes a los tiempos modernos. Más rico en divisiones era ya Floro en su compendio de las hazañas romanas.

Dicho se está que Heredia no conoció la Prehistoria: las dos primeras lecciones, tituladas: "Primeras noticias auténticas de la historia del mundo" y "Naturaleza de los primeros gobiernos; leyes, costumbres, artes y ciencias de los siglos primitivos," no pueden por ningún concepto considerarse como estudio de Prehistoria, y sus ocho páginas, para el historiador actual

llenas de errores,—que no daba más de sí la ciencia en aquel tiempo,—recuerdan algunos párrafos de ciertos tratados de sociología: sí, son, particularmente las seis últimas, o sea las que ocupa la lección segunda, uno como bosquejo sociológico, pero de la sociología incipiente no constituída todavía, no de la que cultivan luego Spéncer y Letourneau, para no citar más que dos nombres ilustres.

La historia de los pueblos que anteceden al griego, no es más que una introducción al estudio de la de éste: nada menos que dos veces expresa Heredia pensamiento de falsedad tan notoria. No admira, pues, que luego consagre únicamente cinco páginas a los egipcios y fenicios en sendas lecciones, sin que haya en toda la “Historia antigua,” excepción hecha del Apéndice susodicho, ninguna otra lección referente a un pueblo oriental: del Oriente no vuelve a hablarse en la obra de Heredia hasta que Persia lucha con los helenos, y más tarde, en la “Edad Moderna,” y como luego veremos, en ambos casos en lo que dice relación tan sólo con el *tema* principal del historiador, el cual trata incidental y brevísimamente del pueblo oriental que nos ocupa.

No hablemos ya de la Prehistoria, que, auxiliada por la Geología, la Paleontología, la Arqueología y la Antropología,—sin que entren

ahora en cuenta otras ciencias, que también la auxilian, aunque con menor eficacia,—ha progresado y progresa por modo portentoso, y presenta hoy biblioteca nutridísima de obras admirables, cuyo estudio, para hacerlo a conciencia, ocuparía largos años de la vida de un hombre inteligente y bien preparado para emprenderle: no hablémos, porque Heredia no pudo “anticiparse a su tiempo;” y hallándose donde se hallaba no pudo tampoco tener noticias, dadas la escasez y la dificultad de los medios de comunicación *intelectual* de aquel entonces, de los esfuerzos y trabajos que hacían algunos contemporáneos suyos verdaderamente ilustres. Pero sí creo,—la verdad sea dicha,—que con las mismas fuentes históricas conocidas en tiempo de Heredia, y que él ciertamente no ignoraba, podía haber compuesto con mayor amplitud esta parte—que debió ser interesante e importante—de su obra, parte a la cual no dió importancia alguna, con lo cual le negó y quitó todo interés.

Prescindamos, pues, del Egipto, para cuyo estudio, aparte de la Biblia y de las escrituras antiguas, tenemos centenares de libros y folletos, en que Maspero, Tiele, Lenormant, Ráwlison, Wilkinson, Ebers, Mariette y no pocos egiptólogos más, nos han dicho cuanto de él se puede saber, según el propio testimonio de los egipcios; el cual testimonio dió a conocer en 1822 el insig-

ne Champolión, que alcanzó por estupendo saber e ingenio a descifrar los geroglíficos famosos, y con ello abrió ese mundo al estudio de los sabios europeos y americanos; prescindamos de los caldeos, con no menor empeño y fruto estudiados, desde que se descifró la escritura cuneiforme que ellos usaban (y evitaré en adelante citar nombres de los cultivadores de "cada rama," porque fácilmente puede darse con los más distinguidos en cualquier manual de Historia Universal); prescindamos de los chinos, de cuya historia nos dan menuda noticia libros modernos que, a partir de 1776, en que aparecieron las célebres *Memorias de los misioneros de Pekín*, se han publicado en considerable número; prescindamos de los arias y sus ramas, lo que equivale a prescindir de los orígenes de los actuales pueblos europeos, y, por lo tanto, de los civilizados de América; estudio éste de la historia de los arias, indios e iranos que puede hacerse en nuestros días en multitud de obras (se cuentan por centenares), en las que se han apurado todos los recursos de la maravillosa ciencia moderna para dar cumplida cuenta de la procedencia y vicisitudes de tales pueblos, empresa ardua y que pasma; de no menor vigor intelectual, si no le alcanza mayor, que los asombrosos descubrimientos e inventos que se hayan realizado en las artes y ciencias en que se fundan las industrias todas. Y después que se haya

prescindido de todo esto, ¿qué resta de la historia antigua? Resta bastante ciertamente; todo lo que Duruy llama "historia griega" e "historia romana;" pero, aunque mucho fueron los griegos y mucho los romanos, trunca queda la Historia sin el estudio de los pueblos orientales, y nada excusará, nada podrá excusar, omisión como la de no estudiarlos en un tratado para la enseñanza, si no con detención verdadera, dedicándoles la atención mayor posible en un libro elemental. Y si las más de las investigaciones hechas acerca de la historia de los pueblos orientales y los más de los conocimientos—frutos de esas investigaciones—que hoy se alcanzan, son posteriores a la obra de Heredia y aún a la vida misma de su autor ilustré, bien conoció éste los libros de los historiadores latinos y griegos, que le suministraban datos suficientes para resumir siquiera la historia de los pueblos dichos, con la deficiencia, naturalmente, originada del desconocimiento de las novísimas fuentes históricas, cuya aparición y conocimiento han *renovado*, punto menos que totalmente, el período llamado oriental.

* * *

A setenta ascienden las páginas dedicadas a la historia de Grecia, que comprende diecinueve

lecciones, de las cuales en catorce se consignan hechos y en las cinco restantes se filosofa sobre aquéllos, y se estudian las artes griegas, y los poetas, historiadores y filósofos helénicos.

Estimable es el resumen este, porque está acertadamente compuesto; aunque en nuestros días, después de la *Historia de Grecia*, por Grote y la *Historia Griega*, de Curtius, a las que han precedido y seguido numerosos estudios, algunos dignos de ser calificados de monumentales, como lo han sido ya ambas *Historias*, parezca hasta *infantil* (ciencia en mantillas) un trabajo, aunque sea hecho a conciencia, que se reduce a ser epítome o resumen de Herodoto, por ejemplo. A bien que de esto no tuvo culpa Heredia.

Cabe decir lo mismo de las veinticuatro lecciones en que nuestro autor nos da cuenta de los orígenes, vida, desenvolvimiento, grandeza y decadencia, literatura, filosofía y costumbres del pueblo romano; porque no se halla en ninguna de ellas indicio de que conociese los trabajos de Niebuhr, cuya *Historia Romana* se publicó en 1811, y nos cita sólo a Dionisio Halicarnaso y á otros autores antiguos, estimables, sin duda, pero cuyo conocimiento no basta para conocer la historia del pueblo rey; historia rehecha ya, gracias a la colosal labor efectuada por el célebre historiador expresado, y por el cien veces ilustre Mommsen y la pléyade de sabios que han

seguido las huellas de entrambos, los cuales hicieron estudio concienzudo de los escritores antiguos y de los monumentos, sometidos aquéllos y éstos a la más escrupulosa crítica. Cuanto a los escritores modernos que menciona Heredia en la lección L, titulada: "Método de estudiar la historia antigua," olvidados están por su insignificancia, como Millot y Turselline, de quienes nadie hace ahora el más mínimo caso; pero las nueve páginas que nuestro autor consagra a este asunto revelan el cuidado exquisito que en la redacción de la obra puso y me confirman en la idea de que, si se hubiera dedicado con mayor consagración al estudio de la historia, y, sobre todo si hubiese alcanzado tiempos más avanzados, habría producido un tratado verdaderamente notable, porque cualidades tenía para ello.

* * *

La "Historia Antigua" termina, según Heredia, al aparecer las *naciones góticas*, las cuales estudia en dos lecciones, en que analiza sus costumbres, leyes y gobierno, antes de su establecimiento en el imperio romano y después que se establecieron en él.

Salta de aquí nuestro autor a la Arabia, cuyo estudio constituye la lección primera de las

ochenta y ocho que dedica a la "Historia Moderna," y a seguida trata de los francos, de la Iglesia, de los anglo-sajones, españoles, alemanes, suizos y turcos; todo de manera muy compendiosa sin determinar bien los orígenes de los pueblos y preocupado sólo con señalar los sucesos capitales, por lo cual no puede darse el leyente exacta cuenta de este período tan extenso e importante de la Historia. Pero ya cuando llega al siglo XVI, el autor se detiene y el compendio acrece considerablemente en importancia: los descubrimientos, singularmente el del Nuevo Mundo; las luchas religiosas; las guerras de conquista, particularmente las que tuvieron por teatro el continente americano; las luchas políticas, con especialidad la Revolución británica; "las guerras de independencia",—y no hay que decir que tuvo particular cuidado en la de América:—todo está habilidosamente resumido y no se advierte falta de consideración. No escasean los juicios históricos, expuestos con mesura y tino, y aún el estilo y el lenguaje me parecen en toda esta parte dignos de mayores alabanzas, que los que podrían merecer en el resto de la obra. Hasta se ocupa de China, Japón y India,—bien que no sea el lugar más oportuno ni el generalmente seguido, y sean también deficientes, a ojos vistas, las fuentes que han conocido para trazar esas páginas.

Pero, a la postre, resulta meritorio el esfuerzo y digno, por ello, de encomio.

* * *

Al terminar la obra, Heredia recuerda a Cuba, que ‘nos presenta—dice—a los sabios filósofos Varela y Saco.’ Retrespo—agrega—ha escrito la historia de su patria, Colombia, en cuyo parnaso brillan los nombres de Bello, Madrid y Olmedo. “*Si la posteridad concede lugar entre ellos como poeta al autor de estas lecciones, dirá que Cuba fué su patria*”.

Dulce y amoroso recuerdo tuvo de ella el insigne compatriota cuando quiso acabar su obra con estas palabras, tan dignas de ser conocidas. Por amor a su patria quería el gran Heredia, como se advierte fácilmente del contexto de ellas, que, si alcanzaba nombradía, se supiera que era cubano; y Cuba le ha proclamado y proclama una de sus glorias más legítimas y puras, no sólo por lo que *es* como poeta, sino por lo que *fué* como hombre: noble y puro, en él valió más el hombre que lo que valió el poeta, con valer éste tanto; y si el oscuro escritor que firma estas líneas exhuma en estos párrafos,—sin calma, pero gustosamente escritos,—las olvidadas *Leciones de Historia Universal del ciudadano JOSÉ MARÍA HEREDIA*, en que, si se observan

yerros de poca monta, nacidos principalmente del estado de los conocimientos históricos en aquella época, se notan, en cambio, las disposiciones felicísimas de su preclaro autor por el cultivo de la ciencia y sus grandes dotes de escritor didáctico; si tamaña empresa ha acometido quien esto escribe, su devoción sin límites al cantor inmortal del Niágara se la ha inspirado, y con ella, el celo por su gloria, el gusto de revivir (si cabe decirlo en cierto modo) el recuerdo del vate, y el patriótico empeño de que se conozcan *íntegramente* personalidades como la de aquél, por casi todo el mundo tenido sólo por poeta, como si no hubiera sido prosista de nota, jurisconsulto e historiador; empeño patriótico que inicia, en lo que respecta a Heredia, con el desmedrado estudio a que, temeroso de pecar de cansado, da aquí punto final.

JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Diciembre de 1899.

**A LA INTERESANTE
JUVENTUD MEXICANA**

AFECTUOSAMENTE DEDICA

ESTAS LECCIONES,

EL AUTOR.

Advertencia

Convencido profundamente de que es importantísimo a la juventud el conocimiento de la historia, he lamentado siempre la falta de un libro elemental en nuestro idioma que pudiera servir de texto a un curso de este ramo. Hallándome en los Estados Unidos del Norte ha seis o siete años, vinieron a mis manos los Elementos del profesor Tytler, que se usan en los colegios de aquel país, y emprendí con gusto su traducción para hacer este obsequio al mío.

Empero, no tardé en conocer que si mi trabajo había de ser útil, era necesario refundir aquella obra. Tytler, como buen inglés, y que escribía para los jóvenes de su tierra, da a la historia británica una preferencia poco racional

sobre la de los otros reinos de Eurôpa, de los que se olvida, o habla muy ligeramente. Además, sus Elementos sólo alcanzan al reinado de Luis XIV, y era preciso completar el cuadro interesantísimo del último siglo y el tercio del presente que va corrido, en cuyo período han ocurrido sucesos de inmensa importancia e incalculable influjo sobre la suerte futura del género humano.

Por lo mismo, en la historia antigua casi no he hecho más que seguir a Tytler, haciendo las alteraciones convenientes para corregir inexactitudes o salvar omisiones que no pudo evitar en un trabajo tan vasto y difícil. En la Historia moderna me he tomado con él aún mayores libertades. Para el período en que me ha faltado su dirección, he procurado acercarme a la dichosa facilidad y concisión de su estilo, y consultado infinidad de libros de los que me han parecido mejores.

Debo, pues, creer que no hay en nuestro idioma una obra como la presente, cualesquiera que sean sus defectos. No ignoé al emprenderla que de ella me resultaron más afanes y disgustos que provecho ni gloria. Mas mi objeto

ha sido ser útil de algún modo a mi patria odoptiva, y espero que ella acogerá mis tareas como un tributo de mi amor y agradecimiento.

Al concluir esta advertencia, debo también manifestar mi respetuosa gratitud a los dignos gobernadores de los Estados de México y Zacatecas, D. Melchor Múzquiz y D. Francisco García por su generosa protección a mi empresa. Estas lecciones acaso no hubieran visto la luz pública, sin el favor de estos ilustres ciudadanos, que emplean dignamente la suprema autoridad en promover la ilustración, única fuente de la moralidad y ventura de los pueblos.

Toluca 25 de Noviembre de 1831.

Introducción

“La Historia”, según Dionisio de Halicarnaso, “es la filosofía enseñando con ejemplos”. Todas las leyes de la moral y reglas de conducta se prueban por la experiencia, y se someten constantemente a su examen. La historia, que añade a nuestra experiencia un tesoro inmenso de la ajena, nos da pruebas innumerables para verificar todos los preceptos de la moral y la prudencia.

Además de estas ventajas que son generales, tiene varias especies de utilidad para las diferentes personas que la estudien, según su rango en la sociedad, y las ocupaciones a que dediquen su vida; e interesando la curiosidad, combina el agrado con el provecho.

En un país libre, todo hombre que tenga una educación regular, debe poseer en cierto

grado la ciencia política, y la historia es su grande escuela. Ella nos descubre los resortes de los acontecimientos humanos; las causas de los progresos, engrandecimiento, revoluciones, decadencia y ruina de los Estados; nos muestra la influencia recíproca del gobierno y de las costumbres nacionales; disipa las preocupaciones, fomenta el amor a la patria, y nos enseña los medios más a propósito de serla útiles; nos prueba a la vez los bienes de la unión política, y las miserias y peligro de las facciones, que al fin ponen a un pueblo en la alternativa fatal de abandonarse a la anarquía, o sufrir el yugo vergonzoso y atroz de un déspota.

Es necesario, empero, que se estudie la historia bajo un plan regular, pues acaso no hay ciencia que con más facilidad pueda pervertirse. Algunos la toman por un pasatiempo estéril; otros alimentan con ella su vanidad, y otros, en fin, la usan para sostener preocupaciones de partido y fomentar el fanatismo político. Aun para los que la estudian con las mejores intenciones, es peligroso emprenderlo sin guía, porque ninguna ciencia se ha metodizado menos. Las fuentes de las preocupaciones son infinitas, y no debe abandonarse a la juventud sin dirección entre las representaciones falsas, parciales y contradictorias de los historiadores. Además de la importancia de poder distinguir entre lo ver-

dadero y lo falso, la atención sólo debe dirigirse a verdades útiles. Es muy peligrosa la lectura de memorias, colecciones de anécdotas, &, porque muchas de estas obras ofrecen las pinturas más depravadas, debilitan la confianza en la virtud, y presentan la naturaleza humana bajo el aspecto más desfavorable y odioso.

Hay muchas dificultades en la formación de un plan de estudio, y mayores se encuentran cuando se quiere dar una idea instructiva de la historia general. La utilidad debe combinarse con el pasatiempo, debe chocarse con precauciones, consultarse la variedad de los gustos, pesar de las opiniones políticas, y juzgar y decidir sobre puntos vivamente disputados. El que proponga este plan, debe tener a la vez firmeza de carácter y moderación de sentimientos. En muchos casos tendrá que desentenderse de la popularidad, y sacrificarla al testimonio de su conciencia. Debe desatender toda consideración parcial e inferior, y dirigir exclusivamente sus miras al fin que debe tener la educación, a formar hombres de bien y buenos ciudadanos.

El objeto de estas Lecciones es bosquejar una pintura progresiva del género humano desde los primeros tiempos de que tenemos noticias auténticas hasta nuestros días: delinear el origen de los estados e imperios, los grandes contornos de su historia, las revoluciones que han

experimentado, las causas que han contribuido a su progreso y engrandecimiento, y las que han causado luego su decadencia y ruina. Para conseguir estos objetos, ha sido preciso fijar la atención en las costumbres de las naciones, sus leyes, la naturaleza de los gobiernos, su religión, sus adelantos intelectuales y sus progresos en las artes y ciencias.

Plan de este curso

Se han seguido métodos opuestos al dar lecciones académicas de historia: el uno presenta un orden cronológico estricto de acontecimientos: el otro una serie de indagaciones sobre varios puntos de derecho público y doctrinas de política, ilustradas con ejemplos de la historia antigua y moderna. Ambos métodos tienen sus defectos. El primero sólo ofrece una árida crónica de acontecimientos, sin más conexión entre sí que la del orden del tiempo; el otro es insuficiente para desempeñar los fines más importantes de la historia, que son desentrañar las causas de los efectos, descubrir los resortes de las acciones humanas, desenvolver los progresos de la sociedad, y los del engrandecimiento y ruina de

los estados y de los imperios; finalmente, si confinamos la historia a dar ejemplos para doctrinas políticas, perderemos su efecto como escuela de moral.

En las lecciones siguientes tomamos un término medio entre estos extremos, y procuraremos remediar la imperfección de los dos, uniendo las ventajas de cada uno de ellos.

A la vez de atender a la cronología en cuanto es necesaria para mostrar los progresos del género humano en la sociedad, y dar ideas justas del estado del mundo en todos los diferentes siglos a que se extiende la historia auténtica, atenderemos más a la conexión de los *asuntos* que a la del *tiempo*, al delinear el engrandecimiento y ruina de los imperios y sus revoluciones. Por eso no empleamos el método común de dividir la historia general por épocas o eras.

Si examinamos el mundo en cualquier período de la historia antigua o moderna, observaremos generalmente una nación o imperio predominante a quien todos los demás aparecen subordinados, y a cuya historia pueden referirse por una conexión natural los principales sucesos que se hallan en los anales de las otras naciones. Nos proponemos presentar a la vista como objeto principal, este imperio predominante, delinear con mayor cuidado su historia, y

tocar las otras sólo incidentalmente, cuando tenga conexión natural con ella.

La historia de los Judíos no entra en el plan de estas lecciones, porque pertenece a otro ramo de educación; aunque a veces ocurrimos a los libros sagrados por hechos que ilustran las costumbres de las naciones antiguas. Sin embargo, la hemos compendiado en un apéndice, para que otros lectores no hallen este vacío en nuestro curso.

Entre las naciones del mundo antiguo, los Griegos son el primer pueblo que hace figura distinguida, y cuya historia es auténtica al mismo tiempo.

Los Griegos debieron su civilización a los Egipcios y Fenicios; por consiguiente se introduce propiamente a la historia griega con una breve idea de estas naciones, y de sus rivales los Asirios, que vencidos al principio por los Egipcios, fueron después sus vencedores.

Progresos de los estados independientes de Grecia, y constituciones singulares de las dos grandes repúblicas de Esparta y Atenas.

La guerra entre Grecia y Persia motiva una corta relación de los períodos anteriores de la historia de la última nación, de los progresos de la monarquía Persiana, naturaleza de su gobierno, sus costumbres y religión.

Se continúa la historia griega por todas las

revoluciones de aquella nación, hasta su reducción a provincia romana.

Reflexiones políticas aplicables a la historia de los estados de Grecia. Progresos de los griegos en las artes. Poetas, historiadores y filósofos griegos.

Roma, después de la conquista de Grecia, es el principal objeto de atención.

Origen de los Romanos. Naturaleza de su gobierno en tiempo de los reyes. Sustitución fácil de la dignidad consular a la real. Mudanzas subsecuentes en la constitución. Progresos hacia la democracia. Extensión de las armas romanas. Conquista de Italia. Guerras con las naciones extranjeras.

Las guerras Púnicas dan lugar a que se presente una idea colateral de la historia de Sicilia y de Cartago.

Triunfos de las armas romanas en Asia, Macedonia y Grecia. Opulencia de Roma, nacida de sus conquistas, y corrupción consiguiente de sus costumbres. Guerras civiles, y ruina de la república.

Particularidades que muestran el genio y espíritu nacional de los Romanos. Su educación, leyes, carácter literario, arte de la guerra, costumbres públicas y privadas.

Roma bajo el gobierno de los emperadores. Política astuta con que los primeros emperadores

disfrazaron su autoridad arbitraria. Decadencia del carácter ambicioso de los Romanos. Su fácil sumisión a la pérdida de la libertad civil. Los emperadores abaten de propósito el espíritu militar. El imperio dividido se hace un cuerpo lánguido, sin vigor interno. Las naciones Góticas se precipitan del Norte al Mediodía. Los Herulos, Ostrogodos y Lombardos conquistan sucesivamente a Italia. Extinción del imperio de Occidente.

Las costumbres, carácter, leyes y gobierno de las naciones Góticas forman un objeto importante de indagación, por su influjo en las costumbres y política de los reinos europeos modernos.

En la historia moderna se nota más falta de unidad: la escena se muda con más frecuencia; naciones que por algún tiempo atraían la atención principal, quedan luego subordinadas, y al fin vuelven a tomar su rango primero. Con todo, se ha seguido el mismo plan que en la historia antigua: la escena sólo se ocupa a la vez con un objeto grande, y superior a los demás, sin tratar de éstos sino cuando tienen una conexión visible con aquel.

A la caída del imperio de Occidente, los Sarracenos son los primeros que se distinguen por la extensión de sus conquistas y el esplendor de su dominación.

Mientras los Sarracenos extienden sus armas en Oriente y en Africa, funda Carlo Magno un nuevo imperio de Occidente. Principio y progresos de la monarquía de los Francos. Orígen del sistema feudal. Estado de las costumbres, gobierno, artes, ciencias y literatura de Europa en tiempo de Carlomagno.

Examinaremos los restos del imperio Romano en Oriente, como objetos secundarios de atención, y también las conquistas y establecimientos de los Normandos; la fundación y progresos del dominio temporal de la iglesia de Roma, y la conquista de España por los Sarracenos. Breve idea de la historia anterior de España.

La conquista de Inglaterra por los Normandos, llama la atención a la historia de la Bretaña. Breve reseña de la historia Británica desde sus primeros períodos hasta el fin del gobierno Anglo-Sajón. Observaciones sobre el gobierno, leyes y costumbres de los Anglo-Sajones.

Ojeada sobre los reinos continentales de Europa en los siglos IX, X y XI. Francia bajo la dinastía de los Capetos. Conquistas de los Normandos en Italia y en Sicilia. Estado de los reinos septentrionales de Europa. Imperio de Oriente. Imperio de Alemania. Disputas de supremacía entre los emperadores y los papas. Progresos de la constitución británica.

Unión de todos los reinos de Europa en las cruzadas. Breve relación de estas empresas. Efectos morales y políticos de las cruzadas en las naciones de Europa. Origen de la caballería, y principio de las ficciones novelescas.

Bosquejo del estado de las naciones Europeas después de las cruzadas. Principios de la casa de Austria. Decadencia del gobierno feudal en Francia. Establecimiento de las Repúblicas Suizas. Desórdenes de la Santa Sede. Concilio de Constancia.

El estado de Oriente en este período presenta objetos del mayor interés. Las conquistas de Tamerlán y los esfuerzos de Escanderberg retardan por algún tiempo los progresos de las armas otomanas. Los Turcos prosiguen sus victorias, mandados por Mahomet el Grande, hasta la extinción total del imperio de Constantinopla. Constitución y política del imperio Turco.

Francia se emancipa del yugo feudal. Ojeada retrospectiva sobre la historia de España, hasta el período en que por la reunión de las Coronas de Aragón y Castilla, y la ruina final del poder de los Moros, se hace una sola monarquía bajo Fernando V e Isabel. Constitución del reino.

Continúa la historia de Inglaterra, que se bosqueja hasta el reinado de Enrique VIII.

El fin del siglo XV es una era notable en la

historia de Europa. La literatura y las ciencias adelantan rápidamente en aquel tiempo, y después de siglos de tinieblas, brillan de repente con asombroso esplendor. Idea de los progresos de la literatura en Europa desde que revivió hasta este período. En la misma época afectan el comercio de todos los reinos europeos los adelantos de la navegación, y descubrimiento que hacen los Portugueses del paso a la India por el cabo de Buena Esperanza.

El siglo de Carlos V une en un solo cuadro los sucesos de Alemania, España, Francia, Inglaterra e Italia. El descubrimiento del Nuevo Mundo, la reforma religiosa en Alemania e Inglaterra, y el esplendor de las bellas artes bajo el pontificado de León X, hacen en este período uno de los más interesantes en los anales del género humano.

La pacificación de Europa por el tratado de Chateaux Cambressis nos permite convertir nuestra atención al estado de Asia. Breve bosquejo de la historia moderna de Persia, y del estado de los otros reinos de Asia, en los siglos XVI y XVII; de los Tartaros y de Gengis-kan. Historia de la India: costumbres, leyes, artes, ciencias y religión de los Hindoos; historia de la China y del Japón; antigüedad del imperio chino, sus costumbres, leyes, gobierno, y estado de sus artes y ciencias.

Conquista de los imperios de México y del Perú. Bosquejo de las costumbres, leyes, artes, religión y gobierno de aquellos pueblos, y de los de las Antillas, con una breve noticia de su historia anterior. Colonias inglesas.

Volviendo a Europa, examinaremos sus reinos continentales en tiempo de Felipe II. España, los Países Bajos, Francia e Inglaterra, presentan un cuadro variado e interesante.

Reinado de Isabel en Inglaterra. Progresos de la reforma en Francia. Turbulento reinado de María Estuard. Prosigue la historia de Inglaterra hasta la última revolución, y allí termina con un bosquejo de la constitución inglesa, y un examen de su naturaleza en aquel período, en quedó fija y determinada.

Historia de los reinos meridionales de Europa hasta fines del reinado de Luis XIV, y de los del Norte hasta Pedro el Grande y Carlos XII de Suecia.

Estado de las artes y ciencias, y progresos de la literatura en Europa en los siglos XVI y XVII.

Francia bajo el Regente y Luis XV.

Inglaterra bajo la casa de Hanover. Austria y Alemania desde la paz de Rastadt hasta la de Aix-la-Chapelle.

España desde la paz de Utrecht hasta la muerte de Carlos III.

Estado de Europa en la paz de Aix-la-Chapelle.

Guerra de sucesión por el imperio de Alemania, o de los siete años.

Revolución de las Colonias Americanas contra la Gran Bretaña, y establecimiento de su independencia.

Austria, desde el fin de la guerra de sucesión, hasta la accesión de Francisco II.

Revolución Francesa. Como este suceso gigantesco afectó a la Europa entera, la historia de todos sus estados está ligada con la de Francia y Napoleón. Siguiendo, pues, particularmente, el hilo de ésta, veremos que atrae naturalmente las demás alrededor de sí.

Estados septentrionales de Europa desde fines del siglo XVII, hasta nuestros días.

Estados meridionales de Europa desde fines del siglo XVII hasta nuestros días.

Historia de la India, y establecimiento del imperio británico en ella.

Tratado de Viena. La Santa Alianza.

Revoluciones de España, Portugal, Italia, Grecia, Francia, Bélgica y Polonia. Cuadro general de Europa de 1815 a 1831.

Estado de las ciencias, artes, religión, leyes y gobierno del mundo civilizado en el siglo XIX.

Historia de la revolución de las Colonias Es-

pañolas en América, y del Brasil, y establecimiento de su independencia.

*
* *

Para no embarazar e interrumpir la narración de los sucesos, y no desatender absolutamente la cronología, se han interpolado las fechas en el texto, colocándose entre paréntesis. Las abreviaturas A. C. significan *antes de la era cristiana vulgar*, y las dos letras A. R., significan el año de la fundación de Roma. En la época posterior a la era cristiana, sólo se expresa el año de la fecha con el correspondiente guarismo.

HISTORIA ANTIGUA

LECCION I

PRIMERAS NOTICIAS AUTÉNTICAS DE LA HISTORIA DEL MUNDO.

1. PENOSA y difícil tarea es la de pintar el estado de la raza humana en los primeros tiempos del mundo. No tenemos datos que nos den ideas positivas sobre él; mas según adelanta el hombre en civilización, y la historia va siendo útil e importante, se aumenta su certidumbre, y abundan sus materiales.

2. Se han formado cálculos diferentes sobre la población del mundo antediluviano, y su aspecto físico. Empero como estas materias más lo son de teoría que de hecho, apenas entran en el círculo de la historia, y además importan muy poco, porque el estado de esos tiempos antediluvianos no pudo influir en los tiempos que los siguieron.

3. Los libros de Moisés dan la historia más auténtica y antigua de los siglos que siguieron inmediatamente al diluvio.

4. Como ciento cincuenta años después de aquella catástrofe, edificó Nemrod (Belo) a Babilonia, y Asur fundó a Nínive, que vino a ser la capital del imperio de Asiria.

5. Nino, hijo de Belo, y su esposa Semiramis, alzaron el imperio de Asiria a su grado más alto de esplendor.

6. Desde la muerte de Ninias, hijo de Nino, hasta la rebelión de los Medos contra Sardana-palos, que forma un período de ochocientos años, hay un vacío en la historia de Asiria y Babilonia, que sólo puede llenarse por medio de conjeturas.

7. Los primeros períodos de la historia Egipcia son tan oscuros como los de la Asiria. Se supone que Menes fué el primer rey de Egipto; éste era probablemente el Misrain de la Escritura, nieto de Noé, o como otros conjeturan, pudo ser el Osiris de Egipto, inventor de artes y civilizador de una gran parte del mundo oriental.

8. Después de Menes u Osiris, parece que Egipto se dividió entre cuatro dinastías, Tebas, Thin, Menfis y Tanis; y que el pueblo había llegado a un grado considerable de civilización. Pero bajo los reyes pastores sobrevino un período de barbarie que duró algunos siglos, hasta el

tiempo de Sesostris, que unió los diferentes principados en un solo reino, arregló su administración con admirable talento, y se distinguió igualmente por su gobierno interior y sus conquistas. (A. C. 1650).

LECCION II

NATURALEZA DE LOS PRIMEROS GOBIERNOS; LEYES, COSTUMBRES, ARTES Y CIENCIAS DE LOS SIGLOS PRIMITIVOS.

1. El gobierno primitivo fué el patriarcal, que subsiste en los períodos más rudos de la sociedad.

Este gobierno pasa fácilmente a monárquico.

Las primeras monarquías debieron necesariamente ser muy débiles, y su territorio muy limitado. La idea de seguridad precede a la de conquista. Al combinar ideas sobre la extensión de las primeras monarquías, nos engaña la voz *rey*, que según las ideas actuales, se une a la de un territorio extenso, y autoridad proporcional. Los reyes en la Escritura no son más que jefes de tribus. Así había cinco reyes en el valle de Sodoma, Josué derrotó en sus guerras a treinta y un reyes, y Adonizedec a setenta.

Cuando aumentándose las familias pasaron a naciones, fué fácil la transición del gobierno patriarcal a monárquico. La dignidad real pasó

probablemente de padre a hijo, y el soberano regía a su tribu o nación por derecho de nacimiento, como el patriarca a su familia.

Las primeras ideas de conquista debieron tener origen en pueblos pastores, que mudando por necesidad de pastos, hicieron probablemente incursiones en el territorio de sus vecinos. Tales fueron los invasores Arabes y Fenicios, que con el nombre de *reyes pastores* conquistaron a Egipto. Empero reinos fundados de este modo poco pudieron durar. Las leyes y sana política, esenciales a la estabilidad de los reinos, son el fruto del refinamiento intelectual, y sólo existen en un estado de sociedad considerablemente adelantado en civilización.

El progreso de la barbarie a la civilización es lento, porque cada paso en él es un resultado forzoso de la experiencia de un error, o el sentimiento fuerte de una necesidad.

2. ORIGEN DE LAS LEYES. Ciertos escritores políticos han supuesto que las leyes penales debieron ser extremadamente suaves en la infancia de la sociedad. Presumo, al contrario, que debieron ser muy severas, porque mientras más bárbaro es un pueblo, más fuertes deben ser los lazos que lo sujeten y contengan, y esta suposición se confirma con la historia que nos conserva las leyes antiguas de los Judíos, Egipcios, Griegos, Romanos y Galos.

Las leyes sobre el matrimonio son de las primeras en todos los estados, porque su institución es contemporánea con la formación de la sociedad. Dícese que los primeros soberanos de todos los estados instituyeron el matrimonio, y las primeras leyes proveyeron a su fomento.

Entre las naciones antiguas el marido compraba a su mujer por dinero o servicios personales. Entre los Asirios las mujeres casaderas se ponían a subasta, y el precio obtenido por las más hermosas se daba en dote a las menos favorecidas por la naturaleza.

Las leyes de sucesión siguen a las del matrimonio. El padre tenía autoridad absoluta para dividir su hacienda. Pero la primogenitura confería ciertos derechos.

Las leyes nacen necesaria e imperceptiblemente de la condición de la sociedad, y el origen de cada ley particular puede encontrarse en el estado de las costumbres o en la emergencia política de que nacieron. De aquí percibimos la íntima conexión que hay entre la jurisprudencia y la historia, y la luz que necesariamente arrojan una sobre otra. El mejor modo de interpretar las leyes de un país es por su historia, y su historia incierta se aclara mejor por sus leyes antiguas.

3. PRIMEROS MÉTODOS DE AUTENTICAR CONTRATOS.—Antes que se inventase la escritura, los contratos, testamentos, ventas, matrimonios,

&c. se celebraban en público. Las historias de los Judios y Griegos lo prueban. Algunas naciones bárbaras autentican sus contratos cambiando símbolos o tarjetas que ajusten unas con otras. Los Peruanos suplían casi todos los efectos de la escritura con hilos anudados de varios colores, que llamaban quipos. Los Mexicanos comunicaban noticias a distancia por medio de pinturas. Otras naciones usaban un modo abreviado de pintar, o geroglíficos. Los Egipcios, antes de la escritura, usaban geroglíficos para transmitir y conservar los conocimientos, y después de la escritura, los empleaban para velarlos u ocultarlos al vulgo.

4. MÉTODOS PARA RECORDAR HECHOS HISTÓRICOS, Y PUBLICAR LEYES.—La Poesía y el canto fueron los primeros vehículos de la historia, y el primer modo de promulgar leyes. Los cantos de los poetas recuerdan mucha parte de la historia antigua, y las leyes de muchas naciones antiguas se componían en verso.

Las piedras, brutas y esculpidas, los túmulos y montones de tierra, son los monumentos históricos de los pueblos bárbaros; así como entre los más refinados lo son las columnas, los arcos triunfales, las monedas y las medallas. Estos monumentos prueban a la vez los progresos de las costumbres y de las artes.

5. INSTITUCIONES RELIGIOSAS.—Entre las pri-

meras instituciones de todos los pueblos están las que se refieren al culto religioso. El sentimiento de la religión está profundamente arraigado en el alma humana. Un salvaje inferirá por sí la existencia de Dios y sus atributos, del orden general y del mecanismo de la naturaleza; y aun sus irregularidades temporales tienden a inspirar veneración religiosa al poder desconocido que la dirige.

Un salvaje, antes de concebir la idea de un ser imperceptible a sus sentidos, lo buscará naturalmente en los objetos que le impongan más, y a que haya debido más beneficios aparentes. Así el sol, que extiende su influjo benéfico sobre toda la naturaleza, y la anima con su calor, fué uno de los primeros objetos de culto. El fuego presentó un símbolo del sol, y los otros cuerpos celestes atrajeron naturalmente su parte de veneración supersticiosa.

El modo simbólico de escribir causó muchas rarezas en la idolatría de las naciones antiguas. Tornáronse dioses los animales, que sólo eran símbolos de los atributos divinos. El mismo Dios, representado por diferentes animales, se supuso que había tomado sus varias figuras. La gratitud y veneración a hombres cuyas vidas habían sido eminentemente útiles, unidas al dogma de la inmortalidad del alma, produjeron la apotheosis de los héroes.

El jefe o monarca ejercía antiguamente el sacerdocio; mas al paso que se extendía el imperio, lo ejerció por medio de sus delegados; éste fué un motivo más de veneración al sacerdocio, y los sacerdotes fueron los autores de las leyes y sus administradores.

6. ARTES Y CIENCIAS DE LAS NACIONES ANTIGUAS. —Las artes útiles son hijas de la necesidad; las ciencias sólo son frutos de la comodidad y desahogo. La construcción de chozas, de instrumentos de guerra o caza, fueron las primeras artes. La agricultura sólo se practicó cuando se asentó en un sitio la tribu, y se definió y aseguró la propiedad,

Las ciencias nacen en una sociedad cultivada, donde sus individuos gozan el desahogo que invita a estudios y especulaciones. Los sacerdotes, mantenidos por el monarca en esta condición, fueron los primeros que cultivaron las ciencias. La sabiduría de los Egipcios se confinó a los sacerdotes. La Astronomía, que fué una de las primeras ciencias, debió probablemente su origen a la superstición. La Medicina fué también de las ciencias primitivas. Todas las naciones bárbaras tienen su farmacia correspondiente a sus necesidades. El lujo, que creó después enfermedades nuevas y complicadas, ha hecho necesario un conocimiento más profundo de la medicina y de la economía animal.

LECCION III

DE LOS EGIPCIOS.

1. De Egipto vino gran parte del saber que alcanzaron las naciones antiguas, y por consiguiente las modernas. Los Egipcios instruyeron a los Griegos, los Griegos a los Romanos, y éstos han transmitido al mundo mucha parte de los conocimientos que hoy poseemos.

2. Debe confesarse que la antigüedad del imperio de Egipto es muy grande, aunque no creamos las crónicas de Manetho. Los escritos de Moisés lo representan como un reino floreciente y bien gobernado cuatrocientos treinta años poco más o menos despues del diluvio. La naturaleza misma del país da una presunción de la gran antigüedad de aquel imperio, y de su temprana civilización. Es probable, por los efectos fertilizadores de las inundaciones del Nilo, que la agricultura debió practicarse allí antes que en otras regiones menos favorecidas por la naturaleza. Las inundaciones periódicas del Nilo se deben tal vez a la condensación de los vapores del Mediterráneo en las montañas de Etiopía.

3. El gobierno de Egipto era una monarquía hereditaria. Leyes constitucionales limitaban las facultades del monarca, mas sin embargo, su autoridad era muy despótica en muchos casos. Las funciones del soberano eran parte civiles y parte religiosas. El rey tenía la dirección principal de todo lo relativo al culto de los dioses, y los sacerdotes, considerados como diputados suyos, ocupaban todos los empleos del Estado. Eran a la vez legisladores y jueces civiles; imponían y cobraban tributos, y arreglaban los pesos y medidas. El gran tribunal nacional se componía de treinta jueces escogidos en los tres departamentos principales del imperio. El soberano pagaba la administración de justicia, y como cada cual respondía por sí mismo, no pesaba sobre el pueblo. Las leyes penales de Egipto eran severísimas, y protegían muy rígidamente la castidad de las mujeres. No se permitían los ritos funerales hasta que un fallo judicial aprobase el carácter del difunto, después de examinar su vida. Aun los soberanos estaban sujetos a este juicio.

Había en Egipto una ley singular sobre préstamos de dinero. El deudor daba en prenda el cuerpo de su padre, y si no cumplía su obligación quedaba éste sin los honores de la sepultura.

Las leyes promovían la población, y cada cual estaba obligado a mantener y educar los hijos que le nacieran de sus esclavos.

4. Las costumbres de los Egipcios se formaron muy pronto: tenían un afecto singular a los usos antiguos, desafecto a toda innovación, y envidia y odio a los extranjeros.

5. Los Egipcios precedieron a la mayor parte de las naciones antiguas en el conocimiento de las artes útiles, y en el cultivo de las ciencias. Muy luego llevaron a gran perfección la agricultura. Los edificios, las pirámides, obeliscos, etc. por la benignidad del clima han sufrido poco daño del tiempo. Plinio describe el modo de transportar los obeliscos. Todo el país abunda en restos de magnificencia antigua. Tebas, en el alto Egipto, fué una de las ciudades más espléndidas del mundo.

Algunos autores suponen que las pirámides se erigieron como novecientos años antes de J. C. Probablemente fueron los monumentos sepulcrales de los soberanos. Los Egipcios creían que la muerte no separaba el alma del cuerpo, y de aquí venía su extremo cuidado en conservar entero el cadáver, embalsamándolo, ocultándolo en cuevas y catacumbas, y protegiéndolo con estructuras tan estupendas. Los viajeros modernos casi han demostrado la suposición de Bruce, de que las pirámides son peñascos labrados en forma piramidal, e incrustados con albañilería donde se ha necesitado.

Los restos del arte en Egipto, aunque vene-

rables por su grande antigüedad, están muy faltos de belleza y elegancia. Los egipcios no sabían construir un arco, y los restos que nos han llegado de su pintura y escultura muestran pocos adelantos en estas artes.

6. Los egipcios poseían conocimientos considerables en geometría, mecánica y astronomía. Habían dividido el zodiaco en doce signos, calculaban los eclipses, y parece que tuvieron idea del movimiento de la tierra.

7. La moral que enseñaban los sacerdotes los sacerdotes era pura y refinada; pero influía poco en las costumbres del pueblo.

8. También la teología y doctrinas secretas de los sacerdotes eran racionales y sublimes; pero el culto del pueblo estaba entorpecido por la superstición más absurda y despreciable.

9. A pesar de la civilización temprana y grandes alcances del pueblo egipcio, su carácter nacional era en extremo bajo y despreciable entre las naciones contemporáneas de la antigüedad. La razón es que eran un pueblo que querían separarse del resto del género humano. Las otras naciones no los conocían por sus conquistas, tenían poca conexión mercantil con ellas y profesaban antipatía a las personas y costumbres de los extranjeros.

10. Había, además, muchas circunstancias en sus propias costumbres que tendían a degra-

darlos en la opinión de las otras naciones. Todas las profesiones eran hereditarias en Egipto, y el rango de cada una de ellas estaba escrupulosamente establecido; los objetos del culto religioso variaban en las diferentes partes del reino, y de aquí nacía una fuente fértil de divisiones y controversias; sus supersticiones peculiares eran de la naturaleza más baja y absurda, y las costumbres del pueblo en extremo libre y desordenadas.

LECCION IV

DE LOS FENICIOS.

1. Los Fenicios fueron una de las naciones que primero se civilizaron en Oriente. Les debemos la invención de la escritura, y las primeras tentativas de la navegación comercial. Los fragmentos de Sanchoniathon son los monumentos más antiguos de escritura, después de los libros de Moisés. Sanchoniathon fué contemporáneo de Josué, como mil cuatrocientos cuarenta años A. C. y quinientos antes de que Teseo uniese las ciudades de Atica.

2. Los Fenicios, (los Canaanitas de la Escritura) eran un pueblo comercial en tiempo de Abraham. En la época de los jueces hebreos habían comenzado a colonizar. Sus primeros establecimientos fueron Chipre y Rodas; de allí pasaron a Grecia, Sicilia, Cerdeña y España, y formaron también establecimientos en la costa occidental de Africa. Los Sidonios tenían un comercio considerable en tiempo de la guerra de Troya.

LECCION V

HISTORIA DE GRECIA.

1. Como la Grecia debió los primeros rudimentos de civilización a los Egipcios y Fenicios, puede servir de introducción a su historia la noticia que se ha dado de estas naciones más antiguas.

2. Las primeras antigüedades de la Grecia están veladas en fábulas; pero escritores eminentes han tratado de ellas desde el tiempo en que empiezan a ser importantes.

3. Los habitantes antiguos de la Grecia, los Pelasgos, Hiantes y Leleges eran extremadamente bárbaros: alzóse una aurora de civilización en tiempo de los Titanes, colonia Fenicia o Egiptia, que se estableció en Grecia en la época de Moisés. Los Titanes dieron a los Griegos las primeras ideas de religión, e introdujeron el culto de sus dioses, Saturno, Júpiter, Ceres, etc. Los siglos siguientes confundieron a los Titanes con los dioses, y de aquí nacieron innumerables fábulas.

4. Inaco, el último de los Titanes, fundó el reino de Argos; (1856 A. C.) y Egialtes, uno de sus hijos, el de Sicione.

5. En el siglo siguiente pasó el diluvio de Ogiges, (1796 A. C.) y entonces siguió un período de barbarie, que duró más de doscientos años.

6. Cecrops, caudillo de otra colonia de Egipto, desembarcó en Atica (1582 A. C.) y emparentando con el último rey, logró a su muerte sucederle en la soberanía. Edificó nueve ciudades, y fué eminente como legislador y político.

7. La historia griega empieza aquí a tener autenticidad por la crónica de Paros, conservada en Oxford entre los mármoles Arundelianos, que fija las fechas de los sucesos más notables de la historia de Grecia, desde el tiempo de Cecrops hasta el siglo de Alejandro el Grande.

8. Cranao sucedió a Cecrops, y en su tiempo pasaron dos hechos memorables, anotados en la crónica de Paros, a saber, el juicio del Areópago entre Marte y Neptuno, príncipes de Tesalia, y el diluvio de Deucalión, abultado y desfigurado por los poetas, fué probablemente una inundación parcial.

9. Si Anfición, contemporáneo de Cranao, fué el fundador del consejo anfictiónico, debió, sin duda tener ideas vastas en política. Este consejo, que fué al principio una liga de doce

ciudades, vino a ser la asamblea representativa de los estados de Grecia, y produjo los efectos políticos más admirables, uniendo la nación, y dándola intereses comunes.

10. Cadmo, como 1519 A. C., introdujo la escritura alfabética de Fenicia a Grecia. Entonces el alfabeto sólo constaba de diez y seis letras, y el modo de escribir era alternativamente de derecha a izquierda, y de izquierda. Desde este período adelantaron los Griegos rápidamente en civilización.

LECCION VI

REFLEXIONES SOBRE LOS PERÍODOS PRIMEROS DE LA HISTORIA GRIEGA.

1. La Grecia continental (*Peleponeso*) es una península vasta, irregular, interceptada con muchas cordilleras de montañas, que separan sus varios distritos, y oponen impedimentos naturales a la comunicación general, y por consiguiente a la civilización rápida. La extremada barbarie de los Pelasgos, que, según se dice, fueron caníbales, y no sabían el uso del fuego, tiene igual entre las naciones bárbaras modernas. Hubo muchas circunstancias que retardaron los progresos de los Griegos hacia el refinamiento social. La introducción de una religión nacional era el medio más propio para remover estos obstáculos. Al recibir los Griegos de extranjeros un nuevo sistema de teología, debieron al principio tener ideas muy confusas de él, y amalgamar naturalmente sus doctrinas y culto con las nociones religiosas que antes poseyeron, y por eso observamos sólo coincidencias parcia-

les de las mitologías Griega Egipta y Fenicia.

2. En los primeros tiempos fué la superstición un característico predominante de los Griegos de aquella época; y del carácter del pueblo entonces, nacieron los oráculos de Grecia, y la institución de juegos públicos en honor de los Dioses.

3. El deseo de penetrar lo futuro y la superstición común a las naciones en estado de rudeza, produjo los oráculos de Delfos, Dodona, etc.

La concurrencia de extranjeros a estos oráculos en ciertas ocasiones, condujo a la celebración de fiestas y juegos públicos.

Los cuatro juegos solemnes de los Griegos, fueron los Olímpicos, los Pitios, los Nemeos y los Istmios. Consistían principalmente en competencia de habilidad en todos los ejercicios atléticos, y los premios eran señales de distinción honorífica. Estos juegos producían excelentes efectos políticos, promoviendo la unión nacional, difundiendo el amor de la gloria, y acostumbrando la juventud a ejercicios marciales. Así fomentaban a la vez un espíritu heroico y supersticioso, que produjo empresas extraordinarias y arriesgadas.

LECCION VII

EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS. GUERRAS DE TEBAS Y DE TROYA.

1. La historia de Grecia trescientos años antes de la guerra de Troya, está entretrejida con fábulas; pero al mismo tiempo contiene muchos acontecimientos que merecen crédito como auténticos. Erecteo, o Erictonio, fué o bien un griego que había estado en Egipto, o el caudillo de una nueva colonia egipcia; cultivó las llanuras de Eleusis, e instituyó sus misterios, a imitación de los juegos egipcios de Isis. Estos misterios eran religiosos y morales, y anunciaban las doctrinas de la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, y un estado futuro de recompensa y castigo. Cicerón habla de ellos con grandes elogios; mas parece que sus ceremonias eran pueriles y ridículas.

2. Teseo puso los fundamentos de la grandeza de Atica, uniendo sus doce ciudades, y dándoles una constitución común. (1257 A. C.)

3. La primera empresa notable de los Grie-

gos fué la expedición Argonáutica, (1263 A. C. según Usher, y 937 A. C. según Sir Isaac Newton). Se supone que esta empresa fué á la vez militar y mercantil, y parece atrevidísima para los tiempos en que se emprendió. Su objeto fué abrir el comercio del mar Euxino, y asegurar algunos establecimientos en sus riberas. El astrónomo Chirón dispuso el plan del viaje, y formó un bosquejo de las constelaciones para el uso de los marineros, fijando con exactitud los puntos solsticios y equinoccios. Newton ha fundado su enmienda de la cronología antigua en un cálculo del orden general de los equinoccios desde aquel período hasta el presente, y en una estimación del término medio de la duración de la vida humana.

4. El estado que tenían en Grecia en aquel tiempo las artes militares puede estimarse por la relación de los sitios de Tebas y de Troya.

En estas empresas eran muy imperfectos y rudos los medios de ataque y defensa. El sitio no pasó de un bloqueo, y duró necesariamente mucho tiempo. La disputa de los hermanos Eteocles y Polinice por la soberanía de Tebas, motivó la guerra que terminó con un combate singular, en el cual murieron ambos.

5. Los hijos de los caudillos muertos en esta guerra, renovando la querrela de sus padres, ocasionaron la guerra de los *Epigonoí*, que,

según se dice, dió asunto a Homero para un poema igual a la Ilíada y la Odisea, que se ha perdido.

6. El pormenor de la guerra de Troya descansa principalmente en la autoridad de Homero, y a pesar del escepticismo moderno, no se le debe negar el crédito de historia verdadera, en cuanto a los hechos principales. Troya fué tomada después de un bloqueo de diez años, (1184 A. C.) y abrasada enteramente por los Griegos, de modo que hoy no queda vestigio alguno de sus ruinas. Desde aquel momento cayó su imperio. Los Griegos formaron una colonia junto al lugar en que había estado la ciudad, y los Lidios ocuparon el resto del reino.

7. En aquel tiempo sólo se hacían expediciones militares en la primavera y el verano, de modo que el invierno era estación de armisticio en un sitio tedioso. Desconocíase absolutamente la ciencia de la táctica militar, y cada batalla era una multitud de combates singulares. El soldado no tenía paga, sino su parte en el botín, que repartían los jefes. Las armas eran la espada, el arco, la javalina, la maza, la hacha y la honda. Las armas defensivas eran un yelmo de bronce, un escudo enorme, una coraza y borceguíes.

LECCION VIII

ESTABLECIMIENTO DE LAS COLONIAS GRIEGAS.

1. La guerra de los Heráclidas empezó como ochenta años después de la toma de Troya. Hércules, hijo de Anfitrión, soberano de Micenas, fué desterrado de su patria con toda su familia, y un usurpador tomó la corona. Sus descendientes volvieron un siglo después al Peloponeso, y venciendo a todos sus enemigos, tomaron posesión de los estados de Micenas, Argos y Lacedemonia.

2. Siguióse un largo período de guerra civil y derramamiento de sangre; y Grecia, desgarrada entre una porción de tiranuelos, padeció a la vez las miserias de la opresión y de la anarquía.

Codro, rey de Atenas, dió un ejemplo singular de patriotismo, consagrándose a morir por su país; sin embargo, los Atenienses cansados de monarquía, determinaron probar una constitución democrática. Medón, hijo de Codro, fué electo primer magistrado, con el título de Arcon-

te. Así empezó la república de Atenas, como 1068 A. C.

3. En aquel tiempo comenzaron los Griegos a colonizar. La opresión que padecían en su país, obligó a muchos de ellos a abandonarlo, y buscar asilo en otras tierras. Un gran cuerpo de Eolios del Peloponeso edificó en el Asia menor doce ciudades, la mayor de las cuales fué Esmirna. Una reunión de desterrados jonios edificó a Efeso, Colofón, Clazomene y otras ciudades, dando a sus establecimientos nuevos el nombre de su país nativo Jonia. Los Dorios enviaron colonias a Italia y Sicilia, fundando en la primera a Tarento y Locres, y en la última a Siracusa y Agrigento. Las metrópolis consideraron a estas colonias como hijas emancipadas; ellas subieron rápidamente a la eminencia y esplendor más alto, rivalizando y superando a sus metrópolis; y el ejemplo de su prosperidad, que se atribuyó a la libertad de sus gobiernos, incitó a los estados de Grecia, oprimidos por déspotas mezquinos, a destruir el gobierno monárquico, y hacer el experimento de una constitución popular. Atenas y Tebas dieron los primeros ejemplos, y los demás estados las imitaron muy pronto.

4. Estas repúblicas infantiles exigían nuevas leyes, y era necesario que se alzase algún ciudadano ilustrado, que tuviese discernimiento para

percibir el sistema de legislación más adaptable al carácter de su patria, habilidad para compilar este sistema, y autoridad suficiente sobre sus compatriotas para hacer que lo adoptasen y sostuviesen. Tales fueron el espartano Licurgo, y el ateniense Solón.

LECCION IX

LA REPÚBLICA DE ESPARTA.

1. Después de la vuelta de los Heráclidas, estaba Esparta dividida entre los dos hijos de Aristodemo, Euristenes y Procles, que reinaban juntos; y esta doble monarquía, trasmitida a los descendientes de ambos, continuó en sus ramas separadas por unos novecientos años. Este principio radical de desunión, o mejor dicho, de anarquía, hizo más sensible la falta de leyes constitucionales. El voto unido de los soberanos y el pueblo escogió a Licurgo, hermano de Polidectes, uno de los reyes de Esparta, para el encargo importante de reformar y modelar de nuevo la constitución de su patria. (884. A. C.).

2. Licurgo instituyó un senado electivo de veinte y ocho miembros, cuyo oficio era conservar un equilibrio justo entre el poder de los reyes y el del pueblo. Nada podía proponerse a la asamblea del pueblo sin el consentimiento previo del Senado; y por otra parte ningún juicio del Senado era válido sin la sanción del pueblo.

Los reyes presidían en el Senado, y eran los generales de la república, pero no podían arrojar-se a ninguna sin el consentimiento de un consejo de ciudadanos.

3. Licurgo fijó en particular su atención sobre el arreglo de las costumbres, y todo su sistema estaba lleno del principio de que "el lujo es la peste de la sociedad". Dividió el territorio de la república en treinta y nueve mil partes iguales, destinadas a cada uno de sus ciudadanos libres. Sustituyó la moneda de hierro a la de oro y plata: prohibió el ejercicio del comercio, abolió todas las artes útiles, y aún las necesarias para la vida, sólo dejó que las ejerciesen los esclavos. Los esclavos y otras propiedades eran comunes. Todos los ciudadanos hacían su comida principal en las mesas públicas. Los manjares eran groseros y parcos: la conversación propia para adelantar a los jóvenes en virtud, y cultivar el espíritu patriótico.

4. La educación espartana rechazaba todos los adornos del entendimiento, y sólo alimentaba las virtudes más severas. Enseñaba los deberes de la religión: obediencia a las leyes: el respeto a los padres: la veneración a los ancianos: honor inflexible: valor indomable: menosprecio de los peligros y de la muerte, y sobre todo, amor a la gloria y a la patria.

5. Empero, la excelencia general de las

instituciones de Licurgo estaba desfigurada por muchas faltas. Las costumbres de las Lacedemonias eran vergonzosamente desenfrenadas. Frecuentaban los baños, y peleaban desnudas en la palestra con los hombres. El robo hacía parte de la educación espartana. Enseñábase a los jóvenes a vencer los sentimientos de la humanidad: se trataba a los esclavos con el rigor más bárbaro, y a veces los mataban por pasatiempo. Las instituciones de Licurgo no tenían otro objeto que formar una nación de soldados.

6. El oficio de los eforos era un defecto de la constitución de Esparta. Estos eforos eran unos magistrados elegidos por el pueblo, cuyo poder, aun que subordinado en algunos puntos, era superior en otros al de los reyes y el Senado.

LECCION X

LA REPÚBLICA DE ATENAS.

1. Cuando se abolió en atenas la dignidad real la mudanza en la constitución fué casi de nombre. El arcontado fué una magistratura perpetua y hereditaria por espacio de tres siglos, y se hizo decenal en 754, A. C. En 648 se empezaron a elegir los arcontes anualmente, y eran nueve con igual autoridad. En todas estas mudanzas el estado estaba convulso, y el pueblo en una situación miserable.

2. Dracón, elevado a la dignidad de Arconte, (624 A. C.) proyectó reformar la constitución de su patria, y creyó contener los desórdenes con la extremada severidad de las leyes penales. Pero sus talentos no correspondían a la obra que emprendió.

3. Solón, ateniense ilustre, de la familia de Codro, fué arconte en 594 A. C. y se le confió el grave encargo de dar a su país nueva forma de gobierno, y nuevo sistema de leyes. Poseía vastos conocimientos, pero carecía de la intrepidez

de genio que necesita un gran estadista. Su carácter era suave y contempORIZADOR; y sin probar la reforma de las costumbres de sus compatriotas, acomodó su sistema a los hábitos y pasiones que entre ellos prevalecían.

4. El pueblo exigía el poder soberano, y lo obtuvo: los ricos pedían empleos y dignidades, y el sistema de Solón llenó sus deseos. Dividió a los ciudadanos en cuatro clases, según su riqueza. Todos los empleos de la república, pertenecían a las tres primeras, compuestas de los ciudadanos más ricos. La cuarta clase, más pobre y más numerosa que las otras tres juntas, tenía igual derecho de votar que ellos en la asamblea pública, donde se formaban todas las leyes, y se decretaban todas las medidas del estado. Por consiguiente, el peso de la última decidía la cuestión.

5. Para regular de algún modo los procedimientos de estas asambleas, y balancear el peso del interés popular, instituyó Solón un Senado de cuatrocientos miembros, aumentando después a quinientos y seiscientos, del cual debían salir todas las medidas, antes que se discutiesen en la asamblea popular.

6. Encomendó al Areópago la guarda de las leyes, y la autoridad de ejecutarlas, con la administración suprema de justicia. También tocaba a este tribunal la custodia de los tesoros

del estado, el cuidado de la religión y una autoridad tutorial sobre todos los jóvenes de la república. El número de sus jueces varió en diferentes épocas, y el requisito esencial para obtener tan alto empleo, era un carácter de pureza inmaculada.

7. La autoridad del Senado y del Areópago imponía algunas restricciones a las asambleas populares; pero como éstas poseían el derecho final de decidir, siempre podían los demagogos ambiciosos dirigirlas a los fines más siniestros. El pueblo estaba dividido continuamente en facciones, y la corrupción cundía por todo el estado. Las medidas públicas, que resultaban de planes interesados de individuos, eran muchas veces tan absurdas como desordenadas. Atenas vió con frecuencia a sus mejores patriotas, a sus ciudadanos más sabios y virtuosos, sacrificados a los más viciosos y perversos.

8. Las leyes particulares de Atenas eran más dignas de elogio que su forma de gobierno. Las disposiciones sobre los deudores y las que arreglaban el tratamiento de los esclavos, eran suaves y equitativas. Pero el vasallaje en las mujeres, o su absoluta sujeción a sus parientes más inmediatos, se acercaba demasiado a la servidumbre. El que proponía una ley que en la práctica resultaba impolítica, podía ser castiga-

do; disposición rigurosa al parecer, pero tal vez necesaria en un gobierno popular.

9. La singularidad más inicua y absurda de Atenas y otros gobiernos de Grecia, era el *ostracismo*, en que todos los ciudadanos escribían en una concha el nombre de la persona más censurable en su opinión, y el que resultaba marcado con más votos, era desterrado por diez años; aunque no estuviese acusado de crimen alguno. Esta institución bárbara y vergonzosa, capaz siempre del abuso más torpe, y generalmente usada para los fines más perniciosos, ha manchado la reputación de Atenas con muchos ejemplos escandalosos de ingratitud pública.

10. Las costumbres de los Atenienses formaban el contraste más singular con las de los Lacedemonios. En Atenas se tenían las artes en la mayor estimación. Los Lacedemonios despreciaban las artes, y a todos los que la cultivaban. En Atenas la paz era el estado natural de la república, y el goce refinado de la vida era el objeto principal de sus ciudadanos. Esparta era solo un establecimiento militar y sus ciudadanos cuando no estaban en guerra, quedaban absolutamente ociosos. El lujo caracterizaba al Ateniense, y la frugalidad al Espartano. Ambos eran igualmente celosos de su libertad, e igualmente valerosos en la guerra. El valor de los

Espartanos procedía de una ferocidad de constitución, y el de los Atenienses del pundonor y anhelo de la gloria.

11. El gobierno de Esparta había adquirido solidez, mientras el resto de la Grecia estaba desgarrado por disensiones intestinas. Atenas, hecha presa de facciones y desórdenes civiles, cedió su libertades a Pisistrato, (550 A. C.) que después de varias mudanzas de fortuna, se estableció firmemente en la soberanía, y ejerció un dominio lleno de munificencia y esplendor; así ganó completamente el afecto popular, y transmitió una corona tranquila a sus hijos Hiplas e Hiparco.

12. Harmodio y Aristogitón emprendieron restablecer la democracia y lo consiguieron. Hiparco perdió la vida en castigo de sus crímenes, e Hiplas destronado, mendigó socorro entre los extranjeros para recobrar la soberanía. Dario, hijo de Histaspes, meditaba entonces la conquista de la Grecia. Hiplas aprovechó las miras de un enemigo de su patria, y Grecia se vió envuelta en una guerra con Persia.

LECCION XI

ESTADO DEL IMPERIO DE PERSIA, Y SU HISTORIA HASTA LA GUERRA CON GRECIA.

1. El primer imperio de los Asirios acabó en Sardanápalo, y sobre sus ruinas se alzaron tres monarquías, Nínive, Babilonia y el reino de los Medos.

2. La historia de Babilonia y de Nínive apenas se sabe. Los Medos, que antes eran tribus independientes, se unieron en una monarquía bajo Deycces. Su hijo Fraortes conquistó la Persia, pero fué vencido por Nabucodonosor I, rey de Asiria, quien le quitó la vida. Nabucodonosor II cautivó a los Judíos, tomó a Jerusalén y a Tiro, y subyugó a Egipto.

3. La historia de Ciro está envuelta en gran incertidumbre, y no es posible conciliar o aplicar a un solo hombre las relaciones diferentes que dan de él Herodoto, Ctesias y Jenofonte. Sucedió a su padre Cambises en el trono de Persia, y

a su tío Ciáxares en la soberanía de los Medos, unió así estos imperios, venció a los Babilonios y a los Lidios, subyugó la mayor parte del Asia menor, y se apoderó de la Siria y de la Arabia.

4. Sucedióle su hijo Cambises, conquistador de Egipto, que sólo se distinguió como tirano y frenético.

5. Después de la muerte de Cambises, eligieron soberano de Persia a Darío, hijo de Histaspes, príncipe de espíritu emprendedor y ambicioso. Aunque no fué feliz en una expedición imprudente contra los Escitas, proyectó y realizó la conquista de la India. Inflamado con el triunfo, meditó invadir la Grecia, y entró cordialmente en los planes de Hipias, que por medio suyo quería recobrar la soberanía de Atenas.

6. GOBIERNO, COSTUMBRES, LEYES, &c. DE LOS ANTIGUOS PERSAS.—El gobierno de Persia era una monarquía absoluta, y por consiguiente la autoridad del soberano era ilimitada, y se reverenciaba como sagrada su persona: sin embargo, la educación que aquellos monarcas daban a sus hijos tenía por objeto inspirarles todas las buenas cualidades que debe tener un soberano.

7. Los antiguos Persas ponían generalmente el mayor cuidado en la educación de la juventud. Los niños desde la edad de cinco años se encomendaban al cuidado de los magos, para que perfeccionasen sus entendimientos y cos-

tumbres. Al mismo tiempo los hacían practicar todos los ejercicios varoniles. Los libros sagrados del *Zendavesta* prometían a todo buen padre el mérito y recompensa de todas las acciones virtuosas de sus hijos.

8. Los primeros Persas se distinguieron por su templanza, su valor y sencillez virtuosa de costumbres, aunque después se dieron con exceso al lujo. Estaban bien ejercitados en el uso de las armas, y mostraban grande intrepidez en la guerra. La costumbre de que las mujeres siguiesen a sus ejércitos en campaña se ha atribuído erróneamente a afeminación, cuando era sólo un resto de sus costumbres bárbaras.

9. El reino de Persia estaba dividido en varias provincias, regida cada cual por un gobernador o sátrapa, responsable de su conducta al soberano. El príncipe en ciertas épocas visitaba sus provincias en persona, corrigiendo todos los abusos, aliviando las cargas de los oprimidos, y fomentando la agricultura y la práctica de las artes útiles. Las leyes de Persia eran suaves y equitativas, y en la administración de justicia reinaba la mayor pureza.

10. La religión de los antiguos Persas es antiquísima. Se conjetura que hubo dos Zoroastros, y que el primero fué fundador de la religión antigua, a quien se atribuyen profecías y milagros: el segundo, reformador de esta misma

religión, fué contemporáneo de Darío, hijo de Histaspes. El *Zendavesta*, o libro sagrado, compilado por el primero, salió mejorado y purificado de las manos del último. Anquetil le ha traducido al francés, y parece que en medio de un montón de absurdos contiene algunas verdades sublimes, y excelentes preceptos de moral. Su teología se funda en la doctrina de los dos principios contrarios, uno bueno y otro malo, llamados Ormusd y Ahrimano, seres eternos, que dividen entre sí el gobierno del universo, y cuya guerra debe durar hasta que hayan pasado doce mil años; entonces el bueno triunfará finalmente del maligno. Seguirá una separación de los adoradores de cada uno: los justos entrarán al goce inmediato del Paraíso; y los malos, después de una purificación limitada por medio del fuego, serán admitidos al cabo a tener parto en los bienes eternos. Debe adorarse a Ormusd en sus mayores obras, que son el sol, la luna y las estrellas. El fuego, símbolo del sol, el aire, la tierra y el agua, tienen también su culto subalterno.

11. La moral del *Zendavesta* se conoce más por el *Sadder*, que es un compendio suyo, formado unos tres siglos ha por los Guebros modernos. Inculca una especie de epicurismo purificado, permitiendo la satisfacción de las pasiones, mientras no se opongan al bien de la sociedad.

Prohíbe igualmente la intemperancia y las mortificaciones ascéticas. Recomienda como preceptos de religión el cultivo de la tierra, el plantío de árboles frutales, la destrucción de animales dañosos, y el riego de una tierra infructífera.

12. Tales fueron los antiguos Persas. Pero su carácter se había mudado mucho antes del período de la guerra con Grecia. Entonces eran ya un pueblo degenerado y corrompido. Atenas acababa de sacudir el yugo de los Pisistrátidas, y apreciaba con entusiasmo su nueva libertad. Esparta olvidó en el ardor del patriotismo todas sus rivalidades, y se unió cordialmente a sostener y defender la patria común. Los Persas en esta contienda no tenían más ventaja que la del número, adversario desigual, si lucha con heroísmo y superiores conocimientos militares.

LECCION XII

GUERRA ENTRE GRECIA Y PERSIA.

1. La ambición de Darío, hijo de Histaspes, exaltada por la venganza, le hizo proyectar la conquista de Grecia. Los Atenienses habían ayudado al pueblo de Jonia en una tentativa que hizo para sacudir el yugo de Persia, y quemaron a Sardis, capital de Lidia. Darío redujo muy luego a los Jonios, y volvió sus armas contra los Griegos, sus aliados. El desterrado Hippias solicitaba ansiosamente la expedición.

2. Después de una intimación insolente para que se le sometiesen, rechazada con menosprecio por los Griegos, comenzó Darío la invasión por mar y tierra. La primera escuadra persiana naufragó al doblar el promontorio de Athos, y la segunda de seiscientas velas, asoló las islas griegas, mientras un ejército inmenso desembarcó en Eubea, y se derramó impetuosamente por el Atica. Los Atenienses lo recibieron

en la llanura de Maratón, y a las órdenes de Milciades lo derrotaron con prodigiosa matanza. (490 A. C.)

3. Atenas pagó a Milciades con la más odiosa ingratitud su esclarecido mérito, señalado tan útilmente en esta gran batalla. Acusáronle de traición, porque no fué feliz en un ataque dado a la isla de Paros, le sentenciaron a muerte, y le conmutaron esta pena en una multa de cincuenta talentos. Como no pudo pagarla, le pusieron en la cárcel, donde murió de sus heridas.

4. Empero, Temístocles y Arístides sostuvieron noblemente en la guerra contra los Persas la gloria de su país ingrato. A Darío sucedió Xerxes, hijo suyo, que heredó la ambición sin los talentos de su padre. Armó, según es fama, cinco millones de hombres para la conquista de Grecia, con mil doscientos buques de guerra y tres mil transportes. Desembarcó en Tesalia, y siguió marchando rápidamente hacia las Termópilas, desfiladero estrecho en el *Sinus Maliacus*. Los Atenienses y Espartanos, auxiliados tan solo por los Tespios, Plateos y Eginetes, determinaron contrarrestar al invasor. Para defender el importante paso de las Termópilas se comisionó a Leonidas, rey de Esparta, con seis mil hombres. Xerxes, después de una vil tentativa de corrupción, le intimó imperiosamente que rindiese las armas. *Ven a tomarlas*, contestó Leonidas.

Por espacio de dos días lucharon los Persas en vano para forzar el paso, y repetidas veces fueron rechazados con gran matanza, más al fin descubrieron una senda oculta, y desde entonces fué ya desesperada la defensa. Leonidas conociendo la destrucción cierta que le aguardaba, mandó retirar sus tropas, a excepción de trescientos compatriotas suyos. Su objeto fué dar a los Persas una idea exacta del espíritu de los enemigos que iban a combatir. Él y sus valientes Espartanos perecieron sobre montones de cadáveres enemigos. (480 A. C.) Alzóse en su honor un monumento en aquel lugar, con la inscripción siguiente, que dictó Simónides: *Extranjero: di a Lacedemonia que aquí hemos muerto, obedeciendo sus leyes.*

5. Desatáronse los Persas sobre Atica. Los habitantes de Atenas, después de asegurar en las islas a sus mujeres e hijos, se embarcaron en su escuadra, abandonando la ciudad, que fué tomada por los Persas, saqueada y abrasada. La escuadra Griega de trescientas ochenta velas fué atacada en el estrecho de Salamina por la Persiana, que subía a mil doscientas. Xerxes presenció desde una altura en tierra la total derrota de su escuadra, y huyó precipitado a la otra parte del Helesponto. Otro revés aguardaba a su ejército: Mardonio, a la cabeza de trescientos mil hombres, fué totalmente desbaratado en Platea

por el ejército combinado de los Atenienses y Lacedemonios. (479 A. C.) En el mismo día destruyeron los Griegos en Micala los restos de la escuadra Persiana. Así acabaron los proyectos ambiciosos de Xerxes, y poco después terminó un asesinato su vida mezquina. Sucedióle en el trono de Persia su hijo Artaxerxes Longimano. (464 A. C.)

6. El carácter nacional de los Griegos estaba entonces en su mayor altura. El peligro común había acallado los resentimientos parciales entre los estados, y los había unido como nación. Empero, estos resentimientos se renovaron con la seguridad. Esparta se opuso mezquinamente a la reedificación de Atenas; y ésta, alzándose con esplendor de sus cenizas, vió con gusto que un terremoto despobló a Esparta, y vaciló en auxiliarla en aquel momento de calamidad y angustia contra una rebelión de sus esclavos.

7. Cimón, hijo de Milciades, después de expeler a los Persas de Tracia, atacó y destruyó su escuadra en la costa de Panfilia, y desembarcando sus tropas, ganó el mismo día a su ejército una victoria señalada. Las astucias de su rival Pericles le suplantaron en el favor público, y sufrió un destierro temporal; mas sólo para volver de él con mayor popularidad, y señalarse más y más en servicio de su ingrata patria. Atacó y destruyó totalmente la escuadra Persiana de

trescientas velas, y desembarcando en Cilicia, completó su triunfo con la derrota de trescientos mil Persas mandados por Megabises. (460 A. C.) Artaxerxes tuvo la prudencia de pedir la paz, y los Griegos se la concedieron en los términos más honrosos para su nación. Estipularon la libertad de todas las ciudades Griegas del Asia, y que las escuadras de Persia no se acercaran a sus costas desde el Euxino hasta el último límite de Panfilia. Los cincuenta años últimos fueron el período de mayor gloria para los Griegos, y debieron toda su prosperidad a su unión. La paz con Persia, que la debilitó, renovó las disensiones entre los estados predominantes, los desórdenes interiores de cada uno, y la flaqueza nacional.

8. El espíritu marcial y patriótico empezó a declinar visiblemente en Atenas. La comunicación con el Asia y la importación de sus riquezas, introdujeron el gusto de las costumbres y lujo asiático. Sin embargo, este espíritu de lujo en los Atenienses recibió la dirección del genio y del gusto: condujo al cultivo de las bellas artes, y el siglo de Pericles fué la era del esplendor más grande y la mayor magnificencia interior de Grecia.

LECCION XIII

SIGLO DE PERICLES.

1. PERICLES gobernó a Atenas con autoridad poco menos que arbitraria, y Atenas pretendía en aquel tiempo al mando de Grecia. Tuvo a los estados aliados suyos en la sujeción más absoluta, y gastó los subsidios que daban ellos para la defensa nacional en magníficos edificios, juegos y fiestas. Los estados tributarios se quejaron amargamente, mas no osaron pedir cuenta de su conducta a aquella república dominadora; y la guerra del Peloponeso, que dividió la nación en dos grandes partidos, obligó a las ciudades inferiores a subordinarse más y más a las predominantes.

2. El estado de Corinto se había incluido en el tratado último entre Atenas y Esparta. Los Corintios hacían la guerra al pueblo de Corcira, colonia antigua suya, y ambas partes solicitaron el favor de Atenas, que se decidió por

los de Corcira. Los Corintios se quejaron de esta medida, no sólo porque la consideraban como infracción del tratado con Esparta, sino porque era contra la regla general de la política nacional, de que ninguna potencia extranjera interviniese en las disensiones entre las colonias y sus metrópolis. Por este motivo estallaron las hostilidades entre Atenas y Lacedemonia, sostenidas por sus respectivos aliados. En Tucídides se halla el pormenor de esta guerra, llamada del Peloponeso, que duró veinte y ocho años, con varia fortuna. Antes de que terminase murió Pericles: fué ornamento magnífico de su patria, pero corrompió sus costumbres. Alcibiades tuvo una carrera semejante, con iguales talentos y ambición, y aun menos pureza de principios morales. En el intervalo de una tregua con Esparta, proyectó inconsideradamente la conquista de Sicilia y habiéndose frustrado la tentativa, le acusaron de traición y le condenaron a muerte. No dudó en vender sus servicios primero a Esparta y luego a Persia, para vengarse de su patria. Finalmente, compró su reconciliación con ella, vendiendo a la potencia que le sostenía, y volvió a ser en Atenas el ídolo de un populo tan versátil como despreciable.

3. La derrota funesta de la escuadra Ateniense en Ægos Potamos, donde triunfó Lisandro, redujo a Atenas a la última estrechidad, y

los Lacedemonios la bloquearon por mar y tierra. La guerra terminó en la sumisión absoluta de los Atenieses, que convinieron en inutilizar las fortificaciones de su puerto, limitar su escuadra a doce buques, y no acometer en adelante ninguna empresa militar sino a las órdenes de los Lacedemonios. (405 A. C.)

4. Este mismo Lisandro, que terminó la guerra del Peloponeso de un modo tan glorioso para Lacedemonia, se ve acusado por la historia de la primer grande infracción de la constitución de su patria, cometida en la introducción de oro en ella. Lisandro abolió en Atenas el gobierno popular, y le sustituyó el poder absoluto de treinta tiranos. Los ciudadanos más eminentes huyeron de su patria opresa; pero al fin reunió Trasíbulo un puñado de patriotas, atacó, venció, y expelió a los usurpadores, y restableció la democracia, afianzándola con la amnistía concedida a los partidarios de los treinta tiranos.

5. Un suceso de aquel tiempo echó más infamia sobre el nombre Ateniese que su humillación nacional; hablamos de la persecución y muerte de Sócrates, que era el modelo de cuantas virtudes enseñaba. Los sofistas, irritados contra él a causa de que exponían su fútil lógica al desprecio público, le acusaron de impiedad, porque se desentendía de las supersticiones populares, elevándose al conocimiento de un Ser

Supremo, criador y conservador del mundo, y a la creencia de la inmortalidad del alma, y de un estado futuro de retribución y castigo. Defendióse con la fortaleza y serenidad que inspira la inocencia, pero en vano: sus juéces eran enemigos personales suyos, y le condenaron a morir envenenado con la cicuta (397 A. C.) Esta iniquidad, que aun horroriza a las almas virtuosas después de veinte y dos siglos, jamás debe olvidarse por la intolerancia fanática y proscriptora.

6. A Darío Noto sucedió en el imperio de Persia su hijo mayor Artaxerxes Mnemón. Su hermano menor Ciro proyectó destronarle, y auxiliado por trece mil Griegos, le dió batalla junto a Babilonia, mas fué derrotado y muerto. El resto del ejército Griego, que constaba de diez mil hombres, hizo a las órdenes de Jenofonte una retirada asombrosa, atravesando más de quinientas leguas de pais enemigo, desde Babilonia a las playas del mar Euxino. Jenofonte escribió una espléndida historia de esta expedición; pero ha pintado a Ciro con colores muy lisonjeros, sin censurar en lo más leve su criminal ambición.

7. Las ciudades griegas de Asia habían tomado el partido de Ciro. Esparta estaba obligada a defender a sus compatriotas, y por consiguiente se envolvió en una guerra con Persia. Si Atenas hubiera agregado sus fuerzas, habrían

podido los Griegos desafiar y arrostrar otra vez el poder del Asia; pero la envidia tuvo divididos a los estados de Grecia, y aun los hizo enemigos, y el oro de Artaxerxes excitó una liga general contra Lacedemonia. Agesilao, rey de Esparta, sostuvo por algún tiempo el honor de su patria, y ganó en Asia algunas batallas importantes; pero en Grecia se perdieron otras, y una derrota naval junto a Cnidos destruyó completamente la escuadra de Lacedemonia. Al fin los Espartanos, para evitar su total destrucción, pidieron la paz y la obtuvieron, sacrificándose a Persia todas las colonias asiáticas. (387 A. C.) Artaxerxes pidió además y obtuvo para sus aliados los Atenenses las islas de Sciros, Lemnos, e Imbros. Tratado vergonzoso, que pinta tristemente la humillación de los Griegos.

LECCION XIV

LA REPÚBLICA DE TEBAS.

1. En tanto que Atenas y Esparta tendían tan visiblemente a su decadencia, la república Tebana salió de la oscuridad, y se alzó por algún tiempo a tal esplendor, que eclipsó a todos los estados contemporáneos. Dividióse en facciones, y un partido sostenía la democracia antigua, mientras otro quería establecer una oligarquía. Este pidió favor a los Espartanos, que aprovecharon la ocasión para opoderarse de la ciudad. Cuatrocientos desterrados Tebanos huyeron a Atenas, buscando protección, y uno de ellos era Pelópidas, que proyectó y realizó la libertad de su patria. Disfrazóse de campesino, en compañía de doce amigos suyos, entró de noche en Tebas, y uniéndose a una reunión patriótica de ciudadanos, sorprendió a los cabezas de la usurpación entre el tumulto de un festín, y les hizo dar muerte. Epaminondas, amigo de Pelópidas.

dividió con él la gloria de esta empresa, y atacando con el auxilio de quinientos Atenienses a la guarnición lacedemonia, la echó del territorio tebano.

2. Siguióse necesariamente una guerra entre Tebas y Esparta, y Atenas fué algún tiempo auxiliar de la primera. Tebas sola arrostró el poder de Esparta y la liga de Grecia; pero Epaminondas y Pelópidas eran sus generales. El último, en medio de su carrera gloriosa, pereció en una expedición contra el tirano de Ferea. Epaminondas, vencedor en las batallas de Leuctra y Mantinea, sucumbió en la última, y con él espiraron la gloria y fuerza de su patria. (363 A. C.) Atenas y Esparta quedaron humilladas en Mantinea. Tebas venció, pero quedó desarmada con la muerte de Epaminondas. Todos estaban cansados de la guerra, y Artaxerxes, más poderoso entre aquellos pueblos infatuados que en sus propios dominios, dictó las condiciones del tratado. Estipulóse que cada estado retuviese lo que poseía, y que los inferiores, que quedaban libres del yugo de los más fuertes, permanecieran de aquel modo.

LECCION XV

FILIPO DE MACEDONIA.

1. Estaba la Grecia en la situación más abyecta. El espíritu de patriotismo parecía enteramente extinguido, y la gloria militar acabada. Atenas había perdido toda su ambición: los placeres del lujo habían suplantado a las virtudes heroicas: los poetas, músicos, escultores, y comediantes eran los grandes hombres de Atica. Esparta, no menos trocada de la severidad de sus costumbres antiguas, y con su poder limitado por la nueva independencia de los estados del Peloponeso; no podía intentar el recobro de su anterior grandeza. Tal era el estado de cosas, cuando Filipo, rey de Macedonia, formó el ambicioso proyecto de dominar a toda la Grecia.

2. Había subido al trono por elección popular, violando el derecho establecido de los herederos más inmediatos de la corona, y aseguró su autoridad venciendo a los Ilirios, Peonios y Ate-

nienses, que favorecían a sus competidores. Unía el artificio y destreza más consumada a grandes talentos militares, y tenía agentes pagados en toda la Grecia, para que dirigiesen a favor suyo las medidas públicas. La política miserable de aquellos estados, envueltos en querellas perpetuas, cooperaba con sus designios. Una tentativa sacrílega de los Foceos para saquear el templo de Delfos, excitó la *Guerra sagrada*, en que tomaron parte todas las repúblicas. Los Tebanos y Tesalienses imploraron el auxilio de Filipo, y comenzó éste las hostilidades con la invasión de Focis, llave del territorio de Atica. El orador Esquines, vendido a Filipo, trató de acallar los terrenos de los Atenienses, atribuyéndole sólo el designio de castigar el sacrilegio y vindicar la causa de Apolo. Demóstenes, con patriotismo ardiente y verdadero, expuso los artificiosos designios del invasor, y con la elocuencia más animada excitó a sus conciudadanos a hacer un esfuerzo vigoroso para conservar sus libertades. Mas le abandonó la fortuna. La batalla de Queronea decidió la suerte de Grecia, y sojuzgó todos sus estados al rey de Macedonia. (337 A. C.) Mas no era político tratarlos como pueblos conquistados. Conservaron sus gobiernos separados e independientes, y él dominaba y dirigía todas las medidas nacionales. Convocó un consejo general de los estados, que le nombró

comandante en jefe de las fuerzas de la nación, y aprobó su proyecto de conquistar la Persia, señalando a cada república los subsidios proporcionales con que debería contribuir al efecto. En vísperas de acometer aquella grande empresa le asesinó Pausanias, capitán de sus guardias, en venganza de un agravio particular. (336 A. C.) Los Atenienses mostraron bajamente la alegría más tumultuaria por la muerte de Filipo: tal vez creían recobrar su libertad, pero esta esperanza visionaria jamás pudo realizarse. El espíritu de la nación ya no existía, y en sus revoluciones subsecuentes no hicieron más que mudar de señores.

LECCION XVI

ALEJANDRO EL GRANDE.

1. Alejandro, hijo de Filipo, le sucedió en el trono de Macedonia a la edad de veinte años, y después de algunas batallas felices contra los estados que se alzaron, obtuvo también el mando de la Grecia. Reunió los diputados de la nación en Corinto, y les comunicó su resolución de realizar los designios de su padre sobre la conquista de Persia.

2. Con un ejército de treinta mil infantes y cinco mil caballos, la suma de setenta talentos y provisiones para un mes, atravesó el Helesponto, y al pasar por Frigia visitó el sepulcro de Aquiles. Dario Codomano, resuelto a destruir de un golpe a aquel joven imprudente, le salió al encuentro en las orillas del Gránico con cien mil infantes y diez mil caballos. Los Griegos atravesaron el río a nado; con el rey a su cabeza, atacaron a los Persas atónitos, y dejaron en el cam-

po veinte mil muertos, poniendo a los demás en desordenada fuga. Alejandro, para quien este primer triunfo era presagio de una larga serie de victorias, despidió su escuadra, y dejó a su ejército en la alternativa de perecer o subyugar el Asia. Prosiguió su camino sin resistencia, hasta que volvieron a atacarle los Persas junto a la ciudad de Iso, en un valle estrecho de Cilicia. El ejército Persa llegaba a cuatrocientos mil hombres, pero su posición era tal, que sólo un corto número podía combatir a la vez, y así fué derrotado cóu espantosa matanza.

3. Después de la batalla de Iso, mostró Alejandro su generosidad en la atención con que trató a la madre, esposa e hijas de Darío, sus prisioneras. Debe confesarse en honor de Alejandro que la humanidad formaba parte de su carácter natural, aunque a veces la sofocaban sus pasiones violentas.

4. La consecuencia de la batalla de Iso fué la sumisión de toda la Siria. El gobernador de Damasco, donde guardaba Darío sus principales tesoros, la entregó al vencedor. Los fenicios se alegraron al verse veugados de la presión que sufrían bajo el yugo de Persia.

5. Hasta aquí había llevado Alejandro con moderación el peso de su prosperidad. *Feliz, dice Curcio, si hubiera conservado esta templanza hasta el término de su vida! Mas aún no*

había envenenado su alma la fortuna. Dirigióse a Tiro, y pidió entrada para ofrecer un sacrificio a Hércules. Los Tirios le cerraron las puertas, y se defendieron noblemente siete meses. Al fin tomó la ciudad por asalto, y cebó su venganza en la carnicería inhumana de ocho mil habitantes. Gaza, defendía gloriosamente por Betís, tuvo una suerte tan deplorable para los habitantes como la de Tiro, y aun más infamatoria al conquistador. Vendiéronse por esclavos diez mil de los primeros, y su valeroso caudillo fué arrastrado por el carro del vencedor, quien se goriaba de que con aquel acto de ferocidad imitaba a Aquiles, de quien se decía descendiente.

6. La toma de Gaza abrió el Egipto a Alejandro, y todo él se le sometió sin oposición. El rumbo que tomó entonces, demostró que no seguía un plan determinado en sus conquistas. Condujo a su ejército por entre las más increíbles fatigas a visitar el templo de *Júpiter Ammon*, a quien llamaba su padre. A su vuelta edificó en la boca del Nilo a Alejandría, ciudad que fué después la capital del bajo Egipto, y una de las más florecientes del mundo. En el curso de sus expediciones fundó otras veinte ciudades con el mismo nombre. Obras como éstas son las que justamente le autorizan al nombre de grande. Con alzar en desiertos aquellas fuentes de pobla-

ción e industria, reparó de algún modo el furor y la asolación de sus conquistas. A no ser por estos monumeotos de su gloria, no hubiera merecido otro epíteto que el de *asesino poderoso*, que le impusieron los bramines de la India.

7. A su vuelta de Egipto, atravesó Alejandro la Asiria, y en Arbela se encontró con Darío a la cabeza de setecientos mil hombres. El persa le había ofrecido la paz, consintiendo en ceder todo el territorio desde el Eufrates hasta el Hellesponto, dar su hija en matrimonio al Macedón, y pagar la enorme suma de diez mil talentos. Alejandro rechazó con altivez tales proposiciones, y sólo ofreció la paz con tal que su enemigo se le entregase a discreción. Los Persas quedaron derrotados en Arbela con pérdida de trescientos mil hombres. Darío huyó de provincia en provincia, hasta que al cabo fué asesinado cruelmente por Beso, uno de sus sátrapas; y el imperio Persa, que había durado doscientos seis años desde el tiempo de Ciro el grande, se sometió al rey de Macedonia. (330 A. C.)

8. Entonces Alejandro, creyendo firmemente que los Dioses le habían destinado la soberanía de todo el globo habitable, proyectó la conquista de la India. Penetró hasta el Ganges, y hubiera salido al Océano oriental, si el valor de su ejército hubiera sido igual a su ambición. Pero sus tropas, que no alcanzaban a ver el fin de

sus fatigas, se negaron a pasar adelante. Volvióse al Indo, y despachó su escuadra a las órdenes de Nearco, para que costease hasta el golfo Pérsico. El marchó con el ejército a Persépolis, atravesando el desierto.

9. Indignado porque halló límites a sus conquistas, se abandonó a los excesos del lujo y de la crápula. La arrogancia de su natural y el ardor de sus pasiones, inflamadas por una intemperancia continua, se exhalaban en los actos más odiosos de crueldad, que en sus cortos intervalos de reflexión tranquila, penetraban su alma noble con los más agudos remordimientos. De Persépolis volvió a Babilonia, y allí murió en un acceso de embriaguez, a los treinta y tres años de su edad, y trece de su reinado.

10 Han apreciado su carácter de varios modos, los más de ellos opuestos y contradictorios. Al paso que algunos le miran como un fusioso afortunado, otros le celebran por la sabiduría, solidez y grandeza de sus ideas políticas. Rara vez se encuentra la verdad en el aplauso o la censura llevados al extremo. Podemos conceder a Alejandro el espíritu y los talentos de un gran genio militar, sin agregarle los planes sobrios de un político profundo. Si examinamos su carácter moral, vemos un natural ingenuo y excelente, corrompido al fin por una larga serie de prosperidades; y observamos un ejemplo terrible de

la fatal violencia de las pasiones, cuando la eminen-
cia de la fortuna las priva de todo freno, y
la lisonja estimula su satisfacción ilimitada.

LECCION XVII

LOS SUCESESORES DE ALEJANDRO.

1. Alejandro moribundo no quiso nombrar sucesor, pero dió su anillo á Perdicas, uno de sus oficiales. Cuando sus cortesanos le preguntaron a quién quería dejar el imperio después de su muerte, respondió: *Al más digno*; y según dicen, preveía las extraordinarias exequias que le preparaba aquel legado.

2. Perdicas, conociendo que sus pretensiones no podían justificar una usurpación directa del gobierno de aquel vasto imperio, hizo una división de todo él entre unos treinta y tres de los principales jefes; confiado en que por medio de sus inevitables disensiones, los reduciría al fin a obedecer su autoridad. De aquí nació una serie de guerras e intrigas, cuyo pormenor carece de instrucción y entretenimiento. Baste decir que su resultado fué la estirpación total de la familia de Alejandro, y una división nueva del

imperio en cuatro grandes monarquías, que cupieron a Tolomeo, Casandro, Lisímaco, y Seleuco. Las más poderosas fueron la de Siria, bajo Seleuco y sus descendientes, y la de Egipto bajo los Tolomeos, Casandro tomó la Mecedonia y Grecia, y Lisímaco la Tracia y la Bitinia.

3. «No podemos», dice Condillac, «fijar la «atención en la historia de los sucesores de Alejandro, aunque presenta a nuestra vista un «gran teatro, variedad de escenas y catástrofes «multiplicadas. Un cuadro disgusta a veces por «su grandeza misma. Perdemos la conexión de «sus partes, porque la vista no puede comprenderlas a la vez. y aún menos placer nos dará «un gran cuadro. si cada uno de sus partes presenta un escena diferente, y sin conexión mutua».

LECCION XVIII

CONQUISTA DE GRECIA.

1. La historia de Grecia desde el período de la muerte de Alejandro deja de ser un objeto de contemplación interesante o agradable. Demóstenes hizo otra noble tentativa para vindicar la libertad nacional, y excitar a los Atenien-ses, sus compatriotas, a sacudir el yugo de los Macedonios. Mas ya era tarde. Los consejos pa-cíficos de Foción se acomodaban mejor al lán-guido espíritu de aquel pueblo tan ilustre en otro tiempo.

2. La historia de las diferentes repúblicas sólo presenta desde aquella época una serie de revoluciones sin interés, con la sola excepción del último esfuerzo que hicieron los estados Aqueos para revivir las libertades espirantes de su país. La república de Acaya era una liga de algunos de los estados menores para vindicar su libertad contra el espíritu dominador de los más

fuertes. Con el título de *Pretor* encargaron el gobierno a Arato de Sicione, jóven de alta ambición, que inmediatamente proyectó librar a toda la Grecia de los Macedonios. Pero la envidia de los estados mayores frustró sus planes. Esparta rehusó ponerse a las órdenes del pretor de Acaya; y Arato, olvidando sus designios patrióticos, sólo pensó en vengarse de los Lacedemonios. Para lograrlo, tuvo la inconsecuencia de solicitar ayuda aun de los Macedonios, de los tiranos que habían esclavizado a su patria. Murió envenenado por Filipo, rey de Macedonia, y le sucedió Filopemen, último héroe de la Grecia.

3. Había llegado ya el período para la intervención de una potencia extranjera, que debía reducirlo todo a su vasta dominación. Ya Roma en aquel tiempo era la más poderosa de las naciones. Los Etolios, atacados por los Macedonios, tuvieron la imprudencia de pedir auxilio a los Romanos, que deseosos de añadir la Grecia a sus dominios, recibieron gratos la solicitud, y prontamente realizaron la reducción de Macedonia. Perseo, su último rey, fué llevado cautivo a Roma, y adornó el triunfo de su vencedor Paulo Emilio. (167 A. C.) Desde entonces fueron los Romanos adelantándose apresuradamente hacia el dominio de toda la Grecia; progreso en que su arte se hizo más notable que su virtud. Lograron su objeto, fomentando disensiones entre los esta-

dos, dirigiéndolas a provecho suyo, corrompiendo a los ciudadanos principales, y usando, en fin, todas las arterias de la política más insidiosa. Sólo les faltaba un pretexto para desenvainar la espada, y este se lo dieron los estados Aqueos, que insultaron a los diputados de Roma, y trajeron sobre sí el resentimiento de los Romanos. Metelo trajo sus legiones a Grecia, les dió batalla, y los derrotó completamente. El cónsul Mumio terminó la obra, y conquistó fácilmente toda la Grecia, que desde entonces quedó reducida a provincia Romana, con el nombre de Acaya. (146 A. C.)

4. Roma había adquirido en sus conquistas un golfo de riquezas, y empezó a manifestar gusto al lujo y espíritu de refinamiento. En ambos puntos fué la Grecia instructora y modelo de sus conquistadores. Por eso, aunque vencida, sus rudos señores la miraron con una especie de respeto.

LECCION XIX

REFLEXIONES POLÍTICAS SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA.

1. Las revoluciones que experimentaron los estados de Grecia, y las situaciones en que se vieron por sus conexiones y diferencias mutuas, y sus guerras con las naciones extranjeras, fueron tan variadas, que su historia es una escuela de instrucción en la ciencia política. La prueba más segura de la falsedad o verdad de principios políticos abstractos, es su aplicación a la experiencia actual, y a la historia de las naciones.

2. La opresión que los estados de Grecia sufrían bajo sus antiguos déspotas, que no estaban sujetos a ninguna limitación constitucional de poder, fué un motivo justísimo para que establecieran nueva forma de gobierno, que les prometía el goce de más libertad. Creemos también que sus virtuosos legisladores arreglaron estas nuevas

formas de gobierno con un espíritu verdadero de patriotismo. Pero en cuanto al mérito real de aquellas fábricas políticas, es cierto que en la práctica estaban muy lejos de corresponder a lo que se esperaba de ellas en teoría. En vano buscamos en la historia de Lacedemonia o de Atenas la bella idea de una república bien ordenada. Las revoluciones de gobierno que estaban experimentando continuamente, las facciones eternas en que se veían embrolladas, demuestran claramente que había un defecto radical en la estructura de la máquina, que excluía la posibilidad de un movimiento regular y seguro. El pueblo en aquellos gobiernos sufría más servidumbre y opresión que los vasallos de las monarquías más despóticas. Los esclavos formaban la mayoría actual de los habitantes en todos los estados de Grecia, y tenían en los ciudadanos amos rigurosos. Como la servidumbre era consecuencia de las deudas, aun en los hombres libres, muchos de ellos estaban sujetos al dominio tiránico de sus conciudadanos. Ni las clases más ricas gozaban por eso de independencia. Perpetuamente estaban divididas en facciones, que se ponían servilmente a las órdenes de los jefes contendientes de la república. Estas partes sólo se mantenían unidas por su corrupción. Así el todo era un sistema de servilismo y abatimiento de espíritu, que nada dejaba libre o ingénuo en la condición de los individuos,

ni nada que pudiese dar motivo de encomio a quien apreciase la dignidad de la naturaleza humana.

Tales fueron las principales repúblicas de la antigüedad. Sus gobiernos prometieran en teoría la felicidad política de sus ciudadanos, pero nunca la dispensaron en la práctica.

«En la democracia», dice el Dr. Fergusson, «deben los hombres amar la igualdad; respetar los derechos de sus conciudadanos; estar contentos con el grado de consideración que puedan proporcionarse con sus talentos; medidos imparcialmente y comparados con las de un rival; trabajar para el público, sin esperanza o provecho, y rechazar toda tentativa para crear una «dependencia personal».

3. Todos los males y la ruína final de las repúblicas Griegas deben atribuirse a dos causas: la imperfección de sus leyes fundamentales en cuanto a la división del poder, y la ignorancia en que estaban de que la justicia y el respeto mutuo, fundado en la igualdad de derechos, son las únicas bases en que descansan sólidamente la existencia y prosperidad de los estados. Ellas, al contrario, guiadas por un espíritu de envidia o ambición, nunca tuvieron otro objeto que el de vejarse y oprimirse mutuamente; y sólo en los momentos angustiados de la invasión de los Persas olvidaron este funesto espíritu que llevó a

Lisandro a Atenas, y a Epaminondas a Esparta, preparando así la Grecia al yugo de Filipo, o del primer rey o pueblo poderoso que hubiera querido echarles cadenas.

4. Sólo en los períodos infantiles de la historia Griega se hallan los ejemplos espléndidos de patriotismo y virtud heroica, que siempre deleitarán con su contemplación las almas ardientes de la juventud incorrupta. La circunstancia más notable que se nos ofrece al comparar los últimos períodos de la historia Griega con los primeros, es la mudanza total en el genio y espíritu del pueblo. El ardor del patriotismo, la sed de gloria militar, y el entusiasmo de libertad, declinaron con la grandeza y opulencia de la nación, y les siguió un entusiasmo de otra especie, y mucho menos digno en su objeto, a saber, la admiración de las bellas artes, una pasión violenta a objetos de gusto y a refinamientos de lujo. Esto nos conduce a considerar a la Grecia bajo el aspecto en que, aun perdida ya su libertad, continuó atrayendo la admiración de otras naciones.

LECCION XX

ESTADO DE LAS ARTES EN GRECIA.

1. No debemos buscar entre los Griegos los mayores adelantos en las artes útiles y necesarias para la vida. Nunca se distinguieron mucho en agricultura, fábricas y comercio. Empero, Grecia superó a todas las naciones contemporáneas en el cultivo de las bellas artes. Sus monumentos que aun nos quedan, son modelos de imitación, y la norma de excelencia, según el juicio de las naciones modernas más civilizadas.

2. Después de la derrota de Xerxes, el espíritu activo de los Atenienses, que de otro modo se hubiera adormecido por falta de objeto, tomó del lujo una dirección nueva, y se desplegó magníficamente en todas las obras de gusto. La administración de Pericles fué una era de lujo y esplendor. Las artes resplandecieron a la vez con un brillo admirable, y la arquitectura, la escultura y la pintura se elevaron a la cumbre de la

perfección. Esta edad de oro de las artes en Grecia duró cerca de un siglo, hasta después de la muerte de Alejandro el Grande.

3. Los Griegos fueron autores del sistema de arquitectura que universalmente se reconoce por más perfecto.

La arquitectura Griega consistía en tres órdenes distintos: el *Dórico*, el *Jónico* y el *Corintio*.

El Dórico tiene una grandeza varonil y un carácter de fuerza superior a los otros dos. Por eso es más propio para obras de gran magnitud y de un carácter sublime, que está esencialmente unido con la pureza y sencillez. De este orden es el templo de Teseo en Atenas, edificado diez años después de la batalla de Maratón, y que hoy subsiste casi entero, y el banco de los Estados Unidos, en Filadelfia.

El orden Jónico es ligero y elegante. El primero tiene una grandeza varonil; el segundo una elegancia delicada. El Jónico también es sencillo, porque la sencillez es un requisito esencial a la verdadera belleza. De este orden eran el templo de Apolo en Mileto, el del oráculo de Delfos, y el de Diana en Efeso.

El Corintio caracteriza un siglo de lujo y magnificencia, en que la pompa y el esplendor se habían vuelto la pasión predominante, pero no habían extinguido aun el gusto de lo sublime

y lo bello. Intenta unir todos los caracteres indicados, pero no satisface a un juicio casto y puro, y sólo agrada a un gusto corrompido.

4. Los órdenes *Toscano* y *Compuesto* son de origen italiano. Parece que la arquitectura Etrusca estaba aliada muy de cerca a la Griega, pero que sólo poseyó un grado inferior de elegancia. La columna de Trajano en Roma es de este orden, menos notable por la belleza de sus proporciones que por la escultura admirable que la adorna. El orden *Compuesto* es lo que su nombre indica; y prueba que los Griegos habían apurado todos los principios de grandeza y belleza en los tres órdenes originales; y que no era posible formar otro, sino combinándolos.

5. La arquitectura Gótica no contradice estas observaciones. El efecto que produce no puede atribuirse a las reglas de simetría o armonía en las proporciones entre las varias partes; sino depende de cierta idea de extensión, tristeza y solemnidad, que son partes importantes del sublime.

6. Los Griegos llevaron la escultura al mismo grado de perfección que la arquitectura. Los restos de la escultura griega son hasta hoy los modelos más perfectos del arte, y los artistas modernos no tienen medio más seguro de llegar a la excelencia que su estudio.

7. La superioridad de los Griegos en la es-

cultura dependió tal vez de la frecuencia con que tenían a la vista la figura humana casi desnuda, y en todas sus varias actitudes, como se verificaba en su *palestra* y en los juegos públicos. Así las estatuas antiguas respiran grandeza unida con una sencillez perfecta, que por sus actitudes no son resultado de una disposición artificial de la figura, como sucede en las academias modernas, sino de la naturaleza libre. Así en el Gladiador moribundo, cuando observamos la relajación de los músculos y la falta visible de la fuerza y de la vida, no podemos dudar que la naturaleza fuese el modelo inmediato que tuvo presente el escultor.

8. Y esta naturaleza era en realidad superior a lo que vemos hoy en la raza ordinaria de los hombres. La práctica constante de los ejercicios gimnásticos daba una conformación más bella al cuerpo que la que puede hallarse hoy en los pupilos viciados de la afeminación moderna, hijos artificiales de la moda y del lujo.

9. Una causa secundaria de la eminencia de los Griegos en las artes era su teología, que daba amplio ejercicio al genio del escultor y del pintor.

10. De la habilidad de los Griegos en la pintura debemos hablar con más desconfianza que de su excelencia en la escultura, porque las muestras que existen de la primera son rarísi-

mas, y las obras que se han conservado no eran probablemente las mejores. Pero a falta de evidencia actual, debemos presumir que los Griegos llegaron a igual perfección en pintura que en escultura; porque si vemos que el asenso universal de los mejores críticos modernos confirma el juicio que los escritores antiguos dieron de su excelencia en escultura, debemos presumir igual rectitud en el que los mismos pronunciaron sobre sus pinturas. Si es recta la opinión de Plinio sobre el mérito de las estatuas que nos quedan, como de la Venus de Praxiteles, y el Laocoon de Agesandro, Polidoro y Atenodoro, no hay motivo de suponer menos puro su gusto cuando celebra el mérito de Zeuxis, Apeles, Parrasio, Protógenes y Timantes, cuyas obras han perecido, y caracteriza críticamente sus diferentes maneras.

11. Las pinturas encontradas en Herculano, Pompeya y el sepulcro Nasoniano en Roma, fueron probablemente obras de artistas griegos; porque los Romanos nunca fueron eminentes en ninguna de las artes subalternas al dibujo. Estas pinturas muestran gran conocimiento de las proporciones y del claro-oscuro, pero descubren ignorancia en las reglas de la perspectiva.

12. La música de los antiguos parece que fué muy inferior a la de los modernos.

13. El genio peculiar de los Griegos en las

bellas artes, extendió sus efectos a las revoluciones de sus estados, e influyó en su suerte como nación.

LFCCION XXI

DE LOS POETAS GRIEGOS.

1. Los Griegos fueron los primeros que redujeron a un sistema los ejercicios atléticos y los consideraron objeto de general atención e importancia. Los juegos Panateneos, y después los Olímpicos, los Pitios, los Nemeos y los Istmios, estaban arreglados por leyes. Contribuían esencialmente a la mejora de la nación; y al paso que sostenían el ardor marcial y promovían la robustez y agilidad del cuerpo, cultivaban también en los ciudadanos la urbanidad y delicadeza del trato social.

2. Los juegos de Grecia no estaban confinados a ejercicios gimnásticos o atléticos, sino que alentaban la competición del genio y del saber. A ellos acudían los poetas, los historiadores y los filósofos.

3. En todas las naciones han precedido las composiciones poéticas a las de prosa. Ferécides

de Sciros y Cadmo de Mileto, que fueron los primeros escritores en prosa que tuvo la Grecia, vivieron trescientos cincuenta años después de Homero. Lo que nos queda de los poetas más antiguos, como Lino, Orfeo, etc., es sospechosísimo. Suponen generalmente que Homero floreció por los años de 907 A. C.; que siguió la profesión de cantor errante, y compuso sus poesías en fragmentos sueltos, canciones separadas y episodios. Pisistrato por el año de 540 A. C. empleó algunos hombres de instrucción en recoger y metodizar aquellos fragmentos, y a esto debemos los poemas completos de la Iliada y la Odissea. El mérito que distingue a Homero es su profundo conocimiento de la naturaleza humana, su fiel y detallada pintura de las costumbres antiguas, su genio para lo sublime y lo bello, y la armonía de sus números poéticos. Han cuestionado su fidelidad como historiador; pero los hechos principales de su narración probablemente son auténticos.

4. Hesiodo fué casi contemporáneo de Homero. Su mérito nos interesaría muy poco si no lo viéramos por entre una antigüedad inmensa. El poema de *las Obras y los Días* contiene algunos preceptos juiciosos de agricultura. La Teogonía es una historia oscura del origen de los Dioses, y la formación del universo.

5. Como dos siglos después de Homero y

Hesiodo florecieron Arquíloco, inventor del verso yámbico; Terpandro, eminente músico y poeta; Safo, de cuyas obras tenemos dos odas exquisitas; Alceo y Simónides, de quienes existen algunos fragmentos bellos, y Píndaro y Anacreonte, que han dejado bastante para que se pueda formar un juicio justo de su mérito.

6. Los antiguos pusieron a Píndaro al frente de los poetas líricos. Poseyó una imaginación ilimitada, y gran sublimidad en sus imágenes; pero sus digresiones son tan rápidas y frecuentes, que no podemos descubrir el hilo de los pensamientos; y hasta Longino confiesa que sus expresiones son muchas veces oscuras e inteligibles.

7. Anacreonte forma el contraste más singular con Píndaro. Su imaginación le sugiere sólo pinturas familiares y agradables. No se alza al sublime y se contenta con ser fácil, gracioso y ligero. Su moral es laxa, y sus efectos poco menos que los de un voluptuoso abandonado.

8. La colección llamada *Antología*, que consiste principalmente en epigramas antiguos, contiene muchas muestras preciosas del gusto y fantasía poética de los Griegos, y contribuye a ilustrar sus costumbres.

9. La era del origen de la composición dramática entre los Griegos fué por los años de 590 A. C. Tespis fué contemporáneo de Solón. En el

espacio de poco más de un siglo subió el drama griego a su perfección, porque Esquilo escribió sesenta y seis tragedias, y por trece de ellas ganó en los juegos Olímpicos el primer premio de poesía dramática. Su genio es sublime, y su imaginación sin límites, en lo que se parece a Shakespeare. Desdeñó la regularidad en los planes, y toda restricción artificial; pero por desgracia desatendió también las de la sana moral, y la decencia.

10. Eurípides y Sófocles florecieron como cincuenta años después de Esquilo. Eurípides es más diestro en pintar la pasión del amor en sus emociones más tiernas y en sus raptos más violentos: con todo, los caracteres de sus heroínas demuestran que no tenía grande opinión de las virtudes del bello sexo. Longino le niega un gran talento para el sublime; pero sus versos con grande elocuencia y armonía, respiran la moral más admirable. Quedan veinte tragedias de Eurípides, y la *Medea* se reputa la mejor de todas.

11. Sófocles dividió con Eurípides la palma de la poesía dramática, y los críticos juzgan que le superó en lo grande y sublime. Sólo nos quedan siete tragedias de ciento y veinte que compuso, y muestran gran conocimiento del corazón humano, y una castidad y sencillez general de expresión, que da mayor fuerza a los rasgos su-

blimes que aparecen de cuando en cuando. El *Edipo* de Sófocles se reputa la producción más perfecta del teatro griego.

12. La comedia griega se divide en *antigua*, *media* y *nueva*. La primera es una sátira licenciosa, y una imitación burlesca de personas verdaderas, que se veían presentadas en el teatro con sus propios nombres. Las leyes reprimieron esta licencia extremada, y produjeron la *media*, que continuó pintando satíricamente a personas, pero con nombres fingidos. La última mejora consistió en desterrar toda sátira personal, y confinar la comedia a la pintura de las costumbres. Esta fué la *nueva*. De la *antigua* nada nos queda. Los dramas de Aristófanes son ejemplo de la segunda o *media*. La grosería de sus burlas, y la malevolencia que muchas veces se las inspiró, son una grave imputación a la moral del pueblo que le toleraba. Con todo, sus obras no dejan de tener mérito, en cuanto ilustran las costumbres antiguas.

13. Menandro fué el astro brillante de la comedia *nueva*; poseía una vena de la agudeza más delicada con la mayor pureza de sentimientos morales. Por desgracia sólo nos quedan de sus obras algunos fragmentos conservados por Ateneo; mas en su copista y traductor Terencio podemos ver gran parte de su mérito.

14. Los actores en los teatros griegos y ro-

manos usaban máscaras, en que estaban pintadas las facciones con rasgos muy fuertes, y cuya boca estaba construída de tal modo, que aumentaba la fuerza de la voz. Es probable que la tragedia y comedia de los Griegos y Romanos estaban puestas en música, y se cantaban, como el recitado de la ópera italiana. A veces se empleaba una persona en recitar o cantar el papel, y otra en hacer la acción o gesticulación correspondiente.

15. Los *mimos* eran parodias burlescas de la tragedia o comedia. Las *pantomimas* sólo consistían en gestos, y llegaron a gran perfección.

LECCION XXII

DE LOS HISTORIADORES GRIEGOS.

1. Los historiadores Griegos más eminentes fueron contemporáneos. Herodoto murió el año 413 A. C.: Tucídides el 391 A. C., y Jenofonte era unos veinte años menor que Tucídides. Herodoto escribió la historia unida de los Griegos y de los Persas desde el tiempo de Ciro hasta las batallas de Platea y de Micala. También trata incidentalmente de los Egipcios, Asirios, Medos y Lidios. En todo lo que él pudo observar por sí mismo, debe confiarse en su veracidad; pero admite con demasiada facilidad las relaciones de otros, y es en general amante a lo maravilloso: su estilo es puro y su locución copiosa.

2. Tucídides, que fué un general hábil, escribió con gran talento la historia de los primeros veinte y un años de la guerra del Poloponeso, y le puso por introducción una breve noticia de los períodos precedentes de la historia de

Grecia. Se le aprecia justamente por su fidelidad y candor. Su estilo contrasta con los períodos llenos y afluentes de Herodoto, y posee una brevedad sentenciosa, que es al mismo tiempo agradable y enérgica. Teopompo y Jenofonte escribieron la historia de los seis años restantes de la guerra del Peloponeso.

3. Jenofonte mandó el ejército Griego al servicio de Ciro el joven en su empresa criminal contra su hermano Artaxerxes. (Véase la lección XIII). Después de perdida la batalla, dirigió Jenofonte la gloriosa retirada desde Babilonia hasta el Euxino, cuya espléndida y fiel relación nos ha dejado. Escribió también la *Ciro-pedia*, o historia de Ciro el mayor, que se cree más bien el retrato ideal de un príncipe perfecto, que una narración verdadera. Continuó la historia de Tucídides, y nos ha dejado dos ensayos políticos excelentes sobre las constituciones de Lacedemonia y de Atenas. Su estilo es sencillo y enérgico; pero la brevedad de sus sentencias oscurece tal vez su sentido.

4. Grecia, ya en su decadencia, produjo algunos historiadores eminentes. Polibio, natural de Megalópolis, escribió cuarenta libros de la historia Griega y Romana durante su siglo; es decir, desde el principio de la segunda guerra Púnica hasta la reducción de Macedonia a provincia romana; pero de esta grande obra solo

están completos los cinco libros primeros con un epitome de los doce siguientes. No tanto merece ser elogiado por su elocuencia como por la autenticidad de sus relaciones y sus reflexiones juiciosas.

5. Diodoro Sículo floreció en tiempo de Augusto, y compuso en cuarenta libros una historia general del mundo, que intituló *Biblioteca histórica*. Sólo nos quedan de ella quince libros; los cinco primeros tratan de los períodos fabulosos, y de la historia de los Egipcios, Asirios, Persas, Griegos, etc., antes de la guerra de Troya. Faltan los otros cinco. Los restantes siguen la historia desde la expedición de Xerxes a Grecia, hasta después de la muerte de Alejandro el Grande. Le acusan de inexactitud cronológica en las primeras partes de su obra, pero nada hay que tachar en la autenticidad y corrección de los últimos períodos.

6. Dionisio de Halicarnaso, eminente a la vez como historiador y retórico, floreció en el siglo de Augusto. Sus *Antigüedades Romanas* contienen muchas noticias importantes, aunque están demasiado marcadas por el espíritu de sistema.

7. Plutarco nació en Queronea de Beocia, reinando Claudio Nerón. Sus *Vidas de hombres ilustres* son una de las obras más preciosas que nos quedan de los antiguos, pues nos hacen co-

nocer el carácter particular y costumbres privadas de las personas eminentes, cuyas hazañas públicas refieren los historiadores. Su moral es excelente, y su estilo, aunque no muy castigado, es claro y enérgico.

8. Arriano escribió en el reinado de Adriano siete libros de las guerras de Alejandro, con gran juicio y fidelidad; pues su narración descansa en la autoridad de Aristóbulo y Tolomeo, dos de los principales subalternos de aquél conquistador. Su estilo carece de adornos, pero es casto, claro y robusto.

LECCION XXIII

DE LOS FILÓSOFOS GRIEGOS.

1. Después del tiempo de Homero y Hesiodo se aumentó el gusto a la poesía, y con tal motivo se levantaron unos hombres llamados rapsodistas, cuya ocupación era recitar en los juegos y fiestas públicas las composiciones de los poetas más antiguos, comentar su mérito, y explicar su doctrina. Algunos de éstos, que fundaron escuelas de instrucción, recibieron de sus discípulos el nombre de *Sofistas*, o instructores en la sabiduría.

2. Tales fundó la escuela más antigua de filosofía, que se llamó la Jónica, (640 A. C.) y fué célebre por sus conocimientos en geometría y astronomía. Apenas se saben sus doctrinas metafísicas: enseñó la ciencia de una primera causa y de una providencia universal; pero supuso que la Divinidad animaba el universo como el alma al cuerpo humano. Las doctrinas mora-

les de la escuela Jónica eran puras y racionales. Los discípulos más eminentes de Tales fueron Anaxíandro y Anaxágoras.

3. Poco después de la secta Jónica estableció la Italiana Pitágoras, que nació por los años 586 A. C. Se supone que sacó de Egipto mucha parte de su ciencia, y tenía, como los sacerdotes Egipcios, una doctrina pública para el pueblo, y otra particular para sus discípulos; la primera ofrecía un buen sistema de moral, y la segunda consistía probablemente en misterios ininteligibles. Sus nociones de la Divinidad eran semejantes a las de Tales; pero creía en la eternidad del universo, y su coexistencia con la Deidad. Enseñó la transmigración de las almas por diferentes cuerpos. Sus discípulos vivían en comunidad, se abstenían rigurosamente de la carne de animales, y estimaban mucho la música, mirándola como correctora de las pasiones. Pitágoras creía que la tierra era una esfera, que los planetas estaban habitados, y que las estrellas fijas eran soles y centros de otros sistemas. Sus discípulos más eminentes fueron Empedocles, Epicarmo, Ocelo Lucano, Timeo y Arquitas.

4. La secta Eleática fué fundada por Xenófanes, como 500 años A. C. Sus principales defensores fueron Parménides, Zenón y Leucipo, ciudadanos de Elea. Las nociones metafísicas

de esta secta eran absolutamente ininteligibles. Sostenían que las cosas no tenían principio ni fin, ni experimentaban mudanza alguna, y que todas las variaciones que veíamos en ellas, sólo estaban en nuestros sentidos. Con todo, Leucipo enseñó la doctrina de los átomos, de los cuales suponía formadas todas las sustancias materiales. De esta secta fueron Demócrito y Heráclito.

5. La escuela Socrática nació de la Jónica. Sócrates, el más sabio y virtuoso de los Griegos, murió el año 401 A. C. El examinó la lógica fútil de los sofistas, que consistía en una serie de argumentos generales, aplicables a toda clase de cuestiones, con los cuales podían sostener los dos extremos contrarios de una proposición con apariencia de razón. Sócrates llevaba siempre a su antagonista a los particulares de la cuestión; comenzaba sentándole alguna proposición innegable; y concedida, seguía con otra igualmente innegable, hasta que paso a paso conducía a su adversario por sus propias concesiones al extremo de la cuestión en que estaba la verdad. Sus rivales perdieron el crédito como filósofos, pero tuvieron bastante influjo para lograr la destrucción del hombre que les había quitado la máscara. En Platón y Jenofonte se halla la doctrina de Sócrates. Enseñó la creencia de una primera causa, tan poderosa como benéfica, creadora y reguladora del universo. Inculcó la agencia mo-

ral del hombre, la inmortalidad del alma, y un estado futuro de recompensa y castigo. Atacó las supersticiones politeísticas de su patria, y por eso fué víctima de una acusación de impiedad. (Véase la Lección XIII párrafo 5).

6. La secta Cirenaica cultivó la moral de Sócrates, pero los Cínicos la llevaron a un exceso extravagante. En su opinión, la virtud consistía en renunciar todas las comodidades de la vida. Se vestían de andrajos, dormían y comían en las calles, o vagaban por los campos, con un palo y un morral. Condenaban como inútiles todos los conocimientos; asociaban la impudencia a la ignorancia, y se abandonaban sin restricción alguna a chocarrerías e invectivas.

7. La secta Megariana fué la inventora feliz del silogismo lógico.

8. Platón fundó la secta Académica: las doctrinas de este filósofo han tenido un influjo más vasto sobre los entendimientos humanos que las de ningún otro de la antigüedad, y lo han debido en parte a su mérito real, y acaso más a la elocuencia con que las desenvolvió su autor. Platón tuvo las ideas más sublimes de Dios y de sus atributos. Enseñó que el alma humana era parte de la Divinidad, y que su alianza con la inteligencia eterna podía adelantarse hasta llegar a comunicarse con el Ser Supremo, si se abstraía de todas las corrupciones que sacaba

del cuerpo; doctrina muy lisonjera al orgullo humano y engendradora del entusiasmo místico, que tan poderoso imperio tiene sobre las imaginaciones ardientes.

9. La filosofía Platónica tuvo por principales oposituras cuatro sectas notables, la Peripatética, la Scéptica, la Estoica y la Epicúrea.

10. Aristóteles, fundador de la secta Peripatética, fué ayo de Alejandro el Grande, y estableció su escuela en el Liceo de Atenas: las opiniones de este filósofo han hallado partidarios más celosos y opositores más empeñados que las de ningún otro. Su *Metáfisica* es oscurísima por la brevedad sentenciosa de sus expresiones, y ha dado margen a infinitos comentarios. Sus obras de *Física* son resultado de una grande observación y conocimiento de la naturaleza: y su *Poética*, y *Arte de Retórica*, muestran a la vez gusto y juicio. La pasión peculiar de Aristóteles fué la de clasificar, arreglar y combinar los objetos de sus conocimientos de tal modo, que se pudiesen reducir éstos a pocos principios; propensión muy peligrosa en filosofía, y que no puede menos de embarazar los progresos de la ciencia.

11. Pirrón fundó la secta llamada Scéptica. Sus discípulos no formaban sistema alguno, sino procuraban debilitar los fundamentos de todos los demás. Inculcaban la duda universal como

a única sabiduría verdadera. En su opinión no había diferencia esencial entre el vicio y la virtud, sino en cuanto los había separado el convenio de los hombres. Suponían que la tranquilidad de espíritu era el estado de mayor felicidad, y que sólo podía alcanzarse mirando con una indiferencia absoluta todos los dogmas u opiniones.

12. Los Estoicos, proponiéndose el mismo fin, la tranquilidad de espíritu, tomaron una senda más noble para llegar a él. Emprendieron hacerse superiores a todas las pasiones y afectos de la humanidad. Creían que toda la naturaleza, y Dios mismo, alma del universo, estaban sujetos a pocas leyes inmutables; y que siendo el alma humana parte de la Divinidad, no podía el hombre quejarse de que le rigiese la necesidad a que cedía la Divinidad misma. Que sus penas y placeres se determinaban por las mismas lezes que determinan su existencia: que la virtud consistía en acomodar la disposición de nuestras almas a las leyes inmutables de la naturaleza, y el vicio en oponernos a ellas: por consiguiente, que el vicio era una locura, y la virtud la sabiduría verdadera. En las Meditaciones de Marco Aurelio Antonino hay una bella pintura de la filosofía estoica.

13. Epicuro enseñó que la suprema felicidad del hombre consistía en el deleite; pero limitó su término de modo que sólo significase la

práctica de la virtud. Empero, si el objeto del hombre debe ser el deleite, cada uno lo sacará de las fuentes que crea más propias para proporcionárselo. Puede ser que el deleite de Epicuro fuese casto y moderado; al menos, así nos dicen que era. Pero otros hallan deleite en la intemperancia y el lujo, y tal fué el gusto de sus principales sectarios. Epicuro creía que la Divinidad miraba con indiferencia todas las acciones de los hombres. Por consiguiente, sus prosélitos no tenían más guía que sus conciencias, y el deseo instintivo de su felicidad.

14. Por la breve reseña que acabamos de hacer, se ve que la filosofía griega en general apenas presenta más que una pintura de la imbecilidad y de los caprichos del entendimiento humano. Sus maestros, en vez de experimentar y observar, se contentaron con formar teorías; y como éstas no tenían hechos por base, sólo han servido para confundir el entendimiento, y retardar igualmente el adelanto de la sana moral y los progresos de los conocimientos útiles.

LECCION XXIV

HISTORIA DE ROMA.

1. Después de la conquista de Grecia, es Roma el objeto que más llama la atención en los tiempos antiguos. La historia de este imperio en sus progresos hacia el dominio universal, y después en su decadencia y ruina, envuelve una relación colateral de todas las demás naciones de la antigüedad que en aquellos períodos merecen consideración.

2. Aunque no podamos determinar la era en que se pobló Italia, tenemos razones para creer que estuvo habitada por una nación culta y refinada muchos siglos antes de que se conociera el nombre Romano. Esta nación fueron los Etruscos, de quienes existen hoy monumentos de bellas artes que acreditan haber sido sus autores un pueblo espléndido, lujoso y muy civilizado.— Su alfabeto, parecido al Fenicio, nos dispone a creerlos de origen oriental. Los historiadores ro-

manos los mencionan como una nación poderosa y opulenta mucho antes del origen de Roma; y Dionisio de Halicarnaso deduce de Etruria la mayor parte de los ritos religiosos de los Romanos.

3. El resto de Italia estaba dividido entre varias tribus o naciones independientes, que comparativamente se hallaban en un estado de rudeza y rustiquez, como los Umbrios, Ligurios, Sabinos, Veientes, Latinos, Equos, Volscos, etc. Lacio, territorio de cincuenta millas de largo y diez y seis de ancho, contenía cuarenta ciudades o estados independientes.

4. El origen de la ciudad y estado de Roma está envuelto en dudas e incertidumbre. Dionisio supone que existieron y perecieron dos ciudades del mismo nombre antes de la que edificó Rómulo. La noticia vulgar de la última es que el año 752 A. C. la fundaron unos pastores o bandidos, y poblaron su nueva ciudad, robándose las mujeres e hijas de los Sabinos, pueblo inmediato.

5. Las principales disposiciones de la constitución de Roma, aunque atribuidas generalmente a los talentos políticos de Rómulo, parece que se fundaron naturalmente en los usos de las naciones bárbaras. Otras instituciones se conoce que nacieron de una disposición positiva, y se calcularon con habilidad política.

6. Se dice Rómulo dividió su pueblo en tres tribus, y cada tribu en diez *curias*. Distribuyó

las tierras en tres partes: una para sostener el gobierno, otra para satisfacer los gastos del culto, y la tercera para el uso de los ciudadanos Romanos, dividida en partes iguales de dos acres a cada uno. Instituyó un senado de cien miembros, que después se aumentó hasta doscientos, a fin de que deliberase y preparase todas las medidas públicas para la asamblea del pueblo, que tenía el derecho de determinar. Las familias patricias eran las descendientes de aquellos *centum patres*. (Cien padres).

7. El rey nombraba los senadores, tenía el privilegio de reunir el pueblo y el derecho de apelación en todas las cuestiones de importancia. Mandaba el ejército, y ejercía el supremo pontificado. Tenía por guardia doce lictores, y una tropa de soldados a caballo, llamados *célebres* o *equites*; nombre que después fue el distintivo de los caballeros romanos. Estas leyes son de disposición positiva: otras nacieron naturalmente del estado de la sociedad.

8. La patria potestad es de la última clase, pues es común a todas las tribus bárbaras. La limitación de todas las artes a los esclavos nació del empleo constante de los ciudadanos en la guerra o en la agricultura.

9. La conexión de patrono y cliente fué una institución admirable, que a la vez unía a los ciudadanos, y mantenía una subordinación útil.

10. Los Sabinos fueron los enemigos más formidables de los primeros Romanos; y una política sabia unió por algún tiempo las dos naciones en un estado. Después de la muerte misteriosa de Rómulo, que desapareció en un sacrificio, a los treinta y siete años de su reinado, eligieron rey al sabino Numa Pompilio. Su carácter era piadoso y pacífico, y trató de inspirarlo a su pueblo. Pretendía gozar de inspiraciones divinas, para dar mayor autoridad a sus leyes, que eran excelentes en sí. Multiplicó los dioses nacionales, edificó templos, e instituyó diferentes clases de sacerdotes, los *flamines*, *salii*, etc., y varias ceremonias religiosas. Los flamines oficiaban cada uno en obsequio de una deidad particular; los salios guardaban los broqueles sagrados; los vestales mantenían el fuego sacro; y los angures y arúspices adivinaban los acontecimientos futuros por el vuelo de los pájaros y las entrañas de las víctimas. El templo de Jano se abría en tiempo de guerra, y se cerraba en la paz. Numa reformó el calendario, arreglando el año a doce meses lunares, y distinguió los días de ocupaciones civiles y los dedicados al descanso religioso. Los primeros se llamaban *fasti*, y *nefasti* los segundos. En éstos se permitía la agricultura como deber religioso. Numa reinó cuarenta y tres años.

11. Tulo Hostilio, tercer rey de Roma, de carácter guerrero, subyugó a los Albanos, Fide-

nates y otros estados vecinos. La guerra con los primeros es célebre por el combate de los hermanos Horacios y Curiacios que la decidió. Los Sabinos, separados ya de los Romanos, eran sus enemigos y de los más poderosos. Tulo reinó treinta y tres años.

12. Cuando murió, eligieron a Anco Marcio, nieto de Numa. Heredó la piedad y virtudes de su abuelo, y unió a ellas los talentos de un guerrero. Aumentó la población de Roma, naturalizando algunos de los estados vencidos, aumentó y fortificó la ciudad, y formó el puerto de Ostia a la embocadura del Tíber. Reinó gloriosamente veinte y cuatro años.

13. Tarquino Prisco, ciudadano de Corinto, que era muy popular por sus riquezas y liberalidad, fué electo para ocupar el trono vacante. Aumentó el senado con cien miembros más, tomados de familias plebeyas, *Patres minorum gentium*. Así este cuerpo quedó compuesto de trescientos miembros, en cuyo número permaneció algunos siglos. Tarquino salió victorioso en sus guerras, y adornó y mejoró la ciudad con obras de utilidad y magnificencia. Tales fueron el circo, u hipodromio (1); las murallas de cantería, el Capitolio, las cloacas, sumideros inmensos, que

(1) Así en el texto.

inducen a creer que la nueva Roma se edificó sobre las ruinas de una ciudad antigua de mayor grandeza. Tarquino murió asesinado a los treinta y ocho años de haber ocupado el trono.

14. Servio Tulio, yerno de Tarquino, logró sucederle por su propia destreza y las intrigas de su suegra. Quiso hacerse popular con actos de munificencia, pagando las deudas de los pobres dividiendo entre los ciudadanos sus tierras patrimoniales, mejorando la ciudad con edificios útiles, y extendiendo sus límites. El nuevo arreglo que introdujo en la división de los ciudadanos romanos, prueba mucha habilidad política, y merece atención, porque de él dependieron muchas revoluciones de la república.

15. Desde que los Romanos admitieron a los Albanos y los Sabinos a gozar los derechos de ciudadanía, las tribus rústicas y urbanas se componían de estas tres naciones. Como cada tribu estaba dividida en diez curias, cada curia tenía un voto igual en los *comicios*, y cada ciudadano lo tenía en su tribu, todas las cuestiones se decidían por la mayoría de los sufragios. No había preeminencia entre las curias, y el orden de votar se determinaba por suerte. Esta constitución fué racional mientras fueron casi iguales las fortunas de los ciudadanos; pero cuando las riquezas se dividieron ya desigualmente, eran obvios los inconvenientes de esta división igual de

poder, pues los ricos podían por medio del soborno disponer fácilmente de los votos de los pobres. Además, todas las contribuciones se habían de pagar por cabezas, sin atender a la desigualdad de las fortunas. Estos defectos dieron a Servio un pretexto justo para mudar enteramente el sistema. Su plan fué quitar a los ciudadanos más pobres toda participación en el gobierno, al paso que todas las cargas para sostenerlo sólo cayesen sobre los ricos.

16. Ordenóse, pues, a todos los ciudadanos, bajo graves penas, que declarasen bajo de juramento sus nombres, habitaciones, número de sus hijos y valor de sus fortunas. Después de esta enumeración o censo, dividió Servio todos los ciudadanos, sin distinción, en cuatro tribus que por los cuarteles de la ciudad en que habitaban, se llamaron *Palatina*, *Suburran*, *Colatina* y *Esquilina*. Además de esta división local, distribuyó Servio todo el pueblo en seis clases, y cada clase en varias centurias, que no consistían ya en cien ciudadanos como antes, pero que estaban obligados a dar y mantener cien hombres en tiempo de guerra. En la primera clase, que constaban de los ciudadanos más ricos, o de los que tenían a lo menos cien minas, (sobre 1400 pesos) había noventa y ocho centurias. En la segunda, (los de 75 minas), había veinte y dos; en la tercera (los de 50 minas) había veinte; en la

cuarta (los de 25 minas) veinte y dos; en la quinta (los de 12 minas) treinta; la sexta, la más numerosa de todas, que comprendía a todos los ciudadanos más pobres, sólo daba una centuria. Así, todo el pueblo Romano se dividía en trescientas noventa y tres centurias o porciones de ciudadanos, llamadas así porque cada una daba cien soldados a la patria. La sexta clase quedó exenta de impuestos. Las otras contribuían a sostener las cargas públicas a proporción del número de centurias de que constaban.

17. Los pobres no se quejaban de esta disposición, mas era preciso que se compensase a los ricos la carga que pesaba sobre ellos. Con este objeto dispuso Servio que en adelante se votase en los comicios por centurias, y que la primera clase, que consistía en noventa y ocho, votase primero. Así, aunque todo el pueblo concurría a los comicios, y parecía que todos tenían voto igual, en realidad las clases más ricas determinaban todas las cuestiones, y los sufragios de los pobres eran puramente nominales, pues como todo el pueblo formaba ciento noventa y tres centurias, y las clases primera y segunda contenían ya ciento veinte de ellas, aseguraban la mayoría si votaban unánimes, como sucedía en las cuestiones importantes. De este modo, en los *comicios centuriados*, en que se elegían los principales magistrados, se decretaban la paz y

la guerra, y se discutían todos los demás negocios de importancia, las clases más ricas de los ciudadanos tenían la autoridad, y los votos de los pobres eran de ningún valor. Sin embargo, todos quedaron contentos con la nueva disposición: los ricos pagaban los impuestos con gusto, mirándolos como precio de su poder, y los pobres se alegraron de trocar la autoridad por la exención de pechos. El censo se hacía cada cinco años, y se cerraba con un *lustrum*, o sacrificio expiatorio, y de aquí vino llamar lustro al período de cinco años.

18. Servio murió asesinado por su infame hija Tulia, casada con Tarquino, nieto de Tarquino Prisco, que de este modo abrió camino a su elevación al trono. Servio había reinado cuarenta y cuatro años. El gobierno de Tarquino, llamado el Soberbio, fué sistemadamente tiránico. Halagó a las clases ínfimas, para abatir por su medio el poder de los superiores; pero con su insolencia, rapacidad y crueldad, disgustó por fin a todos sus súbditos. La violación que su hijo Sexto cometió contra Lucrecia, esposa de Colatino, fué la señal de su caída. Aquella matrona, no pudiendo sobrevivir a su deshonor, se quitó la vida en presencia de su esposo y parientes, y excitó su venganza. Por el influjo que tenían con sus conciudadanos consiguieron espedir al tirano, y abolir la dignidad real en Roma. (509 A. C.)

REFLEXIONES SOBRE EL GOBIERNO Y ESTADO DE
ROMA DURANTE EL PERÍODO DE LOS REYES.

19. La mayor parte de los autores atribuye erróneamente a los talentos exclusivos de Rómulo, joven de diez y ocho años, y caudillo de una tropa de bandidos, toda la estructura de la monarquía Romana y su constitución. A Dionisio de Halicarnaso debemos esta idea quimérica. La verdad es que el gobierno de Roma, como casi todos los demás, fué resultado gradual de las circunstancias, fruto del tiempo, y de las emergencias políticas.

20. La constitución del senado romano ha dado motivo a muchas investigaciones, y aun permanece envuelta en alguna oscuridad. Es probable que los reyes tenían la facultad de nombrar los senadores; que los cónsules les sucedieron en ella, y que vino después a recaer en los censores, cuando los cónsules se vieron demasiado ocupados con las guerras continuas en que estaba empeñada la república. Al principio se sacaban los senadores del cuerpo de los patricios; pero después los plebeyos adquirieron igual título a aquella dignidad. En los primeros períodos de la república, no podía reunirse el pueblo sino por orden del senado; ni los *plebiscitos*, o decretos del pueblo, tenían fuerza hasta que su

decreto los confirmase. De aquí provino que la constitución primitiva de la república fuera más aristocrática que democrática. La primera disminución que tuvo esta vasta autoridad del senado, fué la creación de los tribunos del pueblo; y después continuaron las restricciones, hasta que al cabo vino a adquirir el pueblo la autoridad predominante en el estado. Sin embargo, el senado continuó obteniendo la supremacía en muchos puntos. Arreglaba todas las materias concernientes a la religión, custodiaba el tesoro público, superintendía la conducta de todos los crimines contra el estado. En los grandes apuros nombraba un dictador con autoridad absoluta.

21. Cuando se abolió el gobierno real era muy limitado el territorio de los Romanos. El único uso que hacían de sus victorias era naturalizar los habitantes de algunos estados vencidos. Así sus fuerzas eran siempre superiores al tamaño de sus empresas, y pusieron una base sólida a la extensión futura de su imperio.

22. Sin duda están exageradas las relaciones que los historiadores hacen de la fuerza de los ejércitos romanos y de los estados vecinos, enemigos suyos, en aquellos tiempos remotos. Los territorios que debían producir dichos ejércitos, eran incapaces de ello.

23. En las continuas guerras en que se em-

peñaba la república, los Romanos eran generalmente los agresores. Esto debe acaso atribuirse a la ambición de los cónsules, que querían distinguir su corta administración con alguna empresa espléndida, y al deseo del senado de tener ocupado al pueblo, para impedir querellas intestinas.

24. El gobierno real duró doscientos cuarenta y cuatro años, y sólo siete reyes reinaron en este período, habiendo muerto algunos violentamente. Estas circunstancias hacen dudar la autenticidad de esta parte de la historia romana. No hubo historiadores en los primeros cinco siglos después de la fundación de Roma. El primero fué Fabio Pictor, que vivió en tiempo de la segunda guerra Púnica. Livio dice que cuando Roma cayó en manos de los Galos, perecieron casi todos los recuerdos antiguos.

LECCION XXV

LA REPÚBLICA ROMANA.

1. Abolido en Roma el gobierno monárquico, se acordó encargar la autoridad suprema a dos magistrados, que debían elegirse anualmente por el pueblo, y ser del orden patricio. Diéronles el nombre de *cónsules*; “Título modesto”, dice Vertot, “que daba a entender que eran “consejeros, y no soberanos de la república; y “que el único objeto que debían proponerse era “su conservación y su gloria”. Su autoridad casi era la misma que la de los reyes. Eran administradores supremos de la justicia, disponían del tesoro público, tenían la facultad de convocar el senado, y reunir el pueblo, levantar ejércitos, nombrar todos los oficiales, y el derecho de hacer la paz o declarar la guerra. Pero su autoridad sólo duraba un año.

2. Los primeros cónsules fueron Bruto y Colatino, esposo de Lucrecia. Tarquino estaba

en Etruria, y logró que abrazasen su causa dos ciudades de las más poderosas, Veyes y Tarquinia. También tenía partidarios en Roma, y se formó una trama para abrirle sus puertas. Descubrióse, y Bruto tuvo el dolor de hallar a sus dos hijos entre los conspiradores. No vaciló su constancia, y los hizo decapitar en su presencia. “Olvidóse de que era padre”, dice Valerio Máximo, “para que obrase el cónsul; y quiso más bien vivir solo y desolado, que negar a la vindicta pública el castigo de los criminales”. *Exuit patrem ut consulem ageret; orbusque vivere quam publicæ vindictæ deesse maluit.*

3. El cónsul Valerio, vencedor del desterrado Tarquino en una batalla, fué el primer romano que gozó la espléndida recompensa del triunfo. La arrogancia que le inspiraron sus nuevos honores hizo declinar su popularidad; y para recobrarla, propuso la ley llamada por su nombre Valeriana, para que “todo ciudadano condenado por un magistrado a muerte, o aun a destierro o azotes, pudiese apelar al pueblo; y que el consentimiento de éste fuese necesario para ejecutar la sentencia”. Esta ley dió el primer golpe a la aristocracia en la constitución de la república Romana.

4. Los Romanos estuvieron envueltos en continuas guerras por causa de Tarquino en los trece años que siguieron a su expulsión. La más

notable fué la de Porsena, rey de Etruria, que fué fértil en acciones de heroísmos novelescos, y nos recuerda los nombres de Scevola, Horacio Cocles y Clelia.

5. Poco después de este período, empezaron los desórdenes interiores, que continuaron agitando a la república por bastante tiempo. Las clases más pobres de los ciudadanos se quejaban altamente de la desigualdad de las propiedades, de la distribución parcial de los terrenos conquistados, que las clases altas se apropiaban casi exclusivamente, y de la terrible autoridad que tenían los acreedores de reducir a servidumbre a los deudores insolventes. Estas ofensas, que afectaban en común a una gran porporción de los ciudadanos, excitaron mucho descontento, que habiéndose menospreciado y desatendido, se mudó en un espíritu de resistencia determinada. Con motivo de las guerras se necesitaban soldados, y los plebeyos se negaron positivamente a alistarse, si el senado no decretaba la abolición de todas las deudas de los pobres a los ricos. El caso era crítico, porque el enemigo estaba a las puertas de Roma. La autoridad de los cónsules era inútil, pues la ley Valeria concedía a todo ciudadano condenado por ellos el derecho de apelar al pueblo. Se necesitaba una medida extraordinaria, y se creó un *Dictador*, magistrado revestido de autoridad absoluta y sin límites,

por seis meses. Larcio, que fué el elegido a tan alto encargo, armó con hachas a los veinte y cuatro lictores, citó a todo el pueblo a los comicios, y después de haber impuesto pena de muerte al que osase murmurar, fué llamando a los ciudadanos por sus nombres, y alistó los que creyó necesarios para el servicio de la patria. Este arbitrio fué desde entonces un remedio frecuente y seguro en todos los casos de peligro público.

6. La muerte de Tarquino quitó el freno a la tiranía de las clases altas sobre las inferiores; pues aquéllas tenían el temor saludable de que en el caso de que llegara a ser extremada la opresión, se vieran las otras en la necesidad de restablecer al rey. Cuando se desvaneció este temor, el espíritu dominador de los patricios, excediendo todos los límites de la prudencia y de la humanidad, precipitó por fin al pueblo a hechos escandalosos, al motín y a la rebelión. Una alarma del enemigo obligó a los magistrados supremos del estado a empeñar solemnemente su honor, ofreciendo al pueblo que obtendría la reparación de sus agravios, apenas se disipase el peligro común. Esta promesa no se cumplió, fuese por falta de poder o de voluntad; y una violación de fe tan indigna precipitó a la sedición al pueblo exasperado. Como estaban obligados por su juramento militar a no desam-

parar sus estandartes, se los llevaron consigo; todo el ejército salió de Roma con aparato militar, y se acampó deliberadamente en el Monte Sagrado, que distaba tres millas de la ciudad, donde se les reunió la mayor parte del pueblo. Este acto de resolución tuvo el éxito que deseaban. El senado diputó diez individuos de los más respetables, con plenos poderes, y éstos, viéndose sin otro arbitrio, concedieron al pueblo todo lo que pedía. Aboliéronse solemnemente las deudas, y para asegurar al pueblo sus privilegios de allí en adelante, se le dió el derecho de elegir magistrados de su orden, que tuvieran la facultad de oponerse con efecto a cuantas medidas creyeran perjudiciales a sus intereses. Estos fueron los *Tribunales* del pueblo, que se elegían anualmente; al principio fueron cinco, y luego se aumentaron a diez. Sin guardias, ni tribunal, ni asiento en el senado, podían con solo su *veto* suspender o anular los decretos senatoriales y las sentencias de los cónsules. Sus personas se declararon sagradas, pero su autoridad se confinó a los límites de una milla de la ciudad. Los tribunos pidieron y obtuvieron dos magistrados que les asistiesen, a los que llamaron *ediles*, por el cuidado que debían tener de los edificios.

7. Desde esta era, (260 años de la fundación de Roma, y 492 A. C.) empezó la constitución popular de la república Romana: mudanza cau-

sada por la imprudencia de los patricios, que si hubieran atendidos a las justas quejas del pueblo, y remediado con humanidad abusos escandalosos, pudieran fácilmente haber evitado todo motivo de disgustos. No era el poder el primer objeto de los deseos del pueblo, sino alivio de la tiranía y opresión que le abrumaba; y si lo hubiera obtenido con la abolición de las deudas, o a lo menos con la represión de la usura enorme, y la extinción del derecho inhumano de imponer a los deudores castigo corporal y servidumbre, hubiera quedado satisfecho, y restituidose al orden y a la sumisión, y la constitución Romana hubiera continuado aristócrata por mucho tiempo. Pero los plebeyos obtuvieron magistrados de su orden, y revestidos de tan altas facultades, y veremos que el objeto de estos magistrados fué aumentar su autoridad con solicitudes continuas de usurpaciones osadas. El pueblo, que los miraba como campeones de sus derechos, se alegraba al verse acercar gradualmente al nivel de las clases altas; y en vez de limitar sus deseos al descanso y la seguridad, se volvió tan ambicioso como sus antiguos opresores. Mientras que aquel pueblo, abrumado por la injusticia, no pedía más que la reparación de agravios positivos, simpatizamos con él, y aplaudimos sus esfuerzos para libertarse. Mas cuando al fin llegó a obtener lo que deseaba, descanso y seguridad,

y aun poder, que ni pedía ni esperaba; cuando le vemos después de esto aumentar sus reclamos y tomar la arrogancia que justamente censuraba en los patricios, dejándose alucinar por la ambición de los demagogos, que querían tiranizar a su turno, vemos con perfecta distinción el amor a la libertad, y la licencia extrema, y tratamos con justa abominación a los autores de las medidas peligrosas que envolvieron al estado en facciones sin término y abrieron el camino a la pérdida total de la libertad, cuyo valor inestimable no conoció aquel pueblo fascinado cuando la poseía.

LECCION XXVI

LA LEY DE VOLERO.

1. Los desórdenes de la república, aunque se apaciguaron con la creación de los tribunos, no quedaron sofocados para siempre. Era necesario que los magistrados populares hiciesen un experimento de sus facultades. Uno de los cónsules, interrumpido por un tribuno en una asamblea del pueblo, dijo con imprudencia, que si los tribunos la hubiesen convocado, él no los habría interrumpido. Estas palabras se interpretaron como una concesión por parte de los cónsules de que los tribunos tenían facultad de reunir los comicios, y en consecuencia, la tomaron desde aquel momento como un derecho suyo reconocido. Así los negocios públicos se trataban en estas reuniones como en las asambleas celebradas en virtud de orden consular, o decreto del senado; y vino a haber en cierto modo dos poderes legislativos distintos en la república.

2. El ilustre Coriolano, acusado de traición por haber propuesto inconsideradamente la abolición del tribunado, fué condenado a destierro, a pesar de la gloria que había adquirido en campaña. Esta ocurrencia inclinó más la balanza a favor del pueblo. Coriolano se acogió a los Volscos, a quienes antes había vencido, y a su frente trajo el terror hasta las puertas de Roma. Vencido, empero, por las súplicas de su madre y de su esposa, se retiró, y murió asesinado, según se cree, por orden del rey de los Volscos.

3. La proposición que se hizo en Roma de una ley agraria para dividir las tierras adquiridas por las últimas conquistas, y que se repitió a intervalos, aunque nunca llegó a ponerse en ejecución, inflamó las pasiones de los órdenes rivales.

4. Publio Volero, excenturión, y hombre distinguido por sus servicios militares, quedó reducido en los nuevos alistamientos a simple soldado. Negóse a servir en esta clase, quejándose de la injusta degradación que le imponían; y habiéndole condenado los cónsules a pena corporal, apeló de su sentencia al pueblo. La cuestión duró hasta el término anual de las elecciones, en que Volero salió nombrado tribuno del pueblo. Vengóse completamente, haciendo pasar una ley importantísima. Los comicios por centurias y curias sólo podían ser convocados

en virtud de un decreto del senado, con previa consulta de los auspicios, y en estos comicios se habían elegido hasta entonces los tribunos, y discutídose los negocios públicos más importantes. La ley de Volero dispuso que todo esto se hiciese en lo futuro en los comicios por tribus, que estaban libres de toda restricción. Desde aquel período puede considerarse que la autoridad suprema de la república Romana pasó enteramente del orden patricio a manos del pueblo. Por consiguiente, la constitución de Roma fué después absolutamente democrática. Esta mudanza ocurrió el año 471 A. C.

LECCION XXVII

EL DECEMVIRATO.

1. Hasta este período, carecían los Romanos de un cuerpo de leyes civiles.--Bajo el gobierno monárquico los reyes solos administraban justicia; los cónsules obtuvieron después tan alta prerogativa, y poseían de este modo un poder absoluto sobre las fortunas y derechos civiles de todos los ciudadanos. Para remediar este defecto, propuso el tribuno Terentilo el nombramiento de diez comisionados, que formasen un código de leyes, para fijar y asegurar los derechos de todos los órdenes del estado. Una medida tan justa parece que no debía hallar oposición. Sin embargo, los patricios se opusieron fuertemente a ella; pero sólo consiguieron mostrar su debilidad. Eligiéronse los *Decemviro*s; pero como la elección se hizo en los comicios por centurias, quedaron a la cabeza de esta comisión importante el cónsul Apio Claudio y su colega. El resul-

tado de sus trabajos fueron las célebres leyes conocidas por de *las doce tablas*, que son la base del gran edificio de la jurisprudencia Romana. (451 A. C.)

2. Es, pues, importante el conocimiento de estas leyes antiguas, que continuaron gozando de autoridad aun en los tiempos más florecientes de la república. Obtuvieron los elogios de Cicerón, quien nos dice que el aprenderlas de memoria era parte de una educación liberal. De las doce tablas sacaron los jurisconsultos un sistema de formas jurídicas, para arreglar por él los diferentes tribunales. El número de las leyes fué aumentándose de tiempo en tiempo con los *senados consultos*, decretos del senado, y los *plebiscitos*, o acuerdos del pueblo.

3. Con la creación de los decemviros cesó el consulado, y aquellos quedaron revestidos de la suprema autoridad. Cada decemviro presidía por turno un día, autorizado con el poder soberano, y las fasces eran sus insignias. Los otros nueve sólo entendían en decidir pleitos como jueces, y en corregir abusos: empero, un abuso de la naturaleza más escandalosa, cometido por uno de ellos, debía destruir muy luego aquella magistratura.

4. Apio Claudio, como vimos, pasó de cónsul a decemviro. Inflamado en una pasión ilegítima hacia Virginia, prometida esposa de Icilio,

extribuno del pueblo, empleó a un vil dependiente para que se prestase a reclamar la doncella como propiedad suya, bajo el falso pretexto de que era hija de una de sus esclavas. Entablóse esta demanda ante el mismo Apio, quien pronunció un decreto infame, que arrebató a la víctima infeliz de los brazos de su familia, entregándola al torpe agente del decemviro. Virgino, padre suyo, le clavó un puñal en el pecho, para salvar su honor, y el pueblo testigo de esta escena horrorosa, hubiera despedazado al tirano allí mismo, a no haberse escapado entre el tumulto. Con todo, saciaron su venganza, aboliendo al punto aquella odiosa magistratura. Apio se quitó la vida para evitar el suplicio. El decemvirato había durado tres años: a su abolición, se restablecieron los cónsules y los tribunos. (449 A. C.)

LECCION XXVIII

AUMENTO DEL PODER POPULAR.

1. El pueblo iba adquiriendo peso diariamente en la balanza política a expensas del orden patricio. Sin embargo, aun existían dos barreras que separaban a los patricios de los plebeyos, a saber: la ley que les prohibía enlazarse en matrimonio, y la limitación constitucional de los empleos superiores al orden patricio. Con solo quitar estas restricciones, quedaban ambos órdenes bajo un pie de perfecta igualdad. El senado, después de una oposición tan larga como inútil, convino al cabo en derogar la primera ley, y esta concesión tuvo el efecto acostumbrado de estimular al pueblo a perseverar inflexible en su pretensión para que se aboliese la otra. En las vicisitudes de la guerra llegó un caso de apuro, y el pueblo recurrió a su arbitrio acostumbrado de negarse a tomar las armas, a menos que inmediatamente se diese una ley que

habilitara a todos los ciudadanos para obtener todos los empleos del estado. El senado buscó un paliativo para conciliar los intereses, creando en lugar de los cónsules seis tribunos militares, tres de los cuales habían de ser patricios, y tres plebeyos. Esta medida satisfizo al pueblo por entonces; mas pronto se restablecieron los cónsules.

2. Los desórdenes y guerras frecuentes de la república habían interrumpido el censo regular de los ciudadanos. Esto se remedió con la creación de una nueva magistratura. Nombráronse dos ciudadanos con el título de *Censores*, cuya obligación era no solo formar el censo cada cinco años, sino vigilar sobre las costumbres y regular los deberes de todos los ciudadanos: (437, A. C.) este empleo, de tanta dignidad como importancia, en los tiempos últimos de la república le ejercían sólo personas consulares, y después quedó anexo las funciones supremas de los emperadores.

3. Continuaban las discusiones entre los órdenes, con poca variación en sus causas y efectos. Generalmente el pueblo, por último recurso, se negaba a los alistamientos, hasta que le imponía respeto la autoridad suprema de un dictador. Para obviar la necesidad frecuente de esta medida, que al cabo sólo producía una obediencia temporal y forzada, recurrió el senado a

la disposición sabia de dar una paga regular a las tropas. Para cubrir este gasto, se impuso una contribución moderada y proporcional a las fortunas de los ciudadanos. Desde entonces tomó nuevo aspecto el sistema de guerra de los Romanos. El Senado siempre tuvo soldados de que disponer; el ejército estuvo bajo su autoridad; las empresas de la república fueron más extensas, y sus resultados más señalados e importantes. Veyes, la rival soberbia de Roma, y su igual en tamaño y población, fué tomada por Camilo, después de diez años de sitio. (A. R. 396, y A. C. 391). El arte de la guerra se adelantó desde que fué una profesión, y no una ocupación accidental. Desde esta mudanza importante, fueron los Romanos muy superiores en fuerza a sus vecinos. Extendióse rápidamente su dominación, que hasta allí había estado reducida a un territorio de pocas millas, y fué ya imposible que los estados de Italia no cediesen a un pueblo que estaba siempre armado, y por una perseverancia tan firme como juiciosa, se hacía capaz de lograr cuanto emprendía.

4. A la toma de Veyes siguió la guerra con los Galos. Este pueblo, ramo de la gran nación de los Celtas, se había abierto camino por los Alpes cuatro veces, y estaba entonces establecido en el territorio que se extiende entre aquellos montes y los Apeninos. Capitaneados por Breno,

pusieron sitio a Clusio, de Etruria, y aquel pueblo, que no tenía espíritu marcial, pidió socorro a los Romanos. Las circunstancias que nos cuentan de esta guerra con los Galos, la envuelven en una nube novelesca y fabulosa. Se dice que el poder formidable de Roma quedó tan completamente arruinado en una sola campaña, que los Galos entraron sin resistencia en la ciudad, y la quemaron. (385, A. C). Sin embargo, vemos que los Romanos, mandados por Camilo, se alzan de nuevo, reparan todas sus pérdidas en un solo combate, y que en el espacio de un día no dejan un Galo en su territorio. Los historiadores romanos atribuyen la pérdida de todos los recuerdos y monumentos de su historia primitiva, a la toma e incendio de Roma por los Galos.

5. Es una observación tan singular como verdadera que casi todas las revoluciones romanas debieron su origen a mujeres. De esta causa hemos visto resultar la abolición de la monarquía y del decemvirato; y de la misma provino la mudanza de la constitución, que habilitó a los plebeyos para botener los empleos más altos de la república. La hija menor de Fabio Ambusto, casada con un plebeyo, y envidiosa de los honores que gozaba su hermana mayor, esposa de un patricio, hizo que su padre excitase a los plebeyos a sostener con resolución firme el derecho igual que tenían con los patricios a todos los

cargos y dignidades del estado. Después de muchas turbulencias y contiendas, el resultado fué la admisión de los plebeyos, primero al consulado, y luego a la censura, la pretura y el sacerdocio (A. R. 454, y 300 A. C.), mudanza benéfica, que consolidó la fuerza de la república y cegó la fuente principal de los desórdenes intestinos. Las facciones que agitaban al estado habían retardado hasta entonces el aumento de su poder, esplendor y prosperidad; porque ningún estado anárquico puede prosperar mientras lo sea. Ahora veremos la rápida elevación del imperio y nombre romano.

LECCION XXIX

PIRRO. CONQUISTA DE ITALIA.

1. Empezaron los Romanos la guerra contra los Samnitas, que duró mucho, pero a su conclusión feliz siguió muy luego la reducción de todos los estados de Italia. Durante esta guerra, los Tarentinos, aliados de los Samnitas, pidieron ayuda a Pirro, rey de Epiro, y uno de los mejores generales de su siglo. Pirro desembarcó en Italia con 30.000 hombres y un tren de elefantes. (280 A. C.) Ofreció su mediación, y los Romanos le respondieron que preferían aguardarle como enemigo a recibirle de mediador. Rompióse la guerra, en cuyas primeras acciones le favoreció la fortuna. Pero sus victorias le arruinaban, y la experiencia acostumbraba a los Romanos a su modo de combatir, y quitaba a los elefantes el terror que inspiraron al principio. Fabricio opuso su virtud al oro y a las cari-

cias de Pirro, y su valor a las armas de aquel monarca. Conociendo éste al fin las dificultades de su empresa, y temeroso de un éxito fatal, admitió la invitación de los Sicilianos para que los auxiliase en la guerra que les hacía Cartago. Bajo este pretexto, que a lo menos no era deshonroso, sacó Pirro sus tropas de Italia. En este intervalo, redujeron los Romanos al último apuro a los Samnitas, Tarentinos y demás estados aliados. Volvió Pirro, e hizo el último esfuerzo en las inmediaciones de Bevvento, pero fué derrotado enteramente, con pérdida de 26.000 hombres. Entonces se volvió precipitadamente a sus dominios, y abandonó todo proyecto ulterior sobre Italia, (274 A. C.). Los estados enemigos se sometieron, y Roma se vió señora de toda Italia, a los 480 años de su fundación.

2. La política de los Romanos con los pueblos vencidos, fué sabia y juiciosa. Trajeron a Roma los hombres más distinguidos de las principales ciudades conquistadas, y admitiéndolos en las tribus rústicas y urbanas, halagaban el orgullo de los vencidos, dándoles una participación aparente en su gobierno doméstico; al paso que llenaban las magistraturas de las ciudades con romanos ilustres, cuyos talentos y virtudes mantenían fieles a Roma aquellas nuevas provincias.

3. Sicilia se había considerado de mucho

tiempo atrás, como el granero de Italia. Los Cartagineses tenían ya establecimientos considerables en aquella isla, y ambicionaban su dominio entero. Una política obvia hizo que los Romanos les disputasen adquisición tan importante, y produjo las guerras Púnicas.

LECCION XXX

HISTORIA DE CARTAGO.

1. Cartago, según las noticias más probables, fué fundada por una colonia de Sirios, como setenta años antes que Roma. La colonia tuvo el mismo idioma, iguales o muy semejantes leyes y constitución, y el mismo carácter nacional que la metrópoli. En el tiempo de las guerras Púnicas, era Cartago una de las ciudades más espléndidas del mundo, y tenía bajo su dominio trescientas ciudades menores en la costa de Africa bañada por el Mediterráneo.

2. Aristóteles celebra la constitución cartaginesa, como uno de los gobiernos más perfectos de la antigüedad; pero los escritores antiguos apenas nos han comunicado más que su naturaleza en general. Los magistrados que se elegían anualmente con el nombre de *Suffetes*, parece que tenían facultades semejantes a las

de los cónsules romanos, y el Senado Cartaginés las tenía iguales a las del de Roma, con la notable diferencia de que en el primero se requería unanimidad de votos en todas las medidas importantes. Cuando se dividía el Senado, pasaba el negocio a la asamblea del pueblo. Un tribunal de ciento cuatro jueces conocía de las operaciones militares, y de la conducta de sus generales, y parece que había un consejo superior de cinco miembros para rever sus decisiones. Aristóteles censuró dos peculiaridades en la política de Cartago; que la misma persona pudiese tener varios empleos en el estado, y que se excluyese a los pobres de todo cargo de confianza o de importancia.

3. Los primeros establecimientos de los Cartagineses fueron puramente mercantiles. Como hacían viajes a España en busca de oro, fundaron a Cartagena y Gades; y siguiendo la costa occidental de Africa, formaron poblaciones con igual objeto hasta el grado 25 de latitud. El Periplo de Hannón es una prueba de política y de un espíritu emprendedor y ardiente. Deseosos de extender su limitado territorio, se armaron contra los Mauritanos, los Numidas, y contra todas las naciones vecinas, empleando en la guerra tropas mercenarias, que levantaban no solo en Africa, sino en España, las dos Galias y Grecia.

4. Los anales de los Cartagineses, antes de sus guerras con los Romanos son casi desconocidos. La primera guerra suya que menciona la historia, es la que tuvieron con las colonias griegas de Sicilia. Darío solicitó su alianza, cuando meditaba la conquista de la Grecia, y Xerxes, que siguió los designios de su padre, renovó el tratado que éste hizo con la república.

5. La oposición principal que existía entre el carácter nacional de los Romanos y Cartagineses puede explicarse fácilmente, si se atiende a los efectos que produce una vida mercantil en el genio y las costumbres de las naciones. Los vicios de un pueblo comercial son el egoísmo, la disimulación, la avaricia, acompañadas de una carencia de toda virtud heroica y patriótica. Los efectos favorables del comercio son la frugalidad, la industria, la cortesía general de modales, y el adelanto de las artes útiles. No perdamos de vista estas consecuencias del espíritu comercial, y veremos los principales rasgos del carácter cartaginés opuesto al romano.

LECCION XXX

HISTORIA DE SICILIA.

1. Los primeros períodos de la historia de Sicilia son tan oscuros como los de Cartago. Los Fenicios habían enviado colonias a Sicilia antes de la guerra de Troya, y los griegos formaron después allí establecimientos considerables. Los Corintios fundaron a Siracusa, que fué la más ilustre de las ciudades griegas en Sicilia; y de Siracusa nacieron Agrigento, Acra, Casmene, Camarene y otras varias poblaciones sicilianas.

2. El gobierno de Siracusa era monárquico, y lo hubiera sido siempre, si todos sus reyes hubieran heredado los talentos y virtudes de Gelón. Pero sus sucesores, con el ejercicio de la tiranía más atroz, obligaron por fin a sus vasallos a abolir la monarquía, y todos los estados griegos de Sicilia siguieron muy luego su ejemplo.

3. Sin embargo, la monarquía de Siracusa revivió unos sesenta años después en Dionisio,

hombre de origen oscuro, pero de grandes talentos. Dos veces le expelieron por el ejercicio tiránico que hacía de su poder, y otras tantas halló medios para triunfar de sus enemigos, y restablecerse en el trono. A su muerte pasó la corona a su hijo Dionisio el joven, tirano, débil y caprichoso, a quien sus vasallos destronaron y desterraron, juzgándole indigno de reinar (357 A. C.). Confirieron la corona a Dion, su cuñado, cuyo carácter bellísimo le hizo la delicia de su pueblo. Pero después de un reinado breve, fué víctima de una traición. Favorecido Dionisio por los desórdenes que excitó esta desgracia en Siracusa, volvió a subir al trono, diez años después de su expulsión; pero su carácter tiránico, más agriado aún por sus infortunios, se hizo al fin tan intolerable, que volvieron a expelerle, y le desterraron a Corinto, donde acabó su vida entre pobreza y oscuridad. El autor de esta revolución fué el ilustre Timoleón de Corinto, a cuyos talentos y virtud sublime debió también su patria la libertad y la dicha. (343 A. C.).

LECCION XXXII

LAS GUERRAS PÚNICAS.

1. El triunfo que los Romanos habían obtenido de Pirro, parece que les aseguró del vencimiento en cualquier empresa que acometiesen. Los Mamertinos, pueblo de Campania, obtuvieron la ayuda de Roma en una tentativa injusta que hicieron para apoderarse de Mesina, ciudad siciliana, aliada de Siracusa. Los Siracusanos, auxiliados al principio por los Cartagineses, se opusieron a esta invasión; pero mas alarmados luego por las usurpaciones ambiciosas de los Cartagineses en Sicilia, se arrepintieron de alianza tan imprudente, y se unieron a los Romanos para expelerlos enteramente de la isla. Parece que los Sicilianos se vieron en la desesperada alternativa de elegir entre someterse finalmente a Roma o a Cartago. Prefirieron a la primera, pareciéndoles menos deshonrosa la elec-

ción, porque los Romanos siempre habían sido sus amigos, y enemigos los Cartagineses.

2. Agrigento, poseída por éstos, cayó, después de un largo sitio, en poder de las fuerzas unidas de Roma y Siracusa. Los Romanos equipararon en pocas semanas su primera escuadra, y con ella ganaron una victoria completa contra la de Cartago, que era entonces la primer potencia marítima del mundo. (260 A. C.). A estos triunfos siguió la reducción de Córcega y Cerdeña. En la segunda batalla raval apresaron los Romanos sesenta galeras cartaginesas, y ya se preparon resueltamente a la invasión de Africa. Dióse el mando de la expedición al cónsul Régulo. Este llegó hasta las puertas de Cartago, y tal era la consternación de los Cartagineses, que pidieron capitulación. Con todo, alentados por la oportuna llegada de algunas tropas griegas, mandadas por Xantipo, hicieron el último esfuerzo, y derrotaron al ejército romano, haciendo prisionero a Régulo. Pero viéndose repetidamente derrotados en Sicilia, deseaban la paz, enviaron embajadores a Roma, y con ellos al cónsul prisionero, para que ayudase al éxito de la negociación; exigiéndole un juramento solemne de que volvería preso a Cartago, si no se lograba la paz. Empero la propuesta que hicieron se desechó por las vivas instancias del mismo Régulo, que con sobrehumana cons-

tancia volvió a entregarse a una muerte atroz, mas bien que consentir lo que creía perjudicial a su patria.

3. Los Romanos, después de un sitio de nueve años, tomaron a Lilibeo, la ciudad más fuerte de las sicilianas que pertenecían a Cartago; y después de varias alternativas, ganaron dos batallas navales, que terminaron la guerra. Cartago compró la paz con el abandono humillante de todas sus posesiones de Sicilia a los Romanos, el pago de tres mil doscientos talentos de plata, la restitución sin rescate de todos los prisioneros, y la obligación solemne de no hacer guerra jamás a Siracusa ni a sus aliados. La isla de Sicilia se declaró provincia romana, aunque Siracusa conservó su gobierno independiente. (A. R. 511, y 241 A. C.).

4. La paz entre Roma y Cartago duró veinte y tres años. La última estaba recobrando sus fuerzas, y meditaba vengarse y reparar sus pérdidas y su deshonor. La segunda guerra púnica empezó por parte de los Cartagineses, que sitiaron a Sagunto, ciudad de España, aliada de los Romanos. El joven Anibal la tomó, después de un sitio de siete meses, porque los Saguntinos desesperados pegaron fuego a la ciudad, y perecieron entre las llamas. Anibal, rota la guerra, formó el designio atrevido de llevarla a Italia. Allanó cuantas dificultades se presenta-

ban, interesó en su favor varias tribus de las Galias, pasó los Pirineos y finalmente los Alpes, y llegó a Italia con veinte mil infantes y seis mil caballos, después de una marcha penosísima de cinco meses y medio, desde su salida de Cartagena.

5. Los Romanos perdieron la primera acción, y después fueron derrotados igualmente en las importantes batallas de Trebia y el lago Trasimeno. En esta última pereció el cónsul Flaminio, y fué enteramente destrozado su ejército. Aníbal avanzó a Canas en la Apulia, donde los Romanos le opusieron todas sus fuerzas, y sufrieron la memorable derrota en que quedaron muertos cuarenta mil romanos, entre ellos el cónsul Emilio y casi todos los caballeros. Si Aníbal, aprovechándose de esta gran victoria, hubiese atacado a Roma inmediatamente, era inevitable su ruina; mas deliberó, y dejó pasar la ocasión. Los Romanos concentraron toda su fuerza: el Senado en vez de desalentarse, dió gracias al cónsul que sobrevivió al desastre de Canas, porque no había desesperado de la salvación de la patria. Hasta los esclavos se armaron a defender la causa común, y la victoria volvió a seguir los estandartes de la república. El valiente Marcelo obligó a Aníbal a retirarse. Filipo, rey de Macedonia, juntó sus fuerzas a los Cartagineses, pero derrotado por Levino, se

apartó de ellos. Siracusa tomó el partido de Cartago, abriendo así la puerta a la pérdida de su libertad. Sitióla Marcelo, y aunque la defendió tres años el genio inventor de Arquímedes, la tomó por medio de una escalada nocturna. Así acabó el reino de Siracusa, que se agregó a la provincia romana de Sicilia. (A. R. 542, y 212 A. C.).

6. El gran Fabio dirigía la guerra en Italia prósperamente, y evitando siempre una acción general, halló el verdadero medio de debilitar al enemigo. Entretanto el joven Scipión realizaba la reducción completa de España, donde su padre y tío habían muerto a manos de los Cartagineses. Asdrúbal, que venía a socorrer a su hermano Aníbal en Italia, fué derrotado por el cónsul Claudio, y quedó muerto en la acción. Escipión, vencedor en España, pasó al Africa, y llevó la muerte y devastación hasta las puertas de Cartago. Los Cartagineses aterrados llamaron precipitadamente a Aníbal de Italia. La batalla de Zama decidió la suerte de la guerra, con la derrota completa de los Cartagineses. Pidieron éstos la paz, y se la concedieron los Romanos, con tal que abandonasen a España, Sicilia y todas las islas, entregasen todos los prisioneros y toda su armada, menos 10 galeras, pagasen 10.000 talentos, y en adelante no em-

prendiesen guerra alguna sin consentimiento de los Romanos. (A. R. 552, y 202 A. C.).

7. Todo concurría a favorecer a los vencedores, aumentar su orgullo y extender su dominación. Tuvieron una guerra con Filipo, rey de Macedonia, y terminó en la derrota de éste, que envió a su hijo Demetrio a Roma para garantizar el pago del grueso tributo que le impusieron. Otra guerra con Antioco, rey de la Siria, produjo la cesión de toda el Asia menor a los Romanos. Perseo, hijo y heredero de Filipo, fué destronado después por el ilustre cónsul Paulo-Emilio. Pero estas conquistas espléndidas, al paso que ensanchaban el imperio de Roma, eran funestas a sus virtudes, y subversivas de la sencillez pura y venerable de los tiempos antiguos.

8. La tercera guerra Púnica empezó A. R. 605, y 149 A. C. y terminó en la ruina de Cartago. La guerra desgraciada que los Cartagineses tuvieron con los Numidas los había reducido a extrema debilidad, y los Romanos se aprovecharon de esta ocasión para invadir el Africa. Los Cartagineses, conociendo la imposibilidad absoluta en que estaban de resistir a su formidable poder, ofrecieron someterse a todo, y aun consintieron en reconocerse súbditos de Roma. Los Romanos exigieron trescientos rehenes que asegurasen el cumplimiento exacto de las condiciones que el Senado tuviese a bien imponerles.

Entregáronse los rehenes, y la condición impuesta fué que se arrasase a Cartago, hasta los cimientos. La desesperación alentó a aquel pueblo miserable, y se determinó a morir en defensa de su ciudad nativa. Pero su noble esfuerzo fué inútil. Los Romanos, mandados por Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio, tomaron a Cartago por asalto, la incendiaron, y pasaron a cuchillo a sus habitantes. (A. R. 607, y 146 A. C.).

9. En el mismo año quedó la Grecia reducida enteramente a la dominación romana. Entonces empezó en Roma la era del lujo y del gusto, fruto natural de la riqueza conquistada, y del conocimiento de las costumbres extranjeras. La distribución desigual de esta riqueza importada, los vicios que originó, y la corrupción y venalidad de que fué instrumento, fueron las causas remotas de los desórdenes funestos que causaron la disolución de la república.

LECCION XXXIII

LOS GRACOS. MARIO Y SILA. GUERRA CIVIL Y
CORRUPCIÓN DE LA REPÚBLICA. TRIUMVIRATO.

1. En este período se levantaron Tiberio y Cayo Graco, dos jóvenes de sentimientos nobles y exaltados, cuyo celo en la reforma de las corrupciones que iban introduciéndose en el estado, los precipitó por fin a medidas destructoras de todo gobierno y orden social. Tiberio, el mayor de los dos hermanos, instó al pueblo para que usase de la fuerza a fin de revivir una ley antigua, que debía limitar las propiedades rurales, y reducir así las posesiones de los patricios. Siguióse un tumulto, en que Tiberio fué muerto en el foro con trescientos de sus partidarios. Este ejemplo fatal no impidió que su hermano Cayo Graco siguiese la misma carrera de celo ardiente o de ambición. Le nombraron tribuno, y después de haber hecho algunos experimentos

felices de su fuerza, se dedicó a examinar las corrupciones del Senado, y logró quitarle su supremacía constitucional sobre todos los magistrados inferiores del estado. Empleó, como su hermano, la máquina peligrosa de la fuerza tumultaria popular, y fué víctima suya con tres mil de sus partidarios, que murieron degollados en las calles de Roma. (121 A. C.). Estos tumultos fueron el prelude de los desórdenes civiles, que se sucedieron rápidamente, hasta que expiró la república.

2. Las circunstancias que acompañaron la guerra de Yugurta, dieron una prueba decisiva de la corrupción de las costumbres romanas. Yugurta, nieto de Masinisa, trató de usurpar la corona de Numidia con la muerte de sus primos Hiempsal y Adherbal, hijos del último rey. Ase- sinó efectivamente al mayor de los dos herma- nos; y cuando el menor vino a pedir justicia a Roma, Yugurta sobornó al Senado, el cual le declaró inocente de todo acto o designio crimi- nal, y le adjudicó la soberanía de la mitad del reino. Este fué un incentivo más a su culpable ambición. Declaró la guerra a su primo, le sitió en Cirta, su capital, y por fin le quitó la vida. Vino a Roma para impedir la guerra que le ame- nazaba, defendió su causa en el Senado, y con el soborno logró que le absolviesen por segunda vez. Empero, su perseverancia en una conducta

semejante, atrajo sobre él por fin la venganza de los Romanos; su mismo suegro le entregó a Sila, le trajeron encadenado a Roma, para adornar el triunfo del cónsul Mario, y después lo dejaron morir de hambre en un calabozo.

3. La ambición de los estados aliados de Italia por conseguir los derechos de ciudadanía produjo la guerra social, que terminó con la concesión que se hizo de los derechos a los que se aquietasen voluntariamente. Esta guerra con los aliados fué un preludio de la que siguió entre Roma y sus ciudadanos. Quitaron a Sila el mando que obtenía en la guerra contra Mitridates, rey del Ponto, y le llamaron del Asia, donde se hallaba. Negóse a obedecer, y su ejército se resolvió a sostenerle a todo trance. “Marchemos a Roma”, dijeron a una voz: “conducidnos a vengar la causa de la libertad oprimida”. Sila accedió gustoso, y entró en Roma con espada en mano. Mario y sus secuaces huyeron con precipitación de la ciudad, y Sila gobernó triunfante algún tiempo. Pero la facción de su rival cobró aliento. Mario volvió a Italia, y uniendo sus fuerzas a las de Cima, uno de sus partidarios más celosos, sitió a Roma, y la obligó a rendirse, mientras Sila estaba empeñado en la guerra con Mitridates. Mario y Cinna se proclamaron cónsules, sin la formalidad de una elección, después de la matanza horrible de cuantos juzgaban

enemigos suyos. Mario falleció a los pocos días.

4. Sila volvió a Italia, después de una campaña victoriosa en Asia, y unido a Cetego, Verres y el joven Pompeyo, dió batalla a sus contrarios, y los derrotó completamente. Señaló su entrada en Roma con una matanza espantosa, y una proscripción, cuyo objeto es el exterminio de cuantos enemigos tenía en Italia. Le eligieron dictador por tiempo ilimitado, y quedó sin rival en autoridad y señor absoluto del gobierno, que por consiguiente dejó de ser republicano. Mereció más elogio por el ejercicio de su poder que por los medios con que lo adquirió. Restituyó al Senado sus altas funciones, arregló la elección de todos los empleos importantes del estado, y dió muchas leyes excelentes contra la opresión y los abusos de autoridad. Finalmente, dió prueba, si no de una conciencia pura, de una intrepidez magnánima de carácter, con abdicar voluntariamente el poder, y retirarse a vivir como un simple ciudadano, ofreciendo públicamente dar cuenta de su conducta. Murió a poco de su abdicación. Fué ciertamente hombre de un alma fortísima, y no le faltaban cualidades heroicas; pero vivió en tiempos aciagos, en que era imposible ser a la vez grande y virtuoso. (70 A. C.).

5. Sertorio, gran capitán y político hábil, sostenía en España el partido de Mario. Pompe-

yo y Metelo, enviados contra él, no pudieron destruirle, hasta que fué víctima de la traición de Perpenna, uno de sus tenientes, que le asesinó. Italia no estaba más tranquila. Sublevóse una multitud de esclavos, capitaneada por Espartaco, Trace lleno de valor y talentos, que derrotó varias divisiones romanas, y a la cabeza de más de cien mil hombres, hizo temblar a la ciudad eterna. Este esclavo, a quien sólo faltó un poco de fortuna para ser el vengador del mundo, fué vencido al fin por Craso, y murió gloriosamente en el campo de batalla. (A. R. 684).

6. La muerte de Sila renovó las discordias civiles. Lépido, hombre nulo, aspiró a sucederle en autoridad; y Pompeyo, con talentos superiores, tenía la misma ambición. Mientras éste se hallaba ocupado en Asia, ocurrió la conspiración de Catilina, hombre perverso, audaz y ambicioso, cuyos atroces designios amenazaron la destrucción de Roma. El celo pródigo y patriotismo activo del cónsul Cicerón la salvaron. Catilina y sus principales cómplices salieron de Roma, pero Antonio los persiguió y derrotó. El traidor se defendió desesperadamente, y halló en el campo de batalla mejor muerte que la que merecían sus crímenes. (691 de Roma, 63 A. C.).

7. Entretanto, los generales romanos soste-

nían notablemente en Asia la gloria de la república. Lúculo, célebre por sus grandes talentos militares, su moderación política y el lujo voluptuoso en que terminó su carrera, venció y despojó al poderoso Tigranes, rey de Armenia, y a Mitridates, rey de Ponto. Este monarca fué uno de los enemigos más terribles de Roma, con cuyo ascendiente superior luchó cuarenta años. Empezó la guerra haciendo asesinar más de cien mil romanos que residían en sus dominios. Combatiéronle con varia fortuna Sila, Lúculo y Pompeyo: lanzado al fin de sus dominios, concibió el proyecto audaz de marchar, como Anibal, a Italia, y atacar en Roma al poder romano. La traición de su hijo Farnaces le forzó a quitarse la vida. En el curso de esta guerra completó Pompeyo la sumisión de Tigranes, redujo la Siria a provincia romana, atravesó victorioso la Judea y la Fenicia, tomó a Jerusalen, y venció a los Arabes sin subyugarlos. Ya antes había sojuzgado a los piratas de Cilicia, que infestaban el Mediterráneo.

8. Ahora aparece Julio César en la escena política. Sila temía sus talentos y ambición, y le había contado entre los proscriptos. "Hay muchos Marios en ese joven", decía. El peligro de su situación le había enseñado a ser prudente, y solicitaba popularidad, sin el aparato emprendedor que alarma a los rivales. Mientras

Pompeyo y Craso disputaban por el mando de la república, César sabiendo que de agregarse a cualquiera de ellos, infaliblemente hacia su enemigo al otro, mostró toda la finura de su talento, reconciliándolos, y ganándose así la amistad de entrambos. Por servir a su amigo mutuo, convinieron en dividir el poder, y así se formó el primer triumvirato. Eligieron cónsul a César. Aumentó su popularidad repartiendo tierras a los ciudadanos más pobres, y estrechó su unión con Pompeyo, dándole su hija en matrimonio. Obtuvo el mando de cuatro legiones, y el gobierno de la Galia transalpina y de la Iliria.

9. César sostuvo noblemente en la Galia su reputación y la gloria militar de la república. En el primer año de su gobierno subyugó a los Helvecios, que habían abandonado su país, y trataban de establecerse en las regiones más templadas y fértiles de la provincia romana. Derrotó completamente a los Germanos, que mandados por Ariovisto, intentaron igual invasión. Sujetó sucesivamente a los Belgas, los Nervios, los Galos Célticos, los Suevos, los Menapios, y otros pueblos guerreros. El año cuarto de su gobierno transportó su ejército a la Gran Bretaña. Desembarcó en Deal, y los naturales se le opusieron con tanto valor como habilidad. Ganó, sin embargo, algunas victorias, y obli-

gando a los Bretones a someterse, dió vuelta a la Galia al acercarse el invierno. Al verano siguiente volvió con mayores fuerzas, y prosiguió sus triunfos, reduciendo a la dominación romana considerable parte de la Isla. (54 A. C.). Pero el estado de los negocios en Italia suspendió por algún tiempo los progresos de los Romanos en Bretaña.

10. César temía los talentos de Cicerón, que se había opuesto a sus miras ambiciosas. Mientras estaba ausente en la Galia, solicitó y logró por medio de sus partidarios en Roma que se desterrase a Cicerón, y se le confiscasen sus bienes, bajo el pretexto de que había usado medidas ilegales para sofocar la conspiración de Catilina. Cicerón en su destierro de Grecia, que duró diez y seis meses, mostró un abatimiento de espíritu indigno de un filósofo. Pompeyo le abandonó, y esta deserción ingrata le fué muy sensible. Muy luego vió Pompeyo declinar su reputación, y deseando sostener su fortuna vacilante con los talentos de Cicerón, promovió con empeño la revocación de su destierro. La muerte de Craso, en una expedición contra los Partos, disolvió el triunvirato; y César y Pompeyo, cuya unión sólo estribaba en el interés, trataron ya de apropiarse exclusivamente el poder supremo.

LECCION XXXIV

GUERRAS CIVILES. SEGUNDO TRIUNVIRATO. FIN DE LA REPÚBLICA.

1. Era manifesto que el objeto de la ambición de César y Pompeyo era el mismo; y parecía que en aquellos tiempos degenerados sólo se trataba de saber a cuál de los dos había de abandonar sus libertades la república expirante. Concluía ya el término del gobierno de César, y este, para asegurarse de que no le privasen del poder, hizo que uno de sus partidarios propusiese en el Senado una medida moderadísima en apariencia, a saber, que César y Pompeyo continuasen en sus gobiernos respectivos, o los dejasen al mismo tiempo, pues cualquiera de ellos era capaz de comprometer la libertad pública, abusando de su autoridad. Adoptóse la proposición, y César ofreció inmediatamente que dejaría su mando, bajo la condición de que su rival había de hacer lo propio; mas lo rehusó Pompeyo. Su gobierno

debía durar todavía algunos años, y así consideró desigual el partido, y sospechó que aquella propuesta era un lazo que César le tendía. Resolvió sostener sus derechos con las armas, y la guerra civil siguió necesariamente. Los cónsules y gran parte del Senado favorecían a Pompeyo. César tenía de su parte a su ejército victorioso, y a la masa de los ciudadanos romanos, ganados por su liberalidad. Marco Antonio y Casio, que estaban siendo tribunos del pueblo, salieron de Roma, y fueron a asistir al campo de César.

2. El Senado, temeroso de sus designios, dió un decreto declarando parricida al caudillo que sin su permiso pasase al Rubicón, límite entre Italia y las Galias. César quebrantó esta prohibición, y marchó directamente a Roma. Pompeyo, a quien el Senado encomendó la defensa de la patria, no tenía ejército: huyó con los cónsules y parte del Senado, y trató de levantar tropas apresuradamente por toda la Italia y Grecia. Entretanto César ocupó triunfante a Roma, entre las aclamaciones del pueblo, se apoderó del tesoro público, y se abrogó sin oposición la autoridad suprema. Habiendo asegurado ya la capital, salió a campaña contra sus enemigos. España estaba en poder de los tenientes de Pompeyo. César marchó contra ellos, y en cuarenta días sujetó aquel país. Volvió victorioso a Roma, donde le habían nombrado dictador,

mientras estaba ausente. En las elecciones siguientes le eligieron cónsul, y así quedó revestido por doble título con el derecho de obrar en nombre de la república. Pompeyo había levantado ya un ejército numeroso, y César deseaba atraerlo a una batalla decisiva. Los dos rivales se encontraron en Iliria, y la primera acción quedó indecisa. César pasó a Macedonia con su ejército, y allí lo reforzó. Finalmente, en las llanuras de Farsalia se dió la gran batalla en que Pompeyo quedó enteramente arruinado. De su ejército murieron quince mil hombres, y veinte y cuatro mil se entregaron al vencedor. (A. R. 705, y 49 A. C.).

3. La suerte de Pompeyo fué miserable en extremo. Huyó a Egipto en una sola nave con su esposa Cornelia, compañera de sus infortunios, confiado en la protección de Ptolomeo, cuyo padre le había debido la corona. Empero, los ministros de aquel príncipe joven, temerosos del poder de César, trataron de ganar su favor, asesinando a su rival. Las guardias del rey le llevaron a tierra en una barca, y un centurión romano, que había servido a sus órdenes, le hirió a traición, a vista de Cornelia, y cortándole la cabeza, dejó en la playa el cuerpo desnudo. César persiguió a Pompeyo hasta Alejandría, donde la cabeza de aquel capitán malhadado, que le presentaron como un regalo precioso, le dió la

primer noticia de su muerte. Lloró, y apartó la vista horrorizado de aquel espectáculo funesto. Hizo que se le tributasen grandes honores a su memoria, y desde entonces usó de la mayor beneficencia con los partidarios de su rival.

4. La soberanía de Egipto estaba en disputa entre Ptolomeo y su hermana Cleopatra. Esta, aunque casada con su hermano, y heredero adjunto, según el testamento de su padre, ambicionaba la autoridad exclusiva; y César, cautivado por sus gracias, decidió la cuestión en favor de la hermosa reina. Siguióse una guerra en que murió Ptolomeo, y Egipto quedó subyugado por las armas romanas. Entonces destruyó el fuego la famosa biblioteca de Alejandría. (48 A. C.). Farnaces, hijo de Mitriades, se rebeló en las provincias asiáticas, pero fué castigado ejemplarmente; y César envió la noticia al Senado Romano en tres palabras, *Veni, vidi, vici*. Volvióse a Roma, que necesitaba su presencia, porque Italia estaba dividida, y los partidarios de Pompeyo eran todavía muy formidables. Sus dos hijos, con Catón y Escipión, subsistían armados en Africa. Marchó César allá, y los derrotó en la batalla decisiva de Tapso. Escipión pereció al pasar a España. Catón se encerró en Utica, y trataba de sostenerse allí valerosamente; pero viendo al fin que no quedaba esperanza, y resuelto a no sobrevivir a las libertades de su patria,

se quitó deliberadamente la vida. Agregóse la Mauritania al número de las provincias romanas, y César volvió a Roma, señor absoluto del imperio.

5. Desde aquel momento dirigió toda su atención a la prosperidad y ventura del pueblo romano. Olvidóse de que habían existido partidos opuestos, y tan benéfico fué con los amigos de Pompeyo, como con los suyos. Trabajó en reformar todos los abusos, y en reparar todas las injusticias, Puso orden en todos los ramos del estado, definiendo los derechos de todos los magistrados, y extendió su cuidado a la organización de las provincias más lejanas. Su genio liberal y vasto se ocupó alternativamente en reformar el calendario, secar los pantanos de Italia, mejorar la navegación del Tiber, hermosear a Roma, y hacer recorrer y describir exactamente el imperio. Cuando volvió de dar el golpe final al partido de Pompeyo en España, en la batalla de Munda, le saludaron *Padre de la patria*, le crearon cónsul por diez años y dictador perpetuo. Su persona se declaró sagrada, y que su título sería en adelante el de *Imperator*. (A. R. 709, y 45 A. C.).

6. Así perdió finalmente sus libertades la soberbia Roma. No fué la ambición de Pompeyo ni la de César la que acabó con la república, según observa el profundo Montesquieu. Si

Pompeyo y César hubiesen tenido los sentimientos de Catón, no hubiera faltado quien tuviera los pensamientos ambiciosos de ellos, y pues que la república debía ya perecer, no podía faltar una mano que la diese el último golpe. Sin embargo, César había subyugado a su patria por la fuerza, y por consiguiente era un usurpador. Si con destruir su usurpación hubiera sido posible restablecer las libertades de Roma y su dicha, la tentativa habría merecido elogios, al menos por la buena intención de los que la hicieran. Acaso lo creyeron así sus matadores, y por eso hallarán siempre apolo-gistas. Mas la experiencia demostró que se propusieron un éxito imposible.

7. Formóse una conspiración por sesenta senadores, a cuya cabeza estaban Bruto y Casio; César amaba al primero, le había salvado la vida, y colmándolo de beneficios. Corría la voz de que el dictador quería añadir a sus muchos títulos el de rey, y que en los idus de marzo le debían ceñir la diadema. Aquel día, al ocupar su asiento en la sala del Senado, le asaltaron súbitamente los conspiradores. Defendióse un rato de sus puñales, hasta que viendo entre ellos a Bruto, exclamó con voz lánguida, “¡Y tú también hijo mío!” y cubriéndose la cabeza con el manto, se abandonó a su suerte, y cayó atrave-

sado por veinte y tres heridas. (A. R. 711, y 43 A. C.).

8. El pueblo romano quedó yerto de horror con tal suceso, porque amaba a César, aunque era señor de sus vidas y libertades. Marco Antonio y Lépido, que aspiraban a sucederle, resolvieron abrirse el camino a su poder, vengando su muerte. César en su testamento había dejado gran parte de su fortuna al pueblo, y éste estaba penetrado de gratitud a su memoria. Antonio arengó públicamente sobre el cadáver ensangrentado, expuesto en el foro, y logró inflamar al pueblo en tal indignación contra los conspiradores, que éstos hubieran perecido, si no salen precipitadamente de la ciudad. Antonio se aprovechó de estas disposiciones, y el vengador de César, favorito del pueblo, tenía delante una perspectiva inmediata de llegar a igual elevación. Halló, empero, un competidor formidable en Octavio, sobrino y heredero adoptivo de César, que llegó a Roma en aquellos momentos críticos, y con admirable destreza y talento se ganó el Senado, y dividió con Antonio el favor del pueblo. Los rivales conocieron muy luego que les convenía unir sus intereses, y admitieron en su liga a Lépido, que también tenía influjo por gobernador de la Galia y por su gran riqueza. Este fué el segundo triumvirato, cuyos efectos fueron imponderablemente horribles. Los

triumviros se repartieron las provincias, y cimentaron su unión con el sacrificio deliberado que cada uno de ellos hizo de sus mejores amigos a la venganza de sus compañeros. Antonio abandonó a la muerte a su tío Lucio; Lépido a su hermano Paulo, y Octavio a su tutor Torranio y a su amigo el ilustre Cicerón. Trescientos Senadores y tres mil caballeros perecieron en esta proscripción espantosa.

9. Octavio y Antonio marcharon contra los conspiradores, que tenían en Tracia un ejército formidable, mandado por Bruto y Casio, y se dió en Filipos una batalla que decidió la suerte del imperio. Antonio ganó la victoria, porque Octavio carecía de talentos militares, y aún de valor personal; y su conducta después de la batalla mostró la crueldad que es compañera inseparable de la cobardía. Bruto y Casio burlaron con una muerte voluntaria la venganza de sus enemigos. Antonio, para recompensar a sus soldados, los llevó a saquear el Oriente, y estando en Cilicia, citó a Cleopatra a responder de su conducta, por haber destronado a un hermano suyo infante, y haber favorecido abiertamente a Casio y Bruto. La reina vino a Sardes, y su belleza rindió al triumviro, que sumergido en lujo, y ebrio de amor, olvidó la ambición y la gloria, para no pensar sino en Cleopatra. Octavio se deleitaba, viendo en este frenesí de su rival un

anuncio de su ruina. Nada temía de Lépido: su carácter insignificante le atrajo el desprecio de sus partidarios, y su necesidad en querer invadir la provincia de su colega, motivó su deposición y destierro.

10. Antonio en su locura había distribuído las provincias romanas a Cleopatra y sus hijos. El pueblo romano veía estas enormidades con indignación justa, y el divorcio de su mujer Octavia, hermana de su colega, vino a dar la señal de hostilidad declarada entre los dos. Cerca de Accio, en las costas de Epiro, se dió una batalla naval decisiva, a que concurrió una fuerza inmensa por ambas partes. Cleopatra, que acompañaba a su amante, huyó con sus galeras en lo más ardiente del conflicto, y Antonio, por seguirla en su fuga, abandonó su escuadra, que se rindió después de combatir algunas horas. (A. R. 723, y 31 A. C.). El vencedor prosiguió a los fugitivos a Egipto, y la vil Cleopatra le propuso que le dejaría su reino y abandonaría la causa del infeliz Antonio. Este se dió muerte, después que intentó vanamente resistir, y Cleopatra tuvo valor para imitarle haciéndose picar por un áspid, ya fuese por remordimientos, ya por despecho, al saber que Octavio pensaba llevarla encadenada a Roma, para que adornase su triunfo. Octavio quedó único señor de todo el imperio romano. (A. R. 727. y 27. A. C.).

LECCION XXXV

CONSIDERACIONES SOBRE LAS PARTICULARIDADES QUE SEÑALAN EL GENIO Y CARÁCTER DE LOS ROMANOS.

1. SISTEMA DE EDUCACIÓN ROMANA. En tiempo de la monarquía y en los principios de la república, caracterizaba a los romanos la severidad de sus costumbres virtuosas. La vida privada de los ciudadanos, que era frugal, templada y laboriosa, influía en su carácter público. La patria potestad daba a los padres de familia una autoridad soberana sobre todos los miembros que la componían, y esta potestad, tenida como derecho natural, jamás produjo abusos. Plutarco ha observado como un defecto de las leyes romanas que no prescribían, como las de Lacedemonia, un sistema, de educación. Pero lo cierto es, que las costumbres del pueblo suplían esta falta, y que se ponía el mayor cuidado en formar desde muy temprano la índole y el carác-

ter de la juventud. El excelente autor del diálogo *De oratoribus*, presenta una pintura bellísima de la educación romana en los primeros tiempos de la república, contrastada con la práctica menos virtuosa de los tiempos más refinados. Las matronas romanas no abandonaban a sus hijos a nodrizas mercenarias, y miraban como el mayor mérito de una mujer el criarlos cuidadosamente, darles los primeros rudimentos de educación, y consagrarse a las ocupaciones domésticas. Además del cuidado que se tenía de inspirar a los niños una moral virtuosa, parece que se atendía mucho a formar su lenguaje, enseñándoles a explicarse con corrección y pureza. Cicerón nos informa de que los Gracos, hijos de Cornelia, se educaron *non tam in gremio, quam in sermone matris: mas en las palabras que en el seno de su madre*. La urbanidad que caracterizaba a los ciudadanos romanos se mostraba particularmente en sus palabras y gesticulación.

2. Este cuidado con el lenguaje de los niños tenía otro origen. El talento de la elocuencia podía más que ningún otro alzar al joven romano a los primeros puestos y dignidades. Por eso los *estudios forenses* eran un ramo principal de la educación romana. Plutarco nos dice que una de las diversiones de los niños en Roma era defender pleitos ante un tribunal que formaban, y acusar y defender a un reo con todas las

fórmulas acostumbradas en un procedimiento judicial.

3. También se atendía particularmente a los ejercicios corporales, en cuanto podían producir agilidad y fuerza. Los jóvenes tenían diariamente estos ejercicios en el campo de Marte, en presencia de sus mayores.

4. A los diez y siete años tomaban los jóvenes la toga viril, y quedaban al cuidado del maestro de retórica, con quien asistían constantemente al foro o a los tribunales; pues ya dijimos que un romano, para ser un caballero cumplido, necesitaba ser buen orador. En los escritos de Cicerón, Quintiliano y Plinio el menor, vemos los esfuerzos que hacían para conseguir esta cualidad, y los mejores medios para obtenerla.

LECCION XXXVI

PROGRESOS DE LA LITERATURA ROMANA.

1. El pueblo romano era absolutamente rudo antes de las guerras Púnicas, época de su comunicación con Grecia. Como entre todas las naciones el espíritu literario se muestra al principio en composiciones poéticas, es probable que los soldados romanos tuviesen sus himnos guerreros, como los Indios y como los Celtas, para celebrar sus victorias. La religión también emplea la primera poesía de casi todas las naciones, y si un pueblo subsiste de la agricultura, el labrador celebra en su canción rústica la ventura de una cosecha abundante. Los versos *fesceninos*, que menciona Livio, eran probablemente una especie de diálogo poético, o versos cantados alternativamente por los labradores en sus fiestas. Aquí se ve ya despuntar la aurora del drama.

2. Por los años 390 de Roma, con motivo de una peste, se hicieron venir de Etruria *ludiones* (bailarines de teatro) *qui ad tibicinis modos saltantes, haud indecoros motus more Tusco dabant; que bailaban al sonido de un instrumento, y al modo Toscano ejecutaban movimientos que no carecían de gracia*. Livio nos cuenta que los jóvenes romanos imitaban estas danzas, y les agregaban versos jocosos, que eran probablemente los diálogos fesceninos. Livio Andrónico trajo el drama regular de Grecia a Roma. (A. R. 514). Por consiguiente las primeras piezas romanas fueron traducciones del griego.

Et post punica bella quietus quærere cepit.

Quid Sophocles, et Thespis, et Æschylus utile ferrent.

HORAT. *Epist.* II. I.

Los romanos en paz después de las guerras Púnicas, empezaron a examinar las obras de Sófocles, Tespis y Esquilo, para ver la utilidad que podía sacarse de ellas.

3. Ennio fué el astro brillante del drama romano en sus principios, y desde su tiempo hizo el arte progresos rápidos. Las comedias de Pláuto, contemporáneo suyo, muestran bastante conocimiento de la naturaleza humana, y aun hoy se leen con gusto.

4. Cecilio adelantó de tal modo la comedia de Plauto, que Cicerón le menciona como acaso uno de los primeros autores cómicos romanos. Nada nos queda de sus obras. Su patrocinio contribuyó a desenvolver el genio de Terencio, cuya primer comedia, la *Andria*, se representó A. R. 587. El mérito de las comedias de Terencio consiste en la naturalidad y sencillez con que dispone sus argumentos y la pintura de los caracteres. Le falta *vis cómica*. Están tomadas principalmente de los griegos Menandro y Apolodoro.

5. La comedia romana comprendía cuatro especies diferentes: la comedia *togata* o *pretextata*, la comedia *tabernaria*, las *attellanæ* y los *mimos*. La primera admitía escenas serias y personajes graves, y era parecida a nuestras comedias sentimentales. La segunda era una representación de la vida y costumbres ordinarias. Las *attellanæ* eran piezas cuyo diálogo no estaba escrito de antemano, sino que le improvisaban los actores sobre un asunto dado. Los *mimos* eran comedias de la especie inferior, farsas o bufonadas, aunque a veces admitían trozos serios y aun patéticos.

6. La tragedia romana adelantó por los mismos pasos que la comedia. Los mejores trágicos romanos fueron Accio y Pacuvio, pero sus obras se han perdido. Las tragedias publicadas

con el nombre de Séneca, se cree generalmente que son obra de diferentes manos, y ninguna de ellas tiene un mérito superior.

7. Veleyo Patérculo observa, que la era de la perfección de la literatura romana fué el siglo de la perfección de la literatura romana fué el siglo de Cicerón que comprendió a todos los literatos anteriores a quienes él pudo conocer, y a los posteriores que pudieron haberle conocido. Cicerón, Quintiliano y Plinio celebran con muchos encarecimientos las obras de Catón el mayor, que eran principalmente históricas, y han parecido. Sólo tenemos sus fragmentos *de re rústica* (sobre agricultura), en que le imitó Varrón, uno de los primeros escritores buenos que tuvieron los romanos, y hombre de una erudición universal. Podemos juzgar de la variedad de sus talentos, no sólo por el elogio espléndido que Cicerón le hace, sino por ver que Plinio en su historia natural recurre a su autoridad a cada paso.

8. Salustio sigue a Varrón en orden de tiempo. Este escritor introdujo una innovación importante en la historia, aplicando la filosofía al estudio de los sucesos. Por eso Salustio debe considerarse el padre de la historia filosófica, que tan felizmente se ha cultivado en los tiempos modernos. Es un escritor admirable en sus ideas, que muestran un gran conocimiento de la

naturaleza humana, pero no merece igual elogio por su estilo. Afecta una singularidad de expresiones, una fraseología anticuada y una brevedad y sentenciosidad petulante, que desdice de la dignidad histórica.

9. César tiene un estilo más puro, y más corrección y sencillez en su modo de expresarse; pero como faltan en sus *Comentarios* la amplitud de dicción e ilustración que es esencial a la historia, deben ponerse más bien en la clase de anales.

10. Tito Livio descuella sobre todos los historiadores romanos. Poseyó un juicio consumado en la elección de los hechos, claridad admirable para arreglarlos, reflexión sagaz, ideas sanas de política, y la expresión más pura, copiosa y elocuente. Le han objetado que sus arengas desdican de la verdad histórica; pero este gusto prevalecía en los escritores antiguos; y como se sabe que estas arengas son obra del historiador, no corre el lector peligro de equivocarse. Aunque el estilo de Livio es en general excelente, a veces se nota en él, y particularmente en las arengas, una afectación de las sentencias (*vibrantes sententiolæ*) y oscuridad de los declamadores, que prueban el influjo pernicioso que habían adquirido éstos en Roma, desde el tiempo de Cicerón y de Salustio.

11. Tácito es un historiador de gran mérito.

to, en la decadencia de la literatura romana. Cultivó felizmente el método que enseñó Salustio de aplicar la filosofía a la historia, mostró un profundo conocimiento de la naturaleza humana, y penetró con gran sagacidad los resortes de la política y los motivos de las acciones que refiere. Su defecto es ser demasiado político, y pintar los caracteres por un modelo ideal formado en su mente; que atribuye todas las acciones y acontecimientos a planes y designios concertados, sin dejar nada a la operación de causas accidentales, que muchas veces tienen el mayor influjo en los acontecimientos humanos. Tácito imitó el estilo de Salustio, adoptando toda la fraseología antigua y giros nuevos que introdujo éste en el lenguaje romano, y añadió a su brevedad casi todas las faltas de la escuela declamatoria. Por eso su expresión, aunque fortísima, es muchas veces enigmáticamente oscura; la peor propiedad que puede tener el estilo.

12. Lucrecio merece notarse el primero entre los poetas romanos eminentes, después de los dramáticos. Es muy desigual, pues a ocasiones es verboso, áspero y vacilante, y otras desplega en todo su esplendor la elegancia y el fuego de la más bella poesía. Esto puede atribuirse en gran parte a la naturaleza de su asunto. La sequedad de una discusión filosófica desdice de la poesía, pues exige una precisión de pensa-

mientos y expresiones que excluye el vuelo de la imaginación y los adornos del lenguaje. El lujo de imágenes, que es alma de la poesía, parece impertinente cuando se aplica al examen o explicación de cuestiones filosóficas.

13. Catulo, contemporáneo de Lucrecio, es el más antiguo de los poetas líricos de Roma. Sus epigramas son agudos y satíricos, pero demasiado licenciosos; sus Idilios, tiernos, naturales y pintorescos. Floreció en tiempo de Julio César.

14. En el siglo de Augusto llegó la poesía romana a su mayor elevación. Virgilio, Horacio, Ovidio y Tibulo fueron contemporáneos. Virgilio tiene entre los poetas romanos el mismo rango que Homero entre los griegos. Si Homero es más sublime que Virgilio, éste es más tierno y elegante. El mérito superior de Homero está empañado a veces por defectos, y Virgilio es un modelo de corrección y de gusto. La diferencia de estilo que se nota entre las Bucólicas, las Geórgicas y la Eneida, muestra que Virgilio hubiera podido cultivar con excelencia todos los ramos de la poesía, y así opina Marcial, afirmando que pudo superar a Horacio en la poesía lírica, y a Fabio en la tragedia.

15. Horacio es excelente poeta lírico, satírico y crítico. Hay en sus odas más variedad que en las de Píndaro y Anacreonte, y muestra

alternativamente la sublimidad del primero, y la gracia y facilidad del segundo. Sus sátiras tienen una delicadeza y oblicuidad en la censura, unidas a una jocosidad y gracia que las caracterizan, y las distinguen de los sarcasmos severos y punzantes de Juvenal. Como crítico, tomó casi todas sus reglas de Aristóteles; pero en ellas se contienen los elementos del buen gusto en poesía, y por lo mismo no admiten variación. Las sátiras de Juvenal comparadas con las de Horacio, se encuentran faltas de gracia y urbanidad; pero le son superiores en la agudeza de los pensamientos y el vigor varonil de las ideas.

16. Ningún poeta romano ha excedido a Ovidio en variedad de talentos, sin excelencia suprema, y en facilidad y elegancia de números. En sus *Metamórfosis* no sólo hay una imaginación inmensa, sino trozos patéticos, descriptivos, elocuentes, y aun sublimes. Sus elegías tienen más naturalidad y pasiones verdaderas que las de Tibulo y Propercio. Sus versos amatorios son tiernísimos, pero demasiado libres y aun licenciosos.

17. Nada hay más elegante que las composiciones de Tibulo, ni más delicado que el giro de sus frases; pero su idioma no es el de las pasiones, sus sentimientos son tiernos, pero su efecto se debilita con el cuidado visible y la

solicitud continua del poeta en usar de una fraseología refinada, y de números blandos y escogidos: tampoco hay en sus elegías mucha imaginación ni variedad de pensamientos: una sola presenta los afectos de todas.

15. Marcial es el último de los poetas romanos que puede mencionarse con aprobación completa. Sus epigramas, además de su belleza, tienen el mérito de que ilustran las costumbres romanas. Posee, más que ningún otro poeta, la graciosa naturalidad de expresión que se observa principalmente en sus epigramas serios. Plinio el joven le caracteriza bien. *Ingeniosus, acer, et qui in scribendo et salis haberet et fellis, nec candoris minus*. Epist. 3. 21. *Ingenioso, agudo, y que escribía con gracia y sátira, y no menos candor*.

19. El lujo en los adornos y el apego a agudeza, brillantez de pensamientos y expresiones, indican seguramente la decadencia del buen gusto. Tales son los rasgos que caracterizan a los poetas latinos de los tiempos que siguieron. En Lucano se hallan algunos ejemplos de la más brillante poesía, y en Persio algunos golpes felices de sátira animada; pero apenas compensan la afectada oscuridad del primero, y la hinchazón del segundo. Los poetas que les siguieron, Estacio, Silio, Itálico y Valerio Flaco, en sus ensayos de epopeya, que es el más difícil de

todos los géneros de poesía, sólo consiguieron patentizar más la inferioridad de sus genios, y la decadencia manifiesta del arte.

LECCION XXXVII

ESTADO DE LA FILOSOFÍA ENTRE LOS ROMANOS.

1. Los romanos en los primeros períodos de la república atendían poco al cultivo de las ciencias, y no tenían idea de las especulaciones filosóficas. La filosofía no apareció en Roma hasta fines del siglo sexto de su fundación, en el intervalo entre la guerra con Perseo y la tercera guerra Púnica. Algunos Aqueos instruidos, desterrados de su patria, se establecieron en varias partes de Italia, se aplicaron al cultivo de la literatura y a la educación de la juventud, y difundieron el gusto de estos estudios, desconocidos hasta entonces a los romanos. Los ciudadanos graves no gustaron de esta introducción, y el Senado, temiendo la propagación de estudios y costumbres extranjeras, echó de Roma a los filósofos griegos. Pero poco después llegó una embajada de Atenas, y con ella vinieron Carneades y Critolao, que revivieron el gusto a

la filosofía griega, y dejaron muchos discípulos hábiles, que enseñaron públicamente sus doctrinas.

2. Era natural que se adoptasen más generalmente los sistemas que tenían mayor analogía con el carácter nacional. Mientras las costumbres romanas conservaron su severidad primitiva, prevaleció la filosofía estoica. Escipión, Lelio y Catón el menor se contaron entre sus principales partidarios.

3. La filosofía de Aristóteles fué casi desconocida en Roma hasta el tiempo de Cicerón, en que Tiranión y Crapito la enseñaron con gran crédito. Con todo, Cicerón se queja de que no la entendían bien; y por eso envió a su hijo a que la estudiase en las escuelas de Atenas.

4. Lúculo, en el tiempo que pasó en Grecia, tuvo ocasión de instruirse en los principios de las diferentes sectas, y a su vuelta a Roma, extendió un gusto muy general a la filosofía. La protección y favor que dispensaba a los literatos, y la libertad con que les abrió su biblioteca contribuyeron mucho a promover los progresos de la literatura.

5. La Academia nueva y la antigua tenían sus respectivos partidarios. Marco Bruto y Terencio Varrón fueron los discípulos más ilustres de la segunda, que podía llamarse Estoico-Platónica. En las obras de Cicerón se hallan testi-

monios de los talentos filosóficos de Bruto, y de la erudición universal de Varrón. El mismo Cicerón debe ser tenido por el primero de los filósofos romanos. Fué de los principales apoyos de la Academia nueva, aunque parece que más fué su objeto dilucidar en general la filosofía griega, que alistarse entre los discípulos de ninguna secta particular.

6. Parece que ni los Griegos ni los Romanos dedicaron mucha atención al cultivo de la física, o filosofía natural. A menos que se comprenda en ella la agricultura, puede afirmarse que ningunos autores romanos, que sepamos, a excepción de Varrón y Plinio el mayor, fijaron mucha atención en las operaciones de la naturaleza. De las obras de Varrón sólo quedan pocos fragmentos. La historia natural de Plinio es un depósito precioso de los conocimientos de los antiguos en física, economía, y demás artes y ciencias. Es lástima que el estilo no corresponda al asunto, pues suele ser declamatorio y oscuro.

7. En los primeros tiempos de la república romana se desconocía la filosofía de Epicuro. Entró en Roma con el lujo, y progresó con la corrupción de las costumbres. Fabricio, habiendo oído a Cineas discurrir en la mesa de Pirro sobre las opiniones de Epicuro, exclamó: "¡Ojalá que los enemigos de Roma conserven siempre

tales principios!' Sin embargo, poco después ya estos mismos principios eran demasiado comunes entre sus conciudadanos.

LECCION XXXVIII

COSTUMBRES PRIVADAS Y PÚBLICAS DE LOS ROMANOS.

1. Las costumbres de los romanos en los primeros tiempos de la república fueron tan diferentes de las de los últimos siglos, que naturalmente debemos suponer que para producir una mudanza tan notable, debieron cooperar causas muy extraordinarias: sin embargo, la transición es fácil de explicar. El espíritu de templanza, frugalidad y probidad, caracteriza a todo establecimiento nuevo. La sencillez virtuosa de sus costumbres y el rigor de la disciplina militar abrieron a los romanos el camino de sus prodigiosas conquistas, y estas conquistas introdujeron la riqueza, el lujo y la corrupción.

2. Los patricios, en los primeros tiempos de la república, cuando estaban en el campo, olvidaban la distinción de los rangos, y trabajaban en el cultivo de sus heredades, como los

últimos plebeyos. Tenemos los ejemplos de Cincinato, Curio, Catón el mayor y Scipión el Africano. Sólo visitaban la ciudad cada nueve días. En aquellos tiempos de sencillez virtuosa, dice Salustio, *domi militiæque boni mores colebantur. Duabus artibus, audacia in bello, ubi pax evenerat, æquitate, seque remque publicam curabant. Cultivábanse las buenas costumbres en la vida militar y doméstica. Por dos medios, valor en la guerra y equidad en la paz, se sostenían a sí mismos y a la república.* Empero, cuando los romanos extendieron su dominio en consecuencia de esta misma disciplina y buenas costumbres, importaron con la riqueza de las naciones vencidas sus gustos, sus costumbres y sus vicios.

3. Los romanos tenían poco gusto natural a las bellas artes. Cuando conquistaron la Grecia, se les abrió de repente un campo inmenso, y las obras maestras del arte se acumularon a su vista. Mas ellos no podían apreciar su excelencia. El lujo romano, en cuanto dependía de las artes, se desplegaba generalmente con una magnificencia tosca y sin gusto.

4. El modo mejor de ilustrar la vida pública y privada de los romanos, será dar idea de como pasaban el día en Roma las clases altas e inferiores. Algunos ciudadanos gastaban la mañana en visitar los templos, y otros en asistir a

los palacios de los grandes, a la hora que éstos se levantaban. Los *clientes* visitaban a sus *patronos*, los patricios se visitaban mutuamente o iban a cumplimentar a los prohombres de la república. En Roma el primer objeto de ambición era la popularidad, porque ella abría camino a todo. De la visita iban al foro, o por atender a los negocios públicos, o por pasatiempo. Allí estaban hasta mediodía, que era la hora de comer entre los romanos. Esta comida era muy ligera, y no era costumbre convidar a ella. Después de comer, iban los jóvenes al campo de Marte, donde se ocupaban en ejercicios atléticos y juegos, hasta ponerse el Sol. Los mayores se retiraban a descansar una hora, y pasaban el resto de la tarde en sus pórticos, galerías o bibliotecas, disfrutando la conversación de sus amigos, o bien oyendo recitar obras literarias; otros se iban a los teatros, o a los espectáculos del anfiteatro y del circo.

5. Los combates de gladiadores se introdujeron como cuatrocientos años después de fundada Roma, y ellos y las lides con bestias feroces, fueron muy luego la diversión favorita de los romanos. El espíritu de lujo, que en general no es contrario a la humanidad, acompañó sus progresos en Roma con un aumento de ferocidad en los espectáculos públicos. Los teatros

eran muy concurridos. (Lección XXXVI, § 2, 3, 4, 5 y 6). Hubo tal gusto a la pantomima, que se abrieron escuelas públicas de su arte y la nobleza y el pueblo se dividían en partidos que favorecían a los actores rivales, abuso que al cabo exigió la interposición de las leyes.

6. De los pórticos o del teatro y anfiteatro, era costumbre ir a los baños, que estaban abiertos para el uso público. Los ricos tenían baños en sus casas, y competían unos con otros en éste, como en los demás artículos de lujo y magnificencia. Del baño pasaban inmediatamente a cenar, lo que generalmente hacían a la nona o décima hora, contada desde la salida del Sol. Para comer se reclinaban en lechos dispuestos en derredor de la mesa. El lujo de las cenas romanas excedía a todo lo que se conoce entre los modernos. Presentábase un *antecœnium* de encurtidos o especias, que preparaban y despertaban el apetito. La cocina se volvió una ciencia. El número y costo de los platos era increíble. Reunían para realizar el deleite cuanto puede agradar a los sentidos, bailarines de ambos sexos, músicos, pantomimos, y aun combates de gladiadores.

7. Al fin de la república, las diversiones y

placeres eran el principal objeto a cuya consecución dirigían sus esfuerzos los ciudadanos de todas clases. Sólo pedían *Panem et circences*; *Pan y juegos del circo*.

LECCION XXXIX

DEL ARTE DE LA GUERRA ENTRE LOS ROMANOS.

1. Al considerar las victorias prodigiosas de las armas romanas, y el dominio que adquirieron sobre la mayor parte del mundo conocido, parece natural inferir que superaron a todos sus contemporáneos en el arte de la guerra. Vegetio atribuye expresamente todas sus conquistas a esta sola causa. La disciplina es la que en un ejército hace que una multitud obre como un hombre solo; pues cada soldado confía en la cooperación activa y constante de sus compañeros.

2. Los romanos se acostumbraban desde la infancia con los ejercicios atléticos a soportar fatigas y trabajos, y se criaban para la vida que tiene un soldado en la campaña más activa.

3. Los alistamientos se hacían cada año, llamando a las tribus divididas en su número respectivo de centurias. Cada centuria presentaba por votación tantos soldados cuantas legio-

nes habían de formarse; y los tribunos de las legiones tomaban su turno por votación para elegir entre los hombres presentados por las centurias. (Lección XXIV, § 16). El número de soldados que componían una legión varió en diferentes períodos de tres mil a diez mil y once mil.

4. Las naciones antiguas tenían dos modos de formar las tropas en batalla. Uno, la falange, o formación cerrada rectangular intersectada sólo con grandes divisiones; esta disposición la usaban comúnmente los griegos y casi todas las naciones bárbaras. El otro modo era el *quincunx*, que consistía en compañías pequeñas o pelotones en tres filas derechas, con espacios alternados entre las compañías, iguales al espacio que ocupaba cada una de ellas. En la primera fila estaban los *hastati*, en la segunda los *principes*, y en la tercera los *triarii*. En los flancos de la primera fila estaban los *velites*, o tropas ligeras, que regularmente comenzaban a escaramuzar, y luego se retiraban para que entrase en acción el cuerpo principal. Las ventajas de este arreglo eran que podía formarse tres veces la línea de batalla con tropas de refresco, y que era más propio que ningún otro para hacer movimientos rápidos. En la legión romana las armas de los *hastati* y *principes* eran el *pilum* o dardo pesado, la espada y el escudo, y las de las *triarii*

la lanza larga, la espada y el escudo.

5. A pesar de estas ventajas del *quincunx*, ya se desusó en los últimos tiempos de la república; y desde entonces se usaron varios modos de formar, según las circunstancias. Se supone que la táctica romana estaba en la mayor perfección durante las guerras Púnicas. Aníbal era gran maestro en esta ciencia, y los Romanos se aprovecharon de su saber al experimentarlo. La batalla de Canas, según la describe Polibio, prueba los grandes talentos del general cartaginés. Si los Romanos hubieran estado aquel día formados en *quincunx*, el éxito habría sido diferente, porque hubieran burlado el efecto de una maniobra astuta que hizo Aníbal, al observar que el ejército enemigo se formaba en el orden de falange, ya desusado.

6. Los Romanos, y en particular Julio César, perfeccionaron el arte de atrincherarse. César con sesenta mil hombres se defendió en sus trincheras delante de Alexia, aunque le atacaron doscientos cuarenta mil Galos por la línea de circunvalación, y ochenta mil por las de contravalación. Estas trincheras consistían en un foso de nueve a quince pies de ancho y profundidad, cercado en la orilla interior por un montón de la tierra escavada, y en la exterior por estacas fuertes, con ramas puntiagudas.

7. Para sitiar una ciudad se formaban va-

rios campamentos al rededor de ella, unidos entre sí por líneas de circunvalación y contravalación. Formábase un montón de tierra (*agger*); que empezaba con un declive suave en uno de los campamentos, e iba elevándose a proporción que se acercaba a la ciudad. Una cortina de cueros fijos en postes fuertes, defendía el frente donde estaban ocupados los trabajadores. Sobre este cerro artificial se adelantaban las máquinas de ataque, las *catapultas* y *balistas*, hasta que trabajaban sobre el paraje que querían los sitiadores. Las catapultas arrojaban piedras gruesas, y las *balistas*, flechas. Los sitiados usaban también de estos medios para hostilizar al enemigo. Cuando las máquinas habían conseguido echar de las murallas a los sitiados, se traía el *ariete*, y si llegaba a los muros, decidía generalmente la suerte de la ciudad. Así el principal objeto de los sitiados era impedir su aproximación por cuantos medios estaban a su alcance. Arrojaban continuamente sobre los sitiadores dardos, piedras y materiales combustibles; y a veces abrían una mina desde la ciudad para hundir el *agger* y todas sus máquinas. Estas artes de ataque y defensa de plazas fortificadas se usaban generalmente entre las naciones de la antigüedad, y continuaron en los modernos, hasta la invención de la pólvora.

8. El arte militar naval fué desconocido a

los Romanos hasta la primera guerra Púnica. Una galera cartaginesa, que encalló en su costa, dió modelo para sus buques de guerra. En el espacio de dos meses equiparon una escuadra de cien galeras de cinco órdenes de remeros y veinte de tres órdenes. En las medallas y esculturas antiguas puede verse la estructura de estas galeras, y el modo en que se colocaban los remeros. Los combatientes en el mar se asaltaban a distancia con dardos, combustibles arrojados, y a veces con catapultas y balistas; más el ataque serio era el que se daba al abordaje, para el cual se enganchaban los dos buques por medio de un garfio que se echaba por la proa.

9. Los Romanos, en los tiempos del imperio, mantenían sus conquistas lejanas no solo por sus ejércitos, sino con sus escuadras. Fondeábanse los buques en los ríos grandes y bahías y generalmente las legiones y las escuadras conservaban una estación fija.

LECCION XL

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA ROMANA.

1. La historia de todas las naciones prueba que hay una conexión inseparable entre la moral de un pueblo y su prosperidad política, pero ninguna demuestra esta verdad con más fuerza y evidencia, que la de la república romana. Limitar a las repúblicas solas la necesidad de la virtud como principio, es una noción quimérica, que tiene consecuencias peligrosas. *¿Quid leges sine moribus vanæ proficiunt?* (de nada sirven las leyes sin costumbres), es una verdad igualmente aplicable a todos los gobiernos; y ningún sistema político, por excelente que sea su estructura, puede durar, si en los principios y costumbres del pueblo falta el cimiento seguro de la virtud.

2. El amor de la patria y el deseo de una libertad racional, son sentimientos nobles y vir-

tuosos; y su existencia siempre es una prueba de integridad en la moral nacional. Empero ninguna voz se ha prostituído más que la de *libertad*. En un pueblo corrompido se oyen clamar por ella con más ahinco a los más abandonados y perversos. En boca de éstos no significa patriotismo, sino aversión a un freno saludable; y el carácter personal del demagogo y las costumbres de sus partidarios siempre bastan a quitarles la máscara. Es imposible que el espíritu de patriotismo y una corrupción general de costumbres coexistan en el mismo siglo y en la misma nación.

3. Por otra parte, cuando las costumbres de un pueblo son puras, no hay infortunio público irreparable, ni situación política en que deba desesperarse de una mudanza ventajosa. En estos casos, el espíritu de patriotismo, difundido en todas las clases del estado, restablecerá muy pronto la prosperidad pública. Así lo acreditan la historia del pueblo romano y de los Griegos en varias crisis de honor e infortunio.

4. Parece que el carácter nacional de los Romanos empeoró más visiblemente desde la destrucción de su rival Cartago. Salustio indica la causa. *Ante Cartaginem deletam-metus hostilis in bonis artibus civitatem retinebat. Sed ubi illa formido mentibus decessit, scilicet quæ secundæ res amant, lascivia atque superbia in-*

vasere. Antes de la destrucción de Cartago, el temor del enemigo contenía al pueblo en la práctica de la virtud. Pero cuando se le disipó aquel recelo, se entregaron a la disolución y a la soberbia, compañeras ordinarias de la prosperidad.

5. Los motivos de las conquistas romanas en los últimos tiempos de la república, fueron la avaricia y la ambición, libres del freno de todo principio moral. Bastaba para emprender una guerra que un país tentase la ambición y rapacidad de los caudillos militares. La conquista de Italia abrió el camino a la reducción de las naciones extranjeras. De aquí tomaron los Romanos con la riqueza de los pueblos que subyugaban, sus costumbres, su lujo y sus vicios. Los generales no volvían como antiguamente de una campaña a labrar la tierra, a pasar una vida templada e industriosa. Ya eran gobernadores de reinos y provincias; y cuando concluía el término de sus empleos, no podían satisfacerse con menos que con ser soberanos en su patria. Los ejércitos desmoralizados con el saqueo de reinos enteros, estaban prontos a favorecer todos sus proyectos ambiciosos; y el populacho ganado por la corrupción, siempre se declaró por el jefe que mejor podía pagarle su ayuda. Todas las elecciones se decidían por la fuerza o el soborno, y se traían a Roma los habitantes de estados le-

janos, que gozaban ya de la ciudadanía, para que a las órdenes de un demagogo, influyesen en las cuestiones populares, e inclinasen la balanza a favor suyo. En un gobierno destruído así irreparablemente por la relajación de sus resortes, importaba poco que demagogo, usurpador o tirano consumase finalmente su pérdida.

6. La consideración del engrandecimiento y ruina de los principales estados de la antigüedad, ha producido la opinión de que la constitución de los imperios tiene, como el cuerpo humano, sus períodos de aumento, madurez, decadencia y estinción. Pero los argumentos de analogía son engañosos, particularmente cuando la analogía es entre verdades físicas y morales. El cuerpo humano, por su estructura, está sujeto a decadencia forzosa, y perpetuamente sufre mudanzas por el transcurso del tiempo. Sus órganos, débiles al principio, llegan gradualmente a su fuerza perfecta, y luego por una gradación semejante, sigue su decadencia y disolución. Esta es una ley inmutable de la naturaleza. Pero los resortes del cuerpo político no sufren necesariamente esta mudanza perpetua por la acción del tiempo. No progresan regularmente de la debilidad a la fuerza y de ésta a la decadencia y disolución; ni están bajo la influencia de ningún principio de corrupción que no pueda contenerse y aun cortarse de raíz con leyes sa-

ludables. Así es que el principio de la corrupción de Esparta se atribuye a que Lisandro infringió las instituciones de Licurgo, introduciendo moneda de oro en el tesoro público, en lugar de la de hierro. ¿Pero esta medida era necesaria, o inevitable? Acaso un solo voto en el senado hizo decretar su adopción, y otro voto hubiera podido impedir o dilatar mucho tiempo la ruina de aquel estado. La república romana debió su disolución a la extensión de sus dominios. Si hubiera sido crimen capital en Roma proponer que las armas de la república se llevasen fuera de Italia, su constitución habría podido conservarse aun muchos siglos. «Acostumbraos,» decía Foción a Aristias, «a discernir en la suerte «de las naciones la recompensa que el grande «Autor de la naturaleza ha señalado a la práctica de la virtud». Ningún estado perdió su prosperidad, sino apartándose de las instituciones «a que la debía». La historia nos dice que todos los estados e imperios han tenido cierta duración; pero instruyéndonos en las causas de su decadencia y ruina, nos inculca la lección saludable de que las naciones, en general, son árbitras de su destino, y pueden, y ciertamente deben aspirar a la inmortalidad.

7. Deseaban los políticos antiguos hallar una forma de gobierno que poseyese en si misma la facultad de reformarse periódicamente,

de contener cualquier aumento de autoridad en cualquiera de sus ramos, y de dar impulso a la máquina, o hacer volver la constitución a sus primeros principios. A la falta que tuvieron los estados antiguos de este poder, que en vano quisieron suplir con remedios parciales, como el ostracismo y petalismo, podemos atribuir en gran parte su decadencia y ruina; porque una vez destruído el equilibrio en sus gobiernos, empeoraba el mal diariamente, y no admitía otro remedio que una revolución, o trastorno de todo el sistema. La constitución inglesa y las americanas poseen una ventaja inestimable sobre todos los gobiernos de la antigüedad, por la facultad perpetua de reforma que conceden a sus cuerpos legislativos.

LECCION XLI

IMPERIO ROMANO. REINADOS DE AUGUSTO,
TIBERIO Y CLAUDIO.

1. La batalla de Accio decidió la suerte de la república, y Octavio, que se llamó entonces Augusto, quedó señor del imperio Romano. Poseía completamente la sagacidad necesaria a fin de discernir el carácter más propio para ganarse el afecto del pueblo a quien gobernaba, y la versatilidad de temperamento y genio, precisa para tomarlo. Sus virtudes, aunque hijas de la política y no de la naturaleza, fueron ciertamente favorables a la felicidad y aun a las libertades de sus súbditos. La suerte de César le enseñó la inseguridad de un poder usurpador, y por eso, al paso que imitaba con estudio los modales atractivos y la clemencia de su gran predecesor, afectaba mucha más moderación y respeto a los derechos del pueblo.

2. Cerróse el templo de Jano, que había es-

tado abierto 188 años desde el principio de la segunda guerra Púnica, y este acontecimiento causó general gozo. «Los Romanos» dice Condillac, «se creyeron ya libres, cuando no tuvieron «que combatir por la libertad». El soberano sostuvo su ilusión, manteniendo las formas antiguas de la constitución republicana en la elección de magistrados, &c., aunque no eran más que formas; y aun pretendió persuadir que consideraba su administración como una autoridad temporal en favor del bien público. Le invistieron con el consulado y la censura, parando por las formas regulares de la elección periódica a estos empleos, y a fines del año séptimo de su gobierno, anunció al Senado que iba a dejar la autoridad. La consecuencia fué una súplica general del Senado y del pueblo, para que no abandonase la república, después de haberla salvado de su destrucción. «Puesto que así es preciso», dijo, «acepto el imperio por diez años, a menos «que antes la tranquilidad pública me permita «gozar del retiro que tan apasionadamente deseo». Cinco veces repitió esta misma farsa, aceptando la administración por diez o por cinco años.

3. Contribuyó mucho al crédito de Augusto la confianza sin límites que para el gobierno del imperio puso en Mecenas, ministro muy hábil, que se interesó sincera y ardientemente por la

felicidad del pueblo. Todos los negocios del estado se dirigían por sus excelentes consejos, y por ellos se dieron las leyes más saludables para remediar los males públicos, y aun para corregir las costumbres. A su patrocinio debieron su adelanto las artes y la literatura. Por su influjo e instrucciones sabias tomó Augusto virtudes ajenas de su corazón, pero cuya tendencia a la felicidad de sus súbditos fué tan efectiva, como si hubiesen sido frutos genuinos de su naturaleza.

4. Muerto Marcelo, sobrino y yerno de Augusto, y príncipe de grandes esperanzas, confirió el emperador su favor más señalado a Marco Agripa, dándole en matrimonio a Julia su hija, viuda de Marcelo. Agripa tenía considerables talentos militares, y logró realizar la reducción de España, y la subyugación de las provincias asiáticas rebeladas. Augusto se lo asoció en el empleo de censor, y probablemente le hubiera dado parte en el imperio, si no hubiera muerto. La viuda Julia se casó en terceras nupcias con Tiberio, que vino a ser hijo político del emperador por doble título, pues Augusto se había casado antes con su madre Livia. Esta mujer artificiosa apartó a todos los de la familia imperial que se oponían entre ella y el objeto de su ambición, y abrió camino a que sucediese en la autoridad su hijo Tiberio, quien por su parte dedicó

toda su atención a ganar el favor y la confianza de Augusto. A la vuelta de Tiberio de una campaña feliz contra los Germanos, hicieron que el pueblo solicitase del emperador que le diese el gobierno de las provincias y el mando de los ejércitos. Desde entonces fué apartándose Augusto gradualmente de los cuidados del imperio, y murió poco después en Nola de Campania, a los setenta y seis años de edad, y cuarenta y cuatro de reinado imperial. (A. R. 767, y 14 de la era común).

5. Una parte considerable del esplendor que se nota en el reinado de Augusto, se debe al colorido espléndido con que han hermoseedo su carácter los poetas y otros autores que adornaban su corte, y retribuían sus beneficios con la adulación que le tributaban. Otros soberanos de mucho más mérito han sido menos felices en obtener los aplausos de la posteridad.

Illacrimabiles .

Urgentur, ignotique, longa

Nocte, carent quia vate sacro.

HORAT. CARM. LIB. IV. OD. 9.

(Sin ser llorados se han sepultado en el olvido, porque ningún poeta los ha celebrado).

También un poeta moderno ha dicho de Augusto con razón que—

En su favor las Musas acallaron
la indignación de la severa historia.

HEREDIA.

Pero el suceso que más distinguió el reinado de Augusto, fué el nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, que, según las mejores autoridades, ocurrió el año de Roma 754, cuatro años antes de la fecha vulgar de la era cristiana.

6. Augusto nombró por su heredero a Tiberio, junto con su madre Livia; y le sustituyó a Druso, hijo de Tiberio, y a Germánico. Tiberio era vicioso, disipado y cruel; sin embargo, el terror mismo de su carácter le aseguró la sucesión fácil al imperio. Una embajada del Senado le rogó aceptase el gobierno, que él afectó repugnar con modestia, pero al fin se dejó vencer por sus ruegos. A pesar de estos síntomas de moderación, se vió muy luego que no le bastaba el poder que había disfrutado su antecesor. No le satisfizo que hubiese acabado ya la sustancia de la república, sino que había de quitarse hasta su apariencia. El pueblo no volvió a reunirse, y la voluntad imperial dió magistrados a Roma.

7. Germánico, sobrino de Tiberio, se hizo el objeto de su envidia por la gloria que había adquirido con sus hazañas militares en Germania, y el alto favor que le prodigaba el pueblo

romano. En medio de sus victorias, le hicieron volver, y le despacharon a las provincias orientales, donde murió poco después, y se creyó generalmente que había sido envenenado por orden del emperador.

8. Elio Seyano, prefecto de las guardias pretorianas, consejero favorito de Tiberio, y ministro obsequioso de su tiranía y crímenes, concibió el osado proyecto de una revolución para destruir a toda la familia imperial y colocarse en el trono. Druso, hijo del emperador, murió envenenado. Agripina, viuda de Germánico, fué desterrada con su hijo mayor, y el menor fué encerrado en una prisión. Seyano, bajo el pretexto de haber descubierto una conspiración contra Tiberio, le persuadió que se retirase de Roma a la isla de Caprea, y dejase el gobierno en sus manos. Pero mientras meditaba el último paso que debía conducirle a la satisfacción de sus deseos, que era el asesinato de su soberano, se supo su traición; el emperador despachó su mandato al Senado, y a él siguió inmediatamente la sentencia y ejecución del ministro. La indignación pública no quedó satisfecha con su muerte, el populacho despedazó su cadáver, y arrojó los miembros al Tíber.

9. Tiberio desde entonces abandonó enteramente los cuidados del gobierno, y sólo se mostraba el poder imperial en ejecuciones públicas,

confiscaciones, y escenas de crueldad y rapiña. Al cabo, estando enfermo el tirano, le ahogó en su lecho Macron, prefecto de las guardias pretorianas, a los 75 años de su edad, y 23 de su reinado.

10. En el año décimo octavo del reinado de Tiberio, sucedió la pasión y muerte de nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, autor divino de nuestra religión. (33)

11. Tiberio había nombrado heredero a Calígula, hijo de Germánico, y nieto suyo por adopción, y les había agregado a Tiberio, hijo de Druso, nieto suyo natural. El primero gozaba del favor popular por la buena memoria de su padre, y el Senado, por dar gusto al pueblo, se desentendió de los derechos de su colega, y le confirió el imperio. Señalóse el principio de su reinado con algunos actos de clemencia y aun de sana política. Restableció los privilegios de los comicios y abolió las persecuciones arbitrarias por crímenes de estado. Pero tiránico y cruel por naturaleza, sustituyó ejecuciones militares a los castigos legales. Cargó a las provincias los impuestos más excesivos, y diariamente llenaba los cofres imperiales por medio de confiscaciones. Las locuras y absurdos de Calígula igualaron a sus vicios, y es difícil decidir cual era mayor, si el odio o el menosprecio que inspiraba. Murió asesinado a los cuatro años de rei-

nado, y veinte y nueve de edad. (A. R. 794 y E. V. 42).

12. Claudio, tío de Calígula, fué saludado emperador por las guardias pretorianas que habían asesinado a su sobrino. Era hijo de Octavia, hermana de Augusto, hombre de flaco entendimiento y sin educación. Señalóse su corto reinado con una empresa importante. Empezó la reducción de Bretaña, y después de haber visitado en persona la isla, dejó en ella a sus generales Plaucio y Vespasiano, para que prosiguiesen la guerra, que duró algunos años con varios sucesos. Los silures, o habitantes de la Gales meridionales, hicieron una resistencia animosa a las órdenes de su rey Caractaco; pero fueron derrotados al fin, y Caractaco vino prisionero a Roma, adonde excitó respeto y admiración con la magnanimidad de su conducta.

13. La administración civil de Claudio fué débil y despreciable. Fué esclavo hasta de sus domésticos, y juguete de sus dos famosas mujeres Mesalina y Agripina. La primera vivió abandonada a los desórdenes más vergonzosos, y al cabo fué condenada a muerte por sospechas de traición. La segunda, que era hija de Germánico, hizo los mayores esfuerzos para asegurar la sucesión del imperio a su hijo Domicio Cenobarbo, y empleó todos los resortes del vicio y de la inhumanidad para apartar los obstáculos que se

oponían al logro de sus deseos. Después de conseguir que Claudio adoptase a Domicio y le confiriase el título de César, excluyendo a su hijo Británico, envenenó a su marido para apresurar la elevación del hijo. Claudio murió a los quince años de su reinado y sesenta y tres de su edad.

LECCION XLII

NERÓN, GALBA, OTÓN, VITELLO, VESPASIANO,
TITO, DOMICIANO, NERVA, TRAJANO
Y ADRIANO.

1. El hijo de Agripina tomó el nombre de Claudio Nerón. Había recibido una buena educación del filósofo Séneca, pero no sacó otro fruto de sus instrucciones que una afectación pedantesca de gusto y de saber, sin pretensión real a ninguno de los dos. Mientras estuvo Nerón bajo la dirección de su maestro Séneca y de Burrho, capitán de las guardias pretorianas, y hombre de talento y virtud, conservó una conducta pública decente; pero muy luego le fué intolerable toda restricción, y se abandonó a la violencia de su carácter, que era un compuesto de bajeza e inhumanidad extremadas. Con asesinar a su madre Agripina, vengó el crimen que cometió ésta para elevarla al trono; pagó con un veneno la fidelidad de Burrho, y concedió por

gran favor a Séneca la elección de su género de muerte. Su mayor diversión era presentarse en el teatro y anfiteatro como autor, músico o gladiador. Al fin el odio universal y menosprecio de sus vasallos estalló en una rebelión, que dirigida por el ilustre galo Vindex, precipitó del trono a aquél monstruo. No tuvo ánimo ni para intentar resistirse; y un esclavo le quitó la vida a instancias suyas, a los treinta años de edad y catorce de reinado. (69).

2. Galba, sucesor de Nerón, era de una familia ilustre y antigua. Tenía setenta y tres años de edad cuando el Senado le proclamó su emperador, aprobando la elección de los pretorianos. Pero con un rigor impolítico de disciplina disgustó al ejército; su avaricia le privó del afecto del pueblo, a quien quitaba sus juegos y espectáculos favoritos; y algunas persecuciones y confiscaciones inicuas excitaron un descontento y motín general. Galba había adoptado y designado por sucesor suyo al sabio y virtuoso Pisón, medida que excitó la envidia de Otón, su favorito anterior, y le hizo formar el proyecto de elevarse al trono con la destrucción de ambos. Los pretorianos estaban dispuestos a favorecerle. Proclamáronle emperador, y le presentaron como regalo las cabezas de Galba y de Pisón, que fueron muertos mientras se esforzaban a apaciguar el tumulto. Galba reinó siete meses.

Major privato visus, dum privatus fuit, et omnium consensu capax imperii, nisi imperasset. Tácito. *Mientras fué particular, pareció superior a su fortuna; y capaz de mandar en concepto de todos, si no hubiese mandado.*

3. Otón tuvo un rival muy formidable en Vitelio, a quien su ejército proclamó emperador en Germania. Dificil es decidir cuál de los dos competidores era más despreciable por inepto, o infame por vicioso. Diose una batalla decisiva en Badriaco, cerca de Mantua, y Otón, que la perdió, se quitó la vida a los tres meses de reinado. (70).

4. El de Vitelio sólo duró ocho meses. Dicen que se propuso por modelo a Nerón, y era justo que en su fin se le pareciese. Vespasiano había obtenido de Nerón la dirección de la guerra contra los Judíos; la hizo con habilidad y fortuna, y sus soldados le proclamaron emperador en Oriente. Gran parte de Italia se sometió a sus generales, y Vitelio capituló cobardemente, dejando el imperio para salvar la vida. El pueblo indignado al ver su bajeza le obligó a hacer un esfuerzo para resistir, pero fué en vano. Prisco, uno de los generales de Vespasiano, tomó posesión de Roma: mataron a Vitelio, y echaron su cuerpo al Tíber.

5. Vespasiano, aunque hombre de baja extracción, era digno del imperio, y reinó diez

años con mucha popularidad. Era clemente por naturaleza, sus modales eran afables y atractivos, y vivía sencilla y frugalmente. Respetó las formas antiguas de la constitución, devolvió al Senado sus derechos deliberativos, y obró por autoridad suya en la administración de todos los negocios públicos. Su único defecto fué la avaricia, y aun éste se justificó de algún modo por el uso laudable y patriótico que hacía de sus rentas. En su reinado terminó su hijo Tito la guerra de los Judíos. Pompeyo, que tomó a Jerusalem, los había sometido a Roma, y en la época de Augusto los gobernó Herodes como virrey. La tiranía de su hijo Arquelao causó su destierro y la reducción de Judea a la condición ordinaria de provincia romana. Los Judíos se rebelaban apenas veían ocasión, y Nerón envió a Vespasiano para que los hiciese volver al orden. Había preparado el sitio de Jerusalem cuando le llamaron a Roma a tomar el imperio. Tito deseaba conservar la ciudad, y probó mil medios para hacer que los Judíos se rindiesen; pero en vano. El cielo había decretado su ruina. Después de un bloqueo de seis meses, fué asaltada Jerusalem, reducido el templo a cenizas, y sepultada en sus ruinas la ciudad. El imperio romano quedó con esto en paz profunda. Vespasiano asoció a Tito al imperio, y murió

poco después lamentado universalmente, a la edad de sesenta y nueve años. (79).

6. El carácter de Tito fué humano, liberal, noble y espléndido. Su breve reinado fué un período de gran dicha y prosperidad para el imperio, y su gobierno dió un ejemplo constante de virtud, justicia y beneficencia. En su tiempo fué la terrible erupción del Vesubio, que sepultó las ciudades de Herculano y Pompeya. Tito reparó las pérdidas públicas que produjeron estas calamidades con el sacrificio de su fortuna y de sus rentas. Murió a los tres años de reinado y cuarenta de edad: la historia le recordará perpetuamente con aquél exaltado epíteto: *delicia humani generis; delicia del género humano*.

7. Sucedió a Tito en el imperio su hermano Domiciano, de quien se sospechó que le había envenenado. (81) Fué un tirano feroz y vicioso. Una rebelión que ocurrió en Germania le dió ocasión de señalar su barbarie, y sus consecuencias se sintieron largamente en los castigos sanguinarios que decretó bajo la capa de la justicia. El espíritu pródigo y voluptuoso de su reinado contrastó singularmente con su inhumanidad y tiranía. Cargaba al pueblo de pechos insoportables, para costear espectáculos y juegos que le divirtiesen. Las victorias de Agrícola en Bretaña dieron a las armas romanas una gloria de que nada tocó al emperador, porque trató con la ingritud

más baja a aquél eminente caudillo. Después de quince años tediosos de reinado, fué víctima este monstruo de una trama dirigida por la misma emperatriz, (96).

8. El Senado eligió emperador al cretense Cocceyo Nerva, por respeto a su probidad y virtudes. Mas era ya viejo para sostener la carga del imperio, y su carácter era demasiado suave para refrenar corrupciones y enormidades arraigadas. Su gobierno fué débil y despreciable. El único acto meritorio de su soberanía fué la adopción del virtuoso Trajano. Nerva murió a los diez y seis meses de reinado. (98).

9. Ulpio Trajano poseía cuantos talentos y virtudes pueden adornar a un monarca. Con sus grandes conocimientos militares y su espíritu emprendedor infatigable restituyó el antiguo esplendor a las armas romanas, y ensanchó los límites del imperio. Subyugó a los Dacios, venció a los Partos, y sujetó la Asiria, la Mesopotamia y la Arabia feliz. Ni fué menos eminente en promover la felicidad de sus vasallos y la prosperidad interior del imperio. La humanidad y munificencia presidieron a sus liberalidades. Fué amigo y apoyo de los indigentes honrados, y patrono liberal de todas las artes y talentos útiles. Suplía los gastos de la munificencia por medio de una economía justa de su fortuna particular, y de una administración sabia de las rentas pú-

blicas. En lo privado, era hombre de costumbres sencillas, modesto, afable, gustaba de comunicar familiarmente con sus amigos, y era muy sensible a todo afecto social y benévolo. Mereció el sobrenombre de *Optimo*, que le dieron universalmente. Murió a los sesenta y tres años de edad, habiendo reinado gloriosamente diez y nueve. (118).

10. El ejército de Oriente eligió emperador a Elio Adriano, sobrino de Trajano, y digno de sucederle: todos le reconocieron. Adoptó una política distinta de la de su antecesor. Creyendo que eran demasiado vastos los límites del imperio, abandonó todas las conquistas de Trajano, dejando el Eufrates por límite de las provincias orientales. Visitó en persona todo el imperio, reformando los abusos, aliviando a sus vasallos de las cargas opresivas que sufrían, reedificando ciudades arruinadas, y estableciendo en todas partes una administración regular y suave, dirigida por magistrados de conocida honradez y humanidad. Perdonó a los deudores indigentes del estado, y creó instituciones gratuitas para educar a los hijos de los pobres. A los talentos de un político hábil unió un gusto excelente en las artes liberales. Su reinado, que duró veinte y dos años, fué una era de felicidad y esplendor público. En el último año de su vida dejó al imperio dos legados preciosos, adoptando por sucesor

a Tito Aurelio Antonino, y sustituyéndole a Annio Vero. Estos fueron los Antoninos, que por espacio de cuarenta años gobernaron el imperio romano con sabiduría y virtud consumadas. Adriano murió a la edad de sesenta y dos años. (138).

LECCION XLIII

DESDE LOS ANTONINOS HASTA CONSTANTINO.

1. Los reinados más felices son los que ofrecen menos asunto a la historia. Antonino fué el padre de su pueblo. Prefirió la paz a la ambición de conquistar, mas no por eso dejó de sostener en todas las guerras necesarias el honor de Roma. Las conquistas de Urbico aumentaron la provincia británica, y se sofocaron algunas rebeliones formidables en Germania, Dacia y el Oriente. La administración doméstica del soberano fué noble, espléndida y humana. Unió a las virtudes de Numa, a su amor a la religión, la paz y la justicia, la oportunidad superior de difundir estos bienes por una parte del mundo mucho más vasta. Murió a los 74 años de edad, después de haber reinado veinte y dos (161).

2. Annio Vero tomó el nombre de Marco Aurelio Antonino a su accesión al trono, y asoció a su hermano Lucio Vero en la administra-

ción del imperio. El primero fué tan eminente por sus virtudes, como despreciable el segundo por sus vicios. Marco Aurelio amaba por naturaleza y educación la filosofía estoica, que enseñó e ilustró admirablemente en sus *Meditaciones*. Su vida fué el mejor comentario de sus preceptos. Los Partos que quisieron invadir el imperio, fueron rechazados, y reprimidos los Germanos que se rebelaron. En estas guerras se infamó el nombre romano en cuantas regiones mandó el indigno Vero; mas su temprana muerte disipó felizmente los temores del imperio. El resto del reinado de Marco Aurelio fué un favor continuo del cielo para sus pueblos. Reformó la policía interior del Estado, arregló el gobierno de las provincias, y recorrió con objetos benéficos las partes más remotas de sus dominios. "Parecía," dice un autor antiguo, "una deidad benéfica, difundiendo al rededor de sí paz y ventura universal." Murió en Pannonia, a los 59 años de edad y 19 de reinado. (180).

3. Sucedióle Cómodo, su indignísimo hijo, que se parecía en el carácter a su madre Faustina, mujer infame en toda clase de vicios. Miraba con aversión toda ocupación racional o liberal, y amaba locamente los juegos del anfiteatro y del circo, la caza de bestias feroces, y los combates de gladiadores. Las medidas de su reinado fueron tan sin importancia, como des-

preciable el carácter del soberano. Su concubina y algunos de sus principales ministros salvaron sus vidas asesinando a Cómodo, a los 32 años de su edad y 13 de su reinado. (193).

4. Las guardias pretorianas dieron el imperio a Publio Helvio Pertinax, hombre de bajo nacimiento, que se había ganado estimación con sus virtudes y talentos militares. Aplicóse con celo a corregir los abusos; pero la austeridad de su gobierno le hizo odiar del pueblo corrompido. El ejército no recibió la recompensa que esperaba, y Pertinax, después de reinar ochenta y seis días, fué asesinado en el palacio imperial por las propias manos que le habían elevado al trono.

5. Los pretorianos pusieron el imperio en subasta, y lo compró Didio Juliano: pero Pescenio Niger en Asia, Clodio Albino en Bretaña, y Septimio Severo en Iliria fueron electos emperadores por las tropas que mandaban. Severo marchó a Roma, y al acercarse, abandonaron los pretorianos a Didio, que no les había pagado al precio convenido por su elevación, y el Senado le condenó formalmente al último suplicio. Severo, viéndose ya señor de Roma, emprendió reducir las provincias que habían reconocido la soberanía de sus rivales. Niger murió en una batalla, y Albino se quitó la vida. La administración de Severo fué sabia y equitati-

va, aunque se resentía de un rigor despótico. Quiso erigir una monarquía absoluta, y todas sus instituciones se dirigieron sagazmente a este objeto. Poseía talentos militares eminentes, y se jactaba con noble orgullo de que había recibido el imperio abrumado con guerras exteriores y domésticas, y lo dejaba en una paz profunda, universal y honrosa. Llevó consigo a Bretaña a sus dos hijos Caracalla y Geta, cuyas malas disposiciones anublaron sus últimos días. En esta guerra se dice que Fingal con sus Caledonios derrotó en las orillas del Carón a *Caracul*, hijo del rey del mundo. Severo murió en York a los 66 años de edad y 18 de reinado. (211).

6. Aumentóse el odio mutuo de Caracalla y Geta con su asociación en el imperio; y el primero con inhumanidad brutal hizo asesinar a Geta en los brazos mismos de su madre. Su reinado, que duró seis años y fué una serie continua de atrocidades, terminó con su asesinato (217) por Macrino, que reinó poco más de un año.

7. Estos desórdenes del imperio, que empezaron en Cómodo, duraron como un siglo, hasta la accesión de Diocleciano. En este intervalo reinaron el vil Heliogábalo, en quien pareció revivir la ferocidad y el libertinaje insensato de Nerón, Alejandro Severo, príncipe ilustrado,

benéfico y justo, Maximino, Papieno y Balbino, Gordiano, Filipo, Decio, Galo, Valeriano, Galieno, Probo, Caro, Numeriano y Carino; período cuyos anales ofrecen una serie fatigadora de crímenes y desastres. Desolaba el imperio la anarquía militar más espantosa. Los ejércitos y el Senado se arrogaban a la vez la provisión del trono, que en tiempo de Galieno llegó a tener treinta pretendientes armados. Cada ambicioso lo ocupaba provisionalmente, hasta que otro le asesinaba para reemplazarle, y ser degollado a su turno. De unos veinte emperadores que hubo entre Septimio Severo y Diocleciano, acaso llegan a tres los que no murieron a hierro, y solo escaparon de él con muertes repentinas o inesperadas. Entre estos monarcas efímeros, los que mostraban virtudes eran víctimas del crimen, y los perversos, de la venganza. La guerra civil desolaba alternativamente las provincias, y el Senado obsequioso de Roma tributaba su vil adulación al criminal más afortunado. Empero, Claudio, Tácito y Probo, en sus breves reinados, parecieron dignos de siglos más felices y de súbditos menos atroces.

8. En tiempo de Alejandro Severo apareció de nuevo en el mundo la monarquía persiana, que hemos visto destruída por Alejandro el Grande. Muerto este conquistador, dominaron aquellos países los príncipes de la casa de Seleu-

co, que al fin tuvieron que ceder a los Romanos y los Partos, horda de escitas del Asia Superior. El formidable poder de los Partos, que se extendía desde la India hasta las fronteras de Siria, cedió a su vez a la fortuna de Ardshir, Artaxerxes o Artaxares. (226) Este caudillo sublevó a los Persas, batió a los Partos, cuyo último rey Artabano pereció; y restaurando la monarquía persiana, fundó una dinastía, cuyos reyes, con el nombre de Sasanides, gobernaron a Persia hasta la invasión de los Musulmanes.

9. Diocleciano empezó a reinar el año 284, e introdujo un sistema nuevo de administración, dividiendo el imperio en cuatro gobiernos, que dió a otros tantos príncipes. Partió con Maximiano el título de *Augusto*, y Galerio y Constancio fueron declarados *Césares*. Cada cual tenía su departamento o provincia separada, en que era nominalmente supremo; pero en realidad todos estaban bajo la dirección de los talentos superiores y autoridad de Diocleciano; política absurda, cuya eficacia sólo dependía de sus talentos personales. Diocleciano y Maximiano, confiados en la estabilidad del orden que su vigor había establecido en el imperio, se retiraron dejando la soberanía en manos de los *Césares*; pero Constancio murió poco después en Bretaña, y su hijo Constantino fué proclamado Emperador en York, aunque Galerio no le recono-

ció por tal. Sin embargo, Maximiano volvió a tomar la púrpura, y casó con su hija a Constantino, dándole así doble título al imperio. Cuando murieron Maximiano y Galerio, quedó Constantino sin más competidor en Europa que Maxencio, hijo del primero y dueño de Italia. La cuestión se remitió a la espada, y Maxencio murió en una batalla junto a los muros de Roma.

10. Muerto Galerio, dominaban en oriente los emperadores Licinio y Maximino. Este se empeñó con el primero en una guerra que le costó el trono y la vida. Pronto se turbó la armonía entre Constantino y el victorioso Licinio, que vencido a su turno, hizo la paz. (315). Ocho años después volvió a encenderse entre ambos la guerra civil, que terminó en la ruina completa de Licinio, y Constantino quedó único señor del imperio. (324).

11. La administración de Constantino fué benigna, equitativa y política al principio de su reinado. Aunque era partidario celoso del cristianismo, no hizo innovaciones violentas en la religión del Estado. Introdujo economía y orden en el gobierno civil, y reprimió toda clase de abusos y opresiones. Mas su carácter era naturalmente severo y cruel, y en el último período de su reinado mostró tanto celo intolerante y rigor sanguinario, como equidad y benignidad había usado en el primero. Esta mudanza

de carácter le arrebató el afecto de sus vasallos, y probablemente por un sentimiento de disgusto recíproco, mudó la capital del imperio romano a Bizancio, que desde entonces se llamó Constantinopla. La corte siguió al soberano, y los esclavos y familiares a sus señores. Roma quedó muy despoblada en pocos años, y la nueva capital tomó un incremento repentino y extraordinario. La caracterizaron el lujo, el esplendor y la voluptuosidad de oriente, y para hermosarla, se despojó de sus primores a las ciudades más ilustres de la Grecia. Constantino murió en Nicomedia a los treinta años de reinado y sesenta y tres de edad. (337). En esta época hicieron los Godos varias irrupciones en el imperio, y aunque rechazados y batidos, comenzaron a introducirse gradualmente en las provincias.

LECCION XLIV

ESTADO DEL IMPERIO EN TIEMPO DE CONSTANTINO

1. En lugar de las antiguas distinciones republicanas, que se fundaban principalmente en el mérito personal, se introdujo en todos los órdenes del Estado una subordinación rígida de empleos y rangos. Los magistrados se dividieron en tres clases distinguidas por los vanos títulos de primera, la *ilustre*; segunda, la *respectable*; y tercera los *clarissimi*. El epíteto de *ilustre* se daba a los cónsules y patricios, a los prefectos pretorianos de Roma y Constantino-
pla; a los maestros generales de infantería y caballería, y a los siete ministros del palacio. La sola autoridad del emperador creaba los cónsules; su dignidad era ineficaz; no tenían funciones propias en el Estado, y sus nombres sólo servían para dar al año su fecha legal. La dignidad de patricio no era ya una distinción hereditaria, como antiguamente, sino que la confería el emperador a sus favoritos, como título hono-

rífico. Desde que Constantino abolió las guardias pretorianas, se dió la dignidad de prefecto pretoriano a los gobernadores civiles de los cuatro departamentos del imperio, a saber, Oriente, Iliria, Italia y las Galias. Tenían la administración suprema de la justicia y de las rentas, la facultad de proveer todas las magistraturas inferiores de los distritos, y oían las apelaciones de sus tribunales. Roma y Constantinopla tenían sus prefectos, que eran los primeros magistrados de la ciudad, independientes de la autoridad departamental. Los *respectables* eran los procónsules de Asia, Acaya y Africa, los *cómites* y *duces*, generales de los ejércitos imperiales. La tercera clase, la de los *clarissimi*, comprendía a los gobernadores inferiores y magistrados de las provincias, responsables a los prefectos y a sus diputados.

2. Se mantenía la comunicación entre la corte y las provincias con la construcción de caminos, y el establecimiento de postas o correos, entre los cuales se comprendían los innumerables espías del gobierno, cuya obligación era llevar a la corte noticias de los ángulos más remotos del imperio. Todas las instituciones estaban calculadas para sostener el despotismo. Empleábase el tormento para descubrir los crímenes. La sola autoridad del emperador decretaba y exigía tributos e imposiciones de toda

especie. Su cantidad y prorrateo se fijaba por medio de un *censo* que se hacía en todas las provincias; una parte se pagaba en dinero, y otra en productos de la tierra, carga que muchas veces era tan pesada, que causaba el abandono de la agricultura. Había también graves impuestos sobre todos los objetos de comercio y las fábricas. Además, se exigían subsidios de todas las ciudades, con el nombre de dones voluntarios, en varias ocasiones de interés público, como la accesión de un emperador, su consulado, el nacimiento de un príncipe, el logro de una victoria contra los bárbaros, o cualquier otro suceso de igual importancia.

3. Se hacía una distinción impolítica entre las tropas estacionadas en las provincias distantes y las que estaban en el centro del imperio. Estas, llamadas *palatinas*, gozaban mayor sueldo y más favor, y como tenían menos trabajo, vivían en ociosidad y lujo; mientras las otras, llamadas *fronterizas*, que cuidaban en realidad del imperio, y estaban espuestas a perpetuo servicio y fatigas, tenían menos sueldo y sufrían además la mortificación de verse en rango inferior al de las demás. También Constantino, para precaver las sediciones de los soldados, redujo la legión de su número antiguo de 50, 60, 70 y 80 hombres, a 10 o 1.500, y

deterioró el cuerpo del ejército, mezclando en él Escitas, Godos y Germanos.

4. Esta masa inmensa de partes heteróneas, entre la cual fermentaban muchas semillas de corrupción y de disolución, se sostuvo algún tiempo, con los esfuerzos vigorosos de la autoridad despótica. El edificio aun era espléndido y augusto; pero le faltaban la energía de constitución y la dignidad verdadera, que le daba en tiempos anteriores el ejercicio de las virtudes heroicas y patrióticas.

LECCION XLV

SUCESORES DE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO.

1. Constantino, por una política destructora, había dividido el imperio entre sus tres hijos y dos sobrinos; pero Constancio, el menor de los hijos, se libró por fin de todos sus competidores, y gobernó con cetro débil e impotente. La frontera occidental había quedado descubierta y a merced de los bárbaros, por una serie de intrigas domésticas y motines de las tropas. Los Francos, Saxones, Alemanos y Sármatas devastaron las bellas provincias regadas por el Rhin, y los Persas hicieron incursiones terribles en las orientales. Constancio gastaba el tiempo en controversias teológicas, pero se logró que adoptase una medida prudente, y fué conferir la dignidad de César a su primo Juliano.

2. Este poseía muchas cualidades heroicas, y su alma se formó para la soberanía de una gran nación; pero desgraciadamente se educó en Atenas en las escuelas de la filosofía Platón-

nica, y allí adquirió una antipatía profunda al cristianismo. Como tenía todos los talentos de un general, y poseía la confianza y el afecto del ejército, restableció la gloria de las armas romanas, y reprimió felizmente las invasiones de los bárbaros. Sus victorias excitaron la envidia de Constancio, que resolvió quitarle la mejor parte de las tropas. Siguióse de aquí un pronunciamiento del ejército, eligiendo emperador a Juliano. En esto falleció Constancio, evitando la ignominia que le aguardaba, y Juliano fué reconocido inmediatamente señor del imperio.

3. La reforma de los abusos civiles fué el primer objeto de su atención, mas luego la convirtió a reformar la religión, y suprimir el cristianismo. Comenzó por modificar la teología pagana, y mejorar el carácter de sus sacerdotes inculcándoles santidad de vida y costumbres; con lo que dió un testimonio involuntario de la excelencia superior de la religión que detestaba. Sin perseguir a los cristianos, los atacó tratándolos con desprecio, y quitándoles como a visionarios todos los empleos de confianza pública. Les negó el beneficio de las leyes para decidir sus diferencias, pretextando que su religión les vedaba tener disensiones, y les impidió que estudiasen la literatura y la filosofía, porque sólo podían aprenderlas en autores paganos. El, co-

mo gentil, estaba esclavizado a la superstición más ciega, creía en agüeros y presagios, y se imaginaba favorecido con el trato real de los dioses y diosas. Marchó hasta el centro del Asia, con el objeto de vengar las injurias que los Persas habían hecho al imperio, y por algún tiempo tuvo apariencias de conquistador; hasta que en una batalla fatal murió en brazos de la victoria a los 31 años de edad y tres de reinado. (363). (*)

(*) “*Oh tú, que superaste a los Romanos más ilustres, desde tus primeros pasos en la carrera del imperio; que muerto en la flor de la edad, dejás mayor fama que la de todos los héroes de la Historia; tú, a quien a la vez animaron las almas de Alejandro y de Marco Aurelio; que viviste como Catón, escribías como Demóstenes, y has muerto como Epaminondas; príncipe inmortal, que no conociste otro deleite que el austero de la virtud; JULIANO! protector de los dioses del Imperio, de la antigua libertad romana, y de la sabiduría del Capitolio; adiós! adiós para siempre! Hiciste grandes cosas, y sin tu muerte fatal, tu genio preparaba mayores asombros al universo. Discípulo de los seres sublimes, que velan sobre las altas acciones de los hombres, te has reunido a sus eternas sustancias: tu gloria llenó el mundo, y la filosofía por segunda vez se asentó contigo en el trono*”. Estas palabras elocuentes de Libanio en su panegírico fúnebre de Juliano, y la despedida sublime de éste a sus oficiales y amigos, conservada por Ammiano Marcelino, testigo ocular, forman raro contraste con las nociones vulgares sobre el *Apóstata*. Aún el poeta cristiano Prudencio no pudo negar al héroe un tributo de admiración, y termina su elogio con este verso notable:

Perfidus ille Deo, sed non ed perfidus orbi.

4. La muerte de su jefe, desalentó al ejército romano. Eligieron emperador a Joviano, capitán de la guardia, y compraron el permiso de retirarse libremente de los dominios de Persia con la cesión ignominiosa de cinco provincias, que un soberano anterior había cedido a Galerio. El reinado de Joviano, que sólo duró siete meses, fué moderado y justo. Favoreció a los cristianos, y les volvió todos sus derechos.

5. El ejército eligió emperador a Valentiniano, hombre de nacimiento oscuro y modales severos, pero de considerables talentos militares. Asoció en el imperio a su hermano Valente, a quien encargó las provincias orientales, reservándose las de occidente. Los Persas, mandados por Sapor, hacían incursiones en las primeras, y las otras sufrían invasiones continuas de los bárbaros del Norte. Valentiniano los repelió felizmente en muchas batallas, y su administración doméstica fué sabia, justa y política. Favoreció la religión cristiana, aunque no persiguió a sus adversarios; no así Valente, que con sostener la herejía arriana por la fuerza, puso en combustión provincias enteras, y en forma de amigos y aliados atrajo sobre el imperio un enjambre de invasores que por fin lo trastornaron. Estos fueron los Godos, que en el siglo II emigraron de Escandinavia, se habían establecido en las orillas del lago Meotis o Mar Negro,

y de allí extendieron gradualmente su territorio. En el reinado de Valente tomaron posesión de la Dacia, y se les conocía con el nombre de Ostrogodos y Visigodos, o Godos orientales y occidentales; pueblo singular, cuyos modales, costumbres, gobierno y leyes notaremos después.

6. Valentiniano murió en una expedición contra los Alemanos, y le sucedió en el imperio de occidente su hijo mayor Graciano, muchacho de diez y seis años. (637). Los Hunos, raza nueva de bárbaros, de origen Tártaro o Siberio, se precipitaron sobre las provincias orientales y occidentales. Los Godos, que comparativamente eran un pueblo civilizado, huyeron ante ellos. Los Visigodos, que fueron atacados antes, pidieron protección al imperio, y Valente tuvo la imprudencia de establecerlos en Tracia. Los Ostrogodos hicieron igual solicitud, y negada, se abrieron camino por fuerza a la misma provincia. Valente les dió batalla junto a Adrianópolis, mas la perdió con la vida. Los Godos asolaron sin resistencia la Acaya y la Panomia.

7. Graciano, jóven de mucho mérito, pero de poca energía, tomó por colega a Teodosio, que a la muerte prematura de Graciano y durante la menor edad de su hermano Valentiniano II, gobernó con grande habilidad los imperios de Oriente y Occidente, cuya soberanía reunió por el trágico fin de su joven pupilo. El carácter

de Teodosio, llamado justamente *el grande*, fué digno de los mejores siglos de Roma. Repelió felizmente las invasiones de los bárbaros, y aseguró con leyes saludables la prosperidad de su pueblo. Murió a los diez y ocho años de su reinado, dejando a sus hijos Arcadio y Honorio las soberanías separadas de Oriente y Occidente. (395).

LECCION XLVI

PROGRESOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA DESDE SU ESTABLECIMIENTO HASTA LA EXTINCIÓN DEL PAGANISMO.

1. El reinado de Teodosio se ilustró con la ruina de la superstición pagana, y el establecimiento del cristianismo como religión del estado. Esta gran revolución moral es muy digna de atención, e induce naturalmente a echar una ojeada sobre la iglesia cristiana desde su institución hasta aquel período.

2. “Mientras el imperio Romano gemía invadido por la violencia de los bárbaros, y le minaban la corrupción y decadencia, una religión humilde y pura se insinuó en los ánimos, creció en el silencio y la oscuridad, se vigorizó con las persecuciones, y al cabo erigió la bandera triunfante de la cruz sobre las ruinas del capitolio. El influjo del cristianismo no se limitó al período y a los confines del imperio. Después de una

revolución de trece o catorce siglos, aún le profesa la más distinguida porción del género humano: la industria y celo de los europeos lo ha difundido hasta las playas más remotas de Asia y Africa, y con sus colonias lo han establecido firmemente desde el Canadá hasta Chile, en un mundo que los antiguos ignoraban". Se ha observado con frecuencia, por ser una verdad obvia, que cuando nació Jesucristo parecía necesitar el mundo más que nunca una revelación divina, y por un concurso de circunstancias, era su estado muy favorable a la extensión del cristianismo. La unión de tantas naciones bajo una autoridad, y el aumento de la civilización favorecieron los progresos de una religión que prescribía caridad y benevolencia universal. Las torpes supersticiones del paganismo lo desacreditaban con todo hombre racional, por su tendencia a corromper las costumbres, en vez de purificarlas. Aún el epicurismo, que era la filosofía del tiempo, más inteligible que los refinamientos de los Platónicos, y más grata que la severidad estoica, tendía a degradar la naturaleza humana y nivelarla con los brutos. La religión cristiana, necesaria para la reforma del mundo, halló sus principales partidarios entre los amigos de la virtud, y sus mayores enemigos entre los adoradores del vicio.

3. La persecución que sufrió de los Roma-

nos parece una excepción al espíritu de tolerancia que mostraron con las religiones de otros pueblos. Pero debe advertirse que sólo toleraban los cultos que no eran enemigos del suyo. La religión de los Romanos estaba entretrejida con su constitución política, y naturalmente miraban como peligroso al estado el celo de los cristianos, que trataba de suprimir la idolatría, y por eso fueron objeto de su odio y venganza. En el primer siglo padeció mucho la iglesia cristiana bajo Nerón y Domiciano; con todo, estas persecuciones no tendían a contener el progreso de su doctrina.

4. En el siglo segundo recogieron los primeros padres de la iglesia los libros del nuevo Testamento en un volumen, y los recibieron como canon de fe. Tolomeo Filadelfo había hecho traducir al griego el antiguo Testamento, el año 224 A. C. La iglesia primitiva padeció mucho por el absurdo empeño que tomaron algunos de sus miembros en conciliar su doctrina con los principios de los filósofos paganos: de aquí provinieron las sectas de los Gnósticos y de los Ammonianos y de los cristianos Platónicos. En el siglo segundo empezaron las iglesias griegas a formar asociaciones provinciales, y a establecer reglas generales de gobierno y disciplina. Tuviéronse asambleas, llamadas *sínodos* y *concilios*, que presidía un metropoli-

tano. Poco después se estableció el orden superior de *Patriarca*, para presidir sobre una gran parte del mundo cristiano, y el Pontífice de Roma fué reconocido jefe de los patriarcas. Aún en tiempo de Trajano, Adriano y los Antoninos, fué perseguida la iglesia, y en el reinado de Severo, todas las provincias se tiñeron en sangre de mártires.

5. El siglo tercero fué más favorable a los progresos del cristianismo y a la tranquilidad de sus discípulos. En aquella época sufrió más la religión de las plumas de los filósofos paganos Porfirio, Filostrato, etc. que del poder civil; pero aquellos ataques excitaron el celo y los talentos de muchos defensores hábiles, como Orígenes, Dionisio y Cipriano. La luz del evangelio se extendió a una parte de las Galias, Germania y Bretaña.

6. En el siglo cuarto se vió la iglesia alternativamente perseguida y favorecida por los emperadores romanos. Diocleciano, Galerio y Juliano la oprimieron, y sus favorecedores de más importancia fueron Constantino y el ilustre Teodosio, en cuyo reinado terminó la superstición pagana.

7. Desde Numa hasta Graciano se conservaron en Roma los pontífices, augures, vestales, *flamines*, *salii*, etc. cuya autoridad, aunque debilitada en estos últimos siglos. todavía gozaba

la protección de las leyes. Aún los emperadores cristianos tuvieron, como sus predecesores gentiles, el empleo de *pontifex maximus*. Graciano fué el primero que resistió encargarse de esta dignidad antigua, mirándola como una profanación de su carácter. En tiempo de Teodosio se discutió solemnemente en el Senado romano la causa del cristianismo y del paganismo. Triunfó el primero, y el Senado abolió por un decreto el culto pagano, a cuya caída en Roma siguió muy luego su extinción en las provincias. Teodosio, con sana política, no permitió persecuciones contra la religión derribada, que por lo mismo pereció más pronto, y fué irreparable su ruina.

LECCION XLVII

EXTINCIÓN DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

1. Las naciones bárbaras se establecieron en las provincias fronterizas de oriente y occidente en los reinados de Arcadio y Honorio, hijos y sucesores de Teodosio. Este encargó el gobierno a Rufino y Estilicón durante la menor edad de sus hijos, y sus disensiones fatales aprovecharon a los enemigos del imperio. Los Hunos, invitados por Rufino, se derramaron por Armenia, Capadocia y Siria. Los Godos, mandados por Alarico, vinieron asolando hasta las fronteras de Italia, y devastaron la Acaya y el Peloponeso. Estilicón, que era general hábil, resistió notablemente a los invasores; pero sus planes se frustraron por las maquinaciones de sus rivales, y la debilidad de Arcadio, que compró una paz ignominiosa, cediendo a Alarico toda la Grecia.

2. Alarico, que tomó el nombre de rey de los Visigodos, se preparó a unir la Italia a sus

nuevos dominios. Pasó los Alpes, arrollando cuanto se le oponía; pero el político Estilicón logró entretenerle con esperanzas de que se le haría nueva cesión de territorio, hasta que por fin lo atacó desprevenido y lo derrotó. Honorio celebró triunfantemente la derrota *eterna* de la nación Goda; mas bastaron pocos meses a limitar aquella eternidad. En este intervalo cayó sobre Alemania otro torrente de Godos, que obligó a las naciones a quienes desposeía de su territorio, a los Suevos, Alanos y Vándalos, a precipitarse en Italia. Unieron sus huestes a las de Alarico, que con este refuerzo determinó abrumar a Roma. La política de Estilicón le hizo mudar de objeto, ofreciéndole cuatro mil libras de oro; promesa que Honorio quebrantó repetidas veces dando lugar a que se vengase Alarico saqueando a Roma. (410).

3 Preparóse después para conquistar a Sicilia y Africa, pero falleció en esta era de su mayor gloria; y Honorio, en vez de aprovechar tal ocasión de recobrar sus provincias perdidas hizo un tratado con Ataulfo, sucesor suyo, le dió en matrimonio a su hermana Placidia, y aseguró su amistad cediéndole una parte de España: lo restante de aquella península estaba en poder de los Vándalos. Poco tiempo después confirmó a los Borgñeses la posesión de sus conquistas

en la Galia. Así fué saliendo el imperio de Occidente del poder de sus antiguos señores.

4. El vil y disoluto Arcadio murió el año 408, dejando el imperio de Oriente a su hijo Teodosio II, príncipe débil y nulo: su hermana Placidia gobernó 40 años el imperio con prudencia y habilidad. Honorio murió en 423. Las leyes de Arcadio y Honorio, con pocas excepciones, son notables por su sabiduría y equidad: circunstancia singular, si se considera el carácter personal de éstos príncipes, y que prueba que al menos emplearon algunos ministros hábiles.

5. Genserico subyugó con sus Vándalos la provincia romana en Africa. Los Hunos extendieron sus conquistas en Oriente, desde las fronteras de China hasta el mar Báltico. Atila devastó a su cabeza la Mesia y la Tracia, y Teodosio, después de una vil tentativa para asesinar al general bárbaro, se sometió vergonzosamente a pagarle tributo. En esta crisis de ruina universal, imploraron los Bretones el auxilio de los Romanos contra los Pictos y escoceses, y se les respondió que Roma sólo podía compadecerlos. Los Bretones desesperados pidieron favor a los Saxones y Anglos; éstos se apropiaron el país que venían a proteger, y fundaron los reinos de la heptarquía Saxona, en los siglos V y VI.

6. Atila, al frente de quinientos mil hom-

bres, amenazaba destruir enteramente el imperio. Aecio, general del emperador Valentiniano III, se le opuso con habilidad. Las armas del bárbaro encerraron en Roma al emperador, y le forzaron al fin a comprar la paz. Muerto Atila, sus hijos desmembraron sus dominios, y sus disensiones dejaron respirar al imperio agonizante de Roma.

7. Después de Valentiniano III, hubo en Occidente una serie de príncipes, o mejor dicho, de nombres, cuyos reinados no merecen que nos detengamos en sus pormenores. En el de Rómulo, hijo de Orestes, que llevaba el sobrenombre de Augústulo, acabó el imperio de Occidente. Odoacer, rey de los Hérulos, subyugó a Italia, y dejó la vida al débil Augústulo, con tal que abdicase la corona. (476). Esto pasó a los 1224 años de la fundación de Roma.

8. Las varias circunstancias que produjeron la decadencia y ruina de este edificio, tan magnífico en otro tiempo, se pueden reducir a una causa última. La disolución del imperio Romano fué resultado inevitable de su grandeza. La extensión de sus dominios relajó el vigor de su constitución: los vicios de las naciones conquistadas infestaron las legiones victoriosas, y el lujo extranjero corrompió a sus jefes; el interés egoísta sucedió al patriotismo; los emperadores abatieron de propósito el espíritu mar-

cial, porque temían sus efectos; y toda la masa, enflaquecida y enervada por estos motivos, fué presa fácil del torrente de bárbaros que vomitaron los desiertos del Norte.

9. El dominio de los Hérulos en Italia duró poco. Teodorico, príncipe de los Ostrogodos, que después fué llamado justamente *el grande*, obtuvo permiso de Zenón, emperador de Oriente para intentar la reconquista de Italia, y se le prometió la soberanía en recompensa. La nación entera de los Ostrogodos siguió las banderas de Teodorico, que ganó varias batallas, y por fin obligó a Odoacer a que le dejase toda la Italia. Los Romanos habían probado la felicidad bajo el gobierno de Odoacer, y la gozaron mayor bajo el dominio de Teodorico, el cual poseía todos los talentos y virtudes de un soberano. Su equidad y clemencia le hicieron un don del cielo a sus vasallos. Se alió con las naciones fronterizas, los Francos, Visigodos, Borgoñeses y Vándalos. Dejó un cetro pacífico a su nieto Atalarico, cuya madre Amalasonta gobernó durante su infancia con tal moderación y sabiduría, que sus vasallos no tuvieron motivo de quejarse por la falta de su padre.

10. Tal era el estado de la Italia Gótica mientras el imperio de Oriente estaba en poder de Justiniano, príncipe de poco talento, vano, caprichoso y tiránico. Con todo, el nombre ro-

mano se alzó un poco de su abatimiento por los talentos de sus generales. Belisario fué la columna de su trono, y sin embargo le trató Justiniano con la ingratitude más odiosa. Los Persas eran entonces los enemigos más formidables del imperio, bajo sus soberanos Cabades y Cosross; este último era príncipe de mucho mérito, y Justiniano tuvo que comprar la paz con él, haciéndole una cesión de territorio, y pagándole un tributo enorme. Las facciones de Constantinopla, nacidas de la causa más despreciable, a saber, las disputas del circo y anfiteatro, amenazaron precipitar del trono a Justiniano, mas se aquietaron por fortuna con las armas y la política de Belisario. Este gran general trastornó la soberanía de los Vándalos en Africa, y restituyó aquella provincia al imperio. Arrancó la Italia a su soberano godo, y la volvió por poco tiempo al poder de sus antiguos señores.

11. Los Godos recobraron a Italia al mando del heroico Totila, que sitió y tomó a Roma, y no la destruyó por intercesión de Belisario. Empezó a declinar la fortuna de éste. Vióse obligado a evacuar la Italia, y a su vuelta a Constantinopla, pagó el emperador sus largos servicios con la más torpe ingratitude. Sucedióle en el mando militar el eunuco Narses, que venció a Totila en una batalla decisiva en que éste pereció. Narses gobernó a Italia con gran pru-

dencia; empero Justino II, sucesor de Justiniano le quitó ingratamente su gobierno. Narses invitó a los Lombardos a vengar sus injurias, y esta nueva tribu de invasores se apoderó de Italia. (568).

LECCION XLVIII

ORIGEN, COSTUMBRES Y CARÁCTER DE LAS NACIONES GÓTICAS, ANTES DE SU ESTABLECIMIENTO EN EL IMPERIO ROMANO.

1. La historia y costumbres de las naciones Góticas son objetos curiosos de investigación, por su influencia en las constituciones y carácter nacional de la mayor parte de los reinos europeos modernos. Como sus habitantes actuales son una raza mixta, compuesta de los Godos y de los pueblos subyugados por ellos, las leyes, costumbres e instituciones de los reinos modernos han resultado de esta mezcla; y en todo lo que difieran de las que antes prevalecían, deben atribuirse a las costumbres e instituciones antiguas de las tribus del Norte. Nos proponemos considerar el carácter original de las naciones Góticas, y la mudanza de sus costumbres después que se establecieron en el imperio Romano.

2. Las crónicas de Escandinavia dan un origen asiático a los habitantes antiguos de aquel país, y nos dicen que los Godos eran una colonia de Escitas, que emigraron allí de las orillas del Mar Negro o del Mar Caspio; pero estas crónicas no fijan el período de su emigración, que algunos escritores modernos suponen haber ocurrido 1000 años y otros sólo 70 antes de la era cristiana. Odín, divinidad principal de los Escandinavos, era el Dios de los Escitas. Siga, príncipe Escita, se dice que emprendió una expedición lejana, y después de haber subyugado algunas tribus Sármatas, penetró en las partes septentrionales de Germania y de allí a Escandinavia. Tomó los honores de la divinidad, y el título de Odín, su dios nacional. Conquistó a Dinamarca, Suecia y Noruega, y dió leyes sabias y saludables a las naciones vencidas.

3. La semejanza de costumbres entre los Escitas y las naciones antiguas de Escandinavia, corrobora la noticia sobre la identidad de su origen que dan las crónicas septentrionales. La descripción que hace Tácito de las costumbres de los Germanos, (aunque éstos probablemente eran de origen céltico y no escita) puede aplicarse en muchos puntos a las naciones antiguas de Escandinavia; y la misma descripción coincide notablemente con la que da Herodoto

de las costumbres de los Escitas. Pasaban la vida en cazar, pastorear y hacer la vida por el interés del botín. Sus vestidos, sus armas, su alimento, su respeto a sus mujeres, y su culto religioso, todo era igual. Despreciaban la instrucción, y por espacio de muchos siglos, no tuvieron más recuerdos históricos que los cánticos de sus bardos.

4. La teología de los Escandinavios estaba íntimamente enlazada con sus costumbres. Sus grandes principios, o loctrinas fundamentales de su religión eran tres: "Servir al Ser Supremo con oraciones y sacrificios; no hacer mal ni acciones injustas; y ser intrépido en las batallas". Estos principios son la llave del *Edda*, o libro sagrado de los Escandinavios, que aunque contiene la sustancia de una religión muy antigua, no lo es él, pues fué compilado en el siglo XIII por Snorro Sturleson, juez supremo de Islandia. La principal deidad de los Escandinavios era Odín, dios terrible y severo, padre de la mantanza, y vengador, de cuya unión con Frea, madre celestial, nacieron varias divinidades subalternas, como Thor, que está en perpetua guerra con Loke y sus gigantes malos, que envidian el poder de Odín, y procuran destruir sus obras. Entre las deidades inferiores están las vírgenes del Valhalla, destinadas a servir a los héroes en el paraíso. Los favoritos de Odín son

todos los que mueren en la guerra o se quitan la vida, lo que es igualmente meritorio. El miserable cobarde que se deja consumir por la vejez o las enfermedades, es indigno de los goces del paraíso. Estos goces son pelear, matar continuamente y beber cerveza en los cráneos de los enemigos, con una renovación de vida que baste a perpetuar los mismos placeres.

5. Como los Escandinavos creían que este mundo era obra de unas inteligencias superiores, consideraban que toda la naturaleza estaba siempre bajo la dirección de una voluntad omnipotente, y sujeta a un destino inalterable. Estas nociones tenían un efecto asombroso en las costumbres nacionales y en la conducta de los individuos. El Escandinavo ponía su único deleite en las batallas; menospreciaba absolutamente los peligros y la muerte, y su gloria se calculaba por el número de enemigos que inmolaba en la guerra. El cántico de muerte de *Regner Lodbrok*, que se consuela en las últimas agonías, contando las atrocidades de su vida, es una fiel pintura del carácter escandinavo.

6. Hemos notado la gran semejanza de costumbres entre los Escandinavos y los antiguos Germanos. Sin embargo, parece que estas naciones tuvieron diferente origen. Los Germanos y los Galos eran ramos de la gran nación original de los Celtas, que habitaban casi todos los países

de Europa al Sur del Báltico, antes que los invadiesen las tribus septentrionales de Escandinavia. Los Celtas eran todos de la religión Druídica, sistema diferente del culto y creencia de los Escandinavios; pero fundado en principios casi iguales; y los Godos, mezclándose con los Germanos en sus progresos, no pudieron menos de adoptar en parte las nociones de una religión análoga. El Druidismo reconocía un Dios que se deleitaba en la sangre, enseñaba la inmortalidad del alma, e inculcaba el menosprecio de los peligros y de la muerte. Tácito observa que los antiguos Germanos no tenían ídolos ni templos. El aire libre era el templo de la divinidad, y se destinaba a las oraciones y sacrificios un bosque sagrado, en que sólo podían entrar los sacerdotes. Los sacrificios eran principalmente de víctimas humanas, que regularmente serían prisioneros de guerra. Los druidas cultivaban los misterios de su culto para aumentar la santidad de su carácter. Tenían grandísimo influjo sobre el pueblo, y así les fué fácil unir la autoridad civil con la sacerdotal; política que al fin produjo la destrucción del sistema druídico, porque los Romanos tuvieron que exterminar a sus ministros para asegurar sus conquistas de las naciones célticas.

7. Sea cual fuere la diferencia de costumbres que haya existido entre las varias naciones o tribus de origen gótico, parece que fueron los

mismos los grandes rasgos de su carácter. Su naturaleza, la educación, los hábitos establecidos, todo concurría a formar de ellas un pueblo intrépido y conquistador. Sus cuerpos se robustecían por efecto del clima que habitaban, acostumbrábanse a los peligros y a las fatigas, la guerra era su ocupación habitual, creían en un destino inalterable, y su religión les enseñaba que un sacrificio heroico de la vida aseguraba la ventura eterna. ¿Cómo esta raza de hombres no había de conquistar el mundo?

LECCION XLIX

COSTUMBRES, LEYES Y GOBIERNO DE LAS NACIONES GÓTICAS, DESPUÉS QUE SE ESTABLECIERON EN EL IMPERIO ROMANO.

1. Se ha supuesto erróneamente que los Godos trajeron a sus nuevos establecimientos en el imperio romano la misma ferocidad de costumbres que distinguió a sus mayores en sus guaridas originales. Los autores modernos han extendido esta opinión. Voltaire al describir las edades medias, pinta a los Godos con los colores más horribles, como a una horda de tigres y lobos hambrientos, que echaban por delante las turbas tímidas que encontraban, y lo envolvían todo en desolación y ruina. Las noticias de historiadores más dignos de crédito dispararán esta preocupación injuriosa, y mostrarán a los Godos bajo un aspecto más favorable, como sucesores no indignos de los Romanos.

2. Los Godos, antes de establecerse en las

provincias meridionales de Europa, ya no eran idólatras, sino cristianos, y su moral correspondía a la religión que profesaban. Salviano, obispo de Marsella en el siglo V, hace un paralelo de las costumbres de los Godos y de los Romanos, que es honrosísimo a los primeros. Grocio observa, como un testimonio fuerte del noble carácter nacional de los Godos, que ninguna provincia subyugada por ellos se apartó voluntariamente de su dominia.

3. Con dificultad se presentará una pintura más bella de una administración excelente que la de la monarquía Gótica de Italia en tiempo de Teodorico el grande. Aunque había adquirido su reino por derecho de conquista, miraba a sus vassllos con el afecto de un monarca nativo. Conservó en lo posible las leyes romanas y las regulaciones políticas establecidas, y prefería a los Romanos para todos los cargos del estado. Cuidó de conservar todos los monumentos de la grandeza antigua del imperio, y de adornar las ciudades con obras nuevas de utilidad y hermosura. En la imposición y el cobro de las contribuciones mostró la indulgencia más humana, siempre que hubo escasez u otra calamidad. La prudencia y bondad más ilustrada dictaron sus leyes, que se fundaban en aquel principio que tan noblemente inculcó al Senado Romano: *Benigni principis est non tam delicta velle punire, quam*

tollere. Es de príncipes benignos impedir los delitos más bien que castigarlos. Los historiadores contemporáneos se deleitan en referir ejemplos de su munificencia y humanidad. Aunque era parcial de la herejía arriana, muchos padres católicos han hecho justicia a su mérito, confesando que la iglesia gozó de gran prosperidad en su reinado. Tal fué Teodorico el grande, a quien justamente llama Sidonio Apolinar: *Romanæ decus columenque gentis, (gloria y apoyo de la nación Romana).*

4. Mas un solo ejemplo no basta para autorizar una inferencia general sobre el mérito de un pueblo entero. No es único el de Teodorico, Alarico, Amalasonta y Teotila, si no le igualaron, al menos se le parecieron. Alarico, forzado a saquear a Roma, en castigo de la perfidia de su enemigo, dió un ejemplo noble de humanidad, aún en medio de la venganza. No se derramó sangre sin necesidad; las iglesias fueron asilos inviolables; conservóse el honor de las mujeres, y se salvaron del saqueo los tesoros de la ciudad. Amalasonta, hija de Teodorico, reparó a sus vasallos la pérdida de su padre con la equidad y sabiduría de su administración. Hizo que su hijo estudiase la literatura y adquiriese otras habilidades, considerando que este era el mejor medio de reformar e ilustrar a su pueblo. Totila, que a viva fuerza entró dos veces en Roma después de

una resistencia obstinada, imitó el ejemplo de Alarico en su clemencia con los vencidos, y su cuidado en preservar de la destrucción todos los restos de la magnificencia antigua. Restableció la autoridad del Senado, adornó a Roma con edificios útiles, arregló su policía interior, y tomó el noble orgullo de revivir el esplendor y la dignidad del imperio. *Habitavit cum Romanis*, dice un autor contemporáneo, *tamquam pater cum filiis. Vivió con los Romanos como un padre con sus hijos.*

5. El torrente de la nación Gótica se dividió en dos grandes brazos, a saber, los Ostrogodos, que se quedaron en Panomia, y los Visigodos, que emigraron al oeste de Europa. Los segundos mandados por Alarico, poseyeron a Italia, y luego los primeros, bajo Teodorico. Los Visigodos, muerto Alarico, pasaron a la Galia y obtuvieron de Honorio la provincia de Aquitania, cuya capital era Tolosa. Cuando los Francos los expelieron de ella, pasaron a los Pirineos y se establecieron en España, haciendo a Toledo capital de su reino. La raza de los príncipes Visigodos se llamaba de los *Balti*, y la de los Ostrogodos, de los *Amali*. Los Ostrogodos sostuvieron en sus dominios la observancia de las leyes romanas; los Visigodos se adhirieron a un código compilado por sus soberanos, y fundado en los usos y costumbres antiguas de sus

naciones. Podemos, pues, sacar de este código mucha noticia del genio y carácter de aquel pueblo antiguo.

6. Las leyes de los Visigodos mandan que ningún juez decida pleito alguno a menos que balle en el código una ley aplicable al caso. Todos los restantes deben reservarse a la decisión del soberano. Las leyes penales son severas, pero templadas con mucha equidad. Ninguna pena afecta a los herederos del criminal: *Omnia crimina suos sequantur auctores, et ille solus judicetur culpabilis qui culpanda commiserit, et crimen cum illo qui fecerit moriatur.* Todos los crímenes seguirán a sus autores, y sólo se tendrá por criminal al que haya cometido crímenes, y el delito morirá con el que lo haya hecho. El asesinato de un hombre libre se castigaba con la muerte, y con perpetua infamia el de un esclavo. A otros delitos menores se imponían multas, según su grado de criminalidad. El adúltero se reducía a la servidumbre, y se entregaba al esposo injuriado, y la mujer libre que cometía adulterio con un hombre casado, se hacía esclava de su esposa. No se permitía a los médicos visitar a las enfermas, sino en presencia de su pariente más inmediato. La ley del Talión se observa mucho en las ofensas que la admitían, y aún se llevaba hasta quemar vivo al incendiario de una casa.

Los Visigodos no admitían el juicio por combate judicial, por purificación, o el juicio de Dios, cuyo uso era común entre los Francos y Normandos. Montesquieu se equivocó al decir que en todas las naciones Góticas se acostumbraba juzgar a los litigantes según las leyes de su país: al contrario, la ley de los Visigodos excluye en su territorio las de otras naciones. *Nolumus sive Romanis legibus, sive alienis institutionibus amplibus convexari: No queremos que nos rijan más las leyes romanas ni las instituciones extranjeras.* Las leyes de los Francos y de los Lombardos son notables por su prudencia y sabiduría.

7. El gobierno de los Godos fué monárquico, después de su establecimiento en el imperio Romano. Al principio fué electivo, y después se hizo hereditario. El rey al morir nombraba sucesor, con el parecer o consentimiento de los grandes. La ilegitimidad no era obstáculo para la sucesión o nombramiento al trono.

8. Los duques y condes eran los principales jefes en el gobierno Gótico. El duque, (*dux exercitus*) era el comandante en jefe de las tropas de una provincia, y el conde, (*comes*) era el primer magistrado civil. Empero, estos empleos confundían muchas veces sus atribuciones, pues el conde, en casos apurados, podía tomar el mando militar, y el duque podía ejer-

cer autoridad judicial en ciertas ocasiones. Con todo, sus atribuciones eran distintas en general. Había varios órdenes de condes, con distintas facultades, como *comes cubiculi*, chambelán, *comes stabuli*, condestable, etc. Estos varios empleados eran los *próceres* o grandes del reino, por cuyo consejo se guiaba el soberano en los negocios de gobierno importantes, o en el nombramiento de sucesor; mas no aparecen que tuviesen voz en la formación de las leyes, ni en la imposición de tributos, y era exclusivamente del príncipe el nombrar todos los empleados del gobierno, y los magistrados y dignatarios.

LECCION L

MÉTODO DE ESTUDIAR LA HISTORIA ANTIGUA.

1. Basta la lectura de pocos libros para adquirir una idea general y concisa de la historia antigua; tales son el *Curso de estudios* de Condillac, en esta parte: los *Elementos de Historia general* de Millot, parte 1ª; el Epítome de Turselline con las notas de l'Agneau, parte 1ª, o el excelente *Compendio de la Historia Universal*, escrito en latín por el profesor Offerhaus es preciosa, porque une la historia sagrada con la profana. El *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, es obra de mérito superior, mas no propia para instruir a los que nada sepan. Es más útil a los que ya han estudiado la historia en pormenor, para unir en la memoria la gran corriente de los acontecimientos, y recordar su orden y enlace. Pero el que desee sacar ventajas más completas de la historia no debe confinarse a ideas tan generales o compen-

diosas; debe recurrir a los historiadores originales de los tiempos antiguos, y a los autores modernos que han tratado con extensión de ciertos períodos particulares.

2. Después de los libros del Antiguo Testamento, la historia más antigua digna de estudiarse es la de Herodoto, que comprende de los anales de Lidia, Jonia, Licia, Egipto, Persia, Grecia y Macedonia, por el espacio de los 230 años que precedieron al 479 A. C.

Libro 1º Historia de Lidia, desde Giges hasta Cresos. La Jonia antigua. Costumbres de los Persas, Babilonios, etc. Historia de Ciro el mayor.

Libro 2º Historia de Egipto y costumbres de los Egipcios.

Libro 3º Historia de Cambises. Monarquía Persiana en tiempo de Darío Histaspes.

Libro 4º Historia de Escitia.

Libro 5º Embajada persiana a Macedonia. Atenas, Lacedemonia y Corinto en el mismo período.

Libro 6º Reyes de Lacedemonia. Guerra de Persia contra Grecia, hasta la batalla de Maratón.

Libro 7º La misma guerra, hasta la batalla de las Termópilas.

Libro 8º Batalla naval de Salamina.

Libro 9º Derrota de los Persas, y su expul-

sión de Grecia. (Sobre el mérito de Herodoto, véase la lección xxii, párr. 1).

3. Pueden hallarse algunos pormenores más sobre los períodos tratados por Herodoto, en los libros 1, 2, 3 y 7 de Justino; en la *Ciropeidia* de Jenofonte; en las vidas de Arístides, Temístocles, Cimón, Milciades y Pausanias, escritas por Plutarco y Cornelio Nepos; y en las de Anaximandro, Zenón, Empédocles, Heráclito y Demócrito, por Diógenes Laercio.

4. Tucídides tomó la historia griega desde el período en que la dejó Herodoto, y la continuó por setenta años, hasta el vigésimo primero de la guerra del Peloponeso. (Véase la lección xxii, párr. 2). Este período se ilustra con más amplitud en los libros 1º y 2º de Diodoro Siculo, las vidas de Alcibiades, Chabrias, Trasi-bujo y Lisiás, por Plutarco y Nepos; los libros 2º, 3º, 4º y 5º de Justino, y los capítulos 14 y 15 del libro primero de Orosio.

5. Después de Tucídides siguen los libros 1.º y 2º de la *Historia de Grecia* por Jenofonte, que comprende la narración de la guerra del Peloponeso, con la historia contemporánea de los Medos y de los Persas: luego, léase la expedición de Ciro, (*Anabasis*) y la continuación de la historia hasta su conclusión con la batalla de Mantinea. Para ilustrar este período sirven las vidas de Lisandro, Agesilao, Artaxerxes,

Conón y Datames, por Plutarco y Nepos; los libros 49, 59 y 69 de Justino, y los libros 13.º y 16.º de Diodoro Sículo.

6. Después de Jenofonte, léanse los libros 159 y 169 de Diódoro, que contienen la historia de Grecia y Persia desde la batalla de Mantinea hasta el reinado de Alejandro el grande. Para completar este período recórranse las vidas de Dion, Ificrates, Timoteo, Foción y Timoleón, por Nepos.

7. Para la historia de Alejandro el grande tenemos las obras admirables de Arriano y de Quinto Curcio. Este posee gran juicio en la selección de los hechos, y una dicción muy clara y elegante. Es buen moralista y buen patriota; pero su pasión a los adornos desdice de la pureza de la historia, y hace sospechosa su autoridad.

8. Para la continuación de la historia de Grecia después de la muerte de Alejandro, léanse los libros 189, 199 y 209 de Diodoro; la historia de Justino, desde el libro 13.º hasta el fin, y las vidas de los principales personajes, escritas por Plutarco. La historia de Justino es un compendio juicioso de otra obra mucho más vasta de Trogo Pompeyo, que se ha perdido. Justino se distingue en la delineación de los caracteres y en la pureza de su estilo.

9. Hemos mencionado las vidas de Plutar-

co y Cornelio Nepos como el mejor suplemento a la narración de ciertos períodos de la historia antigua. El mejor elogio que puede hacerse de Plutarco, es decir que sus obras son admirables por su moral, y ofrecen lecciones instructivas de virtud en acción. Nos introduce al conocimiento familiar de los hombres grandes de la antigüedad, y se deleita particularmente en pintar su carácter y sus costumbres privadas. Las *Vidas* abreviadas por Nepos, muestran mucho juicio, y una selección feliz de los hechos en que se conoce el genio y carácter de sus héroes; además están escritas con pureza y elegancia.

10. Los primeros períodos de la historia romana pueden estudiarse en las Antigüedades de Dionisio de Halicarnaso, que sigue la historia de Roma hasta el año 412 de su fundación. Su principal mérito es que ilustran las costumbres, los ritos civiles y religiosos y las leyes del estado romano. Empero, gusta mucho de formar hipótesis, y de darnos ideas en vez de narraciones. Este método conviene a los escritores modernos, que tratan de los tiempos antiguos; pero no puede tolerarse en los contemporáneos, que deben ser las fuentes de la historia.

11. La obra de Tito Livio es mucho mas apreciable que la de Dionisio, y forma un modelo perfecto de historia. De sus 132 libros sólo

quedan 35, y éstos interrumpidos por un vacío considerable. La primera década, o los diez libros primeros, tratan de un período de 460 años: la segunda década, que comprendía 75, se ha perdido: la tercera contiene la segunda guerra Púnica, que incluye 18 años; la cuarta contiene la guerra contra Filipo de Macedonia, y la guerra Asiática contra Antioco, que forman un período de 23 años. De la quinta década sólo quedan cinco libros; y Freinshemio ha suplido los demás, que llegan hasta el fallecimiento de Druso, (A. R. 746) y la segunda década. Para llenar el vacío de la segunda década, deben leerse, con los epítomes de los libros perdidos, los 1.º y 2.º de Polibio; los libros 17º, 18º, 22.º y 23.º de Justino; las vidas de Marcelo y Fabio Máximo por Plutarco, y las guerras Púnica e Ilírica por Apiano.

12. La historia de Polibio es un compendio admirable de instrucción militar y política, y por lo mismo merece un examen atento y separado. De sus cuarenta libros de historia general sólo nos quedan cinco enteros y extractos de los doce que les siguen. Polibio trata de la historia de los Romanos y de las naciones con quienes estuvieron en guerra, desde el principio de la segunda Púnica, hasta el principio de la guerra con Macedonia, y comprende un período de unos cincuenta años. Tenemos prueba suficien-

te de la grande estimación con que miraban a Polibio los autores de la Antigüedad, en los encomios que le prodigan Cicerón, Estrabón, Josefo y Plutarco, y en el uso que hizo Livio de su historia, adoptando y casi traduciendo literalmente sus narraciones.

13. La obra de Apiano, que consistía originalmente en veinte libros, y comprendía desde los primeros períodos de la historia romana hasta el siglo de Adriano, está mutilada, y sólo quedan sus narraciones de las guerras Siriaca, Partiana, Mitridática, Española, Púnica e Ilírica, que son muy claras y juiciosas, y en general su composición es casta y perspicua. Después de la historia de Apiano, debe volverse a tomar la de Livio, desde el principio de la tercera década, o libro 23.º hasta el fin. Luego pueden leerse con utilidad las vidas de Aníbal, Escipión Africano, Flaminio, Paulo Emilio, Catón el mayor, los Gracos, Mario Sila, Catón el menor, Sertorio, Lúculo, Julio César, Cicerón, Pompeyo y Bruto por Plutarco.

14. Después deben seguir las historias de la guerra de Jugurta y de la conspiración de Catilina por Salustio. Luego los comentarios de César, notables por su claridad de narración y su unión feliz de la brevedad y sencillez en el estilo. Los epítomes de Floro y Velejo Patérculo pueden leerse útilmente en este período del cur-

so. Patérculo, en la opinión del presidente Henault, es un modelo del modo con que debe compendiarse la historia.

15. En Suetonio y Tácito debe estudiarse la historia de Roma bajo los primeros emperadores, y para los reinados siguientes, pueden verse los historiadores menores, llamados *Historiæ Augustæ scriptores*, y los autores Bizantinos. Suetonio nos presenta una serie de caracteres sueltos, mas bien que una historia regular. El principal mérito de su obra consiste en sus descripciones de las costumbres romanas. Su genio participa mucho del humor cáustico de un satírico. Tácito, con facultades superiores y penetración más profunda, ha pintado un cuadro de sus tiempos con colores fuertes y sombríos, y su libro sublime es la lección de los pueblos, y el terror de los tiranos. De ninguno de estos autores sacará la juventud impresiones gratas; mas no se puede negar su utilidad para el estudio de la política.

16. Cuando ya se haya fundado el conocimiento de la historia general en el estudio de los autores originales, se leerán provechosamente las historias modernas de Grecia y Roma por Mitford, Gillies, Gast, Hooke, Gibbon, Ferguson, Vertot y Barthelemy, y podrá estimarse justamente su mérito, sobre el cual fuera pre-

sunción decidir sin el estudio preparatorio que se ha indicado.

17. La geografía y la cronología se han llamado justamente las antorchas de la historia. Es imposible leer con provecho los anales de ningún país, si se ignora su situación geográfica, y aún su topografía particular. El uso de las tablas cronológicas es utilísimo, para unir en un cuadro los sucesos contemporáneos de naciones distintas, que muchas veces influyen unos en otros, y recordar el orden y la serie de los acontecimientos. Las mejores tablas cronológicas son las del Dr. Playfair, que unen la historia y la biografía, y las del Dr. Blair, o las más antiguas de Tallent.

APENDICE

HISTORIA DE LOS JUDIOS

LECCION I

IDEA GENERAL DE LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO EN LOS SIGLOS PRIMITIVOS.

1. Hallaremos sin duda muchas causas de observar y meditar en la contemplación del gran bosquejo de la historia, en que se ven los sucesos importantes y memorables que han determinado la condición de la raza humana, y puesto el mundo intelectual y moral en el estado que hoy tiene. En muchos casos será preciso que recurramos a conjeturas fundadas en diferentes grados de probabilidad, y algunas de estas probabilidades pueden corroborarse tanto por circunstancias generales existentes, que casi lleguen a certidumbre.

2. La historia nos enseña muy poco del

estado primitivo de la raza humana, y sólo podemos formar opinión de él por conjeturas fundadas en la naturaleza de las cosas. Los progresos lentísimos de la civilización, hacen suponer racionalmente que los hombres debieron haber existido mucho antes de que empezasen a escribir la historia de los acontecimientos que les parecían más importantes. Emplearíase al principio toda su atención en procurarse medios de satisfacer sus necesidades físicas, y hacerse tolerable la existencia. En aquel estado sencillo de naturaleza, no pensarían en transmitir a la posteridad sus acciones, y apenas podrían tener sucesos dignos de recordarse. Aquí suple la falta de la historia nuestro conocimiento de la naturaleza humana y sus necesidades. Por la experiencia de las nuestras y de los medios de satisfacerlas, podemos inferir, casi con certidumbre, que construirían cabañas para abrigarse de la inclemencia del tiempo, y así vemos que sucede en todos los países ocupados hoy por los salvajes. Poco a poco se pondría alguna atención en el cultivo de la tierra, a fin de hacerla producir los vegetales propios para alimento del hombre. Las artes más esenciales a la existencia cómoda de la especie humana se inventarían antes de que se usasen las letras.

3. De todas estas circunstancias podemos inferir que el primer bosquejo rudo histórico,

serían las relaciones tradicionales, comunicadas de padres a hijos por generaciones sucesivas; y ellas constituyen realmente la base de los primeros recuerdos históricos. Tales son las relaciones fabulosas de los primeros historiadores griegos. Parece que los Griegos habían adoptado las leyendas históricas de los sacerdotes egipcios, que estaban acostumbrados a cubrir su religión y ciencia con el velo místico de la alegoría; y que en muchos casos no entendieron el método egipcio de alegorizar los primeros períodos de la historia, y han presentado a la posteridad un tejido absurdo y monstruoso de narraciones y fábulas sobre reyes que nunca reinaron y héroes que jamás existieron.

4. Como la superstición es natural al hombre, antes que le ilustre la filosofía, no es de extrañarse que los escritos de los primeros historiadores contengan muchas relaciones de la de los dioses y semidioses con los hombres, y de la intervención frecuente de agentes sobrenaturales en los negocios humanos. Las imaginaciones vivas de los primeros autores griegos, aca-loradas por la superstición, y sin el freno de la filosofía, fabricaron los cuentos más ridículos y absurdos. Por eso puede llamarse justamente la edad fabulosa el tiempo que pasó entre el establecimiento de la sociedad civil y política en Grecia y la guerra de Troya; y en verdad,

que la mayor parte de lo que se cuenta de esta guerra, tiene sobre sí señales evidentes de ficción, porque todas las historias que hablan de ella, se fundan en las poesías de Homero. Antes de la guerra con los Persas, no presenta la Grecia escrito alguno que merezca el nombre de historia auténtica. Las historias de otras naciones gentiles no eran menos fabulosas que las de los Griegos, y éstos nos han trasmitido cuanto sabemos de ellas.

5. Cuando consideramos el estado general del mundo en los siglos primitivos, con respecto a la comunicación política, comercial y literaria, la razón nos dice que las relaciones de hechos de antigüedad remota, aunque nos agraden, no pasan de ficciones o novelas históricas. La historia profana merece poco crédito hasta que los Griegos (inventores, o al menos perfeccionadores de las artes y ciencias) llegaron a obtener un grado considerable de civilización y opulencia, y empezaron a cultivar las artes de conveniencia, lujo y elegancia. Este período no puede fijarse mucho antes de la primera guerra con los Persas, que fué unos quinientos tres años antes de Jesucristo. Debemos, pues, recurrir a los libros de los Judíos para saber el estado de la raza humana y los acontecimientos anteriores a este período.

6. Esta consideración dirige nuestra aten-

ción naturalmente a los libros antiguos de los judíos, reputados siempre sagrados por ellos y cuya autenticidad ha confesado la generalidad de los hombres que los han leído con la atención que merecen. Los anales judaicos son los más antiguos que conocemos y los más racionales y probables. Contienen también una serie de acontecimientos tan curiosos como interesantes. En ellos hallamos la única relación racional de la creación del mundo y del principio de todas las cosas, de la dispersión de la familia humana, y del origen de las naciones antiguas.

LECCION II

BREVE IDEA DE LA HISTORIA JUDAICA.

1. Los Israelitas o Judíos antiguos fueron un pueblo favorecido por el cuidado inmediato del Omnipotente, y conducido por él a la Judea, prometida a sus remotos ascendientes. Por su obstinación, idolatría y corrupción, y particularmente por no haber recibido al Mesías, se vieron subyugados por los Romanos, después de haber sostenido en su capital Jerusalén un sitio, cuyas miserias, calamidades y muertes no tienen igual en la historia. Jerusalén quedó arruinada, trastornado enteramente el gobierno judaico, y los infelices que sobrevivieron se dispersaron por el mundo. Sus descendientes subsisten aún, sin mezclarse con el resto de los hombres, y conservan rasgos peculiares de su nación: guardan con el afecto más celoso la fe de sus padres, y alimentan esperanzas de que un libertador glorioso y triunfante les restituirá su país y su prosperidad.

2. Conservan con el mayor cuidado los libros sagrados de sus escritores antiguos, y

asombra el observar que las partes proféticas de estos libros contienen todos los sucesos de su historia extraordinaria que hemos mencionado. Su conducta particular y sus vicisitudes nacionales fueron predichas por sus profetas, y en particular por Moisés, su gran legislador, en la infancia del mundo, a la vasta distancia de 33 siglos del presente. El cumplimiento de estas predicciones prueba hasta la evidencia la verdad e inspiración de sus profetas, e ilustra los favores que dispensó la Providencia a su pueblo escogido.

3. Estos libros sagrados contienen también profecías exactas del carácter, oficio y acciones del Mesías de los judíos, el gran fundador de la religión cristiana y Salvador del mundo.

4. Estas circunstancias interesantes, unidas a la naturaleza peculiar de la política judaica, considerada como institución divina, las costumbres curiosas y hechos memorables de los descendientes de Abrahám, que forman el pueblo más antiguo de que tenemos noticias auténticas, concurren a colocar estos libros en el primer lugar, tanto en orden de importancia como en el de tiempo. Si consideramos la grande antigüedad, los asuntos y los caracteres de sus autores, y el lugar que ocupan en el orden de la historia general, y su conexión con la revelación cristiana, veremos que merecen toda nuestra atención.

LECCION III

ANTIGÜEDAD DE LA ESCRITURA.

1. No hay nación cuyos escritos puedan competir en antigüedad con los de los Judíos. Observemos en prueba de esta aserción, que Moisés vivió hace más de mil años antes de Herodoto, que se reputa el padre de la historia griega. Además, parece por la confesión de los autores Griegos, que recibieron su alfabeto de los Fenicios, y hay fundamentos para creer que los Fenicios aprendieron a escribir de los Judíos. Porfirio, enemigo de los Judíos y de los Cristianos, y muy apasionado al saber de los Griegos, confesó ingenuamente que Moisés y los profetas que le siguieron inmediatamente, vivían como mil años antes que ninguno de los filósofos Griegos.

2. Los libros que componen el cánón de las escrituras judaicas tienen en favor de su originalidad el voto unánime de todos los antiguos. Los Hebreos los recibieron con todas las señales de genuinos, escritos en su idioma, de las perso-

nas cuyos nombres llevan, y estas personas, que escribían sucesos contemporáneos, apelaban constantemente a pruebas bien conocidas de su verdad. En particular los libros proféticos contienen la evidencia de su inspiración y de la integridad y piedad de sus autores. Sus pruebas externas son tan claras y fuertes como las internas, y por eso todos estos libros se han conservado siempre con el mayor celo, y han sido objetos de la veneración más profunda.

3. Las tradiciones del mundo pagano que confirman la verdad del Pentateuco, o los primeros cinco libros escritos por Moisés, son tan curiosas como importantes. Los Caldeos conservaron la historia de su Xisuro, que era el Noé de Moisés. Los Egipcios decían que Mercurio había grabado su doctrina en columnas que resistieron a la violencia del diluvio. Los historiadores chinos recuerdan que Peyrun, mortal amado y protegido por los dioses, se salvó en un barco de la inundación general. Los Hindoos dicen que las aguas del océano se extendieron por la superficie de la tierra, y sólo quedó en seco una montaña hacia el norte, en la cual se salvaron una mujer y siete hombres con ciertas plantas y animales. Añaden que su dios Vishnou se transformó en pez en el diluvio, y dirigió el barco en que se conservaron las reliquias de la raza humana. Este buque es también

objeto de tradición en las regiones septentrionales.

4. Era un dogma religioso muy general y antiguo que los sacrificios de animales eran necesarios para aplacar a los dioses ofendidos. Autores de varios países confirman las largas vidas de los patriarcas. Sus costumbres primitivas y su modo de sacrificar y orar al grande Autor de la naturaleza en las cumbres de las montañas o en el retiro de los bosques, concuerdan con las descripciones de Homero, y de otros muchos autores antiguos. Zoroastro, el gran maestro de los antiguos Persas, sacó de los libros de Moisés los primeros principios de su religión, sus leyes ceremoniales, su noticia de la creación, de los primeros padres de la raza humana, de los patriarcas y en particular de de Abraham, cuya religión pura decía que iba a restablecer.

5. En los atributos y caracteres de los dioses paganos pueden hallarse alusiones a las expresiones antiguas de las escrituras hebreas, y en las costumbres, leyes y ceremonias de otras muchas naciones puede descubrirse una semejanza con las instituciones de Moisés. En la historia de las deidades del paganismo y de los primeros héroes y bienhechores de la humanidad, particularmente en lo que adornan las páginas de la historia griega, se representan

muchos patriarcas y personas ilustres de la escritura. Muchos principios de los filósofos más eminentes, ficciones de los poetas más célebres de Grecia y Roma, e instituciones de los legisladores gentiles más famosos, no pueden menos de llamar nuestra atención hacia el gran legislador de los Judíos. Parece que las tradiciones más antiguas y venerables del mundo, contienen partes de un sistema original y uniforme, quebrantado por la dispersión de las familias primitivas después del diluvio, y corrompido por la revolución de los tiempos. Son torrentes que desde la gran fuente de la historia de Moisés han corrido por los varios países del mundo.

6. Josefo, el historiador judío floreció en el reinado del emperador Vespasiano. Fué hombre de eminente sabiduría, y dirigió sus investigaciones con singular diligencia, industria y cuidado. Corroboró el testimonio de los autores sagrados e ilustra su verdad; pues no sólo da un pormenor regular de los sucesos más notables de los Judíos, sino introduce noticias considerables de todos los pueblos con quienes tuvieron guerras o alianzas. En su tratado contra Apión expone las contradicciones de los recuerdos egipcios, caldeos y fenicios; vindica la autoridad de las escrituras judaicas: describe el cuidado con que se conservaron y sostiene sus pretensiones superiores al respeto y reverencia del género humano.

LECCION V (1)

ASUNTOS DE LOS LIBROS JUDAICOS Y CARACTERES DE SUS AUTORES.

1. Los asuntos de los libros del Antiguo Testamento son realmente asombrosos, y de tal naturaleza, que superan en importancia a todos los monumentos de la erudición profana. De todas las partes que componen el canon sagrado, ninguna es más curiosa que el *Génesis*, primer libro escrito por Moisés; porque contiene un bosquejo de la historia más antigua del género humano. Allí se refiere la creación de mundo y sus habitantes, la caída de nuestros primeros padres de su estado de inocencia y felicidad, y su destierro del jardín de Edén; las repetidas y señaladas promesas de un restaurador futuro de los bienes perdidos por el hombre;

(1) Así en el texto. Debería ser IV. El VI se verá dos veces, una de ellas por V.

la historia de los patriarcas honrados por las revelaciones de Jehovah; la descripción del diluvio universal; la dispersión de los progenitores de la raza humana por la tierra; la adopción de una familia particular para perpetuar la memoria y restablecer el culto del Dios verdadero, y su establecimiento próspero en Egipto. Es verdad que se mencionan ejemplos de depravación primitiva y de la violencia de las pasiones, con sus correspondientes castigos; con todo, la sociedad aparece en punto a costumbres en su más simple forma, y no discernimos señales de lujo y refinamiento falso de los tiempos siguientes.

2. Los libros de los Judíos contienen una historia de los descendientes de Israel, raza de hombres escogidos entre todos los demás, y honrada con revelaciones de la voluntad divina. En ellos se ven ejemplos de su fidelidad, perversidad y desobediencia, su gloria y triunfos, sus desgracias y sujeción a extranjeros: se ve una Providencia divina y especial que vela sobre la inocencia, suspende su cólera, y toma venganza terrible de las ofensas obstinadas: se desenvuelven los yerros de las personas más virtuosas y la maldad incorregible de pecadores protervos. Allí se muestran los caracteres de los hombres más excelentes, y ejemplos eminentes de fe y piedad, de valor y paciencia en la conduc.

ta de Abrahám, Lot, Job, José, Moisés, David, Ezequías, Josías y Daniel. La observación más interesante es que el conocimiento del verdadero Dios tan sólo se comunicó a este pueblo, y que él no más lo conservó: que tenía las ideas más sublimes de su naturaleza y atributos, erigió en su honor un templo magnífico, estableció un servicio regular, ceremonias santas, consagró una orden de sacerdotes de una familia particular; que se fundó un culto puro por su orden expresa, y se arregló por sus leyes particulares. Así los Judíos se vieron iluminados por el conocimiento del verdadero objeto del culto divino, y sus instituciones religiosas eran santas y puras, cuando todas las demás naciones presentaban una vasta escena de supersticiones torpes y oscuridad mental, mientras el resto de la raza humana, y hasta Egipto y Grecia, que eran las naciones más civilizadas e inteligentes, degradaban su naturaleza, postrándose ante ídolos de su propia invención, y ciegos a la voz de la razón y a la evidencia de los sentidos, imputaban a la madera o a las piedras los atributos de la divinidad omnipotente.

3. Vemos también levantarse entre los Judíos una sucesión de profetas, para comunicarles la voluntad divina, y anunciarles males o bienes futuros. Estos hombres santos, siem-

pre obedientes a la voz celestial, eran superiores a todas las consideraciones mundanas, y sin aterrarse por las amenazas de los reyes, o por el resentimiento del pueblo, mostraban con su espíritu intrépido y firme que se apoyaban en el cielo. Anunciaban acontecimientos remotos, cuando parecía imposible que llegasen a verificarse, y ni la previsión humana, ni el cálculo de las probabilidades podía guiarlos a descubrir los hechos que realizaban sus predicciones. Moisés predijo en una larga serie de amenazas y promesas el modo exacto con que su pueblo sería feliz o miserable, según siguiera o desobedeciera las leyes divinas. Isaías, cuando Jerusalem estaba arruinada y los Judíos gemían cautivos en Babilonia, se dirigió a Ciro por su nombre, más de cien años antes de que naciese, y le llamó libertador de Israel, y nuevo fundador de la ciudad santa. Cuando Babilonia brillaba en el zenit de su gloria, y sus monarcas regían del modo más despótico a las naciones del Oriente, el mismo profeta predijo la subversión de su imperio, y la desolación completa de su vasta metrópoli. Tanto la historia sagrada como la profana, nos dicen que éstas y otras muchas predicciones se verificaron exactamente.

4. Estos mismos profetas inspirados tenían un objeto mucho más importante que el de reve-

lar los favores de la Providencia a un solo pueblo. Anunciaban en términos, al principio oscuros y misteriosos, y luego más claros y circunstanciados, el nacimiento del futuro del Mesías, rey glorioso, legislador divino, que debía abolir los sacrificios e instituciones religiosas de los Judíos, y proclamar y establecer una ley general, para la observancia y ventura del género humano. Aquí los evangelistas auxilian e ilustran las declaraciones de los profetas, y unen la historia del testamento antiguo con la del nuevo.

5. Los Israelitas, separados por muchos siglos del resto del mundo por sus instituciones peculiares, sabían poco del comercio, y no habían adelantado en las artes que con el refinamiento y diversidad de ocupaciones introducen el lujo y la corrupción de costumbres. Se gobernaban por leyes iguales, y poseían bienes casi iguales. Sólo admitían distinción hereditaria de rango en favor de la tribu real de Judá y de la familia sacerdotal de Leví. Sus ocupaciones eran sencillísimas, y consistían en el pastoreo y la agricultura. Conducir el arado y apacentar el rebaño eran ocupaciones de los reyes, generales y profetas, porque las recomendaba la inocencia de las costumbres primitivas, y las había ennoblecido el tiempo. Moisés dejó su rebaño para guiar a los Israelitas a la tierra

de promisión; Elías abandonó el arado para vestirse el manto profético, y Gedeón salió de la granja para conducir las huestes al combate y a la victoria.

6. El país de Judea presentaba una escena variada de valles fértiles, rocas estériles y montañas elevadas, y regada por muchos arroyos. Producía la palma, el bálsamo, la viña, el olivo, la higuera y todas las frutas que abundan en las regiones más templadas del Asia. El esplendor del culto judaico, íntimamente enlazado con la constitución civil, la pompa y magnificencia de sus ritos y ceremonias, y sobre todo, la constante experiencia de la interposición divina, llenaban al pueblo de las ideas más sublimes sobre la majestad, poder, bondad y justicia de Dios.

7. Estas circunstancias, que formaron sus costumbres nacionales, influyeron poderosamente en sus libros. En su estilo histórico hay la sencillez más pura de ideas, exaltada a veces por el asunto. En las obras de Moisés brilla una majestad de pensamientos, expresada en lenguaje sencillo y enérgico. En los escritos proféticos hay gran esplendor y sublimidad, con las brillantes imágenes y dicción soberbia que encantan en las producciones clásicas de Grecia y Roma. El salmista real es elocuente, elevado y patético. Isaías une todas las bellezas

de la composición, y Jeremías abunda en expresiones de ternura, que excitan el más noble entusiasmo y la compasión más dulce.

8. A estas bellezas peculiares de composición, se unen los pormenores más interesantes de los hechos, y las pinturas más fieles de los caracteres. El gran Criador con su voz omnipotente llama todas las cosas a existir. Los primeros padres del género humano, inocentes y felices, gozan su trato entre los floridos bosques del Paraíso. El piadoso, casto y sabio José, después de crueles padecimientos, llega a los honores supremos en la corte de Faraón, se descubre del modo más patético a sus hermanos arrepentidos, y devuelto a su anciano y afectuoso padre, le trae a Egipto, a gozar de su prosperidad. Los hijos de Israel, guiados por el poder divino, que velaba su gloria en misteriosa nube, pasan seguros el Mar Rojo, que devora la hueste impía de Faraón. En la cumbre del Monte Sinaí recibe Moisés las tablas de la ley, entre los truenos, relámpagos, nubes y tinieblas, en que el gran Jehovah vela su majestad sublime. El salmista real canta las maravillas de la creación, el poder de Dios y sus derrotas y triunfos. El tranquilo y próspero Salomón, cuya fama se extendió por todo el Oriente, erige un templo magnífico, y en una oración, que prueba a la vez su piedad y sabiduría, lo consagra al culto

del verdadero Dios, entre la muchedumbre de sus vasallos adoradores. Isaías distingue la libertad de Israel en las visiones de lo futuro, y también la completa destrucción del imperio de Babilonia, que le esclavizaba, y al prometido Mesías, salvador del género humano, ya oprimido por las necesidades y el dolor, ya revestido con los emblemas de la majestad y del poder divino. Predice la vuelta final de los Judíos a su patria, y la vasta difusión del cristianismo. Jeremías llora tristemente sobre las ruinas de su ciudad nativa, gime sus calamidades, y consuela a sus compatriotas con declarar expresamente que hasta el fin del mundo no dejarán de formar un pueblo. Daniel explica a Baltasar los caracteres místicos escritos en la pared de su palacio, y ve en los tiempos venideros la suerte de los cuatro grandes imperios del mundo. Ciro, anunciado mucho antes por Isaías como el gran trastornador del imperio babilónico y restaurador de la gloria de Jerusalem, publica su decreto para la vuelta de los judíos cautivos, y la ciudad santa y el templo salen de sus ruinas con nueva magnificencia. El piadoso Nehemías arregla el pueblo, y Malaquías cierra el canon de las escrituras. Este profeta, el último de todos, ordena la estricta observancia de la ley de Moisés, hasta que aparezca el gran Precursor, en el espíritu de

Elías, a anunciar la venida próxima del Mesías, que había de establecer un pacto nuevo y eterno,

9. Tales son algunas de las circunstancias interesantes que se hallan en los libros del Antiguo Testamento, y halagan la imaginación y excitan la curiosidad, al paso que fortifican nuestra fe en las grandes evidencias de la revelación. En todos estos libros resplandecen las puras verdades de la instrucción religiosa, entre la venerable sencillez de la historia más antigua, que no admite rival por la grandeza de sus ideas, la viveza de sus descripciones, y sus bellas y sublimes imágenes.

LECCION VI

DEL MUNDO ANTEDILUVIANO.

1. La historia judaica forma el primer eslabón en la cadena de los recuerdos humanos. Moisés, el más antiguo de los historiadores, nos cuenta en el Génesis que en el principio hizo Dios el cielo y la tierra, los cuerpos celestes y todas las cosas animadas e inanimadas: que crió a un hombre y a una mujer, llamados Adán y Eva, y los puso en un jardín o paraíso situado en la tierra de Edén. La creación del mundo, según los mejores cronologistas, fué cuatro mil años A. C. Adán y Eva quebrantaron muy luego los mandamientos de Dios, y por ello perdieron su deliciosa morada.

2. Tuvieron dos hijos, llamados Caín y Abel. Caín, el mayor, era labrador, y Abel pastor; aquél malo y éste virtuoso. Por lo mismo el culto de Abel agradaba más a Dios que el de Caín, y éste le mató por envidia. El Señor le

castigó severamente, condenándole a andar “fugitivo y vagabundo sobre la tierra”.

3. Después de muerto Abel, tuvo Adán otro hijo llamado Seth, y sus descendientes se multiplicaron largamente, y extendieron por el mundo.

4. La longevidad de los hombres era una de las circunstancias más notables del mundo primitivo. Adán vivió novecientos treinta años, Seth novecientos doce, Jared novecientos sesenta y dos, Matusalén novecientos sesenta y nueve, y Noé novecientos cincuenta.

5. Con el tiempo se vició tanto el género humano, que resolvió el Señor destruirlo con un diluvio. En medio de la corrupción general se halló un hombre virtuoso. Noé, hijo de Lamech, predicó la justicia al pueblo degenerado y vicioso que le cercaba, pero en vano. Mandóle Dios que construyese un gran buque, llamado el arca, y que pusiese en él a su mujer y sus tres hijos y nueras, con individuos de todos los animales, para que se salvaran del diluvio, que debía anegar toda la tierra y extirpar todas las criaturas. La inundación duró ciento cincuenta días, y luego bajó gradualmente. Noé, su familia y todos los animales salieron del arca (2443 A. C.) y con el tiempo se multiplicaron y extendieron por la superficie de la tierra.

6. P'oquísimos sabemos del estado científico

y literario del mundo antediluviano. Moisés cuenta brevemente el origen de varias artes y costumbres, y los nombres de sus inventores. Lamech, hijo de Caín, dió el primer ejemplo de poligamia. Cain erigió la primera ciudad, e introdujo el uso de pesos y medidas. Uno de los nietos de Caín "fué el padre de los que habitan en tiendas y apacientan el ganado". Jubal inventó la música; Túbal Caín el arte de forjar el hierro y fundir el cobre, y una mujer llamada Naamah el hilado y tejido. Sus ritos religiosos eran pocos y sencillos, y consistían en oraciones y sacrificios de algunos animales.

LECCION VI

PRIMEROS SIGLOS DESPUES DEL DILUVIO.

1. Las varias naciones descendientes de los tres hijos de Noé, han conservado su memoria. Jafet pobló la mayor parte del Occidente, donde fué famoso con el nombre de Japeto. Ham fué reverenciado como dios por los Egipcios bajo el nombre de Hammon. La memoria de Shem siempre ha sido venerada por sus descendientes los Hebreos, que derivaron este nombre de su hijo Heber.

2. Como cien años después del diluvio, los descendientes de Noé se propagaron al pie del monte Ararat y en la llanura de Senaar, que se extendía por las márgenes del Eufrates y el Tigris. Viéndose muy numerosos, trataron de separarse; mas antes resolvieron edificar una torre altísima, que les sirviese para señal de reunión cuando quisiesen volver a su país nativo. Pero estando la obra en cierto estado, se hallaron que no se entendían unos a otros, por-

que hablaban distintos idiomas. Por esto tuvieron que separarse y abandonar la obra que se llamó Babel, (confusión de lenguas). Poco después, Nemrod, hombre violento y altivo, edificó la ciudad de Babel o Babilonia, y puso los cimientos del primer imperio llamado el babilónico, que después fué tan famoso en la historia de los Judíos.

LECCION VII

DE LOS JUDÍOS.

1. Los Judíos sacaron su origen de Abrahám, hijo de Tares, décimo descendiente de Shem, hijo de Noé. Los descendientes de Shem pasaron de Armenia, donde se supone quedó en seco el arca después del diluvio, a Mesopotamia, y de allí a Caldea, donde nació Abrahám. Como éste debía ser padre del pueblo escogido lo separó Dios de los otros descendientes de Shem, haciendo que Tares pasase de Caldea al país de Harám, donde murió. Abraham pensaba establecerse en Harám, pero obediente a la voluntad de Dios, pasó a la tierra de Canaán, que debía ser la herencia de su posteridad.

2. Su primer cuidado fué erigir allí un altar a Dios, que se le apareció, y le confirmó la promesa de dar aquel país a sus hijos. Algún tiempo después, le obligó una hambre a pasar a Egipto, (1916 A. C.) donde residió algún tiempo. Su mujer Sara, avanzada ya en años, le parió

un hijo, Isaac, padre de Jacob. Este con el tiempo tuvo diez hijos, que fueron padres de otras tantas tribus. Por orden del Señor tomó Jacob el nombre de Israel, por lo que sus descendientes se llamaron Israelitas.

3. José, el noveno de los hijos de Jacob, era el favorito de éste; y sus hermanos envidiosos contaron a Jacob que le habían devorado las bestias feroces, y le vendieron a unos mercaderes, que le llevaron a Egipto. (1724 A. C.). Después de una serie de aventuras, fué presentado a Faraón, rey de Egipto, para que le interpretase dos sueños, que le anunciaban siete años de abundancia y otros tantos de hambre, lo que le valió el gobierno del país.

4. Jacob y su familia pasaron a Egipto, y allí José les dió para su residencia el fértil territorio de Goshen, situado entre el Nilo y el mar Rojo, donde sus descendientes progresaron tanto, que excitaron la envidia y temor de los Egipcios, cuyos monarcas tomaron medidas rigurosas para contener su prosperidad. Una servidumbre dura amarraba sus días, y tenían que ahogar en el Nilo a todos sus hijos varones.

5. Hasta entonces habían tenido los hebreos una vida pastoral, sin sujetarse a forma alguna de gobierno. Los hijos obedecían a sus padres, y los siervos a sus señores. La religión se ostentaba en sus más sencillas formas. Adora-

ban sin imágenes ni sacerdotes a un Dios criador y director del universo, y reinaba igual pureza en su fe y culto, en sus principios y prácticas. Mas a proporción que se aumentaron la riqueza y el lujo, fué haciéndose más sensual la religión de los hebreos. Inclináronse al culto de los astros, como todas las naciones orientales. El sacerdocio introdujo imágenes, y empleó los artificios de la superstición para excitar la devoción del pueblo.

6. Después de mucha opresión y padecimientos, les suscitó Dios un libertador en Moisés, que nació 1567 A. C. Antes de su partida de Egipto y en su largo y tedioso viaje de cuarenta años por el desierto, se cuentan en el Exodo sucesos sobrenaturales debidos a la milagrosa interposición del cielo en favor del pueblo escogido. En el desierto recibieron de su ilustre guía un sistema de religión y leyes, sancionado por el mismo Dios.

7. El código de Moisés, el más antiguo de todos, contiene las mejores máximas de sabiduría legislativa, y es un admirable sumario de nuestros varios deberes hacia Dios y los hombres, cuya observancia sostiene por los poderosos motivos de la gratitud, temor y esperanza. Dirige nuestra adoración a un Dios, autor de todos los bienes, nos manda reverenciar su santo nombre, y en cada semana separa el sábado

para descansar y meditar sobre las obras y beneficencia divina. Cuatro mandamientos del código de Moisés abrazan los principios de la jurisprudencia universal. 1. *No matarás*. 2. *No cometerás adulterio*. 3. *No hurtarás*. 4. *No darás falso testimonio*. Concluye con reprobar la avaricia, que es el incentivo más general de los crímenes.

8. Moisés hubo de observar en Egipto los efectos perniciosos de un poder ilimitado en manos de los sacerdotes, y por lo mismo separó sabiamente la jurisdicción sacerdotal de la civil, limitando aquélla al culto, y al conocimiento de las faltas inmediatamente enlazadas con él. El cuidado y dirección de todos los asuntos seculares tocaba a los *ancianos* del pueblo, que administraban justicia, subordinados a un magistrado supremo, llamado enfáticamente *juez*, en quien residía todo el poder civil y militar. Sin embargo, parece que el sumo sacerdote usurpó al fin las prerrogativas militares del juez.

9. Conociendo Moisés la ignorancia y perversidad de su pueblo, no omitió precepto alguno que pudiese ilustrar sus entendimientos, arreglar su conducta, corregir sus inclinaciones viciosas, y promover su bien y seguridad. Prescribió reglas a su alimento, para conservarles la salud, y para curar las enfermedades de que eran más susceptibles. Moisés murió, después

de conducir a los Israelitas por entre muchos riesgos y obstáculos, hasta ponerlos a vista de la tierra prometida, y de haber nombrado sucesor a Josué. (1447 A. C.).

LECCION VIII

ADMINISTRACIÓN DE LOS JUECES.

1. Este período es en extremo turbulento y sanguinario; período de ignorancia, barbaridad y anarquía. No sabemos cómo se elegían estos jueces, ni la extensión de su poder. Parece que eran jefes militares, porque mandaban ejércitos, y algunos de ellos adquirieron fama en expediciones felices contra los enemigos de su patria.

2. Los jefes de los pueblos sirios no habían nombrado un caudillo común, ni formado un plan regular de defensa contra los Hebreos, que por largo tiempo habían andado con intenciones hostiles por las fronteras de Siria: por consiguiente, muchos de aquellos cortos estados, en ambas márgenes del Jordán, fueron subyugados y eyterminados sus habitantes. Al fin, temerosos de que los destruyesen de una vez aquellos fieros invasores, todos los restantes régulos y caudillos del país entre el Jordán y el Mediterráneo, concertaron una alianza general. Josué atacó repen-

tinamente dos veces al ejército combinado, y lo derrotó con gran matanza. Casi todos los habitantes, excepto los que residían en ciudades marítimas intomables, fueron pasados a cuchillo, o forzados a huir de sus inexorables adversarios. Las tribus de Israel se dividieron sus posesiones; y así conquistaron los victoriosos Hebreos las partes meridionales de Siria, llamadas Judea o Canaán, y hoy Palestina. Josué, después de haber recibido muchas veces auxilios milagrosos en la ardua conquista de Canaán, y en la difícil administración de un gobierno que necesitaba incesante actividad y energía, murió (1439 A. C.), dejando a los Israelitas en quieta posesión del país que el Señor había prometido a Abraham y a su descendencia.

3. Después de la conquista de Canaán, no observaron fielmente los Judíos las instituciones de Moisés, y cayeron en la confusión y apostasía. Alternativamente se vieron desgarrados por conmociones intestinas y reducidos a servidumbre temporal por los pueblos circunvecinos, vencidos antes por ellos. Apenas salían de la miseria del yugo extranjero, caían en el abismo de la tiranía doméstica. En las varias mudanzas de su fortuna, es de notar que sus idolatrías más torpes y aflicciones más crueles fueron cuando se reunían en una persona la jurisdicción civil y la autoridad del sacerdocio.

4. Muerto Josué, gobernaron los ancianos a Israel como veinte años. Siguió un período anárquico de unos diez y ocho años, en que hubo varias guerras, y se vió muchas veces reducido a servidumbre. La asociación de Israel era una teocracia y aquel pueblo no reconocía más rey que a Dios. Respetaba a los sacerdotes, como superintendentes de su culto, y obedecía a los jueces, como intérpretes de sus leyes y delegados de su autoridad. El sacerdocio era hereditario en la familia de Aarón, hermano de Moisés. Pero el empleo de juez se dejaba en lo aparente a la voluntad de Dios, y no se determinaba ni por elección popular, ni por nacimiento, de modo que producía grandes agitaciones, violencias e intrigas, males que evitó Moisés nombrando sucesor a Josué.

5. Pero muerto éste, las divisiones intestinas, y el consiguiente espíritu de licencia y rapiña, precipitaron al pueblo en el desorden y anarquía. Como estos desórdenes lo expusieron a las invasiones de los estados adyacentes, los talentos y hazañas militares se miraban como pruebas infalibles del favor divino, y adquirían a la persona distinguida así el cargo supremo de juez. Gedeón obtuvo muchas victorias contra los Filisteos, enemigos inveterados de los Hebreos, y éstos, por gratitud a sus servicios, le ofrecieron la autoridad suprema para él y su posteridad.

Aunque rehusó el nombre de juez, conservó el poder de tal, y se apropió la parte más valiosa de los despojos de sus enemigos. Su hijo natural Abimelech se alzó violentamente con el cargo de juez, y la historia sagrada no nos dice cómo lo obtuvieron los dos siguientes. Después de ellos, se encargó el poder supremo a un descendiente ilegítimo de Gilead, por su valor y talentos militares. Así continuó fluctuando el oficio de juez, hasta que Eli, sumo sacerdote, unió en su persona ambas funciones, que antes habían sido siempre distintas. Parece que Eli era igualmente indigno de unas y otras. El pueblo cayó en la idolatría, y los Filisteos le subyugaron. En una gran batalla, en que los Hebreos quedaron derrotados con terrible mortandad, perecieron los dos viciosos hijos de Eli, que murió al saber este desastre, después de haber gobernado unos cuarenta años.

6. Sucedióle el profeta Samuel, que hizo volver al pueblo a sus deberes, y presto restauró la gloria de Israel, venciendo a los Filisteos. Los Hebreos cobraron su libertad, y las ciudades perdidas en las guerras anteriores. Samuel era infatigable para administrar justicia. Cuando la edad le impedía ya desempeñar sus laboriosos deberes, se asoció sus dos hijos. Pero sus injusticias y rapacidad ofendieron al pueblo, quien se quejó a Samuel de que sus hijos eran indignos de

sucedarle, y le pidió un rey. En vano procuró Samuel persuadirle cuán peligrosa era la mudanza de su antigua forma de gobierno en monarquía. Ellos persistieron en su resolución, y Saúl fué el primer rey de los Hebreos. Así acabó el gobierno de los jueces, que con alguna intermisión, había subsistido trescientos cincuenta años desde Josué. La elevación de Saúl al trono fué la segunda mudanza que tuvo la constitución de Moisés, y esta innovación política, hija de ligereza y precipitación, ni dió estabilidad al gobierno nuevo, ni remedió los males del antiguo.

LECCION IX

MONARQUÍA DE LOS HEBREOS.

1. El reinado de Saúl empezó como un mil noventa y un años A. C. Este rey era un pastor de elevada estatura. Empezó a reinar felizmente, y se acreditó con una victoria completa que ganó a los Ammonitas. Pero se disgustó con el profeta Samuel, y todo el resto de su reinado fué una serie de turbaciones y desdichas. Al fin le batieron los Filisteos en una batalla, y se quitó la vida.

2. Dos candidatos pretendían el trono vacante. Isboeth, hijo de Saúl, fundaba sus pretensiones en su nacimiento, y le sostenían muchas tribus. El joven David, famoso por haber vencido al gigante filisteo Goliath, había sido ungido secretamente por Samuel antes de la muerte de Saúl, y la poderosa tribu de Judá le reconocía como elegido por el cielo. Siguióse una guerra civil de siete años, que terminó en el asesinato de Isboeth. Todas las tribus se

sometieron a David, y el trono se hizo hereditario en su familia.

3. David aumentó sus estados con sus conquistas, tomó a Jerusalem y la hizo su capital, y se enriqueció y enriqueció a su pueblo con los despojos de sus enemigos, a los que trataba con rara fiera. Con la institución de ceremonias solemnes hizo revivir en el pueblo el afecto a la religión, e introdujo el gusto a las artes, invitando a su reino artistas hábiles para construir sus grandes edificios.

4. El fin del reinado de David fué desgraciado. Fatigárcnle hambres, peste, guerras desastrosas e infortunios domésticos. Ammón, su hijo, violó a su hermana Tamar, y en venganza fué asesinado por Absalón, hijo favorito de David, que luego se rebeló para destronar a su padre, pero al fin fué vencido y muerto. David hizo coronar a Salomón, hijo suyo y de Bethsabee, a cuyo esposo hizo dar muerte para gozarla, y murió en 1010 A. C., habiendo reinado siete años y medio en Judá, y treinta y tres sobre todo Israel. Sus últimas palabras a Salomón fueron consejos de rencor vengativo y de sangre.

5. Salomón empezó su reinado haciendo matar por una vaga sospecha a su hermano mayor Adonías. En su tiempo gozó Israel un período de prosperidad y paz sin ejemplo en sus

fastos anteriores ni posteriores. Dirigió los consejos de todos los pequeños estados entre el Eufrates y el Mediterráneo, y sostuvo el equilibrio del poder entre las dos grandes monarquías de Egipto y Asiria. El comercio floreció de un modo que parece extraordinario en aquel tiempo. Las flotas de Israel a las órdenes de marineros tirios, comerciaban con la tierra de Ophir, que algunos sitúan en Etiopía, y donde probablemente iban por el mar Rojo, y sus viajes lucrativos aumentaron la riqueza de su nación. Pero esta condición próspera y grata no duró mucho. Salomón, engreído con la uniformidad de su dicha, no puso límites a su magnificencia, y para sostenerla, cargó al pueblo graves impuestos, que le disgustaron, y al fin de su reinado produjeron una facción poderosa, a cuya cabeza se puso un joven impetuoso y altivo, llamado Jeroboam. En tiempo de Salomón se erigió el templo de Jerusalem, la fábrica más suntuosa tal vez de los tiempos antiguos.

6. La sabiduría de Salomón es proverbial, y se le atribuyen los libros de los Proverbios y del Eclesiastés, que abundan en preceptos y máximas aplicables a todos los estados de la vida. Sin embargo, tenía setecientas mujeres de todas tierras y religiones, y trescientas concubinas, cuyo influjo le precipitó al fin en la idolatría. Murió el año 971 A. C. y con él espí-

raron la grandeza y tranquilidad de los Hebreos. Apenas subió al trono su hijo Roboam, la facción de Jeroboam, hostigada por su imprudencia y altivez, se rebeló abiertamente, y sólo las tribus de Judá y Benjamín continuaron fieles a la casa de David. Las otras eligieron rey a Jeroboam, y la monarquía se desmembró en dos reinos separados, Israel y Judá.

7. Esta separación política produjo la religiosa. Como los reyes de Judá poseían el templo donde todo el pueblo había de concurrir en ciertos períodos, debían tener siempre ascendiente sobre Israel, y Jeroboam creyó necesario impedirlo. Sacrificó, pues, la religión a la política, construyó otro templo, e instituyó nuevo sacerdocio para neutralizar el influjo de los Levitas, firmemente unidos a la casa de David. Tal fué el origen del cisma, que nunca se extinguió entre los sectarios de Moisés. La religión de las diez tribus vino al cabo a ser una mezcla de judaísmo y paganismo.

8. Después de esta época memorable en la historia de los Israelitas, apenas hallamos en sus anales sino acontecimientos que ordinariamente son asuntos de recuerdos políticos en todos los pueblos. El reino de Judá continuó invariablemente fiel a la estirpe de David, pero en Israel hubo frecuentes usurpaciones. La historia de ambos en un período de unos cuatrocientos

años, hasta el incendio de Jerusalem por Nabucodonosor, con excepción de pocos intervalos, puede llamarse anales de la desunión, los vicios, guerras, matanzas, servidumbres, hambres y pestes. Al fin se extinguió el reino de Israel. Las diez tribus fueron transportadas a Asiria, donde se dispersaron y jamás volvieron. La escoria del pueblo que quedó en Canaán se mezcló con los extranjeros, y de aquí nació la raza de los Samaritanos. Los profetas describen patéticamente esta catástrofe de Israel. Los niños y mujeres grávidas eran asesinados con horrible barbarie. Los hombres seguían como esclavos a sus vencedores que colonizaron el país. Esto pasó como 720 años A. C.

9. El reino vacilante de Judá, aún conservó su existencia precaria: los Babilonios lo invadieron varias veces, lo hicieron tributario, y por fin lo subyugaron. El terrible Nabucodonosor arrasó a Jerusalem y al templo, (584 A. C.) y se llevó a Babilonia todas las personas principales, y los artistas más hábiles. Así acabó el reino de Judá, que había durado cuatrocientos sesenta y ocho años desde el principio del reinado de David, y trescientos ochenta y ocho desde la separación de las diez tribus.

LECCION X

RESTAURACIÓN DE LOS JUDÍOS HASTA SU REDUCIÓN AL YUGO ROMANO. ESTADO DE SU SABER Y COMERCIO.

1. Parece que las miserias de la servidumbre mejeraron la moral de los Judíos. Incapaces de resistir al poder humano, colocaron todas sus esperanzas en el cielo, y ni promesas ni amenazas bastaron a hacerles abandonar el culto de Dios y adorar los ídolos de los Paganos.

2. A los setenta años de su cautividad, conquistó a Babilonia Ciro, rey de Persia, y expidió un decreto dándoles libertad para restituirse a su país, y reedificar a Jerusalém y al templo, cuyos utensilios sagrados les devolvió. (543 A. C.) Muchos de los Israelitas se quedaron en Babilonia, y los que volvieron casi todos eran de la tribu de Judá, por lo que todos se llamaron después *Judíos*. Darío y Xerxes les confirmaron las concesiones de Ciro, y aún más Artaxerses, el Asuero de la escritura, por el influjo de su esposa Ester, judía, y de su tío Mar-

doqueo, que descubrió y frustró una conspiración contra la vida del monarca. Este concedió a Esdras plena autorización para gobernar a los Judíos conforme a las inspiraciones de la voluntad divina, y ricos dones para el templo. Igual comisión obtuvo Nehemías, que reedificó los muros de Jerusalem, y reformó varios abusos civiles y religiosos.

3. Después de éstos, no hallamos otros gobernadores de Judea, que probablemente quedó sujeta al gobernador de Siria, del que derivarían inmediatamente su autoridad los sumos sacerdotes. En este estado próspero estaban los Judíos unos cuatrocientos veinte años antes de la era cristiana. Sus infortunios posteriores pueden atribuirse a las pasiones de los que aspiraban a la dignidad sacerdotal, más por ambición y avaricia que por celo religioso. El sumo sacerdocio fué por siglos enteros el objeto principal de la ambición. Los candidatos lo compraban a los gobernadores de Siria, y lo conservaban a fuerza de dinero, para cuyo pago sacrificaban al pueblo degradado, tan falto de energía como sus directores de dignidad y de previsión, para precaverse de las invasiones extranjerías.

4. Por los años 328 A. C. sitiaba a Tiro Alejandro el Grande. Los Judíos le negaron víveres para su ejército, y marchó a Jerusalem, resuelto a castigarlos. Pero Jaddo, sumo sacer-

dote, le salió a recibir y supo trocar su ira en respeto y admiración. El conquistador adoró en el templo, y concedió varias libertades y favores a los Judíos. Muerto él, los Sirios y Egipcios subyugaron sucesivamente a Judea, y el pueblo quedó reducido a la servidumbre.

5. Los Judíos guardaban el sábado tan estrictamente, que no peleaban en él ni aún para defenderse. Ptolomeo, rey de Egipto, se aprovechó de esta infatuación, y un sábado entró sin resistencia en Jerusalem, y se llevó cien mil cautivos. (316 A. C.) Después fueron víctimas de guerras interiores y exteriores y de matanzas bárbaras.

6. Como 198 años A. C. Antioco el Grande, rey de Siria, tomó a Jerusalem, saqueó el templo, vendió cuarenta mil Judíos a las naciones vecinas, y estableció el paganismo en Judea. Cesaron los sacrificios, y apenas quedó señal alguna externa de religión. Pero esta persecución excitó el celo del sacerdote Matatías, y de sus cinco hijos llamados Macabeos. Retiráronse todos al desierto, donde presto se les unieron muchos Judíos, que deseaban evitar la idolatría y la persecución religiosa. Formóse un ejército, cuyo mando tomó el hijo mayor de Matatías, llamado Judas Macabeo, que con sus raros talentos, valor y patriotismo logró libertar a los Judíos de la tiranía de los Griegos, hazaña tan

noble como las de los héroes más ilustres de Grecia y Roma. Después de muchos triunfos murió al fin Judas en una batalla (157 A. C.)

7. Sus hermanos prosiguieron su empresa con perseverancia y esfuerzo, establecieron la independencia de su patria, y mudaron su gobierno en una monarquía vigorosa y floreciente. Juan Hircano, hijo de Simón Macabeo, unió en su persona el sumo sacerdocio al mando militar, y tuvo grandes talentos: venció a los enemigos de su patria, y estableció firmemente su gobierno. Sus hijos tomaron el título de reyes, y el sumo sacerdocio permaneció en su familia, aunque no en la persona del monarca. Esta fué la dinastía Asmonea, que duró unos ciento veinte y seis años.

8. Las funestas disensiones de esta familia terminaron en la conquista de Judea por Pompeyo el Grande. (59 A. C.) Después restablecieron los Romanos bajo su protección la monarquía judaica, en Herodes el Grande, hijo de Antipatro. Este príncipe reinó con mucho esplendor, pero con gran despotismo y tiranía: tuvo grandes talentos, pero fué injusto y cruel en su vida pública y doméstica. La primera fué una serie continua de batallas, matanzas y violencias. Murió el año cuarto de la era vulgar. En su reinado fué el *nacimiento de JESUCRISTO, autor de la religión cristiana y Reden-*

tor del género humano, acontecimiento el más importante de todos los ocurridos desde la creación del mundo.

9. Poco después de la muerte de Herodes, quedó Judea reducida a provincia romana. La rapiña y crueldad del gobernador Floro, excitaron una rebelión de los Judíos, en que se dice perecieron ciento cincuenta mil personas (66). Sus facciones violentas y sanguinarias destruyeron también increíble multitud de todas clases. Al fin, la nación judía se extinguió al poder de los Romanos, y Tito redujo a cenizas a Jerusalem, después de un sitio en que se vieron varias escenas de muerte, hambre y desesperación, horriblemente superiores a cuantas ofrecen los anales de la perversidad y miseria humana. Tito se mostró piadoso y quería salvar la ciudad y el templo, pero en vano. El decreto irrevocable del Altísimo había fijado su destino, y no quedó *piedra sobre piedra* (72). Esta guerra costó la vida por un cálculo aproximado a millón y medio de Judíos. Desde entorces los descendientes de los que sobrevivieron a la disolución del pueblo judío han vagado por el mundo, hechos objetos de odio y menosprecio, cuando debían serlo de compasión.

10. Entre todos los objetos de la historia, el más agradable y digno de atención es el adelanto progresivo del entendimiento humano, y

el desarrollo de sus facultades. Las hazañas brillantes y destructoras de los conquistadores deslumbran un momento; pero los afanes silenciosos del literato y del artista, del arquitecto y del labrador, que hermocean y la convierten en paraíso, hacen beneficios permanentes a la raza humana, y promueven su prosperidad y ventura. Las artes y ciencias distinguen al hombre civilizado del salvaje, y la investigación de su origen y progresos es el atributo más noble de la historia. Mas por desgracia los autores antiguos se descuidaron en un punto tan interesante y agradable, y para formar alguna idea de él tenemos que reunir infinidad de fragmentos inconexos y noticias sueltas, sacados laboriosamente de una masa vastísima y confusa de acontecimientos.

11. El período de historia comprendido en la escritura abraza desde la creación del mundo hasta la subversión de la monarquía babilónica, es decir unos 3467 años. En esta larga sucesión de siglos se habían inventado muchas instituciones políticas, civiles y religiosas; en algunos países había adelantado el entendimiento humano; se había practicado hábilmente la agricultura, y la superficie de la tierra estaba adornada con vastas ciudades y edificios magníficos. En los libros sagrados, monumentos venerables de la antigüedad, seguimos a los Israe-

litas desde los siglos patriarcales, por los siglos turbulentos de la ignorancia y de la barbarie, hasta un grado considerable de civilización. Sabemos por menor sus instituciones civiles y religiosas, pero no sus progresos en las artes y en las ciencias. Parece que los Judíos en ningún período fueron un pueblo científico ni filósofo; que eran bastante hábiles en las artes necesarias y útiles, pero no en las de lujo y ornato. Ya hemos hablado del mérito literario de sus libros, en particular de los proféticos, que desplegaban ideas sublimes en una dicción enérgica, engalanada con toda la pompa de las imágenes orientales.

12. En los siglos patriarcales había progresado tanto el comercio, que el oro y la plata se usaban ya como signos universales de valor y medios de cambio. En los tiempos tumultuosos que siguieron a los patriarcas, muy poco hallamos que nos dé luz sobre el estado del comercio, pero es de creer que nunca floreció mucho entre los Judíos. En tiempos de una antigüedad remota las artes mecánicas habían hecho considerables progresos en algunos países, como lo acreditan los ricos y curiosos materiales del tabernáculo, y de las vestiduras del sumo sacerdote. Sin duda los Israelitas sacaron de Egipto mucha parte de sus conocimientos en las artes, ciencias y literatura, porque los Egipcios, desde

tiempo inmemorial, habían ido avanzando gradualmente en saber y civilización, y durante la mayor parte del período que nos ocupa, fueron famosos por la excelencia de su administración civil, la extensión y población de sus ciudades, la magnificencia de sus edificios públicos, y el estado floreciente de su agricultura. En todo esto se distinguían de todas las naciones contemporáneas de la antigüedad.

HISTORIA MODERNA

LECCION I

DE LA ARABIA Y DEL IMPERIO DE LOS SARRACENOS

1. La ruina del imperio romano de occidente y la subyugación final de Italia por los Lombardos, forman la era desde la cual empezamos la historia moderna.

El imperio romano de oriente continuó existiendo muchos siglos después de este periodo, pero en un estado comparativo de degeneración y debilidad, a pesar de su magnificencia. A fines del siglo vi se alzó en oriente una nueva potencia, que estaba destinada a producir asombrosas mudanzas en una gran parte del globo.

Los Arabes en aquel tiempo eran una nación bárbara, que vivía por lo común en tribus independientes, se preciaba de descender del patriarca Abraham, y profesaba una religión, en que se mezclaban el judaismo y la idolatría. Meca, su ciudad santa, progresó con los regalos que hacían los peregrinos a su templo, en que estaba depositada una piedra negra, objeto de la

veneración más profunda. Mahoma nació en la Meca en 571. Este hombre de bajo nacimiento y sin educación, pero dotado de grandes talentos naturales, trató de alzarse a la celebridad, fingiendo una misión divina, a fin de propagar una religión nueva, para la salvación del género humano. Retiróse al desierto, y allí pretendía que comunicaba con el ángel Gabriel, y de cuando en cuando recibía de éste fragmentos de un libro sagrado, o *Corán*, que contenía revelaciones de la voluntad del Ser Supremo, y de la doctrina que mandaba comunicar al mundo por el órgano de su profeta.

2. Al paso que esta religión adoptaba en parte la moral del cristianismo, retenía muchos ritos judaicos y algunas de las supersticiones arábicas, como la peregrinación a la Meca; debió su principal recomendación a cierto espíritu de voluptuosidad asiática. El *Corán* enseña la creencia de un solo Dios, cuya voluntad y poder se ejercitan constantemente en la felicidad de sus criaturas; que los deberes del hombre son amar a sus allegados, socorrer a los pobres, proteger a los injuriados, ser humano con los animales inferiores y orar siete veces al día. Se permite al musulmán piadoso tener cuatro mujeres y cuantas concubinas guste, y se le prometen los goces amorosos como los supremos bienes del paraíso. Dios había grabado originalmente

estas leyes en los corazones de los hombres, y para renovar su impresión ha enviado sus profetas a la tierra de cuando en cuando: tales fueron Abraham, Moisés, Jesucristo y Mahoma: este último se anunciaba como el mayor de todos, a quien el mundo debería su conversión a la religión verdadera. Mahoma fué dando el Corán a pedazos, y de este modo podía responder con nuevas revelaciones a todas las objeciones que se le hiciesen.

3. Las disenciones y tumultos populares entre los creyentes y los infieles, causaron el destierro de Mahoma de la Meca. Su fuga, llamada la *hegira*, en el año 622, es la era de su gloria. Retiróse a Medina, y allí se le juntó el valiente Omar. Propagó su doctrina con un éxito asombroso, y seguido de sus partidarios armados, marchó a Meca y la tomó. En pocos años subyugó toda la Arabia, atacó la Siria, y tomó varias ciudades romanas de ella. Murió en medio de sus victorias, de edad de sesenta y un años. (632). Nombró sucesor a su yerno Alí; pero su suegro Abubeker se ganó el ejército, y se apoderó de la autoridad.

4. Abubeker unió y publicó los libros del Corán, y continuó las conquistas de Mahoma. Derrotó el ejército de Heraclio, tomó a Jerusalem, y subyugó todo el país que hay entre el monte Líbano y el Mediterráneo. Muerto él, eli-

gieron a Omar al califado, y en una campaña privó al imperio griego de Siria, Fenicia, Mesopotamia y Caldea. En la campaña siguiente sujetó el imperio entero de Persia a la religión musulmana. Al mismo tiempo sus generales conquistaban el Egipto, la Libia y la Numidia.

5. Otman, sucesor de Omar, agregó al dominio de los califas la Bactriana, y parte de la Tartaria, y asoló a Rodas y las islas griegas. Sucedióle Alí, yerno de Mahoma, cuyo nombre aun reverencian los Mahometanos. Transfirió el califado de la Meca a Couffa, de donde luego se pasó a Bagdad. Su reinado fué glorioso, aunque sólo duró cinco años. En el espacio de medio siglo, que empezó en las primeras conquistas de Mahoma, levantaron los Sarracenos un imperio más extenso que lo que restaba del romano. Reinaron en sucesión diez y nueve califas de la raza de Omar, (*Ommiadas*) y después de éstos empezó la dinastía de los *Abasidas*, descendientes de Mahoma por línea masculina. Almanzor, segundo califa de esta raza, pasó la capital del imperio a Bagdad, e introdujo el saber y el cultivo de las ciencias, que los sucesores súyos continuaron promoviendo con igual celo y liberalidad. Haroun Alraschid, que floreció a principios del siglo IX, fué un segundo Augusto. Las principales ciencias que cultivaban los Arabes eran la medicina, la geometría y la astronomía. Mejoraron la poesía oriental, regularizando su lujo de imágenes.

LECCION II

MONARQUÍA DE LOS FRANCOS.

1. Los Francos eran originariamente las tribus de Germanos que habitaban los distritos del bajo Rin y el Weser, y se distinguían en tiempo de Tácito por los nombres de Chauci, Cherusci, Catti, Sicambri, etc. Tomaron o recibieron el nombre de *Francos*, u hombres libres, por su unión temporal ; ara resistir a la dominación romana. Algunas crónicas fabulosas hablan de Faramundo y de un Meroveo, fundador de la raza primera de los reyes de Francia, llamada *Merovingia*; pero la historia auténtica de los Francos no empieza hasta Clovis, nieto suyo, que comenzó a reinar en 481. A los veinte años de edad acabó Clovis la conquista de la Galia, derrotando al gobernador romano Siagrio, y casándose con Clotilde, hija de Chilperico, rey de Borgoña, agregó muy luego aquella provincia a sus dominios, destronando a su suegro. Convirtió Clotilde, y los Francos, que hasta entonces habían sido idólatras, se hicieron cristianos a su

ejemplo. Los Visigodos, que profesaban el arrianismo, eran dueños de Aquitania, país situado entre el Ródano y el Loire. El celo imprudente de Clovis le dictó la extirpación de aquellos herejes, que se retiraron a España, y las provincias de Aquitania se agregaron al reino de los Francos, mas no por mucho tiempo, pues Teodorico el Grande venció a Clovis en la batalla de Arles, y unió la Aquitania a sus dominios. Clovis murió el año 511.

2. Sus cuatro hijos dividieron la monarquía y perpetuamente estuvieron en guerra unos con otros. Siguióse una serie de monarcas débiles y perversos, y una barbarie mayor que la antigua caracterizó a la Galia bajo el dominio de sus soberanos francos. A la muerte de Dagoberto II, que dejó dos hijos infantiles, (638) cayó el gobierno en manos de los funcionarios llamados *Mayores del palacio*, y estos hombres ambiciosos fundaron una autoridad nueva, que por espacio de algunas generaciones tuvo en sujeción absoluta o los soberanos francos, y les dejó poco más que el título de reyes. Thierry gobernaba en el nombre la Austrasia y la Neustria, que eran las dos grandes divisiones de la monarquía franca, pero el que reinaba realmente en ellas era Pepino Haristel, mayor del palacio, que restringiendo a su soberano a una pequeña posesión, gobernó a Francia por espacio de treinta años con gran

prudencia y política. Sucedióle en autoridad su hijo Carlos Martel, y gobernó treinta y seis años con el mismo título, y con igual habilidad y fortuna. Venció a todos sus enemigos interiores. Sus armas tuvieron contenidas a todas las naciones circunvecinas, y libertó a la Francia de las incursiones de los Sarracenos, a quienes derrotó completamente entre Tours y Poitiers. (732).

3. Carlos Martel dejó el gobierno de Francia como herencia indisputable a sus hijos Pepino y Carlomán, que con el mismo título de mayores gobernaron el uno la Austrasia, y el otro la Neustria y la Borgoña. Carlomán dejó el poder, y Pepino se encargó de toda la administración. Ambicioso de añadir el título de rey a su autoridad que ya disfrutaba, preguntó al papa Zacarías ¿si era más digno del trono que su soberano Childerico? Zacarías, teniendo presente su interés propio, decidió que Pepino tenía derecho para reunir el nombre de rey a la autoridad de tal, y Childerico fué a terminar su vida encerrado en un monasterio. Con él acabó la dinastía de los reyes de Francia, llamada *Merovingia*. (751).

4. Pepino convirtió sus armas contra los Lombardos: en recompensa del servicio que debía al papa, les quitó el exarcado de Ravena, e hizo a la Santa Sede una donación de éste y otros

territorios considerables: éstas fueron sus primeras posesiones temporales. Como Pepino conocía muy bien los de su elevación al trono, puso su principal cuidado en conciliarse el afecto del pueblo a quien gobernaba. El poder legislativo de los Francos residía en el pueblo reunido en sus *Champs de Mars*. En tiempo de la dinastía Merovingia, la autoridad real se había reducido a nada, y aumentándose a proporción el poder de los nobles. Pepino reconoció y confirmó estas usurpaciones, que no podía reparar sin peligro, y así bajo el carácter de protector de los derechos de todas las clases del Estado, exaltó la autoridad real a su elevación correspondiente, y la fundó en la base más sólida. En su última enfermedad reunió un consejo de grandes, y obtuvo su consentimiento para dividir el reino entre sus dos hijos Carlos y Carlomán. Murió el año 768, de cincuenta y tres años de edad, a los diez y siete de la muerte de Childerico III, y a los veinte y siete de su administración, después de la muerte de Carlos Martel.

LECCION III

REFLEXIONES SOBRE EL ESTADO DE FRANCIA BAJO LA DINASTÍA MEROVINGIA. ORIGEN DEL SISTEMA FEUDAL.

1. Las costumbres de los Francos eran semejantes a las de las otras naciones germánicas descritas por Tácito. Aunque obedecían a un jefe o rey, su gobierno era muy democrático, y no reconocían más subordinación que la militar. La autoridad legislativa residía en la asamblea general o *Champs de Mars*, que anualmente se celebraba el día primero de Marzo; asamblea en que el rey tenía un solo voto como el último soldado. Mas cuando se tomaban las armas contra algún enemigo, sostenía con poder absoluto la disciplina militar.

2. Después que los Francos se establecieron en la Galia, su nueva situación los obligó a hacer algunas variaciones. Redujeron los Galos a una sumisión absoluta; y con todo dejaron a algunos en posesión de sus tierras, porque el nuevo país sobraba para sus conquistadores.

También les dejaron el uso de las leyes existentes, que eran las del código romano, y ellos se gobernaban por las leyes *sálica* y *ripuaria*, instituciones antiguas observadas por los Francos antes de que saliesen de Germauia. De aquí provino la diversidad de leyes locales y usos que se veía en Francia, casi hasta nuestros tiempos, y causaba mil inconvenientes y dificultades.

3. Los Germanos antiguos miraban con la veneración más profunda a los sacerdotes o druidas. Era natural que los Francos, después de convertidos al cristianismo, tuviesen igual reverencia a los obispos, a quienes por lo mismo dieron el primer lugar en sus asambleas nacionales. Elegíanse generalmente estos obispos entre los Galos nativos; porque era natural que escogiesen sus sacerdotes de la misma nación que les había comunicado su culto. La influencia del clero contribuyó mucho a mejorar la condición de los Galos vencidos, y a humanizar a sus conquistadores, y en poco tiempo se incorporaron completamente las dos naciones.

4. En este período se hace visible en este pueblo unido un nuevo sistema político, que por grados se extendió a todas las naciones de Europa: hablamos del *sistema feudal*. Por esta voz se entiende la condición con que los amos de las tierras las poseían, que era una obligación de hacer servicio militar, siempre que lo requiriese

el señor de quien dependían. Muchos autores modernos atribuyen el origen de esta institución a los reyes de los Francos, que, después de la Galia, se supone que dividieron las tierras entre sus soldados, imponiéndoles esta condición del servicio militar. Pero esta opinión tiene contra sí dificultades insuperables. En primer lugar, se asienta en el supuesto falso de que las tierras conquistadas pertenecían en propiedad al rey; y que éste tenía derecho a distribuir las en dones a sus soldados, cuando es un hecho averiguado que entre los Francos la partición de las tierras conquistadas se hacía por suerte, como la del botín o despojos tomados en el campo de batalla; y que la parte del rey, aunque sin duda era mayor que la de sus capitanes, también se le señalaba por suerte. Además, si suponemos que el rey hizo estos regalos a sus capitanes de lo que le tocaba, es evidente que la creación de poquísimos feudos le habría hecho más pobre que sus vasallos. Debemos, pues, recurrir a otra suposición para explicar el origen de los feudos, y veremos que su principio es muy anterior a la conquista de la Galia por los Francos.

5. Entre todas las naciones bárbaras, cuya principal ocupación es la guerra, observamos en los miembros de las tribus una subordinación estricta a su jefe o caudillo. Observóla César fuertísima entre las naciones de la Galia, y

no sólo entre los soldados y su jefe, sino entre las ciudades inferiores o aldeas respecto del cantón o provincia a que pertenecían. En tiempo de paz, cada uno cultivaba su terreno libre de todo impuesto, sin estar sujeto a otra carga que al servicio militar, cuando lo requiriese su jefe. Cuando estaba en guerra una provincia, cada pueblo, aunque sólo debía dar cierto número de soldados, estaba obligado a enviar el día señalado para la revista general todos sus hombres capaces de tomar las armas, y el jefe de la provincia escogía entre ellos el número debido. Esta *clientela* o vasallaje subsistió tanto entre los Francos como entre los Galos. Subsistió entre los Romanos, que para contener las incursiones de los bárbaros y asegurar sus conquistas lejanas, tenían que mantener guarniciones fijas en sus fronteras. Acostumbrábase dar una porción de tierra a cada oficial de aquellas guarniciones, para recompensar sus servicios, y asegurar su continuación. Estos dones se llamaban *beneficia*, y sus amos *beneficiarii*. PLIN. *Ep. lib.* 10. *ep.* 32. Al principio sólo se concedían por vida. Alejandro Severo permitió que pasasen a los herederos, con la misma condición del servicio militar.

6. Cuando los Francos invadieron las Galias, hallaron a los soldados romanos poseyendo de este modo mucha parte de las tierras, y a los Ga-

los nativos cultivando las demás con las propias condiciones. Los conquistadores, acostumbrados a esta institución, la adoptarían naturalmente al repartir sus nuevas conquistas, y cada hombre, al recibir su parte, quedaría obligado al servicio militar, como condición necesariamente anexa a la propiedad territorial. Con respecto a los Galos que conservaron sus posesiones, no se necesitó más mudanza que exigirles la misma obligación del servicio militar que prestaban a los emperadores, sus señores antiguos, y a sus jefes nativos, antes de la conquista por los Romanos. Así no hubo más variación que la de los señores, y el sistema continuó como había existido por siglos.

7. Pero estos beneficios o feudos eran concesiones personales, revocables por la voluntad del soberano o señor, y reversibles a él a la muerte del vasallo. La debilidad de los reyes Francos de la raza Merovingia animó a los poseedores de feudos a aspirar a la independencia y seguridad de sus propiedades. En una convención celebrada en Andelys, en 587, para tratar de la paz entre Gontran y Childeberto II, los nobles obligaron a estos príncipes a renunciar el derecho de revocar sus **beneficios**, los que en consecuencia pasaron de allí adelante por herencia a los hijos primogénitos de los poseedores.

8. Una vez que los feudos se hicieron perpetuos y hereditarios, era consiguiente que fuesen

capaces de subinfeudación, y que el vasallo que tenía sus tierras del soberano bajo la condición del servicio militar, pudiese crear otros vasallos inferiores, dándoles partes de sus terrenos, con la misma obligación de seguir su bandera a la guerra, reconocerle por señor, y pagarle en señal de sumisión un corto tributo anual, en dinero o frutos de sus heredades. Así en poco tiempo todo el territorio de los reinos feudales estuvo distribuído entre vasallos, que dependían del soberano, o mediamente por haber obtenido su posesión de los primeros.

9. En aquellos tiempos desordenados, en que la autoridad del soberano y la obligación de las leyes generales eran muy lánguidas, era natural que el señor adquiriera jurisdicción civil y criminal sobre sus vasallos. Los conites a quienes pertenecía de derecho la administración de justicia, atendían muy poco a sus obligaciones, y abusaban escandalosamente de su autoridad. Por eso los inferiores prefirieron naturalmente someter sus disputas al arbitramento de sus señores, y esta jurisdicción, conferida al principio por el consentimiento mutuo de las partes, vino a considerarse por fin como de estricto derecho. De aquí se originó una competencia perpetua de jurisdicción entre los barones más poderosos y los jueces ordinarios; causa natural de la extrema anarquía y desorden que reinó en Francia durante la dinastía Me-

rovingia, y abatió la dignidad real hasta el último grado. No era extraño que en un gobierno compuesto de partes tan heterogéneas, se alzase una nueva autoridad, que puesta en manos hábiles, subyugase todo lo demas.

10. El mayor del palacio, o primer jefe de la casa real, usurpó gradualmente la autoridad soberana bajo una serie de príncipes débiles. Esta dignidad personal se hizo hereditaria en la familia de Pepino Heristel. Su nieto Pepino el Breve alejó del trono a los fantasmas de la raza Merovingia, tomó el título de rey, en virtud de un decreto del papa, y reinó con dignidad y ventura diez y siete años. Con él empezó la segunda dinastía de monarcas franceses, conocida por **Carlovingia**.

LECCION IV

CARLOMAGNO. EL NUEVO IMPERIO DE OCCIDENTE.

1. PEPINO el Breve al morir dividió el reino, con aprobación de sus nobles, entre sus dos hijos Carlos y Carloman.(768). Es segundo murió pocos años después de su padre, y Carlos quedó único soberano. Carlomagno, (porque así la nombraron justamente) en un reinado de cuarenta y cinco años extendió los límites de su imperio hasta más allá del Danubio; sojuzgó la Dacia, la Damalcia y la Istria; venció y subyugó todas las tribus bárbaras que vivían hasta en las orillas del Vístula: se apoderó de gran parte de Italia, y guerreó felizmente con los Sarracenos, los Hunos, los Búlgaros y los Saxones. Esta guerra duró treinta años, y su conquista final costó una efusión inhumana de sangre. Carlomagno desposeyó a Desiderio, rey de los Lombardos, de todos sus dominios, aunque estaba emparentado con él, a fin de satisfacer la obligación de su padre Pepino a la santa sede. Así

acabó la dominación de los Lombardos en Italia. (774.)

2. Carlomagno entró en Roma en la fiesta de Resurrección, fué coronado allí rey de Francia y de los Lombardos, y el papa Adriano 1o. le invistió con el derecho de ratificar la elección de los papas. Irene, emperatriz de Oriente, quiso emparentar con Carlomagno, casando a su hijo Constantino con su hija; pero la conducta inhumana que observó después con este, a quien quitó la vida, dió motivo a que se dudase la sinceridad con que afectaba desear este enlace.

3. En el último viaje que hizo Carlomagno a Italia, le consagró emperador de Occidente el papa León III. Es probable que si se hubiera fijado en Roma, y transmitido sus dominios íntegros a su heredero, se hubiera restituído a su esplendor y dignidad el grande, aunque abatido, imperio de Occidente. Pero Carlomagno no tuvo capital fija, y aun en vida dividió sus dominios entre sus hijos. (806.)

4. La economía del gobierno y la administración doméstica de Carlomagno merecen atención. Pepino había introducido el sistema de asambleas anuales o parlamentarias, que al principio se celebraban en marzo y después en mayo, donde los principales de la nobleza y del clero, venían a deliberar sobre los negocios públicos y las necesidades del pueblo. Carlomagno dispuso que estas asambleas se tuviese dos veces al año, en la primavera y en el

otoño. En la última asamblea se preparaban los negocios legislativos, y se decidían en la otra: el pueblo tenía parte en esta asamblea por medio de los doce diputados que enviaban a ella cada provincia o distrito. La asamblea, pues, consistía en tre estamentos, que cada uno formaba una cámara separada y discutía los negocios de su clase respectiva. Después se unían para comunicarse sus resoluciones, o deliberar sobre sus intereses comunes. El soberano jamás estaba presente, a no ser cuando le llamaban a ratificar los decretos de la asamblea.

5. Carlomagno dividió el imperio en provincias, y éstas en distritos, cada uno de los cuales comprendía cierto número de condados. Los distritos se gobernaban por enviados reales, escogidos entre el clero y la nobleza, que tenían obligación de hacer una visita exacta de sus territorios cada tres meses. Estos enviados celebraban convenciones anuales, a que asistían los miembros del alto clero y los barones, para discutir los negocios del distrito, examinar la conducta de sus magistrados, y reparar las injurias de los particulares. Los enviados reales daban su informe al soberano y a los estamentos en la asamblea general o **campo de Mayo**, y así se dirigía constantemente la atención pública a todos los negocios del imperio.

6. El carácter particular de Carlomagno era tan amable como digno de respecto. Su secretario Eginhart ha pintado su vida doméstica con be-

llos y sencillos colores: la economía de su familia era característica de un siglo de gran sencillez, pues sus hijas se ocupaban asiduamente en hilar y gobernar la casa, y sus hijos aprendieron de él toda clase de ejercicios varoniles. Ese hombre ilustre murió en 814, a los 72 años de edad. Contemporáneo suyo fué Haroun Alraschid, califa de los Sarracenos, igualmente célebre por sus conquistas, su excelente política, y la humanidad y sabiduría de su gobierno.

7. Luis el Débil fué el único hijo legítimo de Carlomagno que lo sobrevivió, y por lo mismo heredó pacíficamente todos los dominios imperiales a excepción de Italia, dada por el emperador a su nieto Bernardo, hijo de Pepino, su hijo segundo.

LECCION V

COSTUMBRES, GOBIENO Y USOS DEL SIGLO DE CARLOMAGNO.

1. Cuando Carlomagno estableció las convenciones provinciales y los enviados reales, no abolió enteramente la autoridad de los duques y condes, que continuaron mandando las tropas de las provincias, y haciendo alistamientos en cada distrito. En los ejércitos imperiales había poca caballería, pues cada doce haciendas sólo tenían obligación de enviar un soldado de a caballo con sus armas y arreos. La provincia daba víveres a sus soldados por seis meses, y el rey los mantenía durante el resto de la campaña.

2. Las máquinas para el ataque y defensa de las ciudades eran como en tiempos anteriores el ariete, la balista, la catapulta, etc. Carlomagno tenía sus buques de guerra estacionados en las bocas de todos los ríos grandes, y atendía mucho al

comercio. Los comerciantes de Italia y del sur de Francia traficaban en el oriente, y cambiaban las producciones de Asia y de Europa. Crecía la opulencia comercial de Venecia y Génova, y en muchas ciudades principales del sur de Europa se establecían felizmente fábricas de lana, de vidrio y de hierro.

3. El valor del dinero era casi el mismo que en el imperio romano en tiempo de Constantino el Grande. Las capitularía, o estatutos de Carlomagno salieron en 1531 y 1545 del olvido en que yacían, y nos instruyen en las costumbres de aquellos tiempos. No habían posadas sino en las ciudades grandes, y las leyes obligaban a todos a que hospedasen a los viajeros. Las principales ciudades eran de madera. Las artes mecánicas estaban muy atrasadas en Europa. Los sarracenos habían adelantado más en ellas. La pintura y la escultura sólo se salvaron de extinción absoluta en los restos que existían de su esplendor antiguo. Parece que Carlomagno se interesaba mucho en los progresos de la música, y que los Italianos enseñaron a tocar el órgano a sus profesores franceses. La arquitectura se estudiaba y cultivaba felizmente en el estilo Gótico, que admite mucha belleza, elegancia y magnificencia. Parece que la composición del Mosaico fué invención de aquellos tiempos.

4. Las letras estaban muy atrasadas, y su conocimiento reducido a algunos pocos eclesiásticos. Car-

lomagno fomentó la literatura y las ciencias, llamando a sus dominios de Francia hombres eminentes de Italia y las islas Británicas, que en aquellos tiempos tenebrosos conservaban más ilustración que ninguno de los reinos occidentales. La escasez de libros y la naturaleza de sus asuntos, que eran historias fabulosas, vidas de santos, etc., prueban la poca difusión de la literatura en aquella época.

5. Las penas pecuniarias del homicidio, el juicio de Dios, y el combate judicial eran peculiaridades notables y características de las leyes y costumbres de las naciones del Norte, y en particular de los Francos. Aquel pueblo bárbaro y guerrero tenía por noble y meritoria la venganza. El campeón orgulloso castigaba o sostenía por su mano las injurias que había recibido o hecho a otros. El magistrado intervenía, no para castigar, sino para conciliar, y quedaba satisfecho si lograba que el agresor pagase y el ofendido aceptase la corta multa, precio de sangre vertida, y cuya cantidad se regulaba por el rango, el sexo y el país del muerto. Mas la civilización abolió esas distinciones bárbaras. Hemos observado la misma severidad en las leyes de los Visigodos con los crímenes de asesinato y robo; y aún entre los Francos en el siglo de Carlomagno, el homicidio deliberado se castigaba con el último suplicio.

6. Sus leyes antiguas permitían al acusado de un crimen que presentase **compurgadores**, o cierto

número de testigos, según el tamaño del delito imputado, y si éstos declaraban con juramento que le creían inocente, se absolvía. Para absolver a un asesino o incendiario se requerían setenta y dos compurgadores. Los perjurios escandalosos causados por esta práctica absurda, produjeron probablemente **el juicio de Dios**, en que se ordenaba al criminal que probase su inocencia con una de tres pruebas, a elección del juez; en la primera le echaban atado de pies y manos en un estanque, para ver si se hundía o sobrenadaba; en la segunda se le hacía sacar un anillo de una vasija de agua hirviendo, y su ilesión había de acreditar su inocencia. La tercera se reducía a caminar descalzo sobre hierros encendidos, para el mismo efecto.

7. El combate judicial era otra peculiaridad de las leyes y costumbres de las naciones del Norte. Tanto en los pleitos civiles como en las acusaciones criminales, la parte que carecía de pruebas legales, podía desafiar a su antagonista a combate mortal, y su éxito decidía la cuestión. Esta costumbre inicua y sanguinaria, cuyo espíritu subsiste aun en la manía de los duelos, conservó fuerza de Ley en Inglaterra y Francia hasta el siglo pasado.

LECCION VI

OJEADA SOBRE LA IGLESIA ANTES DEL SIGLO DE CARLOMAGNO.

1. Las herejías Arriana y Pelagiana dividieron por mucho tiempo la iglesia cristiana. Arrio, presbítero de Alejandría, mantuvo en el siglo IV la separada e inferior naturaleza de la segunda persona de la Trinidad, mirando a Cristo como la más noble de las criaturas, por cuyo medio había formado Dios el universo. Su doctrina fué condenada en el concilio de Nicea, reunido el año 325 por Constantino, que después la adoptó. Su influjo duró muchos siglos, y produjo las sectas de los Eunomianos, Seimiarrianos, Eusebianos, etc.

2. Pelagio, natural de Bretaña, y Celestio de Irlanda, negaron la doctrina del pecado original, a principios del siglo V, y sostuvieron que no se necesitaba la gracia divina para ilustrar el entendimiento y, purificar el corazón, pues las facultades

naturales del hombre bastaban para alcanzar los grados supremos de la piedad y de la virtud. San Agustín combatió con habilidad esta doctrina, y la condenó un concilio, pero siempre ha continuado teniendo muchos partidarios.

3. El motivo de controversias más obstinadas en aquellos siglos fué el culto de las imágenes. El emperador León Isaúrico intentó suprimirlo, destruyendo cuantas estatuas y cuadros había en las iglesias, y castigando a sus adoradores. Pero su celo imprudente tuvo un éxito contrario a sus esperanzas, como sucede siempre en las persecuciones por opinión.

4. Después que Constantino terminó la persecución de los cristianos, creyeron muchos que debían buscarse padecimientos voluntarios, y se retiraron a cuevas y hermitas, donde practicaban las mortificaciones más rigurosas, como ayunos, disciplinas, vigiliás, etc. Estas ideas comenzaron en Egipto y se extendieron por todo el oriente, y gran parte del Africa. En tiempo de Teodosio empezaron esos devotes a formar comunidades o **cenabia**, cuyos miembros se obligaban con juramento a observar las reglas de su orden. S. Benito introdujo el monaquismo en Italia en tiempos de Totila, y su orden, llamada benedictina, presto se vió numerosa y opulenta. Los devotos y caritativos la hacían muchas donaciones ricas, para obtener las oraciones de los monjes. S. Benito envió colonias a

Sicilia y Francia, de donde presto se esparcieron por toda Europa.

5. S. Basilio, obispo de Cesárea, fué el primero que en oriente incorporó en coenobia los monachi solitarii, (mongessolitarios) y poco tiempo antes fundó en Egipto la hermana de S. Pacomio los primeros monasterios para mujeres. En el siglo siguiente estas órdenes produjeron otras varias, con diferentes reglas. La vida apostólica sirvió de modelo a la regla de los canónigos regulares. Los mendicantes añadieron la obligación de pedir limosna a las de castidad, pobreza y obediencia. Las órdenes militares religiosas no se conocieron hasta el tiempo de las cruzadas. Las comunidades monásticas debieron principalmente su reputación al poco saber que poseían exclusivamente en aquellos siglos de ignorancia.

6. Las conquistas de Carlomagno extendieron el cristianismo en el norte de Europa; pero todos los pueblos a quienes no alcanzaron sus armas, eran idólatras. Bretaña e Irlanda habían recibido la luz del cristianismo antes de ese periodo, mas se extinguió después, y revivió en tiempo de la heptarquía sajona.

LECCION VII

EL IMPERIO DE OCCIDENTE BAJO LOS SUCESORES DE CARLOMAGNO.

1. El imperio de Carlomagno, levantado y sostenido tan solo por sus talentos, se desplomó en manos de su débil posteridad. Luis el Débil, único hijo suyo legítimo que le sobrevivió, fué consagrado emperador y rey de los Francos en Aix-la-Chapelle, en 816. Uno de los primeros actos de su reinado fué la división de sus dominios entre sus hijos. A Pepino, que era el segundo, dió la Aquitania, tercera parte de la Francia meridional; a Luis que era el menor, la Baviera, y para el gobierno de los demás se asoció a su hijo mayor Lotario. Los tres príncipes estuvieron en perpetua discordia, y sólo convenían en hostilizar a su padre, a quien hicieron guerra abierta. El motivo fué que el emperador, después de esta partición, tuvo otro hijo llamado Carlos, y quería darle también su

parte, lo que no podía ser sino a espensas de sus hermanos mayores. Luis se vió precisado a entregarse a sus hijos rebeldes. Le encerraron en un monasterio, y allí estuvo un año, hasta que Luis el Joven y Pepino tuvieron nueva discordia, y Lotrio restituyó el trono a su padre; pero éste abatido por las pesadumbres, terminó poco después su reinado turbulento y sin gloria. (840.)

2. Todavía continuaron las divisiones de los hermanos. Lotario, emperador ya, y Pepino, sobrino suyo, tomaron las armas contra los otros dos hijos de Luis el Débil, Luis de Baviera, y Carlos el Calvo, quedaron derrotados en la batalla de Fontenai, donde se dice que perecieron cien mil hombres. La iglesia en aquellos tiempos era el primer órgano de la autoridad civil. Reunióse un concilio de obispos, y depuso solemnemente a Lotario. Al mismo tiempo se arrogaron la propia autoridad sobre sus vencedores, a quienes permitieron que reinasen, bajo la expresa condición de que habían de obedecer sumisos a la suprema autoridad espiritual. Sin embargo, Lotario, aunque depuesto y escomulgado, halló modo de componerse con sus hermanos, que convinieron en repartir de nuevo el imperio. En el tratado de Verdún, celebrado en 843, se dieron a Carlos el calvo la Neustria y Aquitania, que eran la parte occidental de Francia; Lotario, con el título de emperador, obtuvo la soberanía nominal de Italia y el dominio

real de la Lorena, el Franco-condado, la Provenza y el Leones; a Luis tocó el reino de Alemania.

3. Así se apartó Alemania finalmente del imperio de los Francos. Muerto Lotario, tomó Carlos el **Calvo** el imperio y murió envenenado, después de reinar débilmente y sin gloria. (877.) Fué el primer monarca frances que hizo hereditaria las dignidades y títulos. Bajo los reinados turbulentos de los reyes Carlovingianos, los nobles tomaron gran poder, e impusieron un vasallaje formidable. Se fortificaban en sus castillos y fortalezas, y despreciaban el brazo del gobierno, mientras sus feudatarios asolaban y devastaban el país.

4. En tiempo de Carlos el **Calvo** se vió Francia saqueada por los Normandos, nueva raza de Godos de Escandinavia, que habían empezado sus depredaciones desde el reinado de Carlomagno, aunque el terror de sus armas los había contenido. En 843 remontaron el Sena, y saquearon a Ruan; al mismo tiempo entró otra escuadra en el Loire, y devastó sus orillas, llevándose cautivo sus moradores, y aun sus mujeres e hijos. Al año siguiente atacaron las costas de Inglaterra, Francia y España, pero fueron rechazados por el valor y la prudencia de sus dominadores Mahometanos. En 845 entraron en el Alba, saquearon a Hamburgo y penetraron al interior de Alemania. Erico, rey de Dinamarca, que los mandaba, envió al Sena otra escuadra, que llegó hasta París. Sus habitantes hu-

yeron, y los Normandos la quemaron. Otra escuadra saqueó a Burdeos con poca resistencia. Carlos el Calvo, deseoso de alejar de sí las armas de aquellos invasores, les regaló dinero, y Carlos el Grueso que les sucedió, les cedió parte de sus dominios en Flandes, mas no consiguieron sino incitarlos a nuevas depredaciones. Atacaron segunda vez a París, mas la defendieron valerosamente el conde Odón o Eudes, y el venerable obispo Goslín. Celebróse segunda tregua, pero los bárbaros no hicieron más que variar el punto de ataque, pues sitiaron a Sens y saquearon a Borgoña. Celebróse en Metz una asamblea de los estamentos, que depuso al indigno Carlos, y confirió la corona a Eudes, que la merecía mejor, y en un reinado de diez años contuvo animosamente a los Normandos. Sin embargo, muchos estados de Francia no quisieron reconocerle, y juraron fidelidad a Carlos llamado **el Simple**.

5. El Normando Rollo forzó en 912 al rey de Francia a que le cediese gran parte del territorio de la Neustria, y a que le diese su hija por esposa. El nuevo reino se llamó Normandia, y su capital fué Ruan.

LECCION VIII

EL IMPERIO DE ORIENTE EN LOS SIGLOS VIII Y

IX.

1. Mientras el nuevo imperio de Occidente caminaba tan rápidamente a su disolución, el de Constantinopla conservaba todavía vestigios de su grandeza antigua. Había perdido sus provincias de Africa y Siria, le saqueaban los Sarracenos por la frontera oriental, y le asolaban los Abaros y Bulgaros por el Norte y Occidente. La capital, aunque refinada y espléndida, era un teatro constante de rebeliones y conspiraciones, y la familia imperial presentó en sí misma una serie de los crímenes y atrocidades más horrendas. Un emperador fué muerto en venganza de un asesinato y de un incesto: otro fué envenenado por su esposa; un tercero fué asesinado por sus criados en el baño: el cuarto sacó los ojos a su hermano: la emperatriz Irene, respetable por sus talentos, se infamó con el asesinato de su

hijo único. Tales fueron los príncipes que gobernaron el oriente por espacio de unos 200 años.

2. En la última parte de este periodo hubo una controversia violentísima sobre el culto de las imágenes, que alternativamente se vieron destruidas y repuestas según el humor del soberano. Las mujeres eran sus partidarias más celosas. No era este el único motivo de división en la iglesia: la secta de los Maniqueos estaba entonces muy extendida, y muchas veces empleaba la espada para sostener y propagar su doctrina.

3. La invasión de los Rusos, salidos del Euxino al mando de Igor, aumentó los infortunios del imperio. Los Turcos, raza nueva de bárbaros de origen Escita o Tártaro, comenzaron a hacer incursiones en su territorio en el reinado de León el filósofo. Al mismo tiempo se aumentaron sus calamidades con la separación de las iglesias Griega y Romana, de que trataremos en la lección siguiente:

LECCION IX.

ESTADO DE LA IGLESIA EN LOS SIGLOS VIII Y IX.

1. Los papas habían empezado a adquirir autoridad temporal en tiempo de Pepino el Breve y Carlomagno, por las donaciones territoriales que les habían hecho estos príncipes, y fueron extendiendo gradualmente su jurisdicción espiritual sobre todo el mundo cristiano. Nicolás I proclamó a toda la cristiandad su derecho de oír apelaciones de todas las sentencias de los jueces eclesiásticos; su facultad de reunir concilios de la iglesia, y de regularla por los cánones de estos concilios: su derecho de ejercer su autoridad por medio de legados en todos los reinos de Europa, y la superioridad del papa sobre todos los príncipes y jefes de los estados. Sostuviéronse estas pretensiones con una impostura literaria. Se escribieron ciertas epístolas espurias en nombre de Isidoro para probar su justicia, y esta falsedad no se descubrió completamente hasta el siglo XVI. Una de las prerrogativas de los papas

era decidir sobre los matrimonios de todas las testas coronadas, por la demasiada extensión de las prohibiciones de la ley canónica, que ellos solos podían dispensar.

2. Así extendía la iglesia su influjo, y su jefe se abrogó un dominio singular sobre los soberanos que por una **contraposición** rara parece que en aquellos siglos sólo se pensaba en negocios eclesiásticos. Los reyes, duques y condes abandonaban sus obligaciones temporales, se encerraban en claustros, y pasaban la vida en oración y penitencias. Los eclesiásticos ocupaban todos los empleos seculares, y manejaban solos todas las medidas públicas y negociaciones de estado, que por consiguiente dirigían al grande objeto de adelantar los intereses de la iglesia y establecer la autoridad suprema de la Santa Sede.

3. Empero, en este periodo en que el pontificado se hallaba en su mayor elevación, sufrió un revés en el cisma que separó los patriarcados de Roma y Constantinopla, o las Iglesias Latina y Griega. El pontífice romano había reclamado hasta entonces el derecho de nombrar el patriarca de Constantinopla. El emperador Miguel III le negó este derecho, depuso al patriarca Ignacio, nombrado por el papa, y puso en lugar suyo al célebre Focio. El papa Nicolás I sintió en extremo esta afrenta, y depuso y excomulgó a Focio: (863). Este pronunció igual sentencia contra el papa; dividióse la iglesia y muchos obispos con sus cleros dependientes sostuvieron las

pretensiones de cada patriarca. Los obispos griegos y latinos habían diferido ya en varios puntos de práctica y disciplina, como el celibato de los clérigos, sus barbas etc, pero en realidad, la principal causa de la división fué la ambición de los pontífices rivales, y la envidia de los emperadores griegos que no querían admitir la autoridad de Roma, y sostenían obstinadamente las prerrogativas que reputaban anexas a la capital del imperio romano. Como ninguno quería ceder de sus pretensiones, subsistió desde entonces la división de las Iglesias Griega y Latina.

LECCION X

DE LOS SARRACENOS EN LOS SIGLOS VIII Y IX.

CONQUISTA DE ESPAÑA. IDEA DE SU

HISTORIA ANTERIOR.

1. A principios del siglo VIII arruinaron los Sarracenos la monarquía de los Visigodos en España, y se apoderaron fácilmente de la península. Habían fundado últimamente en Africa el imperio de Marruecos, regido por Muza, como virrey del califa Valid Almanzor. Muza envió a España a su general Tarif, que en una batalla memorable dada junto a Xerez en 713, privó al rey Rodrigo de su corona y de su vida. Los vencedores satisfechos con la soberanía del país, dejaron a los Godos vendidos en posesión de sus propiedades, leyes y religión. El moro Abdalasis, hijo de Muza, se casó con la viuda de Rodrigo, y las dos naciones se unieron en apariencia. Esta revolución introduce natural-

mente una breve ojeada sobre la historia anterior de España.

2. Los Cartagineses se introdujeron en España bajo pretexto de especulaciones comerciales, y Amilcar sojuzgó a los españoles y afirmó la dominación de Cartago por los años de 230 años A. C. Asdrúbal su yerno y sucesor, fundó a Cartagena, y Aníbal, que siguió a Asdrúbal en el gobierno, sitió y tomó a Sagunto, aliada de los romanos, lo que motivó la segunda guerra Púnica, en que Escipion Africano echó de España a los Cartagineses, y estableció la dominación romana.

3. Desde entonces gobernaron allí dos pretores anuales: uno tenía la España ulterior, es decir la Bética y la Lusitania, y el otro la citerior, que comprendía las demás provincias. Viriato, guerrero ilustre, intentó sacudir el yugo romano, y logró varios triunfos, mas fué víctima de una traición. Después de su muerte acaeció la célebre guerra de Numancia. (134 A. C.)

4. Sertorio, que siguió el bando de Mario en las guerras civiles de Roma, se acogió a España cuando venció Sila, y la sublevó contra él. Ganóse la voluntad de los Españoles, y con sus talentos hubiera hecho tal vez a España rival de Roma, si no le hubiera asesinado un subalterno suyo. Muerto él, redujo Pompeyo las provincias alzadas.

5. Augusto acabó de asegurar el imperio de Roma en España, sujetando a los Astures, Gallegos

y Cántabros. Los españoles sometidos enteramente, adoptaron la religión, el idioma, las leyes y las costumbres de los Romanos.

6. Así permanecieron hasta la invasión de los pueblos del Norte, que mudó la faz de Europa. En el reinado del emperador Honorio (409) se apoderaron los Suevos de Galicia, León y Castilla la Vieja, los Vándalos y Silingos de la Bética, y los Alanos de la Lusitania y de Cartagena.

7. Entonces se estableció en Cataluña Ataulfo, rey de los Visigodos, que murió asesinado en Barcelona. Igual suerte cupo a Sigerico, sucesor suyo. Walia, que le siguió, sujetó a los Suevos, Vándalos y Alanos. Teodoro o Teodorico venció a Atila en los campos Cataláunicos, mas pagó su victoria con la vida. Sus tres hijos Turismundo, Teodorico y Eurico reinaron sucesivamente: el segundo asesinó a Eurico, que a pesar de este crimen fué un grande hombre. Concluyó la conquista de España, y fué autor **del Fuero Juzgo**.

8. Sucedióle Alarico, a quien venció y quitó la vida Clovis o Clodoveo, rey de los Francos. Su hijo Amalarico, que casó con Clotilde, hija de Clovis murió también a manos de su cuñado Childeberto.

9. La historia de los Godos de España, apenas ofrece más que una serie tediosa de crímenes. Ocuparon sucesivamente el trono Teudis, Teudiselo, Agilla y Atanagildo. Los tres primeros murieron asesinados, aunque Teudis poseía eminentes virtudes,

Siguieron Liuva y Leovigildo, que mató a su hijo Hermenegildo por cuestiones religiosas. Sucedióle Recaredo, que abjuró el Arrianismo y estableció el Catolicismo en España. Liuva segundo, hijo suyo, fué asesinado por Vitérico, y este usurpador tuvo igual fin a los dos años. Reinaron después Gunde-
maro, Sisebuto, Recaredo II y Suintila. a quien destronó Sisenando. Siguiéron después Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, poco memorables. Wamba se vió forzado a aceptar la corona, y probó que la merecía. Usurpósele Ervigio, a quien sucedió Elgica. Witiza, hijo de éste, se hizo célebre por sus maldades, alteró la disciplina eclesiástica, holló las leyes, y llegó a tal extremo, que desarmó por temor a sus pueblos, y dismanteló las plazas fuertes para asegurar obediencia. Así preparó la ruina de España, sin impedir la suya. Hizo matar a Fávila, padre de Pelayo, y sacar los ojos a Teodofredo, cuyo hijo Rodrigo se sublevó, destronó al tirano, y heredó sus vicios con su corona. Reinando él cayó España en poder de los Moros, traídos del Africa por las intrigas del conde D. Julián.

10. Los Moros adelantaron sus conquistas hasta más allá de los Pirineos; pero sus emires se dividieron, y empezó entre ellos la guerra civil. Luis el Débil aprovechó estas turbulencias, y se apoderó de Barcelona. La soberanía de los Moros en el Norte de España se hizo independiente de los Califas, y se debilitó de este modo, al paso que Alfonso el

Casto, rey cristiano de Asturias, comenzó a hacer entradas vigorosas en el territorio de los infieles, y los condes de Castilla la defendían contra ellos animosamente.

11. Los cristianos que se acogieron a los montes hacia los Pirineos nombraron caudillos, ya con título de condes, ya de reyes, para que lo gobernasen y defendiesen de los Moros. De aquí vino la división de parte de España en los reinos o señoríos de Sobrarde y Ribagorza, Aragón, Navarra, Barcelona y otros, que tuvieron más o menos extensión y poder. Los respectivos soberanos de aquellos estados a veces contendían por extender su territorio, y otras se confederaban contra los infieles.

12. Mientras los Moros iban perdiendo terreno en la parte septentrional de España, florecían admirablemente en la meridional. Abdalramen, último heredero de la familia de los Omniadas, fué reconocido por los Moros de Isur como verdadero y legítimo representante de la antigua dinastía, aunque los Abaidas estaban en posesión del califado. Establecióse en Córdoba, que en los dos siglos siguientes fué capital de una monarquía espléndida. Ese periodo, que comprende desde mediados del siglo VIII hasta mediados del X, es la era más brillante de la magnificencia arábiga. En tanto que Haroun Alraschid ilustraba a Bagdad con el esplendor de las artes y de las ciencias, los Moros de Córdoba competían con sus hermanos de Asia en las

mismas ocupaciones nobles, y en aquel periodo eran sin duda el pueblo más ilustrado de Europa.

13. Los Sarracenos extendían entonces sus conquistas por casi todo el mundo. La religión mahometana se profesaba en una gran parte de la India, y en las costas orientales y mediterráneas de Africa. Los Sarracenos Africanos invadieron a Sicilia, y proyectaron la conquista de Italia. Sitiaron a Roma, pero el papa León IV la defendió noblemente, los rechazó, una tempestad dispersó sus bajeles, y su ejército fué destruído (848).

14. Los Sarracenos habrían levantado un imperio inmenso si hubiesen reconocido una sola cabeza; pero siempre estaban desunidos. Egipto, Marruecos, España y la India tenían sus soberanos distintos, que continuaron respetando al Califa de Bagdad como sucesor del profeta, pero no se reconocían sujetos a su gobierno temporal.

LECCION XI

DEL IMPERIO DE OCCIDENTE EN LOS SIGLOS

X Y XI

1. El imperio fundado por Carlomagno tan solo subsistía ya en el nombre. Arnaldo, hijo bastardo de Carlomagno, poseía la Alemania, Italia esta dividida entre Guy, Duque de Spoletto, y Berengario, duque de Priuli, que habían obtenido estos ducados de Carlos **el Calvo**. Euds regía la Francia, a pesar de las pretensiones de Arnaldo. Así el imperio sólo consistía realmente en una parte de **A**lemania, mientras Francia, España, Italia, Borgoña y los países situados entre el Mosa y el Rhin estaban sujetos a otras autoridades. Los obispos y grandes elegían en aquel tiempo a los emperadores. Luis, hijo de Arnaldo, y último resto de la sangre de Carlomagno, fué electo emperador de este modo, a la muerte de su padre. Muerto él, Otón, duque de Sajonia, influyó con sus iguales para que diesen el imperio a

Conrado, duque de Franconia, después del cual fué electo emperador Enrique, llamado **el Cazador**, hijo del mismo duque Otón (918).

2. Enrique 1o. **el Cazador**, príncipe de grandes talentos, introdujo en el imperio orden y buen gobierno. Unió a los grandes, reprimió sus usurpaciones, edificó, hermo­seó y fortificó las ciudades, y sostuvo con gran rigor la ejecución de las leyes para contener abusos y enormidades. Consagráronle sus obispos, y no mantuvo correspondencia con la sede romana.

3. Su hijo Otón **el Grande** (938) unió otra vez a Italia al imperio, y dominó completamente a la Santa Sede. Hizo Dinamarca tributaria de la corona imperial, agregó la corona de Bohemia a sus dominios, y pareció aspirar a la supremacía sobre todos los soberanos de Europa.

4. Otón debió su ascendiente en Italia a los desórdenes de Roma. Formoso, excomulgó dos veces por el papa Juan VIII, había llegado a ceñirse la triple corona. Muerto él, su rival Esteban VII hizo desenterrar su cadáver y echarlo en el Tíber. Los amigos de Formoso lograron deponer a Esteban, que murió ahogado en la cárcel, buscaron el cuerpo de su patrón, y lo enterraron. El papa Ségico III, que reinó después, desenterró nuevamente aquel malhadado esqueleto, y lo echó en el Tíber. Berengario, duque de Priuli, y Hugo de Arles, se disputaban la soberanía de Italia. Los estados Ita-

lianos y el papa Juan XII, enemigo de Berengario, invitaron a Otón para que terminase aquellos desórdenes. Entró Otón en Italia, derrotó a Berengario, y fué consagrado emperador por el papa, con los títulos de César y Augusto. En recompensa de estos honores confirmó las donaciones hechas a la Santa Sede por sus predecesores Pepino, Carlomagno y Luis el Débil. (962).

5. Pero Juan XII faltó a su nuevo aliado. Se compuso con Berengario, y ambos volvieron sus armas contra el emperador. Otón voló a Roma, y se vengó con juzgar y deponer al papa; mas apenas había salido de la ciudad, cuando Juan auxiliado por su partido, quitó la tiara a su rival León VIII. Otón volvió segunda vez, y tomó venganza ejemplar de sus enemigos, ahorcando a la mitad del senado. Reunió al concilio Lateranense, creó un nuevo papa, y obtuvo de los obispos reunidos un reconocimiento solemne del derecho absoluto del emperador para elegir el papa, dar la investidura de la corona de Italia, y nombrar para todos los obispados vacantes: concesiones que sólo se observarán mientras el emperador estaba presente para sostenerlas.

6. Tal era el estado de Roma y de Italia en tiempo de Otón el Grande; y continuó siendo así lo mismo por un siglo despues de él. Los emperadores pretendían la soberanía de Italia y del pontificado, aunque tenían que pugnar con una constante resistencia por parte de los Romanos, y una repugnancia general de los papas.

LECCION XII

HISTORIA DE INGLATERRA DESDE SUS PRIMEROS PERÍODOS HASTA SU CONQUISTA POR LOS NORMANDOS.

1. La historia británica se ha pospuesto hasta ahora para que pueda darse una idea seguida de ella desde sus primeros períodos hasta el fin del gobierno Anglo-Sajón. No trataremos de penetrar la niebla oscura que vela la población original de las islas Británicas, y solo observaremos como muy probable que sus primeros habitantes procedieron de los Celtas de la Galia. Su historia auténtica empieza en la invasión romana, y sabemos por César y Tácito que se hallaba aquel país en un estado muy remoto de la barbarie. Estaba dividido en porción de soberanías pequeñas e independientes, y cada uno de sus príncipes tenía su ejército regular y su renta fija. Las costumbres, idioma y religión del pueblo eran iguales a los de los Celtas Gálicos. La religión era el sistema druídico, cuyo influjo se ex-

tendía por todas las clases del estado, y suplía a la imperfección de las leyes con su poder sobre el espíritu popular.

Julio César después que conquistó la Galia, dirigió sus armas a Bretaña. Desembarcó en la costa meridional de la isla, (55 A. C.) y halló una resistencia obstinadísima, aunque en general obtuvo algunas ventajas. Después de una breve campaña, le obligó el invierno a retirarse a la Galia. Volvió al verano siguiente con mucha más fuerza, con un ejército de veinte mil infantes, un cuerpo correspondiente de caballería, una escuadra de ochocientas velas. Los jefes independientes de los Bretones unieron sus fuerzas a las órdenes de Casibelano, rey de los Trinobantes, y resistieron a las legiones con gran resolución y con la destreza de guerreros experimentados. Mas todo fué inútil: César se internó en el país, quemó a Verulamia, capital de Casibelano, y después que forzó a los Bretones a someterse, volvió a la Galia.

3. Los desórdenes interiores de Italia dejaron en paz a los Bretones por cerca de un siglo; pero en el reinado de Claudio se decidió la conquista de la isla. El emperador desembarcó en Bretaña, y obligó a las provincias del sud-este a que se sometiesen. Ostorio Scapula derrotó a Caractaco, y lo envió prisionero a Roma. Suetonio Paulino, general de Nerón destruyó a Mona, centro de la superstición drúidica. (Anglesey, o Man. Los Ipcenos (que ha-

bitaban en Norfolk y Suffolk) al mando de su reina Boadicea, atacaron varios establecimientos romanos. Londres fué reducida a cenizas con su guarnición. Siguióse una batalla decisiva en que perecieron ochenta mil Bretones. (61.) Julio Agrícola completó la reducción de la isla treinta años, después en el reinado de Tito, y aseguró la provincia romana con murallas y guarniciones contra las invasiones de los Celedonios: reconcilió a los habitantes del sur con el gobierno de sus vencedores, introduciendo entre ellos las artes romanas. En tiempo de Severo se extendió la provincia romana hasta el norte de Escocia.

4. Cuando declinó el poder romano en occidente, recobraron su libertad los Bretones del sur, mas sólo fué para ser objeto de las incesantes excursiones depredatorias de sus hermanos del norte. Los Romanos, después de reedificar la muralla de Severo, dijeron el adiós final a la Bretaña en 448. Los pictos y Celedonios se precipitaron sobre la parte meridional, asolándola sin objeto de conquista, y a lo que parece, sólo para satisfacer sus necesidades temporales. Los Bretones, después de pedir auxilio repetidamente a los Romanos, rogaron a los Sajones que los socorriesen y protegiesen.

5. Los Sajones recibieron esta embajada con gran satisfacción, pues mucho antes habían conocido a la Bretaña, con motivo de sus viajes piráticos a sus costas. Desembarcaron en número de

1.600 a las órdenes de Hengit y Horsa ; (450) y unidos a los Bretones del sur, compelieron muy luego a los Escoceses a retirarse a sus montañas. Después trataron de reducir completamente a los Bretones, y al efecto recibieron grandes refuerzos de sus paisanos. Después de una lucha obstinada de unos 150 años, redujeron a toda Inglaterra al gobierno sajón. Siete provincias formaron otros tantos reinos independientes.

6. La historia de la Heptarquía sajona carece de interés por su oscuridad y confusión. Como no había regla fija de sucesión, los príncipes sajones daban muerte a todos los rivales del sucesor que se destinaban. Por esta causa y por la pasión que se tenía en general al celibato, se extinguieron casi del todo las familias reales en los reinos de la Heptarquía, y Egberto, príncipe de los Sajones occidentales, se vió el único descendiente de los conquistadores de la Bretaña. Esta circunstancia, tan favorable a su ambición, le excitó a intentar la conquista de la Heptarquía, y la consiguió. Sus armas victoriosas y su juiciosa política unieron los estados diversos en un gran reino el año 827, unos 400 años después de la llegada de los Sajones a Bretaña.

7. Inglaterra, apesar de esta unión, estuvo muy lejos de gozar tranquilidad. Los piratas Normandos o Dinamarqueses habían asolado sus costas por espacio de cincuenta años, y por algunos siglos

continuaron siendo su perpetuo azote. Por ellos se vió el reino reducido al estado más miserable en tiempo de Alfredo el Grande, nieto de Egberto. Este monarca heroico derrotó a los Dinamarqueses en ocho batallas; pero una nueva irrupción le obligó a pedir la paz, que aquellos piratas violaban constantemente con nuevas hostilidades. Alfredo se vió forzado a ocultarse, por muchos meses en un rincón oscuro de las montañas, hasta que los desórdenes del ejército dinamarqués presentaron una ocasión favorable para atacarlo, y la aprovechó. Alfredo para derrotar completamente a sus enemigos, pudo haberlos degollado a todos, mas prefirió perdonarlos e incorporarlos con sus vasallos ingleses. Esta clemencia no impidió que los compatriotas de los vencidos intentasen nueva invasión. Fueron derrotados otra vez con inmensa pérdida, y la extrema severidad que fué necesario usar con ellos, produjo el efecto de suspender las depredaciones dinamarquesas.

8. Alfredo merece que se le cuente entre los príncipes más grandes, ya se considere su carácter público, ya su carácter privado. Unió al espíritu más heróico y emprendedor una prudencia y moderación consumadas, a la autoridad más vigorosa la dulzura de modales más atractiva, la justicia más ejemplar con la clemencia más bella, los talentos de estadista y de literato con la resolución intrépida

y cálculo de un guerrero. Halló el reino en la situación más miserable a que pudieron reducirle la anarquía, la barbarie doméstica y las hostilidades extranjeras, y lo elevó a un estado de eminencia que en muchos puntos superaba a las naciones contemporáneas.

9. Alfredo dividió a Inglaterra en condados, subdivididos en **centurias** y **decenas (hundreds y tithings)**. La decena consistía en diez familias presididas por un **borg-holder**, y diez decurias componían la centuria. Cada jefe de familia respondía por ella, y el **borgholder** o **tithin-man** por su decuria. Para decidir las diferencias ayudaban al **tithingman** los demás de su decuria. De la decuria se apelaba al tribunal de la centuria, que se juntaba cada cuatro semanas; y determinaba la causa un jurado de doce propietarios, que juraban administrar justicia imparcialmente. La centuria se reunía una vez al año para arreglar la policía del distrito. El tribunal del condado, que se componía de todos los propietarios, y era superior al de la centuria, se juntaba dos veces al año para decidir las apelaciones de las centurias y terminar las disputas entre los habitantes. La última apelación de todos estos tribunales era el rey en consejo, y su frecuencia hizo que Alfredo nombrase sus jueces con la mayor circunspección. Para arreglar estos tribunales y el reino en general, compuso un cuerpo de leyes, que formó la base del derecho civil de los ingleses.

10. Alfredo protegió por todos los medios posibles el cultivo de las leyes, considerándolo como el mejor medio de desarraigar la barbarie. Invitó a los sabios de todos los reinos de Europa a que viniesen a residir en sus dominios, estableció escuelas, y se dice que fundó la universidad de Oxford. Era un literato de primer orden para el siglo en que vivió, como se ve por las obras que compuso, y fueron varios apólogos en verso, las traducciones de las historias de Beda y Orosio, y la obra de Boecio sobre los consuelos que proporciona la filosofía. Bajo cualquier aspecto que se examine el carácter de Alfredo, debe tenersele por uno de los hombres mejores y más sabios que han ocupado el trono. Murió a los cincuenta y tres años de edad (901) después de haber reinado gloriosamente veinte y nueve y medio.

11. Las instituciones admirables de Alfredo sólo se sostuvieron parcial y débilmente por los que le sucedieron; e Inglaterra, que continuaba siendo presa de la rapacidad de los Dinamarqueses y de los desórdenes intestinos, volvió a caer en la confusión y la barbarie. Los reinados de Eduardo el mayor, hijo de Alfredo, y de sus sucesores Athelstane, Edmundo y Edredo, fueron tumultuarios y anárquicos. El clero comenzó a extender su autoridad sobre el trono, y una serie de príncipes fueron esclavos obsequiosos de su ambición y tiranía. En el reinado de Etelredo, (981) proyectaron seriamente los Dina-

marqueses la conquista de Inglaterra, y mandados por Sweyn, rey de Dinamarca, y Olao, rey de Noruega, hicieron una irrupción más formidable, ganaron varias batallas importantes, y sólo una sumisión vergonzosa de Londres impidió su destrucción, y una promesa que hizo el débil Etelredo de que les pagaría un tributo. La nobleza de Inglaterra se avergonzó de su príncipe, y viendo que no había otro medio de salvación para el reino, ofrecieron la corona al monarca dinamarqués. Muerto Sweyn, intentó Etelredo cobrarla, pero halló en Canuto, hijo de Sweyn, un príncipe dispuesto a sostener sus pretensiones. Después que murió Etelredo, su hijo Edmundo **Ironside** (costado de hierro) se opuso valerosa e inútilmente a Canuto. Al fin se repartieron el reino, más a los pocos meses anularon los Dinamarqueses el tratado, asesinando a Edmundo, y aseguraron así el trono de toda Inglaterra a su rey Canuto. (1017) Edmundo dejó dos hijos, Edgar Etheling y Margarita, que después se casó con Malcolmo Canmore, rey de Escocia.

12. Canuto, el monarca más poderoso de su tiempo, pues era soberano de Dinamarca, Noruega e Inglaterra, empuñó el cetro con mano firme y vigorosa por espacio de diez y siete años. Fué severo al principio de su reinado, mientras estuvo vacilante su poder, y suave y benigno después que le vió consolidado. Dejó (1036) tres hijos, Sweyn, que fué rey de Noruega, Harold, que heredó el trono de Inglaterra,

y Hardicanuto que ocupó el de Dinamarca. Harold, tirano feróz, murió a los cuatro años de su reinado, y le sucedió Hardicanuto, que después de una administración violenta de dos años, murió en un acceso de crápula. Los Ingleses aprovecharon esta ocasión de sacudir el yugo dinamarques, y dieron la corona a Eduardo, hijo menor de Eitelredo, desatendiendo el derecho de Edgar Atheling, hijo de Edmundo, que estaba entonces en Hungría. Eduardo, llamado el **confesor**, (1041) reinó débilmente y sin gloria veinte y cinco años. Las tentativas rebeldes de Godwino, conde de Wessex, a nada menos aspiraban que a usurpar la corona: y muerto él, su hijo Harold, que alimentaba secretamente las mismas ideas ambiciosas, tuvo destreza para formarse en el reino un partido muy fuerte. Eduardo, para burlarlo, dejó la corona a Guillermo, duque de Normandía, príncipe a quien habían hecho célebre en Europa sus grandes talentos y proezas personales.

13. Muerto Eduardo el **Confesor** en 1066, el usurpador Harold tomó posesión del trono, y el intrépido Normando resolvió inmediatamente reclamarlo como su legítima herencia. Hizo los preparativos más formidables, ayudado en aquel siglo de empresas novelescas por muchos príncipes soberanos y un vasto cuerpo de nobleza de varios reinos continentales. Una escuadra noruega de trescientas velas entró en el Humber, (río de la costa occidental de Inglaterra). Desembarcaron tropas, y después de una ba-

talla feliz, fueron derrotados por el ejército inglés al servicio de Harold. Guillermo desembarcó su ejército en Sussex, en número de sesenta mil hombres; y el inglés, mandado por Harold, inflamado por su victoria reciente, salió apresuradamente en busca suya, resolviendo con imprudencia aventurarlo todo en una batalla decisiva. La total derrota del ejército inglés en el campo de Hastings, el 14 de octubre de 1066, y la muerte de Harold, después de algunas tentativas más de resistencia, pusieron en posesión del trono de Inglaterra a Guillermo, duque de Normandía.

LECCION XIII

GOBIERNO, LEYES Y COSTUMBRES DE LOS ANGLO- SAJONES

1. El gobierno de los Sajones era el mismo que el de todas las naciones Germánicas antiguas, y naturalmente conservaron en su nuevo establecimiento en Bretaña una política semejante. Su subordinación era principalmente militar, y el rey no tenía más autoridad que la que correspondía a un caudillo guerrero. No había regla estricta de sucesión al trono, porque aunque el rey se elegía generalmente en la familia del último príncipe, la elección recaía en la persona más capaz de gobernar. En algunos casos decidía la voluntad del último soberano. Sabemos muy poco de la naturaleza del gobierno Anglo-Sajón, o de los derechos distintos del soberano y del pueblo.

2. Una institución común a todos los reinos de la Heptarquía sajona era el **Witenagemot**, o asamblea de hombres sabios, cuyo consentimiento se requería

para dar las leyes, y ratificar los primeros actos de la administración pública. Los obispos y abades formaban una parte de esta asamblea, y también los condes o aldermanes y los gobernadores de los condados. Los **Wites** u hombres sabios, se diferenciaban de los prelados y la nobleza, y algunos han supuesto que eran representantes del pueblo. Pero en aquellos períodos nada hallamos de elección o representación, y por lo mismo debemos presumir que eran meros dueños de tierras, u hombres de considerables bienes, que por su peso y consecuencia en el país, se creían autorizados, sin elección alguna, a tomar parte en las deliberaciones públicas.

3. El gobierno Anglo-Sajón era extremadamente aristocrático; la autoridad real estaba muy limitada, los derechos del pueblo poco conocidos o atendidos, y la nobleza poseía mucho dominio injusto y absoluto sobre sus dependientes. Los empleos del gobierno eran hereditarios en sus familias, y los nobles mandaban toda la fuerza militar de sus respectivas provincias. Tan estricta era la clientela entre ellos y sus vasallos, que la muerte de uno de éstos se compensaba con pagar una multa a su señor.

4. Habían tres clases, los nobles, los libres y los esclavos. Los nobles eran o los **thanes** del rey, que obtenían sus tierras directamente del Soberano, o thanes inferiores, que obtenían sus tierras de éstos. Una ley de Athelstane declaró que el comerciante que hubiese hecho tres viajes de su cuenta, merecía

la dignidad de los **thanes**; otra decretó el mismo rango a un **ceorle** olabrador, que pudiese comprar cinco cueros de tierra, y tuviese una capilla, una cocina, una sala y una campana. Los **ceorles**, o libres de inferior rango ocupaban las haciendas de los **thanes**, pagándoles rentas, y podían ser removidos de ellas a voluntad del señor. Los esclavos o villanos estaban ocupados en servicios domésticos o en cultivar las tierras. Se multaba a un amo por la muerte de su esclavo, y si lo mutilaba, se le declaraba libre.

5. Bajo este gobierno aristocrático había algunas huellas de la antigua democracia germánica. Los tribunales de los decenarios, los cientos y el condado restringían considerablemente el poder de los nobles. En los tribunales de condados se juntaban dos veces al año los propietarios libres a decidir apelaciones a mayoría de votos. El **alderman** presidía estos tribunales, pero sin voto: recibía una tercera parte de las multas, y las otras dos tocaban al rey, y formaban parte considerable de sus rentas. Las multas pecuniarias eran la pena ordinaria de toda especie de crimen y las pruebas eran de fuego, agua, o con purgadores. (Véase la lección 5, Párrafo 7).

6. El costo de la defensa del estado pesaba igualmente sobre todos, pues cada cinco **cueros** de tierra debían dar un soldado. Había en Inglaterra doscientos cuarenta y tres mil seiscientos cueros, y por consecuencia la fuerza militar ordinaria eran cuarenta y ocho mil setecientos veinte hombres.

7. La renta del rey, además de las multas impuestas por los tribunales, consistía en sus tierras propias, que eran muchas, y en los impuestos a los pueblos y puertos de mar. El **danegelt** era un derecho establecido por los estados, ya para pagar el tributo a los Dinamarqueses, ya para defender el reino contra ellos. Por la costumbre de **gavelkind** se dividía igualmente la herencia entre todos los hijos varones del propietario difunto. Las tierras que se obtenían por el derecho que se llamaba de **Borough-English**, muerto el poseedor, pasaban al hijo menor en vez del mayor. **Book-land** (tierra) se llamaba la que se tenía por carta o concesión, y **folk-land** aquella cuyos poseedores eran amovibles libremente.

8. Los Anglo-Sajones eran inferiores a los Normandos en todos los ramos de la civilización, y por eso la conquista les fué realmente ventajosa, pues les hizo adelantar en artes, ciencias, gobierno y leyes.

LECCION XIV

ESTADO DE EUROPA EN LOS SIGLOS X, XI Y XII

1. Francia, que había subido a tal esplendor bajo Carlomagno, apenas conservaba una sombra de él en manos de su débil posteridad. Al fin del período carlovingiano, la Francia no comprendía ni el Delfinado, ni la Normandía, ni la Provenza. Cuando murió Luis V (el **Holgazán**) debió haberle sucedido su tío Carlos de Brabante, último descendiente masculino de Carlomagno; pero Hugo Capeto, nieto de Eudes, y señor de Picardía y Champaña, el más poderoso de los nobles franceses, fué electo rey por sus Pares (987). El reino destrozado por partidarios, sufrió mucha miseria doméstica en los reinados sucesivos de Hugo y Roberto, que fué objeto de la persecución eclesiástica por haberse casado con una prima suya.

2. La pasión que predominaba en aquellos tiempos, era la de peregrinaciones y empresas caballescascas. Los Normandos se distinguieron en esta carrera de aventuras. En 983 socorrieron al prín-

cipe de Salerno, y expelieron a los Sarracenos de su territorio. Igual servicio hicieron al papa Benedicto VIII, al paso que otra división de ellos peleó primero contra los Griegos, y después contra los papas, vendiendo siempre sus servicios a los que mejor los pagaban. Guillermo Fierabrás y sus hermanos Humphrey, Roberto y Ricardo tuvieron preso al papa en Benevento por espacio de un año, y obligaron a la corte de Roma a que cediera a Capua a Ricardo, y la Apulia y Calabria a Roberto, con la investidura de Sicilia, si echaba de ella a los Sarracenos. En 1101 Rogero el Normando completó la conquista de Sicilia; cuya soberanía continuaron arrogándose los papas.

3. El norte de Europa era todavía bárbaro en extremo. Rusia recibió la luz del cristianismo en los siglos IX y X, y en los mismos y el XI se extendió en Suecia, Dinamarca, Noruega, Hungría, Bohemia y Polonia. El imperio griego defendía con dificultad sus fronteras contra los Búlgaros por el oeste y los Arabes y Turcos por el este y norte.

4. Casi toda Italia estaba en poder de los Normandos, a excepción de los principados de los nobles independientes, el territorio del papa, y los estados de Venecia y Génova. Estas dos repúblicas se iban alzando gradualmente a una gran opulencia con el comercio. Venecia por algunos siglos fué tributaria de los emperadores de Alemania. En el siglo X su dux tomó el título de duque de

Dalmacia, cuya propiedad había adquirido la república por conquista, como la de Istria, Spalatro, Ragusa y Narenza.

5. Casi toda España estaba en poder de los Moros. Los cristianos sólo poseían como una cuarta parte de la península, es decir, Asturias, León, Castilla, Navarra y Aragón. Portugal estaba aún en poder de los Moros. La capital de éstos era Córdoba, centro de luces, de lujo y magnificencia. En el siglo X se dividieron los dominios mahonetanos en una infinidad de soberanías pequeñas, que constantemente luchaban unas contra otras. La parte cristiana estaba en el mismo estado, y aún sucedía que los príncipes cristianos formaban alianzas con los Moros para hacerse la guerra. Además, abundaba el país en señores independientes que hacían su profesión de la guerra. El más distinguido de ellos fué Rodrigo de Vivar, conocido por el *Cid*, cuyo nombre ha bajado a nosotros cercado con el resplendor sobrenatural de las ficciones poéticas.

6. Las contiendas entre los papas y emperadores hacen gran papel en la historia de estos tiempos. Enrique III reclamó el derecho de dispensar la tiara, y nombró tres papas sucesivos. Pero en la menor edad de su hijo Enrique IV se sostuvo en el pontificado Alejandro II, aunque el emperador nombró otro en su lugar. Este Enrique tuvo que sufrir todo el peso de la tiranía eclesiástica. Después de una larga contienda con el papa Gregorio VII, en

que lo tuvo preso dos veces, y él se vió depuesto y excomulgado otras tantas, sucumbió por fin, (1106). después de haber visto a sus hijos rebelarse por las instigaciones de los papas Urbano II y Pascual. Las mismas contiendas se prolongaron bajo una serie de papas y emperadores, pero en general terminaban a favor de los primeros. Federico I, (**Barbaroja**) príncipe de grande espíritu, después de haber negado con indignación la supremacía de Alejandro III, y el homenaje acostumbrado, se vió por fin precisado a besarle el pie, y satisfacerle con una gran cesión de territorio. El papa Celestino trató con altivez a Enrique VI, pero le donó a Nápoles y Sicilia, de donde Enrique había expelido a los Normandos. Estos territorios quedaron unidos al imperio. (1194) Los papas siguientes renovaron las pretensiones de sus antecesores, hasta que Inocencio III a principios del siglo XIII estableció su poder en una base firme, y obtuvo un reconocimiento positivo de la supremacía papal, o el derecho de conferir la corona imperial **principaliter et finaliter**. Este Inocencio es el mismo a quien veremos disponer de la corona de Inglaterra en el reinado del tirano Juan.

LECCION XV

HISTORIA DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS IX, X, XI Y XII

1. Cuando los Moros conquistaron a España, los Godos vencidos se acogieron a las montañas de Cantabria, y alzaron allí por rey a Pelayo. Los sucesores de éste se mantuvieron en su territorio de Asturias, y lo aumentaron a favor de las disensiones y del menosprecio de los Arabes. A principios del siglo x, Ordoño II fué ya rey de León y de Galicia, aunque los Moros en el Val de la Junquera le pusieron a punto de perderlo todo, y aun pasaron vencedores los Pirineos; pero batidos por Carlos Martel, fueron destrozados por los Navarros a su vuelta. Algunos años después Abderramén III al frente de 150.000 guerreros entró en Castilla, y Ramiro II ofreció a Santiago un voto de trigo, que aun subsiste, y al que creyó deber la victoria de Simancas (938).

2. A fines del siglo x todos los estados cris-

tianos se vieron a punto de perecer por el valor y fortuna del grande Almanzor, general de Hasán II, que invadió el reino de León, y sólo dejó de su capital una torre para trofeo. La imperiosa necesidad unió a los reyes de Navarra y León y al conde de Castilla, que triunfaron juntos del terrible Moro.

3. Navarra se había erigido en reino en el siglo IX. Su primer rey García Jiménez murió en 880. A principios del siglo XI reunió D. Sancho el Mayor rey de Navarra, los estados de Castilla, Sobrarbe, Ribagorza y Aragón. Dividió entre sus hijos estos dominios, y entonces se empezaron a llamar reyes los condes de Castilla y de Aragón. Fernando a quien tocó Castilla, movió guerra a Bermudo, rey de León que en la batalla de Carrión perdió con la vida la corona, que se ciñó el vencedor. Desde entonces quedaron unidos Castilla y León, y en Bermudo se extinguió la raza de Pelayo.

4. En este tiempo floreció *el Cid*, que hizo a Fernando resistir con indignación las pretensiones de supremacía del emperador de Alemania. Fernando a su muerte dejó nuevos gérmenes de discordia a España, con otra división de sus estados entre sus hijos. Sancho *el fuerte*, que heredó la Castilla, despojó a sus hermanos Alfonso y García de los reinos de León y Gali-

cia, y después de haber quitado a Elvira la ciudad de Toro, fué muerto en el sitio de Zamora, que intentaba arrebatarse a Urraca. Alfonso, que estaba refugiado en la corte de Almon, rey de Sevilla, vino a sucederle; pero los altivos nobles de Castilla le exigieron antes el juramento de que no había tenido parte en el asesinato de Sancho. Prestólo en manos del Cid, y acaso fué éste el motivo del rencor que conservó siempre a este ilustre campeón, que desterrado voluntariamente de Castilla, y seguido de algunos amigos valientes, entró en una carrera de aventuras tan brillante como maravillosa, en que no nos permite seguirle nuestro plan; sólo mencionaremos su más bello triunfo: la conquista de Valencia. (*Véase la vida del Cid por Quintana*).

5. García salió de su asilo a cobrar su trono, pero Alfonso, indócil a las lecciones del infortunio, no fué menos injusto que su hermano Sancho. Conquistó a Toledo; (1085) pero la tribu guerrera de los Almoravides, que acababa de pasar de Africa a España, se apoderó de Sevilla y Murcia, y batió a los cristianos en la infausta batalla de *los siete condes*, dada junto a Toledo, llamada así porque en ella perecieron otros tantos señores de Castilla con el hijo de Alfonso VI.

6. A la muerte de éste, le sucedió su hija Urraca, que vivió en lucha continua con su esposo el rey de Navarra. Divorciáronse, y ocupó el trono Alfonso VII su hijo con el que también lidió Urraca diez años. A la muerte del rey se volvieron a separar los reinos de Castilla y León, que se reunieron finalmente en Fernando III (*el Santo*).

7. Alfonso VIII continuó la guerra con los Moros, y batido en Alarcón, llamó en su auxilio a todos los príncipes cristianos de Europa, y con el favor del papa Inocencio III logró realizar una especie de cruzada. Ochenta mil soldados franceses o alemanes llegaron a España; mas no hallando tan fácil el pillaje que los atraía, volvieron a pasar los Pirineos. Alfonso con sus solos recursos, ganó la célebre batalla de las Navas de Tolosa, (1212) que contuvo por algún tiempo la avenida del poder musulmán.

8. Enrique de Borgoña, casado con una hija de Alfonso VI, echó a los Moros de Portugal a principios del siglo XII. Este príncipe francés, alumno del Cid, recibió de Alfonso el dominio de sus conquistas, que aumentó su hijo Alfonso Enríquez. Sus soldados proclamaron rey a éste en el campo de batalla, después de una señalada victoria contra los Moros; (1139) y los estados reunidos en Lamego, le confirmaron este

título, que dejó a sus descendientes, y establecieron las bases fundamentales de la monarquía sobre principios admirables para aquella época tenebrosa.

9. A fines del siglo IX hicieron los Normandos varios desembarcos en Galicia; rechazados por el rey Ramiro, hicieron iguales incursiones en Andalucía. En el siglo X se formaron las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago, cuerpos que tomaron su lugar o influjo en la turbulenta aristocracia de aquellos tiempos.

10. La relación de los atentados y crímenes de los reyes españoles basta dar idea del estado moral de aquella sociedad. La condición del pueblo era infeliz en extremo; gemía bajo el peso del yugo feudal, o se veía asolado por el alfanje de los Moros. Los señores desde sus castillos ejercían el dominio más tiránico, y la guerra que se hacían entre sí o a los reyes completaba los males de la tierra. Las leyes dadas en los concilios no eran malas para aquellos tiempos, pero se daban en vano, y aun la autoridad de los reyes sólo tenía fuerza para los infelices. Las costumbres de los eclesiásticos motivaron las censuras de los concilios. Parece que los señores se absolvían de la obediencia al rey con devolverle sus feudos, lo que hacían al tomar partido

con su enemigo. Los reyes de Castilla declararon en nombre de la nación reunida que los señores no podían armar a sus vasallos contra el soberano, pero se les dejó continuar en sus guerras particulares. De este modo el derecho feudal produjo la opresión y la anarquía. En la especie de representación nacional figurada en los concilios, buscaban los reyes un apoyo contra su turbulenta aristocracia, y de aquí nacieron luego las cortes.

LECCION XVI

HISTORIA DE INGLATERRA EN LOS SIGLOS XI Y XII.

1. La batalla de Hastings sometió la Inglaterra a Guillermo *el conquistador*, príncipe altivo, tiránico, aunque no carecía de sentimientos nobles. El descontento que excitó en los ingleses su parcialidad a los Normandos, produjo una conspiración, que él castigó con gran rigor. Desde entonces trató a los Ingleses como un pueblo conquistado, lo que produjo perpetuas agitaciones que agravaban la tiranía de su carácter. Su primogénito Roberto se rebeló por la soberanía de Maine, sostenido por sus vasallos extranjeros. Él los atacó con los Ingleses, y estuvo a punto de morir a manos de su hijo en una batalla. Felipe I de Francia auxilió esta rebelión, y Guillermo se vengó llevando a Francia una guerra de asolación; pero murió en esta empresa. (1087). Dejó la Inglaterra a Guillermo, su hijo segundo; a Roberto la Normandía, y a Enrique la herencia de su madre Matilde.

2. Guillermo *el conquistador* introdujo el feudalismo en Inglaterra, dividiendo todo el reino, excepto los terrenos reales, en baronías, que dió a sus Normandos, con obligación de servicio militar. Por la ley de bosques se reservó el derecho de cazar en todo el reino, restricción que sintieron los Ingleses más que ninguna otra servidumbre.

3. Guillermo II (Rufo) heredó los vicios de su padre, sin sus virtudes. Su reinado, serie de actos despóticos, es indigno de la historia. A su muerte, debió tocar la corona a Roberto, pero su ausencia en una cruzada, facilitó la sucesión a Enrique, su hermano menor, que casándose con Matilde, sobrina de Edgar Atheling, unió a la dinastía Normanda el último resto de la Sajona. Con ambición criminal invadió la Normandía, y Roberto, a su vuelta, fué derrotado y traído prisionero a Inglaterra, donde murió. Los infortunios de Enrique castigaron sus crímenes. Destinó para sucederle a su hija Matilde, casada primero con el emperador Enrique V, y luego con Geoffrey Plantageneta de Anjou; pero su sobrino Estevan, hijo del conde de Blois, se apoderó del trono a su muerte, acaecida en Normandía, después de un reinado de treinta y cinco años. (1135). El partido de Matilde, capitaneado por su hermano natural el conde de

Gloucester, venció y aprendió a Esteban. Subió Matilde al trono, mas su tiranía la hizo odiosa, y fué destituida y restablecido Esteban. Este halló un competidor más formidable en Enrique Plantageneta, hijo de Matilde. Niño aun, resolvió reclamar su corona con intrépido y noble espíritu: desembarcó en Inglaterra, y por sus proezas ganó una gran parte del reino. Esteban transigió con él, declarándole sucesor a su muerte, que ocurrió presto. (1154).

4. Enrique II, príncipe digno del trono bajo todos aspectos, empezó su reinado reformando los abusos de sus predecesores, revocando las concesiones impolíticas, aboliendo las inmunidades parciales, arreglando la administración de justicia, y estableciendo la libertad de las ciudades por cartas que aun hoy son la base de la libertad nacional. Feliz con el afecto del pueblo, y poderoso por la vasta extensión de territorio que tenía en el continente por su padre y su mujer, heredera de gran parte de Francia, parecía que su reinado debía ser el más próspero y glorioso. Pero una circunstancia fatal destruyó tan bellas esperanzas. Enrique alzó a Tomás Becket de la oscuridad al empleo de canciller de Inglaterra. Vacó la silla episcopal de Canterbury, y el rey deseoso de corregir los abusos eclesiásticos, se la dió. Se disputó si un tri-

bunal civil podría juzgar y castigar a un sacerdote por asesinato. El concilio de Clarendón decidió por la afirmativa, contra la opinión de Becket. El papa Alejandro III anuló el decreto del concilio, y Becket, que tomó el partido del papa, fué privado por Enrique de sus dignidades y bienes: excomulgó a los ministros del rey, y éste prohibió toda comunicación con la corte de Roma. Al fin transigieron los dos partidos. Becket volvió a su iglesia; pero su altivez continuada arrancó un día al rey algunas expresiones violentas de indignación, que sus servidores interpretaron en sentencia de proscripción, y confiados en que agradarían a su señor, mataron al prelado, que estaba celebrando vísperas en el altar. Enrique expresó el sentimiento sincero que le causó este atentado horrible, y el papa le perdonó.

5. El acontecimiento más importante del reinado de Enrique II fué la conquista de Irlanda. Los Irlandeses civilizados muy de antemano, fueron de las primeras naciones del occidente que abrazaron la religión cristiana; pero las frecuentes invasiones de los Dinamarqueses volvieron a sumergirlos en la barbarie. En el siglo XII había cinco soberanías separadas, Ulster, Leinster, Munster, Meath y Connaught, pero éstas estaban subdivididas entre muchos jefes

que obedecían mal a sus reyes respectivos. Dermot Macmorrogh, echado de su reino de Leinster por el rapto de la hija del rey de Meatch, se acogió a Enrique, y se obligó a ser su feudatario, si con su auxilio recobraba su reino. Enrique facultó a sus vasallos para que invadiesen a Irlanda, y cuando ya el conde de Pembroke estaba devastándola, desembarcó armado con una bula de donación del papa Alejandro III, (1172) y se le sometieron muchos de los jefes independientes. Rodrigo O-Connor, a quien los Irlandeses eligieron soberano nominal de todas las provincias, resistió tres años a las armas de Enrique; pero al fin se le sometió en una embajada solemne que le envió a Windsor. Estipuló el pago de un tributo anual, y ofreció sumisión a la corona de Inglaterra, bajo cuyas condiciones los Irlandeses conservaron sus posesiones, y Rodrigo su reino de Connaught, excepto el territorio de Pale, o la parte que los barones ingleses habían subyugado antes que llegara Enrique.

6. Enrique dividió la Irlanda en condados, e introdujo las leyes inglesas en el territorio de Pale. El resto del reino siguió rigiéndose por sus leyes antiguas hasta el reinado de Eduardo I, en que la nación pidió que se extendiese a toda ella la legislación de Inglaterra. El primer parlamento irlandés, que se celebró el mismo año,

fué presidido por un diputado del rey. Por espacio de algunos siglos posteriores hubo pocas relaciones entre ambos países, y la isla no se consideró enteramente sometida hasta el reinado de Isabel y de su sucesor Jacobo I.

7. Las desgracias domésticas anublaron el fin del reinado de Enrique. Sus hijos Enrique, Ricardo, Geoffrey y Juan, seducidos por su perversa madre, se rebelaron, y auxiliados por Luis VII, rey de Francia, trataban de destronar a su padre. Mientras éste se les oponía con vigor en el continente, invadió la Inglaterra Guillermo (*el León*), rey de Escocia. Enrique voló a Inglaterra, derrotó a los Escoceses, e hizo prisionero a su rey. Sus hijos Enrique y Geoffrey pagaron sus faltas con una muerte prematura: pero Ricardo, reconciliado ya con su padre, volvió a rebelarse, y le saqueó sus dominios continentales, ligado con el rey de Francia. Enrique, abrumado de pesares, murió a los 58 años de edad. (1189). Fué ornamento de la corona inglesa, y superó a todos sus contemporáneos en virtudes reales. A él debió Inglaterra su primer adelanto permanente en leyes, gobierno y libertad civil.

8. Su hijo Ricardo I (*corazón de león*) se embarcó para la tierra santa en busca de aventuras, después de arrancar a sus vasallos una

gran suma de dinero para los costos de la expedición. Felipe Augusto, rey de Francia, se le reunió con sus fuerzas, y tomaron a Acre o Ptolemaida; pero el político Felipe volvió a Francia, y dejó solo a su fogoso rival, que a pesar de sus triunfos tuvo que terminar la guerra haciendo una tregua con el gran Saladino, por la que obtuvo paso libre y seguro para los peregrinos cristianos a Jerusalén. A su vuelta naufragó en las costas de Dalmacia; y al pasar disfrazado por las tierras de un duque de Austria, éste le cargó de cadenas, y le vendió al emperador Enrique VI, como venden los Arabes a sus cautivos. El rey de Francia y su perverso hermano Juan se opusieron a la libertad de Ricardo, pero al fin fué rescatado por sus pueblos. Perdonó al traidor Juan, y empezó a vengarse de Felipe Augusto. Sin embargo, hicieron una tregua por mediación de Roma, y el paladín coronado pereció poco después asaltando el castillo de uno de uno de sus vasallos rebeldes del Limosín. (1199).

9. Juan (*sin tierra*) le sucedió, aunque le competía su sobrino Arturo, hijo de Geoffrey, sostenido por el rey de Francia. Renovóse la guerra. Arturo con funesta confianza se puso en manos de su tío, que le dió muerte: esta atrocidad y su conocida tiranía hicieron a Juan horror de sus pueblos. Felipe le quitó sus posesiones

continentales, y el papa se declaró su enemigo, porque quiso atacar los bienes de la iglesia. Inocencio III entredichó el reino, excomulgó a Juan, absolvió a sus vasallos del juramento de fidelidad; y donó sus dominios a Felipe Augusto. Juan intimidado se declaró vasallo del papa, le juró fidelidad de rodillas en manos del legado, y consintió en hacer su reino tributario de la santa sede. Bajo estas condiciones, que le atrajerón el odio y menosprecio universal de los Ingleses, se reconcilió con la iglesia. Era natural que sus pueblos hollados y vendidos, vindicaran sus derechos. Los varones del reino se juntaron, y uniéndose con juramento, le exigieron que ratificase la carta de privilegios dada por Enrique I. Juan apeló al papa, que en defensa de su vasallo prohibió como rebelde la confederación de los barones, pero éstos se obstinaron, y se dejó el recurso a la espada. Con ella obligaron a Juan a acceder a sus pretensiones, y él firmó en Runymede en 19 de junio de 1215 la carta solemne que es el cimiento y baluarte de la libertad inglesa. (*Magna charta*).

10. Esta gran carta aseguró al clero la elección libre a los beneficios: reguló lo que los vasallos debían pagar a sus señores de sus herencias: se prohibió exigir al vasallo auxilios o subsidios sin el consentimiento del gran con-

sejo, excepto en pocos casos; se prohibió a la corona apoderarse por deudas de las tierras de un barón que tuviese bienes personales para pagar: se dispuso que los vasallos del rey comunicasen a los suyos los privilegios que él les concediese: que se usase en todo el reino igual peso y medida: que todos los hombres pudiesen entrar y salir libremente del reino: que todas las ciudades y pueblos conservasen sus libertades antiguas: que la ley o el testamento de un hombre libre arreglasen su sucesión: que la corte del rey estuviese fija y abierta a todos: que sólo se multase a los hombres libres a proporción de su crimen, y jamás para arruinarlos: que ninguna multa pudiese privar a un labrador de sus instrumentos de labranza: que ninguna persona fuese juzgada sólo por sospechas, sino por la deposición de testigos legales; y que ninguna persona fuese juzgada o castigada, sino por el juicio de sus iguales y la ley de la tierra.

11. Al mismo tiempo concedió Juan la *Charta da Foresta*, que abolió el privilegio real de cazar en todo el reino, y devolvió a los propietarios sus bosques, que pudieron ya cercar y usar libremente. Como la fuerza sola había arrancado estas concesiones, hizo Juan que las anatematizara el Papa, las revocó, y trajo a Inglaterra un ejército extranjero para sostenerse.

Los barones pidieron auxilio a Felipe, rey de Francia, que envió a su hijo Luis con un ejército. Tal era el odio que profesaba el pueblo a Juan, que juró fidelidad a este extranjero. En tan crítico periodo murió Juan, (1216) y todo se mudó. Coronaron a su hijo Enrique III de nueve años de edad, y nombraron protector del reino a su tío el conde de Pembroke. Los barones descontentos se apaciguaron, el pueblo saludó con gozo al nuevo rey, y Luis, después de algunos esfuerzos inútiles, hizo la paz con el protector, y evacuó el reino.

LECCION XVII

ESTADO DE ALEMANIA Y DE ITALIA EN EL SIGLO XVIII

1. A la muerte de Enrique VI, se apoderó del trono Otón de Brunswick, pero el joven Federico, hijo de Enrique, se le opuso con el auxilio de Felipe Augusto. Otón, que había recibido del papa la corona imperial, entró en Francia con un poderoso ejército, y fué batido por Felipe Augusto en Bovines. (1215). Murió poco después, y Federico II fué reconocido emperador.

2. Entonces pertenecian al imperio la Lombardia, y Nápoles y Sicilia, quitadas por Enrique VI a los Normandos, y las contiendas entre las autoridades imperial y papal dividían los estados de Italia en facciones conocidas por los nombres de *Güelfos* y *Gibelinos*: los primeros sostenían la supremacía del papa, y los segundos la del emperador. La oposición de Federico a cuatro papas sucesivos, le atrajo sentencias de deposición y excomuniones: sin embargo, con-

servó su trono, y vindicó su autoridad con firmeza. Varias veces se atentó a su vida, y él lo atribuyó abiertamente al resentimiento eclesiástico. Este Federico fué un hombre extraordinario: en medio de su vida borrascosa, en que se cruzó contra los Musulmanes de Palestina, y tuvo que vencer a los Cruzados que el papa armó contra él en Italia y Alemania, escribió sobre historia natural, sabía todas las lenguas do su tiempo, y protegía la literatura y las ciencias. Muerto él, (1250) se eclipsó por muchos años el esplendor del imperio, que fué presa de facciones y guerra civil. Con todo, los papas nada ganaron en estos desórdenes, porque las turbaciones de Italia les fueron igualmente funestas.

3. En este siglo conquistaron la Estonia, la Livonia, la Curlandia y la Prusia, dos ordenes religiosas militares, la de los caballeros de la Espada y la Teutónica, que al fin se unieron. Los Tártaros, mandados por Batou-kan, nieto de Gengis, invadieron a la Rusia, y asolaron la Polonia, la Silesia y la Hungría.

4. En las turbaciones que siguieron en Alemania a la muerte de Federico II, se arrogaron siete potentados el derecho de elegir al emperador. Nombraron a Ricardo, hermano del rey de Inglaterra; y uno de los electores, descontento,

eligió a Alfonso X, rey de Castilla, ocurrencia que contribuyó mucho, como veremos, a sus desgracias. Ricardo hizo algunos viajes a Alemania, y al fin murió en Inglaterra. (1272). El acontecimiento más notable de su reinado fué el fin trágico de Conradino, nieto de Federico II.

5. La muerte de este emperador no había calmado el odio de Inocencio IV, que excomulgó a su familia. Sus hijos Enrique y Conrado murieron envenenados en Italia y el papa se apoderó de las dos Sicilias. (1253 y 54). Pero Manfredo, bastardo de Federico II, las reconquistó, y gobernó en nombre de Conradino, hijo de Conrado. Alejandro IV, sucesor de Inocencio, publicó una cruzada contra Manfredo, y él y sus dos sucesores pasaron su vida en perseguirle. Por fin, en tiempo de Clemente IV, Carlos de Anjou, hermano de San Luis, a quien los papas anteriores desde Inocencio habían ofrecido el trono de las dos Sicilias, vino a tomarlo. Venció a Manfredo, que murió en la batalla de Benevento, (1266) y cargó a sus nuevos vasallos el yugo más duro. Los barones napolitanos llamaron al joven Conradino, que a los quince años de edad vino de Alemania con Federico de Austria y un corto ejército. Pero fueron vencidos, presos y juzgados por los franceses, que los

entregaron al verdugo por *haber tomado las armas contra la iglesia*. El papa había predicado la cruzada contra Conradino, y aconsejó a Carlos su muerte. Este infeliz joven, al ser ejecutado, arrojó su guante al pueblo, y no faltó quien llevase esta prenda de venganza a Pedro III de Aragón. En Conradino acabó la ilustre casa de Suabia, y su suplicio preparó las *visperas sicilianas*. (1268).

6. Tal era el estado borrascoso de Italia: hemos visto igual el de Inglaterra. Francia luchaba con la debilidad y la anarquía, y España estaba destrozada por los Moros y Cristianos. Empero, un gran proyecto dió una especie de unidad al espíritu de Europa, tan discordes en aquella época. Hablamos de las cruzadas, empresas gigantescas que bastan solas a caracterizar sus tiempos, y en que por espacio de tres siglos estuvo precipitándose la flor de Europa a perecer sin frutos en las playas de Siria.

LECCION XVIII

DE LAS CRUZADAS O GUERRAS SANTAS

1. A fines del siglo x y principio del xi reinaba en la parte oriental de Persia Mahmoud el Gaznevida, primero que se llamó *Sultán*, uno de los mayores príncipes del Oriente, que excedió a Alejandro en sus conquistas y sometió el Hindoostan. Su hijo Massoud fué vencido por los *Turcos*, que conquistaron su imperio.

2. Los Turkos o Turcomanos, raza de Tártaros de las regiones del monte Tauro y del Imaus, invadieron la Moscovia en el siglo xi, y bajaron a las orillas del mar Caspio. Los califas emplearon mercenarios turcos, que adquirieron reputación militar en las guerras por el califado. Los califas de la raza de Omar (Omniadas) privaron de Siria, Egipto y Africa a los califas de Bagdad, (Abassidas) y los Turcos despojaron a unos y otros de sus dominios. Mandados por Togrul conquistaron la Persia, y en 1050 tomaron a Bagdad, y destruyeron el imperio de los

califas, que sólo fueron venerados después como supremos pontífices de la religión mahometana. A fines del siglo XI, en tiempo de la primera cruzada, gobernaba la Arabia un sultán Turco, y lo mismo sucedía a la Persia y a la mayor parte del Asia menor. Así el imperio oriental quedó privado de su territorio asiático, y había perdido gran parte de sus dominios en Europa. Conservaba sin embargo, a Grecia, Macedonia, Tracia e Iliria; y Constantinopla era populosa y opulenta. Palestina estaba en poder de los Turcos y Jerusalem, aunque caída de su antiguo esplendor, aun era respetada por sus conquistadores como una ciudad santa, y atraía continuamente peregrinos musulmanes a la mezquita de Omar, y cristianos al sepulcro de Jesucristo.

3. Pedro *el hermitaño*, natural de Amiens, a su vuelta de la tierra santa, se quejó amargamente de los malos tratamientos que sufrían los Cristianos de los Turcos; y Urbano II se valió de este entusiasta para empezar la ejecución de un designio que los papas había mucho tiempo que meditaban, el de armar a toda la cristianidad contra los infieles, y exterminarlos de la tierra santa. Propúsose el proyecto en los dos concilios generales de Plasencia y de Clermont. Los franceses tenían más ardor que los Italianos, e inmediatamente se cruzaron infinitos no-

bles ambiciosos y turbulentos, que asegurados de su eterna salvación, salieron seguidos de todos sus dependientes, y ansiosos de aventuras y pillaje. Pedro el hermitaño marchó para el Oriente con 80.000 hombres (1095). Las rapiñas y hostilidades señalaron sus pasos en todos los países cristianos que atravesaban, y a su llegada a Constantinopla, sólo tenía Pedro 20 000 hombres. El emperador Alejo Comneno, a quien los Cruzados trataron con la insolencia más provocativa e insensata, se condujo con admirable moderación y prudencia. Se apresuró a salir de aquella multitud desenfrenada, dándoles todos los auxilios que necesitaban, y prestándoles gustoso sus buques para transportarlos al otro lado del Bósforo. El sultán Solimán destrozó allí el ejército del hermitaño. Entretanto, llegó a Constantinopla otra hueste conducida por caudillos mas ilustres, Godofre de Bullón, duque de Bravante, Raimundo, conde de Tolosa, Roberto de Normandía, hijo de Guillermo, rey de Inglaterra, Bohemundo, hijo de Roberto Guiscard, conquistador de Sicilia, y otros príncipes de gran reputación. Alejo se condujo con igual prudencia respecto de estos nuevos huéspedes, que eran 700.000. Los Turcos, abrumados por su número, fueron batidos, y los Cruzados penetraron a Jerusalem, y la tomaron por asalto, después de

un sitio de seis semanas, matando con salvaje saña a todos sus habitantes musulmanes o judíos. (1099). Godofre fué alzado rey de Jerusalem, pero muy luego tuvo que dejar su reino a un legado del papa. Los Cruzados se debilitaron, dividiendo en cuatro estados la Siria y Palestina. Los Turcos se reanimaron, y presto los cristianos de Asia tuvieron que pedir auxilio a los de Europa.

4. Salió de occidente la segunda cruzada en 1146. Componíanla 200.000 Franceses, Alemanes e Italianos, mandados por Hugo, hermano de Felipe I, rey de Francia. Estos tuvieron igual suerte que los de Pedro el hermitaño. La guarnición de Jerusalem era tan corta entonces, que fué preciso armar a los monjes para su defensa, y de aquí nacieron las órdenes militares de los caballeros Templarios y Hospitalarios, y después la Teutónica, fundada por los peregrinos alemanes. Entretanto el papa Eugenio III hizo que San Bernardo predicara en Francia otra cruzada, a las órdenes de su rey Luis VII, que en unión de Conrado III, emperador de Alemania, llevó 300.000 hombres. El sultán de Iconio destrozó a los Alemanes, los Franceses fueron derrotados completamente junto a Laodicea, y los dos monarcas volvieron a sus dominios cargados de afrenta.

5. El ilustre Saladino, sobrino del sultán de Egipto, formó el designio de recobrar a Palestina: sitió a Jerusalem, la tomó, e hizo prisionero al rey Guy de Lusignán. El papa Clemente III, alarmado con los progresos de los infieles, comenzó a agitar otra cruzada en Francia, Inglaterra y Alemania: los ejércitos de estos tres países iban mandados por sus soberanos Felipe Augusto, Ricardo I y Federico Barbarroja. Este murió en Asia, y su ejército pereció. Los Ingleses y Franceses fueron más felices. Tomaron a Ptolemaida; pero Ricardo y Felipe se disgustaron, y el monarca francés volvió a su reino. Ricardo sostuvo noblemente la lucha con Saladino, y le derrotó cerca de Ascalón. Pero el hambre y la espada habían debilitado su ejército. Hizo una tregua, y tuvo que salir de Palestina en un solo buque. (Véase la Lección XVI). Saladino, reverenciado aun por los Cristianos, murió en 1195

6. En 1202 salió cuarta cruzada a las órdenes de Balduino, conde de Flandes; pero su objeto no fué estirpar a los infieles, sino destruir el imperio de Oriente. Los Cruzados sitiaron y tomaron a Constantinopla, embrollada en guerras civiles y revoluciones por el trono, y su jefe Balduino fué elegido emperador, para perder a pocos meses trono y vida. Los dominios impe-

riales se distribuyeron entre los principales caudillos; y los Venecianos, que habían proporcionado buques para la expedición, obtuvieron en pago las islas de Chipre y Candia. Alejo, de la familia imperial de los Comnenos, fundó en Asia otra soberanía, que llamó el imperio de Trebizonda. El objeto de la quinta cruzada fué asolar a Egipto, en venganza de un ataque dado a Palestina por el sultán Saladino. Victorias parciales y ruina final fueron los resultados de esta expedición, como de todas las anteriores.

7. En este período (1227) hubo en Asia una gran revolución. Gengis-kan con sus Tártaros se precipitó del Norte sobre Persia y Siria, matando indistintamente a los Turcos, Judíos y Cristianos que se le oponían. Los Templarios, Hospitalarios y Teutones, que aun ocupaban el litoral de Palestina, se defendieron desesperadamente, pero en vano. Su ruina se diferió un poco por la última cruzada de San Luis IX de Francia. Este príncipe se creyó llamado por el cielo a la conquista de la tierra santa, y después de cuatro años de preparativos, salió para ella con su mujer, sus tres hermanos y todos los caballeros de Francia. Empezó atacando a Egipto, donde fué finalmente derrotado y hecho prisionero. Compró su libertad con un inmenso rescate, y vuelto a Francia. reinó próspera y

sabiamente trece años. Mas le volvió el mismo empeño, y armó otra cruzada contra los moros de Tunez. Allí le atacó la peste, y le quitó la vida. (1270).

8. Los cristianos que quedaban en las costas de Siria, destrozados por sus divisiones, no pudieron resistir a su mal destino. El soldán de Egipto tomó a Ptolemaida, que era su principal asilo. (1291). Los Templarios y demás caballeros pasaron a Europa, y al acabar el siglo XII, estaban ya toda la Siria y Palestina en manos de sus antiguos señores.

9. EFECTOS DE LAS CRUZADAS. Se supone que las cruzadas mejoraron las costumbres europeas: pero los tiempos que las siguieron no presentan la menor apariencia de que así sucediese. Dos siglos de tinieblas y barbarie pasaron entre la terminación de estas empresas y la ruina del imperio griego en 1453, que fué la era en que revivieron las letras, y empezó la civilización. Lo que sí produjeron las cruzadas fué una mudanza de propiedades territoriales en todos los reinos feudales, la venta de los bienes raíces de los nobles, y su división entre propietarios menores. Así se debilitó la aristocracia feudal, y las clases inferiores empezaron a adquirir peso y espíritu de independendia. Las poblaciones sujetas a los nobles por una especie

de vasallaje, comenzaron a comprar su inmunidad, adquirieron el derecho de elegir a sus magistrados, y se gobernaron por sus leyes municipales. La iglesia ganó en parte y en parte perdió con las cruzadas. Los papas extendieron su jurisdicción: pero el éxito funesto de aquellas expediciones abrió los ojos del mundo a los motivos de egoísmo que las habían causado, y debilitó el poder de la superstición. Muchas de las órdenes religiosas adquirieron aumento de riqueza, pero lo compensaron los pechos impuestos al clero. La escasez de numerario alteró la moneda en casi todos los reinos de Europa. Se supuso que los Judíos lo ocultaban, y fueron objetos de una persecución general. Los que más realmente ganaron en las cruzadas fueron los estados italianos de Génova, Pisa y Venecia, porque aumentaron su comercio al Levante, para mantener aquellos inmensos ejércitos. Venecia como hemos visto, tomó parte activa en ellas, y obtuvo parte del territorio conquistado. Se calcula que las cruzadas costaron a Europa más de dos millones de hombres. En ellas se perfeccionó la caballería, y nacieron las ficciones novelescas.

LECCION XIX

DE LA CABALLERÍA.

1. La caballería nació naturalmente del estado de la sociedad en sus tiempos. Las naciones germánicas creían que la profesión de las armas era la única varonil y honrosa. Los jóvenes se iniciaban en ella con peculiar solemnidad y ceremonias establecidas. El jefe de la tribu daba a su vasallo espada y arnés, como símbolo de su devoción a su servicio. Con los progresos del sistema feudal, estos vasallos, a imitación de su jefe, tomaron el privilegio de conferir las armas a sus súbditos, con iguales ceremonias de pompa y misterio. El candidato a la caballería pasaba sus ayunos y vigiliias preparatorias, y recibía de rodillas la *acolada*, y la bendición de su jefe. Armado de pies a cabeza, salía en busca de aventuras, que justas o injustas en su objeto, de reputaban honrosas a proporción de sus peligros.

2. La estimación del sexo femenino caracterizaba las costumbres góticas. En aquellos siglos

de barbarie, los castillos de los grandes varones eran cortes de soberanos en miniatura. La sociedad de las damas, que sólo en aquellas fortalezas estaban seguras de ultrajes, suavizaba las costumbres; y el mejor empleo y mayor mérito de un buen caballero era proteger la castidad y honor de las hermosas.

3. Además de su pasión a las aventuras y amor novelesco, tenían los caballeros un gran respeto a la moral y religión; mas como aquélla no siempre se subordinaba a éste, debemos presumir mas a favor del refinamiento de los caballeros que de su pureza. Profesaban enderezar tuertos y reparar injurias; pero en esta honrosa ocupación, cuidaban poco de no inferirlas. Los mayores crímenes se expiaban fácilmente con penitencias y peregrinaciones, que proporcionaban nuevas aventuras y hazañas.

4. La caballería, ya hubiese nacido con los Moros o los Normandos, llegó a su perfección en el período de las cruzadas, que presentaban objetos nobles de aventuras y un campo sin límites a la gloria militar. Pocos volvieron de aquellas desesperadas empresas, mas los que lo lograron, obtuvieron una alta recompensa en la admiración de sus compatriotas. Los poetas y trovadores cantaban sus alabanzas y recordaban sus hazañas con mil circunstancias maravillosas.

LECCION XX

CONQUISTAS DE GENKIS KAN

1. De los escombros del califado se había formado más allá de la Persia un nuevo imperio llamado *Carisme*, del nombre corrompido de sus conquistadores. El sultán Mohammed lo poseía a fines del siglo XII y principios del XIII, y reinaba en una inmensa extensión de territorio, reconociendo la supremacía del califa de Bagdad, a quien había despojado.

2. En los inmensos desiertos de la Tartaria reinaba en la misma época Temugín sobre los Mongules, que habitaban al oriente de la China, y otras hordas nómades vencidas por su padre y su abuelo. Entre su territorio y el de China existía el de un kan que había hecho renunciar a su pueblo a la vida errante de los Tártaros, el mismo conocido vagamente en Europa con el nombre absurdo de Preste-Juan. Temugín le batió, se apoderó de su reino, y se hizo elegir soberano de todos los kanes tártaros con el nombre de Genkis-kan o Zingis-kan, que significa rey de

los reyes. Invadió la China, tomó a Cambalu, hoy Pekín, y dueño de la mitad del imperio, llevó sus armas hasta el fondo de la Corea.

3. El sultán Mohammed, de la raza de los Carimines, a quien acabamos de mencionar, quería quitar al califa de Bagdad Nasser la sombra de dignidad que le quedaba, y este imprudente llamó a Gengis en su auxilio. El sultán marchó contra Gengis con inmenso ejército, pero fué derrotado en Persia por el tártaro, y fugitivo de provincia en provincia, murió al fin miserablemente.

4. El vencedor se apoderó de sus dominios, y penetró hasta el Indo. Mientras uno de sus ejércitos sometía al Hindostán, otro, mandado por uno de sus hijos, subyugó todas las provincias al Sur y al Oeste del Mar Caspio, y siguiendo el curso del Volga hasta Moscow, asoló la Rusia. (Véase la Lección xvii). De este modo subyugó Gengis en unos diez y ocho años la mitad de la China, la mitad del Hindoostán, casi toda la Persia, las fronteras de Rusia, a Oasan, Astracán, y toda la gran Tartaria.

5. A su vuelta de la India por la Persia se detuvo en la ciudad de Toncat, centro de su vasto imperio. Allí sus hijos y generales, siempre vencedores, y los príncipes tributarios suyos, le trajeron los tesoros del Asia. En aquella

reunión triunfal recibió las adoraciones de más de quinientos embajadores de los países conquistados, y de ella partió a concluir la conquista de la China, en cuyas fronteras le aguardaban la muerte. Expiró de 70 años de edad. (1226). Ningún mortal ha subyugado más pueblos. Conquistó más de 1800 leguas de este a oeste y más de 1000 de norte a sur. Pero en sus conquistas no hizo más que asolar, y su imperio fue una inmensa devastación. A su muerte dividió sus dominios entre sus hijos, y cada uno de ellos fué uno de los reyes más poderosos de la tierra.

6. Sus hijos extendieron sus dominios gigantescos. Octai y su hijo Koublai concluyeron la conquista de la China, donde reinaron sus descendientes hasta la mitad del siglo xiv, en que las disputas religiosas de los lamas y de los bonzos favorecieron a los príncipes chinos para expeler a los nietos degenerados de Gengis. Otro hijo suyo, llamado Touchi, heredó el Turkestán, la Bactriana, el reino de Astracán y el país de los Usbeks. Su hijo Batou-kan asoló la Polonia, Dalmacia, Hungría y las inmediaciones de Constantinopla. (Lección xvii). (1234 y 35)- Mas le contuvo Enzo, hijo del Emperador Federico II. Holagou, nieto de Gengis, acabó la conquista de Persia, pasó el Eufrates, que había detenido a Gengis, destruyó en Bagdad para siempre el

imperio de los califas, dando muerte a Mostasem, y se apoderó de una parte del Asia menor, mientras los Cruzados echaban a los emperadores griegos de Constantinopla. Zagatai heredó de Gengis la Transoxana, Candahar, la India septentrional, la Cachemira y el Tibet. Los descendientes de estos cuatro monarcas conservaron por algún tiempo sus dominios.

LECCION XXI

ESTADO DE EUROPA EN LOS SIGLOS XIII Y XIV

1. Los Cruzados que tomaron a Constantino-
pla en 1202, gozaron poco de su conquista. Los
emperadores franceses o latinos la gobernaron
sesenta años, hasta que los Griegos la recobra-
ron en 1261. Miguel Paleólogo, su jefe, ocupó el
trono, privando de la vista a su pupilo Juan
Lascaris.

2. Ya hemos visto las revoluciones de Ita-
lia y la fortuna de Carlas de Anjou. Su tiranía
causó al fin la horrible reacción de Sicilia, y la
matanza de todos los franceses en un día, cono-
cida por las *visperas sicilianas*. La isla se puso
bajo la protección de Pedro III de Aragón, yerno
de Manfredo, que la conservó después de una
guerra desastrosa con el rey de Nápoles, a pesar
de las excomuniones del papa, que en vano dió
a Carlos de Valois el reino de Aragón.

3. A principios del siglo XIII se vió una
nueva especie de cruzada. Los Albigenses, habi-

tantes de Alby en el país de Vaud, se atrevieron a negar muchos dogmas de la iglesia romana, reputándolos contrarios al espíritu del evangelio. Inocencio III estableció en Tolosa una comisión que los juzgara y castigara. El conde de Tolosa se opuso a esta persecución, y se hizo víctima del rencor eclesiástico, que le sujetó a las más amargas humillaciones, y persiguió a su hijo después de su muerte. Simón de Montfort fué el caudillo de esta horrible y sacrílega empresa, en que cometió las mayores atrocidades. En la comisión de Tolosa tuvo origen el tribunal monstruoso de la Inquisición, (1204) que se estableció en Francia en tiempo de San Luis. (1229). Un concilio reunido en Tolosa prohibió en aquel tiempo la lectura de la Biblia a los legos. Absurdo casi increíble, que basta para caracterizar el imperio de la teocracia en aquellos tiempos tenebrosos.

4. En 1274 empezó la elevación de la casa de Austria. Ya hemos visto a la Alemania sepultada en la anarquía después de la muerte de Federico II. Los príncipes electores, no pudiendo convenir en la elección de uno de ellos, nombraron al barón suizo Rodolfo de Hapsburg, que había sido empleado de la casa real de Otocaro, rey de Bohemia. Este no podía sufrir la supremacía de Rodolfo, y le negó el homenaje acos-

tumbrado por sus posesiones germánicas, pero el nuevo emperador le quitó el ducado de Austria, que le había dado Roberto, y que desde entonces ha sido hereditario en la familia de Rodolfo.

5. Los estados italianos de Venecia, Génova y Pisa se veían florecientes y opulentos, en media del desorden y miseria que reinaban en casi todas las monarquías de Europa.

6. En esta época empezó a aparecer en Francia una aurora de libertad civil. Luis VI *el gordo* en el siglo XII había establecido los *concejos* (o *communes*), autorizando a las ciudades para regirse y defenderse por sí. Este fué un golpe dado a la arbitrariedad feudal. Pero Felipe IV *el hermoso* (1303) introdujo el tercer estamento, o los diputados del pueblo, en las asambleas nacionales, que antes sólo se componían de la nobleza y clero. El mismo rey estableció tribunales perpetuos de justicia con nombre de parlamentos, cuyas sentencias iban en apelación al de París; pero este cuerpo no tomó autoridad en los negocios de estado hasta mucho después.

7. El parlamento de Inglaterra había empezado a tomar su forma actual antes de esta época. Enrique III llamó el parlamento a los comunes o representantes de los condados y pue-

bles. Antes sólo se componía del clero y la nobleza superior.

8. La corte de Roma continuó ejerciendo en los siglos XIII y XIV el mismo celo para sostener y extender sus pretensiones de que la hemos visto animada en los tres siglos anteriores. Felipe *el hermoso* sujetó a su clero a pagar su parte de las contribuciones públicas, y prohibió al papa que las impusiese en sus dominios. Este doble agravio irritó en extremo al papa Bonifacio VIII, que fulminó un entredicho a Francia, y fulminó una excomunión contra Felipe, cuyo reino transfirió solemnemente al emperador Alberto. (1303). Felipe envió a Italia su general Nogaret, que prendió al papa: éste murió de pesadumbre.

9. Lo que infamará la memoria de Felipe *el hermoso*, es su conducta con los Templarios. Estos caballeros habían excitado su odio. En 1309 se circuló por toda Francia una orden sellada que debía abrirse y ejecutarse simultáneamente el mismo día. En ella se mandaba la prisión de los Templarios: estos infelices, examinados por el papa Clemente V, vasallo de Felipe, y por inquisidores, fueron condenados a morir en las llamas, (1312) después que se arrancó a algunos en los tormentos más crueles la confesión de los absurdos cargos de impiedad que se les hacían.

Cincuenta y nueve fueron quemados vivos en un solo día en París, y todos protestaron su inocencia, y desecharon la vida que se les ofreció si se confesaban culpados. El papa condenó el orden, y una bula suya extendió aquella proscripción a toda Europa.

LECCION XXII

REVOLUCIÓN DE SUIZA

1. A principios del siglo XIV ocurrió la revolución de Suiza y el principio de la república Helvética. El emperador Rodolfo de Hapsburg era soberano hereditario de algunos cantones Suizos, y los gobernaba con equidad y moderación. Su hijo Alberto, príncipe tiránico, formó el designio de subyugar todas las provincias, y erigirlas en un estado para uno de sus hijos. Los cantones de Schwitz, Uri y Underwal, se sublevaron y echaron a los satélites de Alberto. Guillermo Thell, un héroe, los capitaneaba. Murió Alberto cuando proyectaba vengarse, y el duque de Austria Leopoldo invadió a Schwitz con 20.000 hombres. Los Suizos en número de 400 o 500 los aguardaron en el desfiladero de Morgate, y la tiranía quedó humillada en estas nuevas Termópilas. Casi todos los Austriacos perecieron allí. Esta victoria hizo dar el nombre de Schwitz a toda la confederación, que se aumentó por

grados, y afianzó su libertad, después de sesenta batallas contra sus opresores.

2. **CONSTITUCIÓN DE SUIZA.** Los trece cantones se unieron por un tratado solemne, que estipuló los auxilios que habían de darse en caso de guerra extranjera, y las medidas para asegurar la unión de los estados y arreglar las diferencias domésticas. Cada cantón quedó independiente respecto de su gobierno y economía anterior. Anualmente se reunía en Zurich la dieta general, compuesta de dos diputados cada cantón.

2. Los Suizos en tiempo de paz empleaban sus tropas en servicio extranjero, para sostener el espíritu militar de la nación, y estos soldados se han hecho estimar por su lealtad y valor. La industria y economía de los Suizos son proverbiales, y su país estéril sostiene una población numerosa por los esfuerzos de la agricultura y de las fábricas.

LECCION XXIII

HISTORIA DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS XIII Y XIV.

1. Cuando en 1220 subió al trono de Castilla Fernando III *el santo*, nieto de Alfonso VIII por Berengaria, mujer del rey de León Alfonso IX, se unieron ya para siempre León y Castilla. Fernando hizo la guerra a los Moros con fortuna, y les quitó a Córdoba, Jaén y Sevilla, de modo que a los tres siglos de su existencia quedó reducido casi a los muros de Granada el imperio espléndido de los califas de occidente. Fernando III fué un gran rey, aunque pagó algún tributo al espíritu fanático de su siglo. La iglesia le adora como santo, y la historia le llama y reconoce grande hombre.

2. Su hijo Alfonso X *el sabio*, fué un académico en el trono. Poseyó todas las ciencias, y no supo gobernar. Le desacreditó la alteración de la moneda. España le debe *las Partidas* monumento espléndido de legislación, que le hará inmortal. Este código destruyó después el caos

en que yacía el gobierno de España. Ya hemos visto el origen de las pretensiones de Alfonso al trono imperial de Alemania. (Lección XVII). En un viaje que con este motivo hizo a Francia a ver al papa Gregorio X, invadió a Castilla el rey de Granada, ayudado del de Marruecos. Su hijo segundo, Sancho *el bravo*, salvó a su patria y la nación agradecida le llamó al trono con el título de regente. Alfonso, abandonado a su vuelta, tuvo que implorar el auxilio del miramolin de Marruecos, que vino a España y le trató con la más noble generosidad. Al fin murió el triste Alfonso, (1284) y le sucedió el rebelde Sancho.

3. Las turbulencias continuaron. Otro hijo de Alfonso X, el perverso D. Juan, movió repetidas guerras al rey. En una de ellas sitiaba con los Moros a Tarifa, defendida por Guzmán, a quien amenazó con la muerte de su hijo prisionero, si no le entregaba la plaza. Pero el castellano con admirable grandeza de alma, le arrojó su espada para que consumase el crimen, y D. Juan tuvo la barbarie de hacerlo a su vista.

4. Durante la menor edad de Fernando IV, se aumentaron los males de la nación. Las facciones se disputaban la regencia. Alfonso de Lacerda, hijo del primogénito de Alfonso *el sabio* se hizo coronar rey de Castilla y León. El infan-

te D. Juan se opoderó de Galicia y de Sevilla, y también se hizo proclamar rey de León. La reina madre por un prodigio de política conjuró la tempestad, y aseguró el trono al joven Fernando. Este mandó matar a dos caballeros arbitrariamente, y los infelices clamaron que le citaban al tribunal divino en un plazo dentro del cual murió. Por eso le llamaron el *Emplazado*. ¡Ojalá se persuadiesen los monarcas de que tienen sobre sí la justicia del cielo!

5. En su tiempo se juntaron en Medina del Campo las cortes para decidir la cuestión de la soberanía de Vizcaya entre el infante don Juan y los Haros. Otras cortes anteriores de Valladolid, concedieron subsidios a la reina para hacer la guerra a los rebeldes. Esto prueba los límites de la autoridad real.

6. Las mismas desventuras se repitieron en la menor edad de Alfonso XI, hijo de Fernando. A su mayor edad, salieron Castilla y León de la más horrible anarquía. Alfonso fué un príncipe enérgico y hábil. Contuvo a los grandes, y venció a los Moros en Arcos y el Salado. El miramolín vino a España, pero en vano, pues ya se eclipsaba el esplendor de la media luna. Alfonso murió sitiando a Algeciras (1350).

7. Sucedióle su hijo Pedro. Júzguese de su perversidad profunda, cuando los pueblos aba-

tidos le cargaron el sobrenombre *Cruel*, que le confirma la historia. La amante de Alfonso XI, Leonor de Guzmán, y sus hijos y hermanos suyos, Tello y Fadrique, los infantes de Aragón y su reina viuda fueron víctimas de su rabia, con su propia esposa Blanca de Borbón. Es imposible seguir a Pedro el cruel en su carrera de furor. La España nadaba en sangre cuando Enrique, conde de Trastámara, hijo de Alfonso XI y de Leonor, entró en ella con el célebre Duguesclín, y un ejército de bandidos (*malandrines*) franceses. En menos de un mes ocupó la mitad del reino. Pedro huyó a Guiena, y Enrique despidió a los *malandrines* de Duguesclín, creyéndose ya seguro en el trono. Pero el Príncipe Negro, hijo de Eduardo III de Inglaterra, lo volvió a Pedro, batiendo a Enrique en Navarrete.

8. Entonces el tirano soltó el dique a su alma feroz. Sus atrocidades escandalizaron a su restaurador, que salió horrorizado de España. Enrique, ayudado por Francia, invadió otra vez el reino, batió a Pedro en Montiel, y le quitó la vida por su mano (1368). Castilla le reconoció por rey, aunque bastardo y fratricida.

9. Echemos una ojeada sobre la infeliz España en aquella época, y la veremos distribuída entre cuatro malvados. Pedro III *el ceremo-*

nioso, reinaba en Aragón, Pedro I oprimía a Portugal, Carlos *el malo* a Navarra, y Pedro *el cruel* inundaba en sangre a Castilla.

10. Enrique II tuvo que sostener su usurpación contra el rey de Portugal y el duque de Lancaster, esposo de una hija ilegítima de Pedro el cruel, pretensiones que no concluyeron hasta el reinado de su sucesor Juan I. Este quiso apoderarse de Portugal a la muerte de Fernando, su suegro; pero los Portugueses alzaron rey a un hermano bastardo suyo, Juan, maestro de Avis, que batió completamente al castellano en Aljubarrota.

11. Muerto Juan I, quedó su hijo Enrique menor, y su regencia no fué menos fatal que las anteriores. Al fin, el joven rey resolvió reinar a los quince años, y lo consiguió, sofocando las facciones con energía.

LECCION XXIV

ESTADO DE EUROPA EN LOS SIGLOS XIII, XIV Y PARTE DEL XV.

1. Aun continuaban las pretensiones rivales de superioridad entre los emperadores y los papas. Enrique VII, sucesor de Alberto, sostuvo su derecho con la espada, y se abrió camino con ella hasta Roma, donde fué coronado solemnemente, e impuso un tributo a todos los estados de Italia. En su tiempo se transfirió la corte pontificia de Roma a Aviñón (1309 a 1377). Las facciones de Italia causaron esta traslación. Durante ella, restableció efímeramente en Roma la república Nicolás Rienzi; conjunto extraordinario de heroísmo y de locura (1347). Este hombre reputado por algunos el último Romano, murió en una sedición excitada por los nobles de Roma (1354). Luis de Baviera, sucesor de Enrique VII, fué depuesto y excomulgado por el papa Juan XXII, y se vengó deponiendo al papa. Este Juan, que había sido zapatero, supe-

ró a casi todos sus predecesores en orgullo y tiranía. Se sostuvo en la silla pontificia, y a su muerte dejó un inmenso tesoro, cuando el emperador su rival expiró en la miseria.

2. Carlos IV que le sucedió, publicó en 1355 la constitución imperial, llamada *la bula de oro*, ley fundamental del cuerpo Germánico, que redujo a siete el número de los electores, y les dió todos los empleos hereditarios del estado. Los electores empezaron a usar sus nuevos derechos con deponer por inepto a su hijo Wenceslao (1400).

3. Tres facciones separadas de cardenales franceses e italianos eligieron tres papas distintos, y el emperador Sigismundo juzgó que esta división de la iglesia era buena ocasión de terminar todas las diferencias con su intervención, y establecer su supremacía. Citó a Constancia un concilio general, (1414) que terminó la cuestión, deponiendo a los tres papas, y nombrando a Otón Colonna con el nombre de Martino V. Esta división del pontificado se llamó *el gran cisma de Occidente*.

4. Los negocios espirituales del concilio de Constancia no fueron menos importantes que los temporales. Juzgóse en él a Juan Huss, discípulo de Wickliff, que negaba la jerarquía y satirizaba las costumbres de los papas y obispos.

Rehusó retractarse, y fué quemado vivo con su amigo y alumno Gerónimo de Praga, que desplegó en el suplicio la elocuencia de un apóstol, y la firmeza de un mártir (1416). Ambos habían venido a Constantinopla bajo un salvo conducto del pérfido Sigismundo. Bohemia, irritada con esta acción, le negó la sucesión a su trono, y le costó su adquisición diez y seis años de guerra.

5. El poder imperial en aquella época, sacaba poca importancia de sus rentas. Los soberanos de los estados Germánicos, poseían exclusivamente sus riquezas, y el emperador casi no tenía más que lo que le producían Hungría y Bohemia.

La soberanía de Italia era un título vano. Las pretensiones del emperador en ella, sólo daban un motivo de facciones a sus príncipes, y embrollaban los estados a perpetuas contiendas. Una serie tediosa de conspiraciones y tumultos civiles forma los anales de las principales ciudades italianas por unos doscientos años. El gobierno débil y anárquico de las dos Juanas, arruinó a Nápoles. La pasión que ésta última tuvo a un soldado llamado Sforza, alzó su casa a la soberanía de Milán, y su adopción, primero de Alfonso de Aragón, y después de Luis de Anjou, originó las largas contiendas entre España y Francia, por la soberanía de las dos Sicilias, que después agitaron a Europa.

LECCION XXV

HISTORIA DE INGLATERRA, EN LOS SIGLOS XIII Y

XIV.

1. Muerto Juan *sin tierras*, le sucedió su hijo Enrique III, príncipe débil. Sus favoritos extranjeros disgustaron a los barones, y su falta de economía y exacciones opresoras, le quitaron el afecto del pueblo. Montfort, conde de Leicester, hijo del jefe de la cruzada contra los Albigenses y cuñado del rey, formó una liga con los barones, so pretesto de reformar abusos y obligar a Enrique a delegar todo el poder real en veinte y cuatro de ellos, que se repartieron los empleos y dieron nueva forma al parlamento, llamando a él cierto número de caballeros de cada condado. Esta medida les fué funesta, pues aquellos caballeros indignados de la usurpación de Leicester, determinaron restablecer la autoridad real, y llamaron al príncipe Eduardo, joven intrépido, a vengar los agravios de su padre.

2. Leicester levantó fuerzas formidables, batió el ejército real, e hizo prisioneros al rey y al príncipe Eduardo (1264). Entonces forzó al débil Enrique a ratificar su autoridad por un tratado solemne. Tomó el carácter de regente, y convocó un parlamento, llamando dos caballeros de cada condado, y diputados de los pueblos principales, primer plan regular de la Cámara de los Comunes. Esta Asamblea, en uso de sus derechos, dispuso con firmeza el restablecimiento del gobierno antiguo, y Leicester creyó prudente poner en libertad al rey. Apenas se vió libre Eduardo, tomó las armas contra el usurpador, y le derrotó y dió muerte en Evesham (1265). Después de haber restaurado el trono de su padre, y la paz del reino, se cruzó con Luis IX, y se distinguió en Palestina.

3. A la muerte de Enrique, (1272) conquistó a Gales Eduardo I. Su príncipe Lewellyn murió peleando, y el vencedor con atroz barbarie mandó exterminar a los bardos del país para sofocar y extinguir el espíritu nacional.

4. Disputaban la corona de Escocia Bruce y Baliol. Eduardo, elegido árbitro, empezó por abrogarse la soberanía feudal, y ocupar el país; luego dió la corona a Baliol, con la expresa condición de reconocer su supremacía, y jurarle fidelidad. Baliol quiso después sacudir este yugo,

y Eduardo invadió a Escocia con formidable ejército, hizo abdicar al débil Baliol, y ocupó el reino.

5. Guillermo Wallace, uno de los mayores heroes que adornan la historia, se alzó a defender su patria. Unido a un corto número de patriotas, obtuvo algunos triunfos que hicieron volar los escoceses a su estandarte. Sus victorias se sucedían rapidamente, hasta echar del reino a los Ingleses. El libertador tomó el título de gobernador de Escocia por Baliol, prisionero de Eduardo, y esta distinción le atrajo la envidia y desafecto de los nobles y la disminución consiguiente de sus tropas. Los escoceses fueron vencidos en Falkirk. Volvió Eduardo del continente con gran fuerza, y los barones escoceses, después de una resistencia vana, obtuvieron finalmente la paz por una capitulación. Wallace, excluído de ella, anduvo fugitivo algún tiempo, hasta que le entregaron a Eduardo, quien le dió muerte con la más bárbara crueldad (1304).

6. Escocia halló segundo campeón y libertador en Roberto Bruce, nieto del competidor de Baliol. Este intrépido caudillo negó al monarca inglés el vasallaje que le habían prestado su abuelo y padre, excitó el espíritu nacional y echó a los ingleses del reino. Eduardo murió

(1307) cuando venía contra él con poderoso ejército, y encargó a su hijo Eduardo II que continuase la guerra de Escocia hasta su reducción.

7. En el reinado de Eduardo I, se declaró por él que no se cobraría impuesto alguno sin el consentimiento de los señores (*lords*) y de los comunes. Eduardo ratificó la gran carta once veces, y desde entonces empezó a mirarse esta ley fundamental como sagrada e inalterable.

8. Eduardo II fué débil, indolente y caprichoso, y ofendió a los nobles con su confianza exclusiva en favoritos indignos. En un viaje que hizo a París a casarse con Isabel, hija de Felipe el hermoso, dejó de regente a Gavestón, que disgustó a los barones, hasta hacerlos obligar al rey a delegar toda la autoridad en ciertos comisionados, y abandonar al favorito a su resentimiento, que le quitó la vida.

9. Eduardo, obedeciendo a su padre, invadió a Escocia con cien mil hombres. Roberto Bruce, rey ya, le aguardó con treinta mil, y lo derrotó con horrible carnicería, asegurando la independencia escocesa. Eduardo huyó a Inglaterra por mar, Spencer, nuevo favorito, completó el desafecto de los nobles. La adúltera reina, unida a los malcontentos, pasó a Francia, y obtuvo de su hermano Carlos IV un ejército para invadir a Inglaterra y destronar a su ma-

rido. Lo consiguió. Spencer y su padre subieron al cadalso. El rey preso, fué juzgado y depuesto solemnemente por el parlamento, y le mataron en su prisión (1237).

10. Eduardo III, coronado a los catorce años de edad, no quiso sujetarse a una madre tan perversa, y vengó a su padre con la prisión perpetua de Isabel, y el suplicio de su amante Mortiner. Venció a los Escoceses, y puso en el trono a Eduardo Baliol, su vasallo y tributario.

11. Muerto Carlos IV en Francia sin hijos, pretendió Eduardo III la corona por su madre, hermana de Carlos, mientras ocupaba el trono Felipe de Valois. Eduardo, habilitó un armamento inmenso de mar y tierra, y después de batir la escuadra francesa, desembarcó en Normandía con su hijo el príncipe Negro, y entró en una carrera de aventuras y de gloria. Felipe fué derrotado en Cressy (1348). Los ingleses tomaron a Calais, y la conservaron 210 años. Dicen que en Cressy usaron los Ingleses artillería por la primera vez. La invención de las armas de fuego, (1340) reciente entonces, ha minorado los estragos de la guerra, que ya se reduce a un cálculo.

12. Entretanto, invadieron los Escoceses a Inglaterra; pero Felipa, mujer de Eduardo, los batió y prendió a su rey. Eduardo y Felipa hi-

cieron una tregua que acabo con la muerte del segundo. Su hijo Juan fué batido y hecho prisionero en Poitiers por el príncipe Negro (1356). Los franceses continuaron la guerra con vigor, hasta que murió Juan en Londres (1364). Hicieron la paz, cediendo a los Ingleses varias provincias, y Eduardo abandonó sus pretensiones. Le quitó la vida el pesar de la muerte del heroico príncipe Negro, llamado así por el color de sus armas.

13. Ricardo II le sucedió a los once años de edad (1377). Carlos VI fué rey de Francia poco después a los doce años. Ambos reinos sufrieron mucho por las regencias. En Inglaterra embrollaron todas las medidas públicas las contiendas de los tíos del rey, Lancaster, York y Gloucester. En una ausencia del rey a Irlanda, se rebeló abiertamente Enrique de Lancaster, y a la vuelta de Ricardo le obligó a abdicar la corona. El parlamento lo aprobó, y poco después le asesinaron. Así empezaron las contiendas entre las casas de York y Lancaster.

LECCION XXVI

INGLATERRA Y FRANCIA EN EL SIGLO XV. ESTADO
DE COSTUMBRES.

1. Depuesto Ricardo, subió Enrique IV al trono, (1399) inmediatamente tuvo que combatir una rebelión del conde de Nortumberland para hacer rey a Mortimer, heredero de la casa de York. El arzobispo de York capitaneó otra, que terminó con su castigo capital. En su reinado empezaron las persecuciones religiosas contra los sectarios de Wicklikf.

2. Enrique V aprovechó para invadir a Francia, la locura de su soberano Carlos VI, y las facciones de los Duques de Borgoña y Orleans. Batió a los Franceses en Agincourt, volvió con nuevas tropas, y se abrió camino a París. El rey loco huyó a Troyes, perseguido por Enrique, y terminó la guerra con un tratado en que se ajustó el casamiento del inglés con la hija de Carlos VI, cuyo dote fué el reino de Francia, que él debía gobernar como regente hasta la muerte de su suegro.

3. Entretanto, la vuelta de Enrique a Inglaterra dió esperanza al Delfín de recobrar su reino. Venció a los Ingleses; pero sus triunfos duraron lo que la ausencia de Enrique. A la muerte de éste, fué declarado regente de Francia el duque de Bedford, y Enrique VI, niño de nueve meses, fué proclamado rey en París y en Londres (1422).

4. Carlos VII recobró poco a poco la Francia. Auxiliado por Juana de Arcas, joven entusiasta, conocida por la *doncella de Orleans*, ganó varias acciones contra los Ingleses. Estos se vengaron inhumanamente quemándola como hechicera. Su muerte fué tan útil a los Franceses como su vida. Después de una lucha de muchos años, fueron echados por fin de Francia los Ingleses, y sólo conservaron a Calais y a Guignes (1450). Carlos gobernó con admirable moderación y sabiduría.

5. El estado de Inglaterra y Francia, los dos reinos más civilizados de Europa, da idea del estado de la sociedad en los siglos de que tratamos. Aún en las ciudades grandes se techaban las casas con paja, y no tenían chimeneas. Los cristales eran rarísimos, y los suelos se cubrían de paja. En Inglaterra solo se vendía vino en las boticas. El papel de trapos comenzó a fabricarse a principios del siglo xv, y el uso de

lienzo para camisas iudicaba gran lujo entonces. Sin embargo, ya antes habían excitado grandes inquietudes los progresos del lujo, porque el parlamento en tiempo de Eduardo III tuvo que prohibir el uso del oro y plata en adornos a los que no tenían cien libras anuales de renta, y Carlos VI de Francia ordenó que nadie pusiese a su mesa más que sopa y dos platos. Antes del reinado de Eduardo I estaba Inglaterra infestada de salteadores, y algunos empleados en la casa de Enrique III se excusaron de serlo alegando que el rey no les daba sueldo. En 1303 acusaron al abad y monjes de Westminster de robo del tesoro real, pero se les absolvió. Las leyes admirables de Eduardo I, que le adquirieron el nombre de Justiniano inglés, prueban la barbarie de los tiempos anteriores.

LECCION XXVII

DECADENCIA Y RUINA DEL IMPERIO GRIEGO. DE LOS TURCOS Y DE TAMERLÁN (TIMOUR).

1. Al fin del siglo XIII regía el sultán Othmán en las fronteras del imperio griego una horda de Turcos, fracción del ejército Corasmín que disolvió la muerte de Geladino, hijo del sultán Mohamed. Othman invadió a Nicomedia (1296), su hijo Orcán extendió sus dominios hasta el Bósforo y el mar de Mármara, y obtuvo la hija del emperador Juan Cantacucenos. A mediados del siglo, pasaron los Turcos a Europa, y tomaron a Adrianópolis. El emperador Juan Paleólogo, después de ir a Roma a implorar auxilio del papa, concluyó un tratado humillante con el sultán Amurates, y dió su hijo para que sirviese como rehén en el ejército turco.

2. Bayazeto, sucesor de Amurates, obligó al emperador a destruir su fuerte de Galata, y a admitir en la ciudad un juez turco. Se preparaba a sitiar a Constantinopla, cuando se vió forzado a defenderse del victorioso Tamerlán.

3. Timur-bek o Tamerlán, príncipe de los Tártaros Usbeks y descendiente de Gengis, conquistó la Persia y gran parte de la India y Siria. Los príncipes asiáticos, enemigos de Bayazeto, imploraron contra él su protección. Tamerlán mandó imperiosamente al turco que renunciase a sus conquistas, y recibió una respuesta insultante. Los dos ejércitos pelearon cerca de Angora; y Bayazeto quedó vencido y prisionero (1402). Este triunfo salvó por entonces al imperio griego. Timur hizo capital de su imperio a Samarcanda, y en ella recibió el homenaje de todos los príncipes de oriente. Aunque era ignorante, protegía las ciencias en sus dominios, y Samarcanda fué por algún tiempo el centro del saber y de las artes; pero después de la muerte de Timur, volvió a caer en la barbarie. Sharok, hijo menor de Timur, sostuvo con alguna gloria un fragmento de su vasto imperio; pero muerto él, se desató la desolación. Los Usbeks del norte y los Turcomanos cayeron sobre Persia y la raza de Timur se habría extinguido, si un descendiente suyo no hubiera huído de los Usbeks a conquistar el Hindostán. Sus sucesores (los grandes Mogules) reinaron desde los montes de Cachemira al cabo Comorín, y desde Candahar al golfo de Bengala. Después del reinado de Aurungzeb se disolvió el imperio. Nadir, un

ladrón persa, saqueó a Delhi, y una compañía de negociantes ingleses posee hoy los ricos escombros de sus dominios.

4. Muerto Tamerlán, volvieron los Turcos a su proyecto de acabar el imperio de Oriente. Amurates II, príncipe de singular carácter, se consagró al retiro y al estudio por un tratado solemne con el rey de Polonia. Su violación le arrancó de su soledad; atacó y destruyó a los Polacos, y después de dar muerte a su pérfido rey, volvió a su retiro, hasta otra crisis semejante. Sucedióle Mahomed II *el Grande*, que volvió a intentar la destrucción de Constantinopla; pero la dilató algún tiempo la necesidad en que se vieron los Turcos de defenderse contra otro enemigo.

5. Scanderbeg, (Juan Castriot) príncipe de Albania, fué educado por Amurates como hijo suyo, después que se apoderó de su territorio. Confióle el sultán el mando de un ejército, que él empleó en recobrar sus dominios (1443). Con sus grandes talentos y superioridad militar sostuvo su soberanía independiente contra toda la fuerza de los Turcos, y fué baluarte del imperio griego.

6. Mahomet II, hijo del filósofo Amurates, empezó a los veinte y un años de edad la ejecución del plan de extinguir el imperio griego, y

hacer capital de sus dominios a Constantinopla. Sus habitantes indolentes se prepararon con flojedad a resistir, y las potencias de Europa vieron con fría indiferencia su peligro. Los Turcos asaltaron la ciudad por mar y tierra, y la entraron con espada en mano, pasando a cuchillo a sus defensores, y entre ellos al emperador Constantino. Así acabó el imperio Romano de Oriente, (1453) que había durado 1123 años desde la fundación de la ciudad por Constantino el Grande. Se conservaron los edificios imperiales: las iglesias se convirtieron en mezquitas; pero se dejó a los cristianos el ejercicio libre de su religión. Desde entonces los cristianos griegos han elegido regularmente a su patriarca. Mahomet II favoreció liberalmente las artes y ciencias, y para compensar la emigración de los sabios griegos, que a la ruina del imperio se esparcieron por Europa, invitó a su capital artistas y literatos de otros reinos.

7. La toma de Constantinopla precedía a la conquista de Grecia y Epiro. Acaso habría tenido Italia la misma suerte, si los Venecianos con sus escuadras no se hubiesen opuesto a los progresos de los Turcos, hasta atacarlos en Grecia. Un tratado puso fin a estas hostilidades. Mahomet el Grande murió de 51 años en 1481.

LECCION XXVIII

GOBIERNO DEL IMPERIO TURCO.

1. El gobierno turco es una monarquía absoluta. Todo el poder legislativo y ejecutivo reside en el Sultán, sin limitación alguna constitucional. Empero lo restringen de algún modo las opiniones religiosas, pues los preceptos del Corán impone algunas obligaciones que el soberano tiene que cumplir, o ser reputado impío. Aún más fuerte es la restricción que le impone el temor de que lo depongan y asesinen.

2. El espíritu del pueblo es el que corresponde a un esclavo. Como la ley de Mahoma permite el concubinaje, el gran señor y los visires nacen de esclavas, y apenas hay en el imperio quien sea de sangre ingenua pura. Es máxima fundamental de la política turca que todos los agentes del gobierno sean tales, que el Sultán pueda mandarlos absolutamente, y destruirlos sin peligro, cuando guste.

3. Al gran visir se confían todas las fun-

ciones del gobierno, y por lo mismo es responsable de todas las medidas públicas. Tiene subordinados seis visires, que le consultan en los casos de derecho, en que es supremo juez. El poder del gran visir es absoluto sobre todos los súbditos del imperio; pero no puede dar muerte a un *begler bey* o a un *bajá* sin la firma imperial. Los *begler-beys* son los gobernadores de varias provincias, y los *bajaes* de una. Todas las dignidades en Turquía son personales, y dependen de la voluntad del Sultán.

4. Las rentas del gran Señor proceden de impuestos, tributos anuales que pagan los Tártaros, regalos establecidos de los gobernadores de las provincias, y sobre todo de las confiscaciones de bienes, desde los visires y bajaes hasta los últimos vasallos del imperio. Las rentas ordinarias del Sultán son cortas en comparación de las arbitrarias. Su poder absoluto le permite realizar grandes proyectos con poco gasto.

LECCION XXIX

ITALIA Y FRANCIA A FINES DEL SIGLO XV.

1. Apenas quedaban ya en Francia vestigios del sistema feudal. Los únicos feudos que subsistían eran Borgoña y Bretaña. Carlos *el temerario*, duque de Borgoña, que trató de aumentar sus estados con la conquista de Suiza y Lorena, fué derrotado y muerto por los Suizos (1477). No dejó hijos, y Luis XI de Francia tomó posesión de Borgoña como feudo masculino. La hija de Carlos se casó con Maximiliano, hijo del emperador Federico III, que adquirió así la soberanía de los Países Bajos.

2. La adquisición de Borgoña y Provenza, legada a Francia por el conde de la Marche, aumentó mucho el poder de la corona. Luis XI, conjunto odioso de vicios, crueldad y superstición, y tirano de su pueblo, fué autor de muchas disposiciones sabias en política. Es increíble la barbarie de las ejecuciones públicas en su reinado; sin embargo, la sabiduría de sus leyes, lo

que favoreció al comercio, las restricciones que impuso a la nobleza opresora, y la atención con que arregló los tribunales de justicia, deben mencionarse en honor suyo.

3. El conde de la Marche, además de la Provenza, dejó a Luis XI el título vano de rey de las dos Sicilias. Luis se contentó con el legado sustancial, pero su hijo Carlos corrió tras la sombra. Al principio de su reinado proyectó la conquista de Nápoles, y la emprendió con precipitación imprudente.

4. El estado de Italia favoreció sus proyectos. Los papas, mientras estuvieron en Aviñón, perdieron mucha parte de su territorio. Mantua, Modena y Ferrara tenían sus soberanos independientes. Piamonte pertenecía al duque de Saboya; Génova y Milán a los Sforzas. Florencia había adquirido grande esplendor bajo los Medicis. Cosme, fundador de esta familia, empleó su vasta fortuna, adquirida con el comercio, en bien de su patria, en actos de munificencia pública y en cultivar las ciencias y bellas artes. Su alta reputación le obtuvo para sí y sus herederos la primera autoridad. Pedro de Médicis, su biznieto, gobernaba a Florencia, cuando invadió la Italia Carlos VIII.

5. Fernando, bastardo de la casa de Aragón, que reinaba en Nápoles, murió el mismo

año en que bajó a Italia Carlos VIII. Entonces, era papa Alejandro VI, un monstruo de maldad. El papa y el duque de Milán, que habían invitado a Carlos a la expedición, se le opusieron. Carlos entró en Roma, sitió al papa en el casti- llo de Sant-Angelo, le hizo ceder, y marchó con- tra Nápoles. Alfonso, hijo de Fernando, huyó a un convento de Sicilia, y su hijo Fernando, abandonado de los Napolitanos, se refugió en la isla de Ischia, absolviéndolos de su juramento de fidelidad. Carlos entró en Nápoles triunfante, y fué aclamado emperador y augusto; mas per- dió el nuevo reino tan pronto como lo adquirió. El emperador Maximiliano, el papa, Fernando de Aragón, y los Venecianos se ligaron contra Francia, y a la vuelta de Carlos a su reino, fue- ron echadas de Italia las tropas que dejó guar- neciendo sus conquistas.

6. El efecto decisivo de esta contra Carlos VIII enseñó a los reyes de Europa una lección útil de política, y les hizo adoptar la idea de conservar el equilibrio del poder por medio de la liga tácita que se supone subsistente entre todas las potencias para impedir el engrandeci- miento desordenado de una sola.

7 Carlos VIII murió sin hijos a los 28 años de edad, y le sucedió el duque de Orleans con el nombre de Luis XII (1498).

LECCION XXX

HISTORIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XV.

1. Muerto Enrique III (1407) los Castellanos que habían probado tan a su costa los males que les causaba la menor edad de sus reyes, quisieron excluir a Juan II, y dar la corona a su tío Fernando. Este la rehusó, porque la merecía. El reinado de Juan II fué turbulento. Su debilidad le entregó al favorito Alvaro de Luna, cuyo poder sublevó a los nobles, hasta que el rey compró la paz con su desgracia. Luna, vuelto al favor fué víctima por fin de las intrigas de la corte, y pagó en el patíbulo la ingrata debilidad de su señor.

2. El marqués de Villena fué con Enrique IV lo que Luna con Juan II, y aunque más perverso, no murió en el cadalso. Acusábase al rey de haber introducido en su lecho a otro favorito, Beltrán de la Cueva, para privar del trono a sus hermanos Alfonso e Isabel, y se afirmaba que Juana su hija procedía de este adulterio infame.

Formóse entre los nobles de Castilla una liga formidable, capitaneada por el perverso D. Juan II, rey de Aragón, cuyo hijo Fernando casó con Isabel. Los rebeldes, entre ellos el Arzobispo de Toledo, depusieron solemnemente a Enrique y proclamaron a Alfonso en Avila. La muerte de este joven príncipe no acabó las turbulencias, que siguieron hasta que el débil Enrique declaró su heredera a su hermana Isabel, excluyendo a su hija Juana, y confirmando así las imputaciones odiosas de los nobles. Revocó después el tratado, y la guerra iba a encenderse de nuevo, cuando terminó Enrique su ignominiosa carrera. El rey de Portugal, casado con Juana, quiso oponerse a Fernando, pero fué vencido.

3. Cuando subieron Fernando e Isabel a los tronos de Aragón y Castilla, estaba España en la mayor confusión, por la insolencia y desenfreno de su turbulenta nobleza. La primera ocupación de los nuevos soberanos fué reprimir estos desórdenes. Instituyóse *la Santa Hermandad* para descubrir y castigar los delitos, y la Inquisición, que se estableció por el horrible Torquemada, bajo el pretexto de extirpar la impiedad y la heregía, dió los ejemplos más atroces de persecución sanguinaria.

4. La espléndida monarquía de Granada, presa de guerras civiles, tentó la ambición de

Isabel y Fernando. Albohacén estaba en guerra con su sobrino Boabdil, que quería destronarle. Fernando auxilió a Boabdil; pero apenas se apoderó del trono, le atacó con todas las fuerzas de Aragón y Castilla. Rindióse Granada, después de un sitio de ocho meses (1492). Así acabó el dominio de los Moros en España, que duró 800 años. Boabdil se retiró con los que quisieron seguirle a las montañas de las Alpujarras. Al principio se les dejó el uso libre de su religión, mas luego se les puso en la cruel alternativa de hacerse cristianos, o pasar al Africa. Los habitantes de las Alpujarras se sublevaron, y se defendieron largamente con la energía de la desesperación, pero en vano.

5. Fernando tomó el título de rey de España, después de la conquista de Granada. En 1492 echó a los Judíos de sus dominios, bajo el absurdo pretexto de que tenían el comercio del reino, y así perdió España como 150.000 de sus habitantes más industriosos. Los desterrados se esparcieron por los otros reinos de Europa, y fueron más de una vez víctimas de persecuciones igualmente inhumanas. España ha sentido hasta hoy los efectos de esta locura en su atraso en las artes, y la pereza deplorable que caracteriza a sus pueblos. Ni el descubrimiento del nuevo mundo, que ocurrió entonces, y estimuló

el espíritu emprendedor e industrial en todos los reinos vecinos, bastó a darla el impulso que la hubiera adquirido el monopolio de sus productos. En otra lección trataremos de este gran acoptecimiento.

6. Los apologistas de las cortes de España se jactan de que en ella se conoció la libertad política antes que en ningún otro país de Europa, y de que tuvo comunidades que defendieran sus derechos, cuando el yugo feudal pesaba sin oposición sobre los otros reinos. Las cortes nacieron de los concilios nacionales, y se componían de la nobleza, el clero y los procuradores de las ciudades y pueblos. En Aragón las presidía el *Justicia*, magistrado que se alzaba al lado del rey, eclipsando su majestad con un poder monstruoso, de que sólo debía cuenta a las cortes. Nadie ignora el juramento célebre por su fórmula que se exigía en Aragón a sus reyes. Sin embargo, las cortes, en lo general, perderán mucho si se examinan sus efectos, que fueron casi nulos. Tan despreciable era su espíritu, que Pedro el cruel no temió reunir las, y pedirles oro y soldados con que sostener su odiosa tiranía. Parece que su función más importante era instalar en el trono a los reyes a su mayor edad, y en general, sólo influyeron bajo príncipes débiles.

LECCION XXXI

FRANCIA, ITALIA Y ESPAÑA A FINES DEL SIGLO XV Y PRINCIPIOS DEL XVI.

1. Deseoso Luis XII de seguir sus pretensiones a la corona de Nápoles, solicitó el favor del papa Alejandro VI. Este se lo ofreció con tal que diese a su hijo César Borja el ducado de Valentinois y la hija del rey de Navarra en matrimonio. Luis pasó los Alpes, y en pocos días se apoderó de Milán y Génova. Temeroso del poder de Fernando de España, se le unió en la conquista de Nápoles, y convino en partirla con él, bajo la sanción del papa. Federico, último rey de la casa de Aragón, se entregó a Luis (1501). Su hijo Fernando, fué enviado preso a España por el pérfido Gonzalo de Córdoba. Mas el papa y el rey de España tuvieron por más conveniente dividir la Italia entre los dos, y se ligaron para echar de ella a Luis. Los Españoles mandados por Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, batieron en Ceriñola a los Franceses mandados por

el duque de Nemours y Bayard, y Luis perdió irrevocablemente su parte de Nápoles.

2. La historia refiere con horror los crímenes de Alejandro VI y de César Borja, sus envenenamientos, asesinatos y torpezas. Alejandro aumentó con sus delitos el poder temporal de los papas, y por él pudieron sus sucesores conservar algún tiempo más la balanza política de Italia. César, despojado por Julio II y Luis de sus dominios, después de la muerte de su padre, fué enviado preso a España pérfidamente por el Gran Capitán, y murió al fin combatiendo por despojar de sus posesiones a los señores de Navarra, en favor del rey su cuñado.

3. Julio II, sucesor de Alejandro, proyectó la formidable liga de Cambray (1508) entre el emperador, los reyes de Francia España y Hungría y el duque de Saboya, para destruir a Venecia y repartirse su territorio. En parte realizaron su designio, y Venecia estaba en el borde del abismo, cuando mudó de intención el papa, y formó otra liga entre los Venecianos, Alemanes y Españoles para echar a los Franceses de Italia, y apropiarse sus conquistas. Los Suizos y los Ingleses cooperaron a este plan. Los Franceses, mandados por Bayard y Gastón de Foix, hicieron una resistencia fuerte y vana, pues al fin tuvieron que evacuar a Italia. Fernando,

auxiliado por Enrique VIII de Inglaterra, se apoderó de Navarra. Luis compró la paz, y murió en 1515. Aunque feliz en sus empresas militares, por los talentos superiores del papa Julio y Fernando, sus rivales, fué justamente estimado de sus pueblos por la equidad y sabiduría de su gobierno.

4. Entretanto, la muerte de Isabel de Castilla encendía turbulencias en España. Sus dominios correspondían a su hija Juana, casada con Felipe *el hermoso*, hijo del emperador Maximiliano; mas por su enagenación mental debía administrarlos Fernando hasta la mayor edad de Carlos, hijo de Juana y Felipe. Este vino a España y apoyado por los nobles, malcontentos del gobierno enérgico de Fernando, logró ponerse en posesión del mando en Castilla. Juntó las cortes para hacer declarar loca a su mujer; no lo consiguió, y la envió a un encierro. Mas murió a pocos meses (1506). Fernando estaba en Nápoles, y la habilidad del fraile Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, le aseguró el poder, que recobró a su vuelta. A la muerte de Fernando, (1517) quedó Cisneros encargado de la administración, que manejó con brazo firme, apesar de la turbulenta nobleza. Este fraile fué un grande hombre, y no desfiguró como Richelieu sus talentos con crueldad. Sin duda fué más

digno de aprecio que Fernando su señor, príncipe ingrato y pérfido, llamado *el católico*, fundador y promotor de la inquisición.

LECCION XXXII

HISTORIA DE INGLATERRA, EN MITAD DEL SIGLO XV HASTA PRINCIPIOS DEL XVI.

I. Hemos visto a Francia libertada de los Ingleses por Carlos VII durante la menor edad de Enrique VI en que estuvo Inglaterra embrollada en facciones por sus tíos que se disputaban el poder. Casó Enrique con Margarita de Anjou, princesa de grandes talentos y heroísmo de carácter, cuya severidad en perseguir a sus enemigos quitó a Enrique la voluntad de muchos de sus nobles, y aumentó partidarios a un rival que pretendía la corona.

2. Este era Ricardo, duque de York, descendiente de Eduardo III por su madre. La rosa blanca distinguía la facción de York y la roja de Lancaster. El partido de York aprovechó la locura periódica que padecía Enrique, y se nombró a Ricardo teniente y protector del reino. Margarita excitó a su marido a sostener sus derechos en un intervalo de razón, y se encendió

la guerra civil. Por fin el rey fué hecho prisionero por el duque de York (1455). El parlamento confirmó al protector, aunque conservó una fidelidad nominal a Enrique.

3. La enérgica Margarita reanimó el partido real y obligó al duque de York a huir a Irlanda. Pero Warwick restableció su causa, e hizo prisionero al rey otra vez en Northampton. York exigió la corona al parlamento, y solo consiguió que le declarasen sucesor de Enrique.

4. Margarita pugnaba aún. El duque de York fué muerto en otra batalla, pero su hijo Eduardo y Warwick le vengaron con otra señalada victoria. Proclamaron rey a York con el nombre de Eduardo IV, y Margarita huyó a Flandes.

5. Eduardo fué ingrato con Warwick, que resentido se ligó con los de Lancaster, depuso a Eduardo, y volvió a Enrique VI el trono. Mas tornó a triunfar la causa de York. Los de Lancaster fueron derrotados en la batalla de Barnet, y el valiente Warwick, el *hacedor de reyes*, murió peleando (1472).

6. Aun no se abatía el espíritu de Margarita; pero fué vencida y presa con su hijo, que por haber defendido noblemente su causa en presencia de Eduardo, fué asesinado barbaramente por los duques de Clarence y Gloucestre.

Poco después mataron a Enrique VI en la torre de Londres, y Margarita, rescatada por Luis XI, murió en Francia (1482).

7. Eduardo IV asegurado en el trono por la muerte de todos sus rivales, se abandonó a su carácter vicioso y tiránico. Dió muerte a su hermano Clarence por pretextos frívolos, y se sospechó que le había envenenado su otro hermano Gloucester (1483).

8. Eduardo V tenía trece años. Gloucester, nombrado protector del reino en su menor edad, hizo que el populacho le proclamase rey, cedió con afectada repugnancia a su voluntad, tomando el nombre de Ricardo III, hizo matar y enterrar en la torre a Eduardo V y a su hermano el duque de York.

9. Estos crímenes atroces hallaron un vengador en Enrique, conde de Richmond, heredero de la casa Lancaster, que auxiliado por Carlos VIII de Francia, desembarcó en Inglaterra, y revivió su partido. Dió batalla a Ricardo en Bosworth, y le derrotó. El tirano murió peleando con el más desesperado valor, y su corona ensangrentada pasó a las sienes de Richmond (1485). Este día puso fin a las facciones de York y Lancaster. Enrique VII las unió, casándose con Isabel, hija de Eduardo IV.

10. El reinado de Enrique VII duró veinte

y cuatro años, y bajo su administración sabia y política curó el reino todas las heridas que le habian hecho aquellas facciones. Sus excelentes leyes produjeron la industria, el buen orden y la subordinación perfecta, aunque el carácter de Enrique fué despótico y avariento. Le turbaron dos empresas singulares. Un impostor se dijo el conde de Warwick, hijo del duque de Clarence, y otro el duque de York, degollando en la torre por Ricardo III. El último fué coronado rey en Dublín, pero derrotado y preso, acabó su vida sirviendo en la cocina de Enrique. El otro se sostuvo cinco años, pero al fin fué vencido y preso. Tramó de nuevo, y le quitaron la vida. Enrique VII murió en 1509.

LECCION XXXIII

IDEA DE LOS PROGRESOS DE LA LITERATURA Y LAS CIENCIAS EN EUROPA DESDE QUE REVIVIERON LAS LETRAS HASTA EL FIN DEL SIGLO XV.

1. Los primeros restauradores del saber en Europa fueron los Arabes, que en sus conquistas asiáticas conocieron algunas obras de los antiguos autores griegos, y supieron apreciarlas. Los califas pidieron a los emperadores de Oriente copias de los manuscritos antiguos, y los hicieron traducir cuidadosamente en arábigo, estimando particularmente los que trataban de matemáticas, física y metafísica. Los Arabes diseminaron sus conocimientos en sus conquistas, y fundaron escuelas y colegios en todos los países que subyugaron.

2. Los reinos occidentales de Europa fueron los primeros en adquirir parte del saber de los antiguos, por medio de estas traducciones arábigas. Carlomagno las hizo pasar al latín, y

siguiendo el ejemplo de los califas, fundó las universidades de Bolonia, Pavia, Osuaburg y París. Con igual espíritu y por medios semejantes introdujo Alfredo en Inglaterra el gusto a la Literatura; pero los desórdenes subsecuentes del país volvieron a sumergirlo en la barbarie. Sin embargo, los Normandos trajeron del continente alguna tintura de los conocimientos antiguos, que se conservó en los monasterios donde los monjes se empleaban meritoriamente en copiar algunos autores antiguos con las vidas fabulosas de los santos.

3. En esta aurora de literatura en Inglaterra, aparecieron Enrique de Hurtington y Geoffrey Monmouth, nombres distinguidos en los anales de la poesía y las novelas; Juan de Salisbury, moralista; Guillermo Malmesbury, analista de la historia antes del reinado de Esteban; Giraldo Cambrense, historiador, teólogo y poeta; José Exeter, autor de dos poemas latinos sobre la guerra de Troya y las cruzadas, que aun hoy se leen con placer.

4. Pero esta era de buen gusto pasó muy pronto, y cedió a las bárbaras sutilezas de la teología escolástica, que enseñaban Lombardo y Alalardo, y a las doctrinas abstrusas del derecho romano, que comenzaba a excitar la atención general después que en Amalfi se descubrieron

las Pandectas (1137). Las diversiones del vulgo eran romances en verso y prosa, profecías inteligibles y fábulas de gigantes y encantadores.

5. A mediados del siglo XIII apareció un genio distinguido, Rogerio Bacon, fraile inglés cuya vasta mente atesoraba todo el saber de los antiguos, que poseía un juicio penetrante para separar el oro de la escoria, y una facultad inventora, propia para adelantar todas las ciencias que estudió. Conoció la insuficiencia de la filosofía eclesiástica, y fué el primero que recomendó se buscara la verdad por experimentos y observaciones de la naturaleza. Hizo descubrimientos importantes en las ciencias físicas, en astronomía, óptica, química, medicina y mecánica: reformó el calendario, descubrió la construcción del telescopio, olvidada después hasta el tiempo de Galileo, y la pólvora. Con todo, este genio superior creía la posibilidad de hallar un elíxir que prolongase la vida, en la trasmutación de los metales en oro, y en la astrología judiciaria.

6. En los siglos XII y XIII reinó un gusto general a la poesía. Los trovadores de Provenza escribían sonetos, madrigales, canciones satíricas y diálogos eróticos en tono platónico y metafísico. Disputaban el premio de poesía en juntas solemnes, en que los principes, los nobles y

las damas ilustres concurrían a decidir las pretensiones de los poetas rivales; y algunos de estos príncipes, como Ricardo I de Inglaterra y Federico I de Alemania, tuvieron fama de trovadores eminentes.

7. La traslación de la silla pontificia a Aviñón en el siglo xiv, familiarizó a los poetas italianos con los trovadores provenzales, y dió a sus composiciones una tintura de su estilo, que es muy observable en las poesías de Petrarca y Dante. *La Divina Comedia* de éste introdujo los ángeles y diablos en vez de la mitología pagana, y contiene muchos rasgos del sublime terrible. Los sonetos y canciones de Petrarca son muy tiernos y patéticos, aunque viciados con la sutileza metafísica que marcó los primeros períodos de la italiana. El *Decamerón* de Boccaccio, producción contemporánea, es una obra maestra de invención, ingenio y conocimiento del corazón humano. Estos autores fijaron el idioma italiano.

8. Contemporáneo e igual suyo en mérito fué el inglés Chaucer, que mostró en sus poesías vastos conocimientos de las ciencias, y observación delicada de las costumbres de su época. De igual carácter son las poesías de Gower, aunque de un tono más grave, y de una moral más

pura. Igual a los dos fué el rey de Escocia Jacobo I.

9. Ya hemos visto en el siglo XIII sentado en el trono de España al sabio Alfonso X. Este monarca fué un prodigio de saber en su época, y brilló como matemático, legislador y poeta. En el siglo XII se escribió el poema del Cid, primer libro que se conoce en castellano. En el siguiente florecieron Berceo y Juan Lorenzo, poetas, y en el XIV el Arcipreste de Hita, D. Juan Manuel y el historiador Ayala, cuya crónica es un monumento precioso de la literatura española, pues fué superior a su bárbaro siglo y patria. En el siglo XV florecieron los poetas Juan de Mena, Santillana y Jorge Manrique, y los literatos Fernán Pérez, y el Marqués de Villena: el primero elevó la poesía castellana a una altura que no había conocido.

10. Aunque la poesía llegó a grande esplendor en aquel tiempo, se adelantaba poco en literatura general y ciencias. La historia se desfiguraba entretrejida con milagros y fábulas. Felipe de Comines describió felizmente los reinados de Luis XI y de Carlos VIII. Villani y Platina escribieron los acontecimientos de Italia.

11. El gusto de la literatura clásica en el siglo XV produjo el descubrimiento de muchos autores antiguos. Poggio descubrió los escritos

de Quintiliano y varios de Cicerón, que estimularon a ulteriores investigaciones, cuyo resultado fué recobrar muchos restos preciosos de la literatura griega y romana. La biblioteca de Oxford sólo contenía 600 volúmenes, y sólo había cuatro clásicos en la real de París. A la ruina del imperio de Oriente a fines del siglo xv, la dispersión de los Griegos difundió en la Europa occidental el gusto a la bella literatura. Varios papas liberales e ilustrados protegieron las ciencias, y sobre todo la invención de la imprenta contribuyó a su rápido adelanto y extensión, y aseguró la perpetuación de las artes útiles y los progresos de los conocimientos humanos.

12. El drama moderno empezó con las far-
sas absurdas en que se representaban en las
iglesias históricas bíblicas, llamadas autos y
misterios. Estas representaciones empezaron en
el siglo xii, y duraron hasta el xvi, en que se pro-
hibieron ya en Inglaterra. Sustituyéronse dra-
mas profanos, y parece que en Francia se conocía
ya una mezcla de profano y sagrado a principios
del siglo xvi. En España se sostuvieron los autos
sacramentales, y su teatro no tomó un carácter
regular hasta el siglo xvi.

INDICE

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
Heredia como historiador.....	9
Advertencia	37
Introducción	42
Plan de este curso	44

HISTORIA ANTIGUA

I. Primeras noticias auténticas de la historia del mundo.....	55
II. Naturaleza de los primeros gobiernos; leyes, costumbres, artes y ciencias de los siglos primitivos.....	58
III. De los Egipcios.....	64
IV. De los Fenicios.....	69
v. Historia de Grecia.....	70
VI. Reflexiones sobre los períodos primeros de la historia.....	73
VII. Expedición de los argonautas. Guerras de Tebas y de Troya.....	75

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
VIII. Establecimiento de las colonias griegas	78
IX. La república de Esparta	81
x. La república de Atenas	84
XI. Estado del imperio de Persia, y su historia hasta la guerra con Grecia.	89
XII. Guerra entre Grecia y Persia	94
XIII. Siglo de Pericles.	99
XIV. La república de Tebas	104
xv. Filipo de Macedonia	106
xvi. Alejandro el Grande	109
xvii. Los sucesores de Alejandro	115
xviii. Conquista de Grecia	117
xix. Reflexiones políticas sobre la historia de Grecia	120
xx. Estado de las artes en Grecia	124
xxi. De los poetas griegos	130
xxii. De los historiadores griegos	136
xxiii. De los filósofos griegos	140
xxiv. Historia de Roma	147
xxv. La república Romana	159
xxvi. La ley de Volero	166
xxvii. El decemvirato	169
xxviii. Aumento del poder popular.	172
xxix. Pirro. Conquista de Italia	177
xxx. Historia de Cartago	180

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
xxxI. Historia de Sicilla.....	183
xxxII. Las guerras púnicas.....	185
xxxIII. Los Gracos. Mario y Sila. Guerra civil y corrupción de la República. Triunvirato	192
xxxIV. Guerras civiles. Segundo triunvirato. Fin de la República	200
xxxv. Consideraciones sobre las particularidades que señalan el genio y carácter de los romanos.....	209
xxxvi. Progresos de la literatura romana....	212
xxxvII. Estado de la filosofía entre los romanos	222
xxxvIII. Costumbres privadas y públicas de los romanos.....	227
xxxix. Del arte de la guerra entre los romanos	231
xl. Reflexiones sobre la historia de la pública Romana.....	236
xLI. Imperio Romano. Reinados de Augusto, Tiberio y Claudio.....	242
xLII. Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito, Domiciano, Nerva, Trajano y Adriano.....	251
xLIII. Desde los Antoninos hasta Constantino	529

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
XLIV. Estado del Imperio en tiempo de Constantino	267
XLV. Sucesores de Constantino hasta Teodosio	271
XLVI. Progresos de la Religión cristiana después de su establecimiento hasta la extinción del paganismo.....	277
XLVII. Extinción del imperio romano de Occidente	282
XLVIII. Origen, costumbres y carácter de las naciones góticas, antes de su establecimiento en el imperio romano..	289
XLIX. Costumbres, leyes y gobierno de las naciones góticas después que se establecieron en el imperio romano..	295
L. Método de estudiar la historia antigua	302

APENDICE

HISTORIA DE LOS JUDÍOS.

I. Idea general de la historia del género humano, en los siglos primitivos... ..	311
II. Breve idea de la historia judaica.....	316
III. Antigüedad de la escritura.....	318
IV. Asuntos de los libros judaicos y caracteres de sus autores.....	322

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
v. Del mundo antediluviano.....	331
vi. Primeros siglos después del diluvio..	334
vii. De los Judíos.....	336
viii. Administración de los jueces.....	341
ix. Monarquía de los Hebreos.....	346
x. Restauración de los Judíos hasta su reducción al yugo romano. Estado de su saber y comercio.....	351

HISTORIA MODERNA

i. De la Arabia y del imperio de los Sa- rracenos	359
ii. Monarquía de los Francos.....	363
iii. Reflexiones sobre el estado de Fran- cia bajo la dinastía merovingia. Ori- gen del sistema feudal	367
iv. Carlomagno. El nuevo imperio de Occidente	374
v. Costumbres, gobierno y usos del siglo de Carlomagno.....	378
vi. Ojeada sobre la iglesia antes del siglo de Carlomagno.....	382
vii. El imperio de Occidente bajo los su- cesores de Carlomagno.....	385
viii. El imperio de Oriente en los siglos VIII y IX	389

<u>Leccion</u>	<u>Página</u>
IX. Estado de la iglesia en los siglos VIII y IX	391
X. De los Sarracenos en los siglos VIII y IX. Conquista de España. Idea de su historia anterior.....	394
XI. Del imperio de Occidente y de Italia en los siglos X y XI.....	400
XII. Historia de Inglaterra desde sus primeros períodos hasta su conquista por los Normandos.....	403
XIII. Gobierno, leyes y costumbres de los Anglosajones.....	413
XIV. Estado de Europa en los siglos X, XI y XII.....	417
XV. Historia de España en los siglos IX, X, XI y XII.....	421
XVI. Historia de Inglaterra en los siglos XI y XII	427
XVII. Estado de Alemania y de Italia en el siglo XIII.....	437
XVIII. De las cruzadas o guerras santas.....	441
XIX. De la caballería	447
XX. Conquistas de Gengis-kan.....	451
XXI. Estado de Europa en los siglos XIII y XIV.....	455
XXII. Revolución de Suiza.....	460

<u>Lección</u>	<u>Página</u>
xxiii. Historia de España en los siglos XIII y XIV... .. .	462
xxiv. Estado de Europa en los siglos XIII, XIV y parte del XV.	467
xxv. Historia de Inglaterra en los siglos XIII y XIV.....	470
xxvi. Inglaterra y Francia en el siglo XV. Estado de costumbres.....	476
xxvii. Decadencia y ruina del imperio grie- go. De los Turcos y de Tamerlán. (Timour)	479
xxviii. Gobierno del imperio turco.....	483
xxix. Italia y Francia a fines del siglo XV..	485
xxx. Historia de España en el siglo XV..	488
xxxI. Francia, Italia y España a fines del siglo XV y principios del XVI.....	492
xxxii. Historia de Inglaterra en mitad del siglo XV hasta principios del XVI..	496
xxxiii. Idea de los progresos de la literatura y las ciencias en Europa, desde que revivieron las letras hasta el fin del siglo XV	500
Indice	507

Esta obra se imprimió en casa del Editor, quien la dona a las bibliotecas públicas.

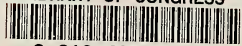
Comprende este volumen los tomos primero y segundo de la *Historia*, que se reimprime: toda ella, encerrada en uno solo, resultaría de pesado manejo.

El tomo tercero y el cuarto formarán el segundo de la presente edición.

26

JAN 2 - 1924

LIBRARY OF CONGRESS



0 018 487 361 8